



65 NOV/DIC 2010

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

CLACSO

**DONACIÓN**  
sin valor comercial

# NEW LEFT REVIEW

Robert Wade y Silla Sigurgeirsdóttir *Lecciones de Islandia*

Theodor Adorno y Max Horkheimer *¿Hacia un nuevo Manifiesto?*

Joel Andreas *¿Un modelo Shanghai?*

Huang Yasheng *La política de la senda china*

Julian Stallabrass *Fotografía de museo  
y prosa de museo*

Tom Mertes *Guerra, crisis, depresión*

Tor Krever *¿Llamar a la razón al poder?*

Kevan Harris *La tierra de las ideas del islam*

**Artículos**

- 5 *Robert Wade y Silla Sigurgeirsdóttir* Lecciones de Islandia

**Documento**

- 33 *Theodor Adorno y Max Horkheimer* ¿Hacia un nuevo *Manifiesto*?

**Polémica**

- 57 *Joel Andreas* ¿Un modelo Shanghái?  
81 *Huang Yasheng* La política de la senda china

**Artículos**

- 87 *Julian Stallabrass* Fotografía de museo y prosa de museo

**Crítica**

- 119 *Tom Mertes* Guerra, crisis, depresión  
135 *Tor Krever* ¿Llamar a la razón al poder?  
147 *Kevan Harris* La tierra de las ideas del islam

*Editor de la edición en castellano*  
*Traducción*

Carlos Prieto del Campo  
José María Amoroto Salido, Joaquín Chamorro Mielke, Cristina Piña Aldao, Carlos Prieto del Campo, Raúl Sánchez Cedillo

*Editor*  
*Editorial Committee*

Susan Watkins  
Tariq Ali, Perry Anderson, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Alexander Cockburn, Mike Davis, Peter Gowan, Tom Mertes, Francis Mulhern, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Tony Wood, JoAnn Wypijewski

*Deputy Editor*  
*Assistant Editor*  
*Publishing Director*  
*Online Publisher &*  
*Subscriptions Director*  
*Assistant Publisher*  
*Assistant Online Publisher*

Tony Wood  
Emilie Bickerton  
Kheya Bag

Johanna Zhang  
Kenta Tsuda  
Rob Lucas

© New Left Review Ltd., 2010  
© Ediciones Akal, S. A., 2010  
para lengua española  
Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028  
[www.akal.com](http://www.akal.com)  
ISSN: 1575-9776-65  
Depósito legal: M-2599-2000  
Impreso en Publidisa



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE CULTURA

Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2010.

# CONTENIDOS

## **ROBERT WADE Y SILLA SIGURGEIRSDÓTTIR: Lecciones de Islandia**

Análisis del extraordinario ascenso y caída de la economía de casino financiero de Islandia. Wade y Sigurgeirsdóttir describen el giro neoliberal decidido por la elite cuasifeudal islandesa constituida en oligopolio bancario y sus perspectivas en medio de la triple crisis –monetaria, bancaria y de deuda soberana– que se abate ahora sobre el país.

## **THEODOR ADORNO Y MAX HORKHEIMER: ¿Hacia un nuevo Manifiesto?**

Transcripción de conversaciones mantenidas en 1956 entre los autores de *Dialéctica de la Ilustración* sobre temas como el trabajo y el tiempo, el utopismo y el cambio, y la relación existente entre la teoría y la práctica radicales cuando falta el partido.

## **JOEL ANDREAS: ¿Un modelo Shanghái?**

Valoración del iconoclasta análisis de Huang Yasheng contenido en su libro *Capitalism with Chinese Characteristics* sobre las reformas económicas implementadas en la República Popular China. ¿Decidieron las autoridades chinas durante la década de 1990 el abandono de la hipótesis de la empresariedad rural para optar por un modelo dirigido por el Estado en beneficio de las elites de la cornisa del Pacífico?

## **HUANG YASHENG: La política de la senda china**

Huang Yasheng ofrece en su respuesta a Andreas una cronología diferente del declive de la economía rural e insiste en el impacto directo de las opciones políticas efectuadas por Pekín sobre el ritmo y la dirección del desarrollo capitalista.

## **JULIAN STALLABRASS: Fotografía de museo y prosa de museo**

Julian Stallabrass examina el trabajo de Jeff Wall, su recepción crítica y su posterior incorporación a los circuitos del arte institucional. Acomodaciones mutuas del museo y del medio fotográfico, bajo el brillo mercantilizado de la caja de luz.

## **TOM MERTES: Guerra, crisis, depresión**

Tom Mertes reseña el libro de Liaquat Ahamed, *Lords of Finance*. Éxito de ventas que describe a los gobernadores de los bancos centrales del pe-

# AUTORES

**JOEL ANDREAS:** autor de *Rise of the Red Engineers* (2009); enseña en la Johns Hopkins University; véase también *NLR* 54.

**KEVAN HARRIS:** estudia Sociología en la Johns Hopkins University.

**HUANG YASHENG:** enseña en el MIT y en la Universidad de Tsinghua; autor de *Selling China* (2003) y *Capitalism with Chinese Characteristics* (2008).

**TOR KREVER:** estudia Derecho en la Harvard Law School y en Cambridge.

**SILLA SIGURGEIRSDOTTIR:** enseña Ciencias Políticas en la Universidad de Islandia.

**ROBERT WADE:** enseña en la LSE; la edición revisada de *Governing the Market* apareció en 2004; véase también *NLR* 7, 25, 38, 46 y 53.



## LECCIONES DE ISLANDIA

Los informes negativos de la economía islandesa recogidos en diversos periódicos extranjeros nos dejan verdaderamente perplejos [...] Todos los indicadores y previsiones implican cabalmente que las perspectivas son buenas, que la situación de la economía es a grandes rasgos sólida y que los bancos se encuentran en una posición de fortaleza. Todo ello ha sido confirmado por expertos bien conocidos como Frederic Mishkin, que ha sido gobernador de la Reserva Federal estadounidense, y Richard Portes, un académico bien conocido experto en este campo.

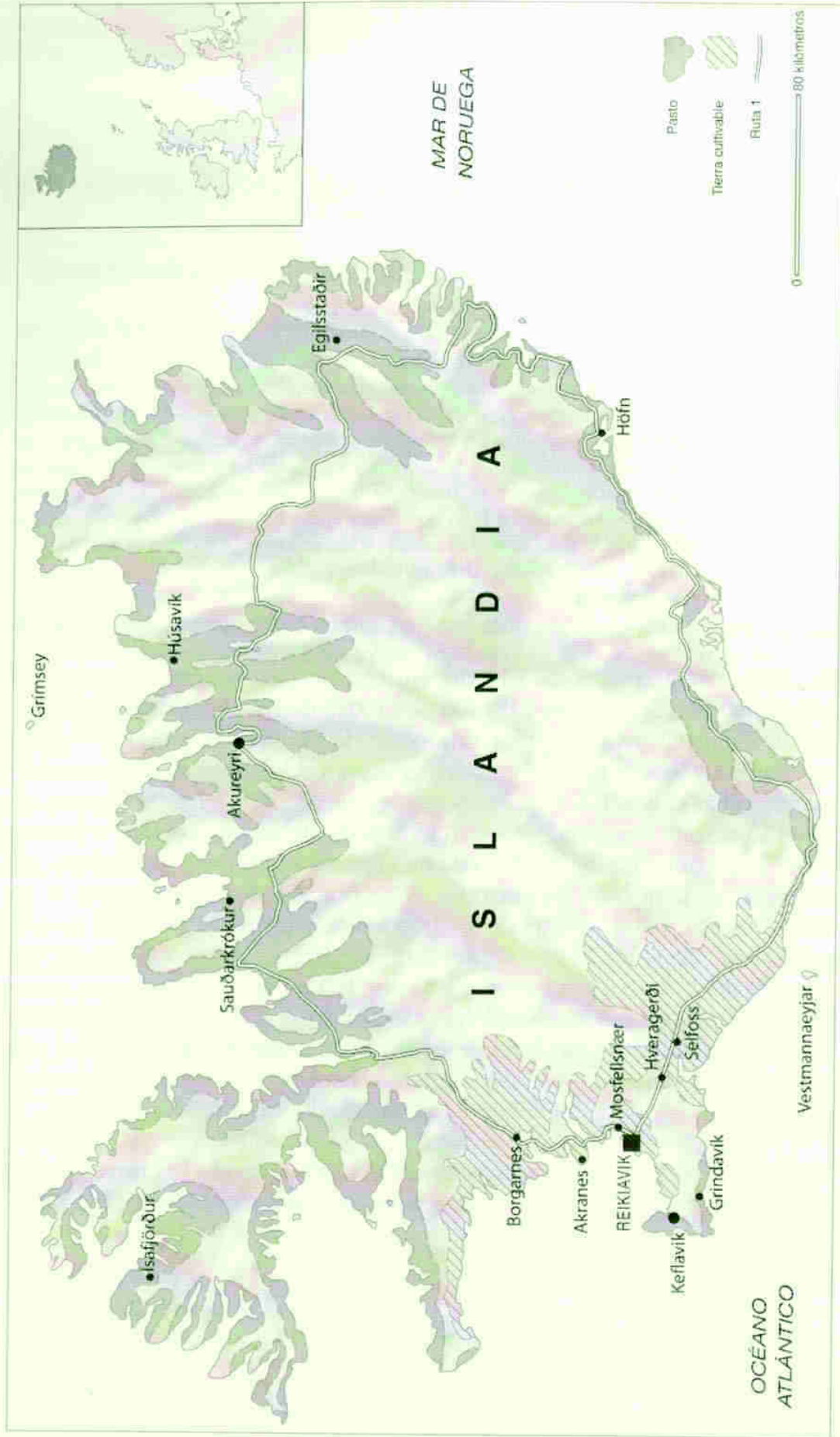
Geir Haarde, primer ministro, marzo de 2008<sup>1</sup>.

En 2007 la renta media de Islandia era casi de 70.000 dólares anuales, la quinta más alta del mundo y un 160 por 100 la de Estados Unidos. Las tiendas de Reikiavik rebosaban de productos de lujo, sus restaurantes hacían que los de Londres parecieran baratos y los coches deportivos atascaban sus estrechas calles. Los islandeses eran el pueblo más feliz del planeta, de acuerdo con un estudio de 2006. Buena parte de su prosperidad reposaba sobre el crecimiento ultrarrápido de tres bancos islandeses, que habían pasado de ser pequeñas instituciones con vocación de servicio público en 1998 a colarse entre las filas de los trescientos mayores bancos del mundo ocho años más tarde, lo cual supuso un incremento de sus «activos» del 100 por 100 del PIB en 2000 a casi el 800 por 100 en 2007, ratio que se hallaba por detrás únicamente del detentado por Suiza. Cuando el valor de sus viviendas creció, los islandeses se endeudaron correspondientemente, y lo hicieron también en monedas extranjeras, haciendo realidad el *dictum* de Plauto: «Soy rico en la medida en que no reembolso a mis acreedores».

La crisis golpeó a finales de septiembre de 2008, cuando los mercados de dinero se congelaron como consecuencia del hundimiento de Lehman Bro-

---

<sup>1</sup> Geir Haarde, discurso pronunciado en la Asamblea Anual del Banco Central de Islandia celebrada en 2008, citado en el informe de la Comisión Especial de Investigación, *Causes and the Run Up to the Collapse of the Icelandic Banks in 2008*, vol. 1, cap. 5, sec. 3, Reikiavik, 2010, p. 216; en adelante *SIC Report*. Este informe de nueve volúmenes y ocho kilos de peso constituye una fuente inestimable de información, aunque debe leerse entre líneas para percibir los aspectos más jugosos de la narración. El gobierno ha declinado efectuar una traducción inglesa más allá de una síntesis sumaria del mismo.





thers. En el plazo de una semana, los tres grandes islandeses colapsaron y pasaron a ser propiedad pública. Se unieron en ese momento a una liga de dudosa gloria: la lista confeccionada por Moody de los once mayores colapsos financieros de la historia. Desde entonces Islandia ha sido pionera en la realización de un experimento no controlado de cómo una economía moderna puede funcionar en una crisis que es simultáneamente una crisis monetaria, una crisis bancaria y una crisis de deuda soberana. En noviembre de 2008 la corona islandesa había caído a un cambio de 190 coronas por 1 euro, de un tipo de cambio previo en torno a las 70 coronas, lo cual implicaba una reducción drástica del poder adquisitivo de los islandeses. El mercado de divisas dejó de funcionar y las divisas mundiales pudieron utilizarse únicamente para las importaciones aprobadas por el gobierno. El mercado bursátil cayó aproximadamente un 98 por 100, y en marzo de 2009 los bonos de mayor calidad emitidos por los bancos se negociaban por cantidades que oscilaban entre el 2 y el 10 por 100 de su valor nominal. La renta nacional media bruta pasó del 1,6 al 0,8 de la de Estados Unidos en febrero de 2009, calculada de acuerdo con los tipos de cambio de mercado. Estos indicadores dibujan los contornos de una catástrofe.

Islandia resulta interesante en parte porque constituye un ejemplo inusualmente «puro» de dinámicas más generales que produjeron los crecientes niveles de fragilidad presentes en el conjunto del mundo desarrollado durante las décadas de 1990 y 2000. En muchos países, el sector financiero creció respecto al resto de la economía gracias a la combinación de tres factores: la arquitectura de tipos de cambio flotantes y de libre movimiento de capitales posterior a Bretton Woods; Internet; y la impetuosa concentración de renta y riqueza en los percentiles superiores de la población de los países capitalistas avanzados y de determinadas economías importantes, entre las que se cuentan China e India, que propiciaron la demanda de instrumentos financieros complejos en los que conservar los fondos que estaban acumulando. En periodos previos, cuando las finanzas desempeñaron una función decisiva, como por ejemplo a comienzos del siglo xx durante la *belle époque*, los financieros tenían fuertes vinculaciones con la producción y se sentaban en los consejos de administración de los grandes conglomerados eléctricos, químicos, metalúrgicos, ferroviarios y navieros, contribuyendo así a crear oligopolios y a decidir dónde invertir en la esfera productiva. La diferencia esta vez, especialmente tras la crisis de las empresas puntocom del año 2000, es que las finanzas, también ahora ocupando el puesto de mando, han sido capaces de generar enormes beneficios en su propio seno mediante operaciones de «economía de casino» alejadas de la producción.

Así, el circuito de retroalimentación positiva comenzó a desplegar sus efectos cuando muchos gobiernos –fundamentalmente los de Gran Bretaña y Estados Unidos, donde se encontraban la City de Londres y Wall Street– se hallaron más ligados a sus sectores financieros que a cualquier otro sector. Los analistas celebraron la «gran estabilidad», el evidente éxito de los responsables políticos en la suavización de los picos y valles del

ciclo económico, y el aseguramiento de largos periodos de crecimiento no inflacionario. La dependencia de los gobiernos del sector financiero y la atmósfera de autocomplacencia hicieron afirmar a éstos que utilizarían los ingresos públicos para rescatar a las grandes organizaciones financieras que tomaran decisiones de inversión erróneas, creando un peligro, en gran medida no percibido, de riesgo moral. Los financieros llegaron a pensar: «No nos enfrentaremos a una situación de pérdidas si nos metemos en un lío». Las autoridades modelizaron los test de resistencia para que contemplaran únicamente niveles modestos de dificultad, ya que, como señaló un banquero británico, «las autoridades van a tener que intervenir de todas formas» si la situación se complica<sup>2</sup>. La ineficacia de la supervisión no fue tan solo palmaria a escala nacional; la regulación global, como las normas de Basilea, era incluso más laxa, o incluso contraproducente; en Europa por su parte la regulación transnacional fue prácticamente inexistente.

En Islandia, los problemas de la economía de casino financiero, la captura del regulador y el riesgo moral se vieron intensificados porque la economía y la población —en torno a las 300.000 personas— son pequeñas y el Estado, aunque «moderno» en apariencia, carece de reguladores con conocimiento especializado del sistema bancario internacional y de sus prácticas. Por el contrario, el gobierno se apoyó de modo creciente en los propios bancos para obtener información sobre la economía. Por otro lado, desde principios de la década de 1990 el país fue gobernado por celosos neoliberales que creían que los mercados financieros eran «eficientes» y autorregulados. Eran condiciones ideales para la captura del regulador.

En el relajado clima regulador del mundo atlántico de principios de la década de 2000, los banqueros islandeses llegaron a adquirir marcas de renombre de primera fila en Gran Bretaña, Dinamarca y otros países, apalancando sus balances de situación gracias a garantías dudosas o incluso ficticias. Tuvieron también éxito a la hora de transferir el riesgo a los países en los que operaban, lejos de los islandeses, lo cual constituía un doble riesgo moral. La debilidad de la regulación transnacional permitía a los bancos una gran laxitud, agravada por el hecho de que no se enfrentaron a examen internacional alguno antes de 2006. Ante las crecientes preocupaciones mostradas por los mercados, los financieros islandeses lanzaron una campaña bien organizada de relaciones públicas, contratando a economistas de gran renombre para que afirmasen que el sistema financiero islandés era básicamente sólido. Uno de los bancos introdujo un producto basado en Internet, Icesave, que permitió que los depósitos internacionales de los pequeños ahorradores afluyeran de manera impetuosa. El Estado islandés, entre tanto, carecía de los recursos necesarios para asegurar

---

<sup>2</sup> Citado en Andrew Haldane, «Why Banks Failed the Stress Test», 9 de febrero de 2009, disponible en la website del Banco de Inglaterra. Haldane es Director Ejecutivo para la Estabilidad Financiera del Banco de Inglaterra.



los bancos dado el tamaño que les había permitido adquirir, aunque por mucho tiempo logró asegurar a los inversores y gobiernos extranjeros que lo haría. Pero remontémonos más hacia atrás para narrar cómo Islandia pasó de ser uno de los países más pobres de Europa occidental en 1945 a convertirse en uno de los más ricos en la década de 1990; y cómo entonces, lo cual resulta todavía más extraordinario, creó tres de los bancos internacionales más importantes.

### *De los harapos a las riquezas*

En una fecha tan tardía como la década de 1850, Islandia seguía siendo una colonia cuasi feudal de Dinamarca, como lo había sido durante muchos siglos. Entre la corona danesa y la Iglesia luterana poseían más de la mitad de la tierra utilizable; el resto se dividía entre un puñado de terratenientes locales que constituían la clase dominante nativa y que debían su riqueza a la explotación del trabajo de sus campesinos arrendatarios. Los trabajadores agrícolas se hallaban legalmente obligados a buscar empleo anual en una explotación agropecuaria y no se les permitía fundar una familia hasta que tuvieran medios independientes de subsistencia; la servidumbre por deudas era omnipresente. Ni la potencia colonial ni los terratenientes locales tenían interés alguno en permitir el crecimiento de oportunidades de empleo alternativas, por lo que el desarrollo urbano permaneció asfixiado y los caladeros islandeses fueron explotados principalmente por sus vecinos. La obstinada lucha de los pequeños agricultores por su tierra fue una dinámica importante en el seno del movimiento de independencia nacional de finales del siglo XIX, el cual presentó también un fuerte componente cultural. La vida de los pequeños arrendatarios fue inolvidablemente retratada en la gran novela de Halldór Laxness, *Gente independiente*.

La independencia de Copenhague se ganó gradualmente: gobierno autónomo en 1904; soberanía, si bien con un estatuto de semidependencia, en 1918. A principios del siglo XX, tras más de 600 años de gobierno extranjero, la renta media per cápita de Islandia era la mitad de la de Dinamarca y su estructura social era la más feudal de todos los países nórdicos. La mecanización y expansión de la flota de arrastre, sin embargo, comenzó lentamente a abrir nuevas oportunidades de empleo para los trabajadores agrícolas<sup>3</sup>. La pesca paulatinamente dominó la economía, generó la parte del león de los ingresos de divisas de Islandia e hizo posible que se desarrollase un creciente sector comercial basado en las importaciones, lo cual creó nuevas actividades económicas urbanas: construcción, servicios, industria ligera. El capitalismo islandés estuvo dominado desde el principio por un bloque de aproximadamente catorce familias, popularmente conocidas como El Pulpo, que constituían la elite

<sup>3</sup> Gunnar Karlsson, *Iceland's 1100 Years*, Londres, 2000.



política y económica dominante. Además del sector importador, El Pulpo controlaba el transporte, la actividad bancaria, el sector asegurador y la pesca, y posteriormente los suministros a la base de la OTAN. Durante más de medio siglo, suministró el personal gubernamental de Islandia y repartió los empleos del sector público y otros puestos entre sus familias, que vivían como clanes tribales tardíos<sup>4</sup>.

El periodo de entreguerras contempló la emergencia de agrupaciones políticas cuyos descendientes todavía compiten por el poder en la Islandia actual. A diferencia de otros países nórdicos, donde los partidos socialdemócratas han desempeñado generalmente un rol hegemónico, aquí el conservador Partido de la Independencia ha llevado desde hace mucho tiempo las riendas, con frecuencia en alianza con el Partido del Centro, bastión de los intereses agrarios y de menores dimensiones. Esta situación se debe en gran medida a la sobrerepresentación de las áreas rurales, recogida en la Constitución, que el Partido de la Independencia ha defendido naturalmente con uñas y dientes. Una izquierda de menores dimensiones, propensa a las escisiones pero vigorosa, siempre ha persistido a su lado: el Partido Socialdemócrata de principios del siglo xx se escindió sin embargo siguiendo las líneas de fractura de la Segunda y la Tercera Internacionales; el Partido de la Gente Común, de corte radical, formó alianzas consecutivas con ambas agrupaciones, y durante el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial las diferentes formaciones socialistas —la Alianza del Pueblo, la Unión de Liberales y la Izquierda—, así como los socialdemócratas, participaron en diversas coaliciones gobernantes de corta vida, en ocasiones con el Partido de la Independencia. Los sindicatos y las cooperativas de agricultores conservaron cierto peso político.

Tras la Segunda Guerra Mundial la economía islandesa entró en un periodo de crecimiento mucho más vigoroso, debido a la combinación de diversos factores: la ayuda del Plan Marshall, garantizada por la existencia de una importante base perteneciente a Estados Unidos y la OTAN; una abundante mercancía apta para la exportación, el bacalao, bendecida, como sucede con pocas mercancías, por una elevada elasticidad de la demanda; y una población muy pequeña, altamente formada y dotada de un fuerte sentido de identidad nacional. Islandia se hizo más prospera; creó un Estado del bienestar de acuerdo con el modelo escandinavo financiado con ingresos tributarios y en la década de 1980 alcanzó un nivel de renta y una distribución de la renta disponible igual al de la media nórdica, pero siguió siendo, no obstante, un país más regulado y más clientelista que sus vecinos europeos; el oligopolio local dominaba y restringía tanto la vida política como la economía.

---

<sup>4</sup> Örnólfur Árnason, *Á slóð Kolkraðbans; Hverjir eiga Ísland?* [En el reino de El Pulpo. ¿Quién posee Islandia?], Reikiavik, 1991; Guðmundur Magnússon, *Eimskip frá upphafi til nútíma. Saga Eimskipafélags Íslands* [Eimskip desde sus orígenes hasta el presente. La historia de las Islas de Eimskipafélag]. Reikiavik, 1998.

Podría trazarse una línea de descendencia directa desde las estructuras de poder casi feudal del siglo XIX a las del capitalismo islandés modernizado de finales del siglo XX. Los líderes políticos actuaban como responsables de largas cadenas de patronazgo mediante el control de los empleos y del crédito. Los bancos locales (de propiedad pública) eran efectivamente gestionados por los partidos dominantes: el Partido de la Independencia controlaba los nombramientos y los acuerdos de los acreedores en el Banco Nacional de Islandia (Landsbanki); el Partido del Centro desempeñaba la misma función respecto al Banco Agrícola (Búnaðarbanki). La gente común tenía que tratar con los funcionarios del partido a fin de obtener préstamos para comprar un coche o divisas para viajar al exterior. El Pulpo controlaba los medios de comunicación y decidía los nombramientos de los altos cargos en la función pública, la policía y el poder judicial. Las transacciones de mercado se convirtieron en transacciones políticas y personales, dado que el crédito y los empleos se asignaban en función del cálculo de la ventaja recíproca. Las redes de poder evolucionaron en retículas enmarañadas de presión, servilismo y desconfianza, empapadas de una cultura machista que celebraba la fuerza de su velludo brazo derecho.

A finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 este orden tradicional fue desafiado desde dentro por una facción neoliberal conocida como el grupo Locomotora, conformada a principios de los setenta, cuando determinados estudiantes de Derecho y de Administración de Empresas de la Universidad de Islandia se hicieron con el control de una revista, *La Locomotora*, para promover las ideas de libre mercado y también, sin duda, para abrirse oportunidades profesionales para sí mismos en vez de esperar el patronazgo de El Pulpo. Cuando concluyó la Guerra Fría comprobaron que su posición se había fortalecido material e ideológicamente ante la pérdida de apoyo público por parte de comunistas y socialdemócratas<sup>5</sup>. El futuro primer ministro del Partido de la Independencia Davíð Oddsson era un preeminente miembro del grupo. Nacido en 1948, Oddsson era un chulesco *bon viveur* de clase media que fue elegido como consejero del Partido de la Independencia al Consejo Municipal de Reikiavik en 1974; en 1982 era ya alcalde de la ciudad y dirigió las campañas de privatización –incluida la venta de la flota pesquera del municipio– en beneficio de sus colegas del grupo La Locomotora. En 1991 Oddsson dirigió al Partido de la Independencia a la victoria en las elecciones generales. Reinó –y no es una palabra demasiado fuerte– como primer ministro durante los siguientes catorce años, supervisando el espectacular crecimiento del sector financiero islandés, antes de instalarse como gobernador del Banco Central en 2004. Su protegido del grupo La Locomotora, Geir Haarde, ministro de Finanzas entre 1998 y 2005, ocupó el puesto de primer ministro poco después.

---

<sup>5</sup> El grupo La Locomotora funcionaba como una «elite en la sombra» en el sentido conceptualizado por Janine Wedel en *Shadow Elite*, Nueva York, 2009.

*Listos para despegar*

La liberalización de la economía islandesa comenzó en 1994, cuando la incorporación al Área Económica Europea –el bloque de libre comercio de los países de la UE más Islandia, Liechtenstein y Noruega– eliminó las restricciones sobre los flujos transnacionales de capital, bienes, servicios y personas. El gobierno de Oddsson se embarcó a continuación en un programa de venta de activos públicos y de desregulación del mercado de trabajo<sup>6</sup>. Hasta finales de la década de 1990, sin embargo, el sector financiero fue pequeño y estuvo formado básicamente por bancos de propiedad pública. La privatización comenzó en 1998, implementada de acuerdo con la lógica de las camarillas por Oddsson y por Halldor Ásgrímsson, el líder del Partido del Centro: el Landsbanki fue asignado a los grandes del Partido de la Independencia; el Kaupthing a sus contrapartes del Partido del Centro, su socio de coalición; los postores extranjeros fueron excluidos. Posteriormente, se constituyó un nuevo banco privado, el Glitnir, producto de la fusión de varias entidades de menores dimensiones, cuyo mayor accionista era la familia Ásgeir. Los nuevos propietarios de los bancos, y sus amigos, también fundaron compañías de *private equity* –FL Group, Exista, Samson, Baugur– que a su vez compraron grandes paquetes accionariales de los tres bancos. Ninguno de estos banqueros recién incorporados al negocio tenía mucha experiencia en las finanzas nacionales, por no hablar de las internacionales.

El sistema bancario resultante presentaba un alto grado de concentración, que excedía con creces el de los restantes países nórdicos; no se enfrentaba a ninguna competencia interna de bancos extranjeros; y, a pesar de ser «privado», seguía estando estrechamente ligado a los políticos. A comienzos del tercer milenio, Islandia se precipitó a las finanzas internacionales coadyuvada por dos condiciones globales –crédito barato abundante (gracias a los déficits estadounidenses) y libre movilidad del capital– y tres condiciones domésticas: un fuerte respaldo político para los bancos;

---

<sup>6</sup> Una consecuencia inesperada de la liberalización del «sistema endogenizado» de Islandia durante la década de 1990 fue la emergencia de un tercer grupo capitalista al margen de las camarillas de El Pulpo y de La Locomotora. Este grupo incluía a empresarios hechos a sí mismos, que habían explotado las oportunidades ofrecidas por la Rusia poscomunista, y a los millonarios surgidos al calor del negocio de los supermercados, que habían logrado eludir a los mayoristas de El Pulpo. (La venta al por menor en supermercados era una excelente fuente de ingresos líquidos, porque los propietarios recibían dinero en efectivo pero no pagaban a los proveedores hasta noventa días después.) Oddsson y los jefes del Partido de la Independencia se sintieron agraviados cuando estos recién llegados dejaron de respetar «las reglas»: Jón Ásgeir, la figura preeminente de los insurgentes, insistía en que si tuviera que donar dinero al Partido de la Independencia debería hacer lo propio y en idéntica cuantía con sus rivales. Oddsson y sus secuaces denigraron a los Ásgeir como «los vendedores callejeros», aludiendo a sus orígenes al margen del *establishment*. Buena parte de su mandato como primer ministro se invirtió en cómo acabar con ellos. Los interesados en los detalles de estos hechos –y quienes deseen una centelleante narración que explica el conjunto de la saga islandesa– pueden consultar Roger Boyes, *Meltdown Iceland*, Londres, 2009.

la fusión de los bancos de inversión con los bancos comerciales de modo que los primeros compartieran las garantías que el gobierno ofrecía a los segundos; y una reducida deuda soberana, que otorgó a los bancos islandeses el crucial imprimátur de una alta puntuación de las agencias internacionales de calificación crediticia. Fortalecidos de este modo, los accionistas más importantes del Landsbank, del Kaupthing, del Glitnir y de sus diversas entidades satélite revirtieron la previa predominancia política sobre las finanzas: la política pública se hallaba, ahora, subordinada a sus fines.

La estrategia general de Oddsson contemplaba las finanzas como la tercera rueda de la economía, junto con la pesca y la energía (especialmente para la fundición de aluminio). En 2001 su principal asesor económico y político escribió un documento titulado «Cómo hacer de Islandia el país más rico del mundo», que contemplaba el país como un paraíso fiscal de acuerdo con el modelo de Luxemburgo, Jersey, Guernesey y sus contrapartes del Caribe. El trabajo comenzó con una enorme presa hidroeléctrica financiada públicamente, uno de los proyectos más importantes de Europa; le siguió una gran fundición de aluminio financiada privadamente, propiedad de Alcoa, y una gran expansión de otra. Estos proyectos generaron enormes flujos de entrada de capital y llevaron el déficit comercial a cotas inverosímiles. Oddsson y sus amigos relajaron a continuación las normas que regulaban las hipotecas concedidas por el Estado, permitiendo la concesión de préstamos por el 90 por 100 del valor de la propiedad. Los bancos recientemente privatizados se apresuraron a ofrecer condiciones todavía más generosas. Los tipos del impuesto sobre la renta de las personas físicas y del IVA se redujeron de acuerdo con la estrategia que apuntaba a convertir a Islandia en un centro financiero internacional de baja presión fiscal. Pronto comenzó a desplegarse la dinámica característica de una burbuja<sup>7</sup>.

La nueva elite bancaria islandesa cabalgó la burbuja con el objetivo de expandir su propiedad sobre la economía del país, a un tiempo compitiendo y cooperando entre sí. Utilizaron sus acciones como garantía, suscribieron de sus propios bancos enormes préstamos, algunos de los cuales se gastaron en comprar más acciones de esos mismos bancos, lo cual hizo subir el precio de las acciones. Sus ejecutivos recibieron instrucciones para que siguieran tal pauta de comportamiento. Realizaron la misma tarea para otros clientes, incluidos los otros bancos. El Banco A prestaba a los accionistas del Banco B, que compraban más acciones de B utilizando las acciones como garantía, lo cual elevaba el precio de las acciones de B. El Banco B devolvía el favor a los accionistas del Banco A. El resultado neto era que el precio de las acciones de ambos bancos subía sin que entrara nuevo dinero. Los depositantes también eran conminados a convertir sus ahorros en acciones, y los empleados bancarios invertían sus tardes telefoneando a los hogares de todo el país para que así lo hicie-

---

<sup>7</sup> SIC Report, vol. 1, cap. 4, sec. 3, pp. 97-129.



ran, utilizando para ello tácticas que tan solo podrían describirse como actividades prestamistas depredadoras. El resultado fue proteger a los accionistas más importantes del riesgo, al tiempo que se les concedía un porcentaje de los elevadísimos beneficios.

Buena parte de esta actividad eran finanzas organizadas de acuerdo con el modelo de Ponzi, porque la deuda únicamente podía refinanciarse mediante un ulterior endeudamiento; gran parte de toda la operativa reposaba sobre capital falso, resultado de la manipulación ilegal del mercado. La insostenibilidad del proceso permanecía, sin embargo, oculta, ya que los bancos establecían elaborados carruseles de compañías coposeídas, con sede en lugares como Luxemburgo, la Isla de Man, las Islas Vírgenes británicas e incluso Cuba, que compraban recíprocamente sus acciones y apalancaban los respectivos balances de situación. Una vez ocultados esos negocios consigo mismas, las instituciones financieras parecía que tenían balances de situación cada vez más sólidos, al menos para los inexpertos o los poco inquisitivos. Los *brokers* recorrieron el país de punta a cabo para persuadir a los hogares de que se endeudaran más o convirtieran la nueva deuda, o la ya existente denominada en coronas, en otra mucho más ventajosa en cuanto al tipo de interés denominada en francos suizos o yenes japoneses. Aseguraban a sus clientes que se trataba de una verdad de perogrullo: «La corona tendría que caer más de un 20 por 100 para que esa ventaja desapareciese, y eso no iba a suceder». La superabundancia de crédito hizo que la gente consumiese de modo de extravagante para celebrar su huida de las anteriores décadas de racionamiento de un crédito gestionado a través de conexiones políticas. Los islandeses podían considerarse, al fin, «personas independientes», lo cual contribuyó a explicar su clasificación como el pueblo «más feliz del mundo».

Estos fueron los medios por los que la diminuta Islandia logró entrar en la liga de los grandes bancos. A finales de 2007, como hemos indicado, los «activos» conjuntos del Landsbanki, el Kaupthing y el Glitnir habían crecido hasta representar casi el 800 por 100 del PIB del país. Los propietarios y gestores se remuneraban a sí mismos a una escala todavía mayor, esquilmando efectivamente los bancos desde dentro. A medida que se hacían más ricos, concitaban un mayor apoyo político; muchos llegaron a creer que tenían el toque de Midas. Sus *jets* privados, despegando y aterrizando del aeropuerto de Reikiavik, parecían proporcionar la prueba visual y sonora a la población, en parte admirada, en parte envidiosa, que los contemplaba desde abajo. La desigualdad de renta y riqueza creció, coadyuvada por las políticas del gobierno que transfirió la carga fiscal a la mitad más pobre de la población<sup>8</sup>. A mediados de la década de 1990, la pauta de distribución de la renta total disponible era comparable a la

---

<sup>8</sup> Stefán Ólafsson y Arnaldur S. Kristjánsson, «Income Inequality in a Bubble Economy. The Case of Iceland 1992-2008». ponencia presentada en la Luxembourg Incomes Study Conference, junio de 2010.



relativamente igualitaria renta de media los países nórdicos; en 2007 se hallaba a la par de la de Estados Unidos, la más desigual del mundo desarrollado.

Los banqueros devolvieron el favor mediante cuantiosas contribuciones financieras a los partidos del gobierno. En la campaña electoral de 2007, las contribuciones al Partido de la Independencia equivalieron a 77 dólares por voto depositado en su favor; el menor Partido del Centro recibió 202 dólares por voto depositado, y ello sin incluir las contribuciones a los candidatos individuales. La mayoría del dinero provino de los bancos y de los barones de la pesca<sup>9</sup>. Los bancos también hicieron grandes préstamos personales a los políticos: diez de los sesenta y tres parlamentarios del *Althing* suscribieron préstamos de más de 100 millones de coronas (aproximadamente 1,5 millones de dólares) entre 2005 y 2008<sup>10</sup>. Existen indicios para pensar que más de la mitad de los parlamentarios tenían suscritos préstamos que excedían los 50 millones de coronas. El gobierno de Oddsson, los bancos, la Cámara de Comercio y otros organismos lanzaron una campaña bien orquestada en la que se presentaba al país como un centro financiero internacional emergente, convenientemente situado a medio camino entre Europa y América<sup>11</sup>. El máximo defensor islandés de las políticas económicas de libre mercado declaró a *The Wall Street Journal*: «El experimento de Oddsson con las políticas liberales es la historia más exitosa del mundo». La Cámara de Comercio de Islandia sugirió que Islandia «dejase de compararse con los otros países nórdicos, ya que después de todo somos superiores a ellos en muchos aspectos»<sup>12</sup>.

### *Temblores*

A principios de 2006, sin embargo, comenzaron a hacerse perceptibles en la prensa financiera las primeras preocupaciones sobre la estabilidad de los grandes bancos islandeses, que estaban empezando a tener problemas a la hora de obtener fondos en los mercados de dinero. El déficit por cuenta corriente de Islandia había pasado del 5 por 100 del PIB en 2003 al 20 por 100 en 2006, convirtiéndose en uno de los mayores del mundo. El mercado bursátil se multiplicó por nueve entre 2001 y 2007. El Landsbanki, el Kaupthing y el Glitnir estaban operando mucho más allá de la capacidad del Banco Central de Islandia de sostenerlos como prestamista en última instancia, lo cual se veía agravado todavía más porque, aunque sus pasivos eran reales, muchos de sus activos eran dudosos y una gran

<sup>9</sup> Los partidos de otros países nórdicos no aceptan fondos de las empresas.

<sup>10</sup> SIC Report, vol. 2, cap. 8, sec. 11.2, p. 200, cuadro 23. 100 millones de coronas suponía más de seis veces la deuda media de una familia islandesa en ese momento.

<sup>11</sup> Oddsson había discutido esta idea en una entrevista algunos años antes; véase «Iceland Warms to Offshore Banking», *Financial Times*, 7 de abril de 1998.

<sup>12</sup> Véase Hannes Gissurarson, «Miracle on Iceland», *Wall Street Journal*, 29 de enero de 2004; y Icelandic Chamber of Commerce, *Vidskiptathing Íslands 2015*, febrero de 2006, p. 22.

parte de ambos se hallaban denominados en monedas extranjeras<sup>13</sup>. En febrero de 2006, Fitch rebajo las expectativas de futuro de Islandia de estable a negativa, lo cual desencadenó lo que se llegó a conocer como la «minicrisis» de 2006: la corona cayó abruptamente, el valor de los pasivos de los bancos denominados en monedas extranjeras se incrementó, la sostenibilidad de las deudas contraídas en divisa extranjera devino un problema «público», el mercado bursátil cayó y la quiebra de empresas aumentó.

El informe del FMI de 2006 sobre Islandia lanzó una advertencia. La versión publicada comenzaba afirmando que las «perspectivas económicas de Islandia son envidiables», pero proseguía mitigando el tono eufórico al señalar, por ejemplo, las «vulnerabilidades» entre las que se contaban «las considerables necesidades de refinanciación a corto plazo, la calidad del crédito, la sostenibilidad a largo plazo de la presencia de los bancos en el mercado hipotecario nacional y la interpenetración de las participaciones patrimoniales»<sup>14</sup>. Varios economistas islandeses advirtieron de los grandes peligros que acechaban en el futuro, mientras el Danske Bank de Copenhague describió a Islandia como una «economía géiser» a punto de explotar<sup>15</sup>. Los banqueros y políticos islandeses despacharon la «minicrisis» de 2006 como producto de la ignorancia y continuaron citando la frase que abría el informe del FMI —«las perspectivas de la economía islandesa son envidiables»— e ignorando los reparos posteriores. El Banco Central de Islandia suscribió préstamos para doblar las reservas extranjeras, mientras la Cámara de Comercio —dirigida, por supuesto, por compinches y representantes del Landsbanki, del Kaupthing y del Glitnir y sus diversas entidades participadas— respondió con una campaña de relaciones públicas. Se encargó un caro informe al economista de la Business School de Columbia Frederic Mishkin, que afirmó la estabilidad de los bancos introduciendo un reducido número de reparos<sup>16</sup>. El año siguiente la Cámara de Comercio encargó otro informe a Richard Portes, de la London Business School, que alcanzó virtualmente la misma conclusión. Portes y su colaborador islandés dejaron la cuestión del prestamista en última instancia para el final y luego la liquidaron en media página. No era esta una cuestión que descara ser escrutada por la Cámara o por los banqueros de Reikia-

<sup>13</sup> Willem Buiter y Anne Sibert, «The Icelandic Banking Crisis and What to do About It», Centre for Economic Policy Research, octubre de 2008.

<sup>14</sup> FMI, *Staff Report. Iceland*, 13 de julio de 2006. La versión interna era más crítica, pero el primer ministro Haarde así como el ministro de Finanzas insistieron en que se rebajara el tono y el FMI aceptó. Así, el borrador interno afirmaba que los balances de situación de los bancos islandeses «crecían a un ritmo vertiginoso», mientras que la versión publicada afirmaba meramente que lo hacían a un «ritmo notable».

<sup>15</sup> Danske Bank, «Iceland: Geyser Crisis», 2006.

<sup>16</sup> Frederic Mishkin y Tryggvi Herbertsson, «Financial Stability in Iceland», Reikiavik, 2006. Mishkin recibió 135.000 dólares por este informe de 35 páginas. Después de septiembre de 2008 el informe aparecía en el curriculum vitae de Mishkin como «Financial Instability in Iceland». Preguntado por el cambio del título por el director de documentales Charles Ferguson, Mishkin lo despachó como un error tipográfico. Véase *Inside Job*, 2010, y «Mishkin Resigns: a Look Back», *The Wall Street Journal*, 28 de mayo de 2008.

vik que estaban tras ella, porque la respuesta era escandalosamente obvia: el valor de los «activos» de los bancos en ese momento era aproximadamente ocho veces mayor que el PIB de Islandia<sup>17</sup>.

Mishkin ignoró el informe del Danske Bank afirmando que «hablaba de Islandia como si fuera una economía de mercado emergente, cuya vulnerabilidad era idéntica a la de esas economías. Cuando se analizan las cosas más detenidamente esa opinión no se sostiene». Portes reiteró que los bancos islandeses no tenían motivo alguno para preocuparse por la «solidez fundamental» de su modelo empresarial: «creo que es muy sólido y realmente bueno»; las eventuales «turbulencias de los mercados [fueron] provocadas por errores de interpretación cometidos por algunos analistas»<sup>18</sup>. En esos momentos, el Landsbanki, el Kaupthing y el Glitnir sostenían dos tercios de su financiación total mediante endeudamiento a corto plazo. El economista Arthur Laffer, partidario de las políticas económicas por el lado de la oferta, aseguró a la comunidad empresarial islandesa a finales de 2007 que un rápido crecimiento económico acompañado por un gran déficit comercial y una arrolladora deuda externa eran signos de éxito: «Islandia debería ser un modelo para el mundo»<sup>19</sup>. El primer ministro informó debidamente en la reunión anual del Banco Central de 2008 que eminencias como Mishkin y Portes habían «confirmado totalmente» que las perspectivas económicas eran buenas y los bancos sólidos, como se recoge en la cita que abre este ensayo.

### *La coalición Partido de la Independencia-Alianza Socialdemócrata*

La izquierda islandesa había experimentado entretanto una serie de escisiones y reagrupamientos. En 1999 el Partido Socialdemócrata, la Lista de las Mujeres y una sección de la denominada Alianza del Pueblo –previamente una fuerza de izquierda crítica tanto con la OTAN como con el Pacto de Varsovia– se unieron en una lista de centro-izquierda, la Alianza Socialdemócrata, en un intento de inaugurar un sistema bipartidista «normal». La izquierda de la Alianza del Pueblo se unió, por su parte, a los ambientalistas para formar el Movimiento Verde de Izquierda. Un indicador de la estatura moral de la izquierda ha sido la repetida reelección del politólogo Ólafur Ragnar Grímsson, máxima figura de la Alianza del Pueblo entre 1987 y 1995, como presidente de Islandia. Elegido presidente por primera vez en 1996 y de nuevo reelegido en 2000, 2004 y 2008, Grímsson se opuso coherente y consistentemente a la política exterior de Oddsson, criticando sin tapujos el ávido apoyo de éste a la «Coalición de los dispuestos» de Bush

<sup>17</sup> Richard Portes y Friðrik Baldursson, «The Internationalization of Iceland's Financial Sector», Reikiavik, 2007. Los honorarios de Portes por su informe de 65 páginas ascendieron a 58.000 libras: SIC Report, vol. V. 8, Anexo III, cit., p. 3.

<sup>18</sup> Estas opiniones, grabadas respectivamente en 2006 y 2007, proceden de la excelente película sobre la crisis islandesa *Maybe I Should Have*, dirigida por Gunnar Sigurðsson.

<sup>19</sup> Arthur Laffer, «Overheating is not Dangerous», *Morgunblaðið*, 17 de noviembre de 2007.

en Iraq. En las elecciones al *Althing* de 1999 y 2003 la Alianza Socialdemócrata obtuvo 17 y 20 escaños respectivamente, con una cuota electoral de voto del 26-31 por 100. El Movimiento Verde de Izquierda, que representaba en torno al 10 por 100 de los sufragios, ganó seis escaños en 1999 y cinco en 2003. Frente a estos datos, la coalición gobernante del Partido de la Independencia-Partido del Centro obtuvo conjuntamente el 50-60 por 100 del voto, ganando entre ambos 38 escaños en 1999 y 34 en 2003, lo cual suponía una mayoría operativa en el *Althing* de 63 escaños.

En las elecciones de mayo de 2007, sin embargo, el Partido del Centro cayó de 12 a 7 escaños, obteniendo poco menos del 12 por 100 de los votos, relegado al cuarto lugar por el Movimiento Verde de Izquierdas, que obtuvo 9 escaños y algo más del 14 por 100 de los votos. La Alianza Socialdemócrata, con 18 escaños y casi el 27 por 100 de los votos, aprovechó la oportunidad de los deslucidos resultados del Partido del Centro –y de una cuota de la prosperidad– para entrar en un gobierno de coalición con el todavía dominante Partido de la Independencia (25 escaños, 37 por 100 de los votos). Para consternación de muchos de sus partidarios, los líderes de la Alianza Socialdemócrata enterraron sus promesas preelectorales y aceptaron rotundamente la expansión continuada del sector financiero<sup>20</sup>.

En esta ocasión el círculo interno del gobierno no podía dejar de ignorar la evidencia de que los balances de situación de los bancos podrían estar podridos y que la interconexión de éstos era tal que si uno caía el resto podía seguir su senda. Los ministros de más peso establecieron un grupo de coordinación *ad hoc* formado por funcionarios provenientes de la Oficina del Primer Ministro, el Ministerio de Finanzas, el Ministerio de Comercio y Banca, el Banco Central y la Autoridad de Supervisión Financiera de Islandia. El grupo debía compartir información y elaborar un plan de contingencia en caso de crisis financiera, pero carecía de un mandato claro o de procedimientos formales e hizo poco más que darle vueltas a determinadas ideas. El presidente –el secretario permanente de la oficina del Primer Ministro– mostró realmente poco entusiasmo por la planificación de las medidas de crisis. La Comisión Especial determinó posteriormente que el grupo no informó a los ministros de modo alguno que pueda verificarse, permitiendo a éstos eludir la responsabilidad legal y después negar que conocieran la gravedad del problema que se avecinaba<sup>21</sup>. No se produjo iniciativa alguna para fortalecer el marco regulador del sistema bancario por parte de la coalición PI-ASD.

---

<sup>20</sup> El acuerdo de gobierno de la coalición PI-ASD afirma: «La transformación de la economía islandesa durante los últimos años implica entre otras cosas la importancia cada vez mayor de la prestación de diversos servicios internacionales, como, por ejemplo, los servicios financieros. El gobierno pretende asegurar que tales servicios continúen creciendo aquí en Islandia y que se expandan en nuevas áreas en otros mercados», citado en SIC Report, vol. 1, cit., cap. 5, sec. 5.2. p. 210. Datos electorales procedentes de Economic Intelligence Unit, «Iceland: Country Profile 2008».

<sup>21</sup> SIC Report, vol. 6, cit., pp. 69-245.



## *El lanzamiento de Icesave*

Aunque habían sobrevivido a la minicrisis de 2006, el Landsbanki, el Kaupthing y el Glitnir todavía presentaban enormes descompensaciones entre sus activos –fundamentalmente no líquidos y con largos vencimientos– y sus pasivos a corto plazo. Continuaron teniendo problemas para obtener dinero para financiar sus compras de activos y reembolsar la deuda viva, en gran parte denominada en monedas extranjeras. Los bancos recurrieron a dos métodos para resolver este problema. El primero, explorado inicialmente por el Landsbanki, fue Icesave, un servicio gestionado por Internet para obtener depósitos al por menor mediante la oferta de tipos de interés más atractivos que los bancos convencionales. Icesave, establecido en el Reino Unido en octubre de 2006 y en Holanda dieciocho meses más tarde, suscitó la atención de las páginas web financieras que pretendían ofrecer las mejores opciones de inversión y pronto recibió cuantiosos depósitos. Decenas de millones de libras llegaron de la Universidad de Cambridge, la Autoridad de la Policía Metropolitana de Londres e incluso de la Comisión de Auditoría del Reino Unido, organismo responsable de la supervisión de los fondos públicos locales.

Los responsables del Landsbanki apenas podían creer en su buena fortuna cuando comprobaron cómo crecían las cifras en las pantallas de sus ordenadores. Solo en Reino Unido había 300.000 depositantes. Este importante flujo de recursos hizo posible que el banco reembolsara sus préstamos y comprara más activos. El hecho de que las entidades Icesave fueran consideradas legalmente como «sucursales» y no como «subsidiarias» significaba que se encontraban bajo supervisión de las autoridades islandesas y no bajo la de sus anfitriones. Nadie se preocupó demasiado –dadas las obligaciones de Islandia como miembro del programa de seguro de depósitos del Área Económica Europea– de que su población de 320.000 personas sería la responsable de compensar a los depositantes en el exterior en caso de quiebra, mientras los accionistas del Landsbanki obtenían beneficios a corto plazo. Los otros bancos, el Kaupthing y el Glitnir, se apresuraron a entrar en acción: tan solo en mayo de 2008 el regulador recibió diez solicitudes para establecer entidades similares en el exterior.

La segunda «solución» para arrostrar las dificultades de los bancos islandeses a la hora de obtener nuevos fondos llegó a conocerse como «cartas de amor»: se trataba de un modo novedoso de obtener liquidez sin pignorar activos reales como garantía. Tras haber agotado su capacidad de endeudamiento con el Banco Central de Islandia, los tres grandes venderían títulos de deuda a los pequeños bancos regionales que colocarían estos bonos en el Banco Central y se endeudarían contra los mismos, sin tener que ofrecer otra garantía; después prestarían de nuevo a los grandes bancos que habían iniciado la operación. Los bonos pronto comenzaron a denominarse «cartas de amor» en el negocio: eran meras promesas. Los bancos después internacionalizaron el proceso. Estimulados por sus «sólidos»



balances de situación, los tres grandes establecieron subsidiarias en Luxemburgo y les vendieron «cartas de amor», que a su vez éstas vendieron al Banco Central de Luxemburgo o al Banco Central Europeo recibiendo dinero en efectivo a cambio de las mismas, que podía retornar al banco matriz en Islandia o ser utilizado por ellas mismas. Entre febrero y abril de 2008, el Landsbanki, el Kaupthing y el Glitnir aumentaron su endeudamiento del Banco Central de Luxemburgo en 2,5 millardos de dólares; a finales de junio esa cifra se había incrementado en otros 2 millardos. Por supuesto, ninguno de los Bancos Centrales –islandés, luxemburgués o europeo– debería haber aceptado deuda de un banco islandés como garantía del endeudamiento de otro, dada su codependencia<sup>22</sup>. Curiosamente, al menos uno de los grandes bancos, el Glitnir, recibió la calificación AAA para sus bonos de una agencia de calificación crediticia estadounidense, calificación mayor que la de la propia Islandia.

El apoyo político y regulador continuó al más alto nivel. En marzo de 2008 el gobierno PI-ASD lanzó una campaña más de relaciones públicas en forma de «espectáculo itinerante» en Copenhague en la cual Richard Portes y el ministro de Asuntos Exteriores de Islandia, perteneciente a la Alianzas Socialdemócrata, Ingibjörg Gísladóttir, reafirmaron la solidez del sistema financiero del país<sup>23</sup>. (Posteriormente Gísladóttir afirmaría que el sistema bancario era responsabilidad del ministro de Banca, compañero de su partido, la ASD, no suya.) Con anterioridad al lanzamiento de Ice-save en Holanda en mayo de 2008, el Landsbanki publicó un folleto en el que el presidente de la Autoridad de Supervisión Financiera de Islandia también declaraba su confianza en la estabilidad del sector. Tal captura del regulador fue endémica del sistema financiero.

Sin embargo, en este momento, tras muchos meses de contracción crediticia, los bancos centrales europeos y el FMI percibieron con absoluta claridad la crisis que se avecinaba en Islandia y los riesgos internacionales que planteaba. A mediados de abril de 2008, el FMI envió un informe confidencial al gobierno presidido por Haarde sobre la necesidad de embriagar a los bancos y sobre el modo de conseguirlo. Ese mismo mes, Mervyn King, el gobernador del Banco de Inglaterra, ofreció ayuda a Oddsson para reducir las dimensiones del sistema bancario, pero no recibió respuesta. El Banco Central de Islandia había concluido que esa reducción era imposible e intentó únicamente incrementar su endeuda-

<sup>22</sup> Anne Sibert, «Love Letters from Iceland: Accountability of the Eurosystem», VoxEU, 18 de mayo de 2010. El Banco Central de Luxemburgo exigió amenazadoramente al Banco Central de Islandia que eliminase el *link* al artículo de Sibert de su página web.

<sup>23</sup> Desde el verano de 2005 Wade pronunció varias conferencias públicas en Islandia en las que advirtió sobre el incremento de la fragilidad financiera y trazó paralelos con la fase previa a la crisis asiático-oriental de 1997-1998; sus intervenciones fueron educadamente dejadas de lado. Véase «Iceland Pays the Price for Financial Excess», *The Financial Times*, 2 de julio de 2008, y la carta de respuesta de Richard Portes y Friðrik Baldursson, que empieza con estas palabras: «Robert Wade comprende Islandia muy mal»; *The Financial Times*, 4 de julio de 2008.

miento para conseguir más reservas de divisas. En mayo de 2008, los Bancos Centrales de Dinamarca, Suecia y Noruega, conscientes de las consecuencias que acarrearía una implosión en Reikiavik para sus propios sectores financieros, respondieron con reticencia a las desesperadas llamadas islandesas para que concedieran líneas de crédito, obteniendo a cambio una promesa secreta de los ministros y de los gobernadores del Banco Central de Islandia de aplicar un programa similar al propuesto por el FMI el mes anterior<sup>24</sup>. El 15 de septiembre de 2008, cuando cayó Lehman Brothers, no se había dado prácticamente un paso al respecto<sup>25</sup>.

### *La crisis golpea*

La caída de los bancos islandeses llegó dos semanas más tarde. El 29 de septiembre el Glitnir se entrevistó con el gobernador Oddsson en el Banco Central para pedirle ayuda ante el inminente problema de liquidez al que se enfrentaba. En un intento por reestablecer la confianza, Oddsson ordenó al Banco Central que comprara el 75 por 100 de las acciones del Glitnir. El efecto, sin embargo, no fue estimular el Glitnir, sino minar la confianza en Islandia. La calificación del país se hundió y se retiraron las líneas de crédito al Landsbanki y al Kaupthing. Los depositantes en las sucursales exteriores de Icesave comenzaron a retirar masivamente sus ahorros. Cuando el colapso se precipitó, Oddsson decidió vincular la corona a una cesta de monedas a un tipo similar al vigente antes de la crisis y redujo simultáneamente el tipo de interés (lo cual equivalía arrojar gasolina al fuego). No consultó a nadie salvo a su protegido, Haarde. Incluso el economista jefe del Banco Central fue mantenido al margen de la decisión. En un contexto en el que la moneda se desplomaba, las reservas de divisas se habían agotado y no existían controles de capital, el tipo de cambio fijo duró tan solo unas horas de actividad comercial; fue quizá el cambio fijo más corto de la historia. Pero fue sin embargo lo suficientemente larga como para que los compinches que estaban al tanto retiraran su dinero de la corona a un tipo mucho más favorable que si lo hubieran hecho posteriormente. Fuentes bien informadas indican que miles de millones abandonaron la moneda islandesa durante esas horas<sup>26</sup>. A continuación se dejó flotar a la corona, que se hundió como una piedra. El

<sup>24</sup> SIC Report, vol. 1, cit., pp. 223-224.

<sup>25</sup> En un intento final por mantener las apariencias, el Kaupthing anunció con gran fanfarria que un miembro de la familia real qatari había comprado una participación del 5 por 100 del banco, lo cual evidenciaba la confianza internacional; a la postre resultó que el príncipe no había invertido dinero propio: el Kaupthing se lo había prestado a través de un tercero.

<sup>26</sup> El tipo de cambio fijo ha sido extrañamente poco estudiado en la investigación del colapso islandés. La mezcla de pánico, ignorancia y tácticas subyacentes al mismo no está clara. El gobernador dijo a los medios de comunicación que había asegurado un préstamo del Banco Central de Rusia (lo suficientemente grande, implícita aunque no explícitamente, para asegurar la paridad); pero casi de inmediato se produjo una airada denegación rusa. La táctica puede haber supuesto más que una oportunidad para que los amigos retiraran su dinero de la corona. Personajes de peso pueden haber calculado también que sacrificar el Kaup-

8 de octubre Gordon Brown hizo un alarde de fuerza y congeló los activos del Landsbanki en Reino Unido en aplicación de las leyes antiterroristas del Nuevo Laborismo<sup>27</sup>. Desde su máximo de 70 coronas por 1 euro, la moneda, como hemos visto, alcanzaría 190 en noviembre. El mercado bursátil, los bonos de los bancos, los precios de la vivienda y la renta media comenzaron a caer en picado.

El FMI llegó a Reikiavik en octubre de 2008 para preparar el programa de gestión de la crisis, siendo la primera vez que era llamado para rescatar a una economía desarrollada desde su presencia en Gran Bretaña en 1976<sup>28</sup>. Ofreció un préstamo condicional de 2,1 millardos de dólares para estabilizar la corona; se persuadió a los Bancos Centrales de los países nórdicos para que se tragasen su ira y garantizaran otros 2,5 millardos de dólares, de nuevo con condiciones. El FMI aprobó la imposición de estrictos controles del tipo de cambio para detener la huida de capital: el dinero invertido en coronas para efectuar operaciones de *carry trade* en los denominados «bonos glaciar», cuyo importe se estimaba en torno a la mitad del PIB islandés de 2008, se dispuso a huir. Los tipos de interés se elevaron inicialmente al 18 por 100, pero pronto se redujeron al 15 por 100 estipulado originalmente. Se decidió aplicar políticas de ajuste presupuestario para 2010-2011. El FMI respaldó también las demandas de los gobiernos británico y holandés de que Islandia los recompensase por su rescate de los depositantes de Icesave hasta el techo contemplado por el dispositivo europeo de garantía de depósitos, que asciende a 20.887 euros por cuenta.

La habitualmente plácida y consumista población islandesa se levantó en un movimiento de protesta enfurecido y enrabiado, cuyos objetivos eran fundamentalmente Haarde, Oddsson y sus compinches del Partido de la Independencia, aunque la Alianza Socialdemócrata de Gísladóttir también se vio envuelta en el descrédito. Miles de personas de todos los grupos de edad se reunieron en la principal plaza de Reikiavik durante las heladoras tardes de los sábados para cantar, golpear cacerolas, y escuchar discursos y canciones. Los manifestantes rodearon con sus brazos

---

thing, el único banco que parecía que podía sobrevivir, sería una dulce venganza de acuerdo con el principio de que «si mi banco se ha hundido, el tuyo se va a hundir también». En una cena celebrada durante la reunión anual del FMI de 2007 en Washington DC, se sabe que Oddsson apuntó con su dedo al presidente del Kaupthing y le dijo que si el banco comenzaba a denominar sus transacciones en euros, él se encargaría de hacerlo caer. La vinculación monetaria hizo posible una salida enorme de fondos del Kaupthing, todavía vinculados al Partido del Centro y a importantes figuras rivales. El Landsbanki, que mantenía estrechos vínculos con el gobernador del Banco Central y el Partido de la Independencia, había colapsado justo antes de que se introdujese la vinculación. Son éstas aguas turbias.

<sup>27</sup> Jon Danielsson y Gylfi Zoega, «The Collapse of a Country», *Risk Research*, 12 de marzo de 2009.

<sup>28</sup> International Monetary Fund, *Iceland: Request for Stand-By Arrangement*, 25 de noviembre de 2008. Por una feliz coincidencia, el economista del FMI designado para dirigir la oficina de la institución en Reikiavik era el compañero de habitación de Geir Haarde en Brandeis durante la década de 1970.

unidos el *Althing* para exigir la dimisión del gobierno y arrojaron yogurt y fruta contra las paredes del edificio. Todos los lunes por la noche, un millar de personas se reunía en el mayor cine de la ciudad para debatir la situación. Los petulantes ministros del gobierno fueron forzados a responder a sus preguntas. Sin embargo, la elite gobernante se obstinó en intentar demostrar que la situación pareciese «normal» ocultando sus conflictos de intereses como meras coincidencias personales. Así, por ejemplo, el gobierno de Haarde no vio problema alguno en el hecho de que el fiscal del Estado designado para investigar la crisis bancaria de 2008 fuera el padre del director ejecutivo de una de las mayores compañías del grupo del Kaupthing. De modo similar, el ministro de Justicia había considerado adecuado nombrar como fiscal especial de la investigación al jefe de policía de una pequeña ciudad, cuyo mérito más notable había sido un sistema de tickets de aparcamiento<sup>29</sup>.

Finalmente, en enero de 2009, la coalición Partido de la Independencia-Alianza Socialdemócrata se rompió, cuando los líderes socialdemócratas se hicieron eco de las demandas populares para que Oddsson dimitiera como gobernador del Banco Central, mientras Haarde todavía defendía a su viejo amigo<sup>30</sup>. Hasta la fecha, el de Islandia sigue siendo el único gobierno que ha renunciado como consecuencia de la crisis financiera mundial y el único país que ha girado hacia la izquierda como resultado de septiembre de 2008. Con el Partido de la Independencia en gran medida desperdigado y situado en las encuestas muy por detrás tanto de la Alianza Socialdemócrata como del ahora muy popular Movimiento Verde de Izquierda, se constituyó un gobierno de coalición ASD-MVI en 2009 para dirigir el país hasta las elecciones de abril. Jóhanna Sigurðardóttir, previamente ministra de Seguridad Social y relativamente no tocada por la crisis, se convirtió en primera ministra provisional y reemplazó a Gísladóttir como líder de la Alianza Socialdemócrata, y Steingrímur Sigfússon, miembro del Movimiento Verde de Izquierda, en ministro interino de Hacienda. En las elecciones de abril de 2009 la ASD obtuvo 20 escaños y el MVI 14, resultado que otorgó a la coalición roji-roja una estrecha mayoría para gobernar. A pesar del contundente sesgo del sistema electoral a su favor, el Partido de la Independencia obtuvo tan solo 16 escaños, el peor resultado cosechado desde su formación en 1929.

El gobierno ASD-MVI se vio conminado de inmediato a pagar la enorme deuda de Icesave en los términos exigidos por los gobierno británico y ho-

<sup>29</sup> El movimiento de protesta ciudadano exigió que una experimentada activista anticorrupción, la franco-noruega Eva Joly, fuera nombrada asesora del fiscal especial. Durante varios meses tras su nombramiento Joly no dispuso de oficina y tuvo que trabajar en la habitación de su hotel.

<sup>30</sup> Oddsson fue finalmente forzado a dimitir como gobernador del Banco Central en febrero de 2009, tras airadas manifestaciones ante la sede de la institución que presidía y la abolición legal de los puestos de gobernador existentes, así como la exigencia a los futuros cargos de experiencia en el mundo financiero y al menos una licenciatura en ciencias económicas.



landés; buena parte del préstamo del FMI se retuvo hasta que Reikiavik se mostró de acuerdo con sus condiciones. El gobierno de Sigurðardóttir se mostró dividido en cuanto a la conveniencia de presentar la candidatura para que Islandia se convirtiera en miembro de pleno derecho de la UE y de la eurozona, mientras la mayoría de la ASD se mostraba abiertamente a favor de la integración. Por otro lado, se esperaba que los islandeses pagasen el gigantesco préstamo suscrito por el Banco Central en 2006, cuyo vencimiento estaba previsto para 2011. Las constricciones eran de lo más severo, ya que los bonos «carta de amor», comprados por el Banco Central sin contar con garantía alguna, lo colocaban de hecho en una situación de quiebra. El Banco fue recapitalizado con cargo a los presupuestos generales del Estado con un coste para los contribuyentes equivalente al 18 por 100 del PIB, partida que se sumaba a otras transferencias que intensificaron los recortes ya existentes del gasto público en concepto de salud, educación e infraestructuras. Tras dilatadas negociaciones, en octubre de 2009 el gobierno de Sigurðardóttir y Sigfússon presentó al *Althing* las condiciones que había negociado sobre Icesave: 5,5 millardos de euros, el 50 por 100 del PIB islandés, debía pagarse a los Tesoros británico y holandés entre 2016 y 2023<sup>31</sup>. Se produjeron muestras de malestar en el MVI: el ministro de Salud, miembro del partido, presentó su dimisión en señal de protesta y cinco parlamentarios disidentes se negaron a votar la propuesta del gobierno. El proyecto de ley fue aprobado a la fuerza el 30 de diciembre de 2009 en un clima de intensa preocupación en todo el país. Una semana más tarde, el 5 de enero de 2010, el presidente Grímsson anunció que no firmaría la ley por respeto al sentimiento nacional contra la misma. Para oprobio del gobierno, británicos y holandeses inmediatamente ofrecieron mejores condiciones. Cuando el acuerdo ASD-MVI fue sometido a referéndum en marzo de 2010, el 93 por 100 votó No, menos del 2 por 100 Sí. Incluso los dirigentes de la coalición ASD-MVI se abstuvieron<sup>32</sup>. En las elecciones municipales de Reikiavik de mayo de 2010, la ASD se hundió al 19 por 100. Un cómico fue elegido alcalde de la ciudad.

### *Perspectivas*

El aplazamiento de los principales recortes del gasto público hasta 2011 ha concedido cierto respiro a la economía. Hasta ahora Islandia ha experimentado menores caídas del PIB y del empleo que los países que, como Irlanda, Estonia y Letonia, han realizado severísimos recortes en el gasto público. La tasa de desempleo, de tan solo un 2 por 100 en 2006, ha oscilado entre el 7 y el 9 por 100 desde el comienzo de 2009; pero la tasa de emigración,

---

<sup>31</sup> Un segundo tramo del préstamo del FMI se entregó en noviembre de 2009. La entrega de un tercer tramo en abril de 2010 parece que se llevó a cabo por la insistencia de Pekín y contra los deseos de Londres y Ámsterdam. Sobre las relaciones chino-islandesas, véase R. Wade, «A Warner Artie needs Shopping rules», *Financial Times*, 16 de enero de 2008.

<sup>32</sup> Se iniciaron nuevas negociaciones con Gran Bretaña y Holanda en el verano de 2010, pero en el momento de escribir este artículo el problema sigue sin resolverse.



tanto de islandeses como de otros trabajadores europeos (fundamentalmente polacos), ha sido la más elevada desde 1889. Sin embargo, el gobierno de coalición ASD-MVI ha anunciado recortes drásticos del gasto público para 2011. Los grandes proyectos de construcción comienzan a paralizarse y diversas empresas carecen de nuevos contratos. Los gobiernos locales carecen de presupuesto para nuevos proyectos. Los hospitales y las escuelas están reduciendo los salarios y comienzan a despedir empleados. La congelación de las ejecuciones hipotecarias está prevista que concluya a finales de 2010.

Incluso después de voluminosas cancelaciones de deuda del sector privado, la deuda exterior pública y privada islandesa equivale a más del 300 por 100 del PIB. Los pagos en concepto de intereses se han convertido ya en la principal partida del gasto público y, como ya se ha observado, se acerca el vencimiento de mucha más deuda. Los bancos comerciales, recapitalizados con un gran coste para el erario público, prestan poco mientras prefieren jugar seguro depositando buena parte de sus fondos prestables en el Banco Central para obtener un generoso tipo de interés pagado una vez más por el presupuesto público, lo cual intensifica la presión para introducir nuevos recortes presupuestarios. Por otro lado, en septiembre de 2010 el Tribunal Supremo de Islandia sentenció que los préstamos indexados con monedas extranjeras eran ilegales; el gobierno propuso legislar para reducir la deuda de los hogares, agitando el espectro de un segundo colapso bancario. Como observamos anteriormente, estos préstamos fueron ampliamente alentados para hogares y empresas entre 2004 y 2008; el principal de los mismos se multiplicó por un factor superior a dos cuando la corona se desplomó en 2008. En la actualidad representan una importante cuota de las carteras reestructuradas de los bancos y de las entidades financieras. Entre tanto, toda una gama de iniciativas empresariales está surgiendo por doquier, ya que la isla está intentando especializarse en nuevos nichos de actividad para reemplazar el predominio de la actividad financiera; pero esta implementación se halla restringida por una enorme montaña de deuda.

La crisis ha revelado de modo más que palmario la debilidad de los mecanismos de rendición de responsabilidades. En abril de 2010 el informe de la Comisión de Investigación Especial que analizaba las causas de la crisis financiera acusaba de negligencia grave a tres ex ministros –Haarde, el primer ministro; Árni Mathiesen, el ministro de Finanzas; y Björgvin Sigurðsson, el ministro de Comercio y Banca– así como a tres ex gobernadores del Banco Central y al director del organismo de regulación financiera, la Autoridad de Supervisión Financiera. En septiembre 2010, un comité parlamentario recomendó que los tres ex ministros, junto con Gísladóttir, ex ministro de Asuntos Exteriores, fueran acusados ante el Landsdómur, un «alto tribunal» nunca convocado con anterioridad, de violación de la responsabilidad ministerial. En mayo, el mismo comité había sugerido a la fiscalía del Estado que los tres gobernadores del Banco Central y el presidente de la Autoridad de Supervisión Financiera fueran procesados penalmente; pero el fiscal decidió en 24 horas que no debían serlo. El secretario permanente del Ministerio de Finanzas fue despedido, aun-

que no por incumplimiento de obligación oficial, sino porque había utilizado información privilegiada para vender el gran paquete accionario que poseía en uno de los bancos pocos días antes del colapso.

El equipo del fiscal especial, compuesto por treinta personas y encargado de la investigación penal, ha logrado hasta el momento llevar ante los tribunales tan solo un caso, que implica a una figura menor. Los gobiernos de Gran Bretaña y Luxemburgo están cooperando, irregular y vacilantemente, temerosos quizá de sacar a la luz comportamientos irregulares en sus propios países. El promotor David Rowland y su hijo son accionistas importantes de la Banque Havilland, el nuevo banco objeto de reconstrucción a partir de las ruinas de la sucursal luxemburguesa del Kaupthing; se muestran dispuestos a contemplar Islandia «en marcha» y a no ser rencorosos respecto al pasado<sup>33</sup>. Los Rowland son también importantes donantes del Partido Conservador británico. Lejos de ser considerado responsable, Oddsson fue recompensado en septiembre de 2009 con el puesto de editor jefe de *Morgunblaðið*, el principal diario de Reikiavik, desde donde orquestó la cobertura de la crisis: la situación se asemejaría, como ha señalado un comentarista, a nombrar a Nixon editor de *The Washington Post* durante el Watergate<sup>34</sup>. La debilidad del actual gobierno de coalición ASD-MVI redundará a la postre en beneficio del Partido de la Independencia.

### *Información privatizada*

¿Qué explica la debacle islandesa? La caída de Lehman Brothers y la parálisis consecuente de los mercados de dinero fue, por supuesto, el desencadenante del colapso final, pero el hundimiento se habría producido de una u otra forma dados los gigantescos desequilibrios estructurales y la desmedida soberbia de los financieros. En cierto sentido, el 15 de septiembre de 2008 fue una bendición: si la dinámica de Ponzi de Islandia hubiera continuado un año más, el resultado definitivo cuando la burbuja hubiera finalmente explotado podría haber provocado la primera quiebra total de una nación moderna y la correspondiente huida de población. Indudablemente, el inmóvil comportamiento de los banqueros fue el factor crucial. El episodio ofrece un caso de manual de fraude en el control contable: «(a) los banqueros enloquecieron, (b) concedieron préstamos realmente de dudoso cobro con altas rentabilidades, (c) se endeudaron de un modo extraordinario, es decir, contrajeron una gran cantidad de deuda en comparación con sus recursos patrimoniales, y (d) no dotaron provisiones para pérdidas significativas»<sup>35</sup>. A la postre, sin embargo, la responsabi-

<sup>33</sup> «Rowland Family Open New Bank», *Daily Telegraph*, 13 de julio de 2009.

<sup>34</sup> Thorvalder Gylfason, «From Boom to Bust. The Iceland Story», en Th. Gylfason *et al.* (eds.), *Nordics in Global Crisis*, Helsinki, 2010, p. 158.

<sup>35</sup> Véase William Black, *The Best Way to Rob a Bank is to Own One*, Austin (TX), 2005; la cita proviene de una conferencia pública pronunciada por Black en la Universidad de Islandia el 3 de mayo de 2010.

lidad radica en el gobierno de Reikiavik y en el Banco Central. Los paralelismos con los políticos y los responsables de los bancos centrales estadounidense y británico son obvios: como en Islandia, Clinton, Bush y Greenspan, o Blair, Brown y Mervyn King, se mostraron escépticos mientras sus políticas generaban las consabidas burbujas año tras año.

Podría pensarse que el diminuto tamaño de Islandia haría más fácil enfrentarse a tal escepticismo; pero en realidad fue todo lo contrario. El gobierno de Oddsson acometió una «privatización» extrema de la información, contando básicamente con los departamentos de investigación de los propios bancos para el análisis de la economía y de sus perspectivas. El Landsbanki, el Kaupthing y el Glitnir pagaban mucho mejor que cualquier agencia gubernamental, por lo que debían atraer los mejores talentos. La gente se incorporaba al Banco Central o a la Autoridad de Supervisión Financiera con el objetivo de aprender lo suficiente como para cruzar la calle y duplicar su salario. ¿Por qué no trabajar directamente con aquellos que conocían mejor el asunto? El Instituto Económico Nacional de Islandia se había ganado una reputación de pensamiento independiente y, aunque era responsable ante la oficina del Primer Ministro, publicó informes no gratos, advirtiendo que la gestión de la economía carecía de fundamento. Oddsson lo cerró en 2002. La Autoridad de la Competencia fue también suprimida después de que criticara las actividades de las compañías importadoras de petróleo, estrechamente ligadas al Partido de la Independencia y al Partido del Centro. La Confederación de la Industria fue amenazada con la congelación de su financiación cuando se mostró partidaria de la incorporación a la UE, contrariando la posición del Partido de la Independencia y de la industria pesquera.

En el pequeño sistema islandés, la elite dominante se ha atenido durante mucho tiempo al *dictum* que afirma que la «paz producida por el temor es la más duradera». El debate sobre las políticas objeto de aplicación rápidamente se desliza desde los problemas a las personalidades; el desacuerdo se construye como deslealtad y, por consiguiente, se suprime. El Instituto de Estadística islandés fue abiertamente hostigado para que suprimiera los datos que afirmaban la creciente desigualdad de la renta y la riqueza en el país y apenas se atrevía a llamar la atención sobre las tendencias desfavorables. La Universidad de Islandia cedió a las presiones de que sus centros de investigación económica y social se autofinanciaran, esto es, que subsistieran a partir de los compradores de sus informes, lo cual trajo aparejado el consiguiente resultado de que dejó de publicar informes de gran alcance dotados de filo crítico. (De nuevo, por supuesto, podrían aducirse ejemplos de otros lugares.) La Cámara de Comercio de Islandia también adoptó un papel activo en el ámbito del asesoramiento, encargando análisis a expertos «independientes» como Mishkin y Portes. Entretanto, el Índice de Percepciones de la Corrupción de Transparency International continuó considerando a Islandia como la Administración pública más limpia del mundo, honor compartido con Nueva Zelanda y Finlandia; hasta 2009 el país no fue apeado de su primer puesto.

Un cambio paradójico en la información económica disponible se produjo cuando comenzó a desarrollarse la burbuja. Cuando en un primer momento ésta empezó a inflarse –primero bajo la forma de fusiones y adquisiciones en 2003, después en la vivienda en 2004– se publicaron varios informes críticos, uno de ellos significativamente por el Banco Central. En 2006, como ya hemos observado, el FMI moderó sus preocupaciones a petición del primer ministro y presumiblemente para evitar «reacciones adversas» de los mercados. Pero en 2007 y 2008, cuando los peligros se habían agudizado, los informes, incluidos los del FMI, volvieron a adquirir un perceptible tono más amable. Parece que las instituciones financieras oficiales, así como los banqueros y los políticos, se comportaron de ese modo porque pensaban que la situación se había tornado tan frágil que hablar de ella podría desencadenar una estampida en los bancos que de otro modo podría ser evitada. Las malas noticias tenían que eludirse y quienes insistieran en sacarlas a la luz debían ser tildados de alarmistas e incompetentes y no prestarles ninguna atención.

Una vez neutralizados los centros de información independiente, los grandes protagonistas del sector financiero se hallaban en mejores condiciones de hacerse con los Ministerios clave y con el Banco Central; en realidad, en un ámbito de referencia tan pequeño podría afirmarse que ellos se habían capturado entre sí. La Cámara de Comercio funcionaba casi literalmente como el comité ejecutivo de los capitalistas: se ha estimado que al menos el 90 por 100 de sus recomendaciones se traducían en legislación. Casi todo lo que los banqueros querían se convertía en política del gobierno, al tiempo que, agradecidos, suministraban a políticos igualmente agradecidos generosas recompensas. La decisión del gobierno de coalición Alianza Socialdemócrata-Partido de la Independencia de proporcionar garantías de depósitos ilimitadas después del *crack* ilustra su insuperable sumisión a la elite financiera. Si la garantía se hubiese limitado a 5 millones de coronas (aproximadamente 50.000 euros) se habría protegido la totalidad de los depósitos del 95 por 100 de la población; únicamente el 5 por 100 más rico se benefició de la garantía ilimitada, cuya implementación impone ahora ulteriores constricciones sobre el gasto público<sup>36</sup>. Por supuesto, Wall Street suplica de forma rutinaria al alto personal del Tesoro estadounidense, y las garantías islandesas no son sino una gota en el océano comparadas con los rescates de Goldman Sachs, Deutsche Bank y compañía perpetrados por Paulson-Geithner mediante transfusiones intravenosas de fondos públicos a AIG.

Islandia sigue siendo un caso extremo de la dinámica que todavía está desenvolviéndose en buena parte del mundo atlántico. Otros Estados también rescatan en la actualidad a los bancos a costa de la economía me-

---

<sup>36</sup> SIC Report, vol. 5, cit., p. 241, cuadro 4. Debe observarse que el programa de garantía de depósitos del Área Económica Europea únicamente cubre el equivalente a 3 millones de coronas.



diante rondas de austeridad presupuestaria que no se compensarán gracias a la expansión del sector privado. Otros Estados, con el apoyo del FMI, han acordado asumir la deuda privada y financiar su reembolso con cargo a los impuestos, exonerando a los grandes acreedores privados de la disciplina del mercado que ellos defienden para que se aplique a todos los demás. Otros Estados todavía no han logrado exigir cuentas a los responsables de la crisis: apenas financiero alguno ha sido perseguido y mucho menos sus cómplices en los Ministerios de Hacienda y en los Bancos Centrales. Todo esto deja un legado de desconfianza en las instituciones esenciales del capitalismo. Pero quizá la mayor diferencia es que los sectores financieros están ahora reafirmando en otras partes su dominio sobre sus economías. Islandia tiene muchos problemas ante sí, pero al menos sus bancos es improbable que se comporten de nuevo de forma tan inmoderada.

20 de septiembre de 2010



OBRA COMPLETA TH. W. ADORNO



# THEODOR W. ADORNO

## OBRA COMPLETA

Colección Básica de bolsillo



### Theodor W. Adorno

Filósofo alemán posmarxista, realizó un prolífico trabajo en los campos de la sociología, crítica literaria, musicología e incluso ejerció como compositor. Uno de los principales representantes, junto con Horkheimer y Marcuse, de la primera generación de la Escuela de Fráncfort fundamentada esencialmente en la teoría crítica.

Nº obra completa	ISBN	TÍTULO	PAGINAS
1	978-84-460-1689-2	Escritos filosóficos tempranos	352
2	978-84-460-1678-6	Kierkegaard. Construcción de lo estético	256
3	978-84-460-1677-9	Dialéctica de la Ilustración	320
4	978-84-460-1669-4	Minima moralia: reflexiones desde la vida dañada	280
6	978-84-460-1673-1	Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad	512
7	978-84-460-1670-0	Teoría estética	512
8	978-84-460-1675-5	Escritos sociológicos I	544
9/1	978-84-460-1683-0	Escritos sociológicos II, vol. 1	528
10/1	978-84-460-1674-8	Crítica de la cultura y sociedad I	400
10/2	978-84-460-1679-3	Crítica de la cultura y sociedad II	368
11	978-84-460-1671-7	Notas sobre literatura	696
12	978-84-460-1676-2	Filosofía de la nueva música	200
13	978-84-460-1672-4	Monografías musicales	512
14	978-84-460-1682-3	Disonancias / Introducción a la sociología de la música	446
15	978-84-460-1685-4	Composición para el cine / El fiel correpetidor	416
16	978-84-460-1680-9	Escritos musicales I-III	688
17	978-84-460-1684-7	Escritos musicales IV	384
20	978-84-460-1686-1	Miscelánea I	288

## INTRODUCCIÓN A ADORNO Y HORKHEIMER

*Un emparejamiento intelectual de por vida de dos importantes pensadores, que fue tan estrecho que sus textos más celebrados fueron escritos conjuntamente y sus nombres no pueden disociarse, es una rareza como para figurar entre los entretenimientos históricos. Parece que solo se han dado dos casos: en el siglo XIX, Marx y Engels, y en el siglo XX, Horkheimer y Adorno. ¿Podrían ser considerados precursores de lo que en un mundo posburgués sería algo menos inusitado? Sus esquemas difieren. Marx y Engels, separados en edad por dos años, eran coetáneos: una vez se consolidó su amistad, la colaboración entre ellos nunca cesó. Adorno era ocho años más joven que Horkheimer, y la estrecha colaboración comenzó más tarde y con muchas más vicisitudes: su primer encuentro se produjo en 1921, hubo tirantezas y contactos intermitentes hasta mediados de la década de 1930, y concordia solo en el exilio estadounidense a partir de 1938, sin que sus identidades dejaran de ser, y aún menos entonces, marcadamente diferentes. La trayectoria general del Instituto de Investigación Social de Fráncfort es bien conocida: asociado con el tiempo a la «teoría crítica» –denominación en clave de Horkheimer para el marxismo–, estuvo confinado en los dominios de la filosofía, la sociología y la estética, y en apariencia completamente distanciado de la política, mas no así privadamente, como demuestra el diálogo que aquí reproducimos.*

*Este documento único es una grabación registrada por Gretel Adorno de las discusiones que mantuvieron ambos pensadores durante tres semanas de la primavera de 1956 con miras a la producción de –como llegó a decir Adorno– una versión contemporánea del Manifiesto Comunista. Por la forma en que se desarrollaron podría decirse que el jazz no fue aquí anatema para Adorno, toda vez que los dos pensadores improvisaron libremente, a menudo con vehemencia, en una jam-session filosófica, sobre temas capitales de su trabajo –teoría y praxis, trabajo y tiempo libre, dominación y libertad– en un registro político que no se encuentra en ninguno de sus escritos. En medio de un escorado flujo de argumentos, aforismos y apartes en los que lo incisivo se alterna con lo temerario, y lo lúdico con lo ingenuo, se intercambian posiciones y contradicciones irresueltas sin voluntad alguna de coherencia. Cada pensador muestra un perfil sustancialmente diferente. Horkheimer, históricamente más politizado, era entonces el más conservador, empapado de Time sobre China, aunque no hasta el punto de ponderar la advertencia del Káiser sobre el peligro amarillo. Aunque todavía culpa a Occidente por el mal resultado de la Revolución rusa, y rechaza todo tipo de reformismo, su punto de vista general estaba próximo al que Kojève adoptaría una década después: «Ya no cabe esperar del ser humano más que un sistema estadounidense más o menos ajustado». Adorno, más inclinado a la estética, emerge paradójicamente como el más radical, recordando a Horkheimer la necesidad de oponerse a Adenauer, al tiempo que contemplando su proyecto como un «manifiesto estrictamente leninista» en un periodo en que «el horror es que hoy vivimos por vez primera en un mundo en el que ya no es posible imaginarse otro mejor».*



## ¿HACIA UN NUEVO *MANIFIESTO*?

### 1. EL PAPEL DE LA TEORÍA

*Marzo de 1956*

HORKHEIMER: El trabajo es lo que media entre los seres humanos. El proceso de civilización ha sido fetichizado.

ADORNO: En el capítulo de Marx sobre el fetichismo<sup>1</sup>, la relación social aparece en la forma que le da el principio de intercambio, como si éste fuese la cosa en sí.

HORKHEIMER: Se hace del instrumento lo principal.

ADORNO: Pero nuestra tarea es explicar esto especulando sobre el origen histórico del trabajo, deducirlo del principio de sociedad de un modo que vaya más allá de Marx. Como el valor de cambio parece lo absoluto, el trabajo que lo ha creado aparece también como lo absoluto y no como aquello para lo cual aquél en el fondo existe. En el aspecto subjetivo del valor de uso late la utopía objetiva, y en la objetividad del valor de cambio el subjetivismo.

HORKHEIMER: El trabajo es lo que hace que todo marche bien. Pero al erigirlo en Dios, se lo vacía.

ADORNO: ¿Cómo se llega a la absolutización del trabajo? El trabajo existe para satisfacer las necesidades de la vida, para la reproducción de la humanidad. El éxito del trabajo está en una relación problemática con el esfuerzo. No reproduce necesariamente y con seguridad la vida de los que trabajan, sino solo la vida de los que hacen trabajar. Para persuadir a los seres humanos de que deben trabajar hay que inculcarles que el trabajo es la cosa en sí.

HORKHEIMER: Esto es así en la burguesía; no fue así entre los griegos. El joven trabajador que va en motocicleta hace del trabajo un Dios porque viajar en moto le parece algo hermoso.

---

<sup>1</sup> El texto que aquí se presenta son extractos de la transcripción de una discusión entre Adorno y Horkheimer, que tuvo lugar entre el 12 de marzo y el 2 de abril de 1956 en Fráncfort. Se presenta aquí con permiso de Fischer Verlag y procede de Max Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, vol. 19: *Nachträge. Verzeichnisse und Register*, Fráncfort, 1996, pp. 37-71. Los títulos de las secciones y las notas a pie de página son del editor del volumen Gunzelin Schmid Noerr, a no ser que se indique otra cosa.

- ADORNO: Aunque le parezca realmente hermoso, la felicidad subjetiva no dejará de ser objetivamente ideología.
- HORKHEIMER: Si le explicase nuestra idea de lo que sería verdaderamente hermoso, le costaría entenderla y preferiría que lo dejaran tranquilo.
- ADORNO: Todo esto es ofuscación.
- HORKHEIMER: Sí y no. Cuesta realmente un gran esfuerzo.
- ADORNO: Viajar en moto también.
- HORKHEIMER: Un esfuerzo solo objetivamente medible que él hace con gusto. Su verdadera alegría de viajar en moto son los ruidos anales que emite. Pareceríamos unos insensatos si diéramos explicaciones demasiado precisas.
- ADORNO: El trabajo aparece ya en la Biblia.
- HORKHEIMER: Inicialmente como el principio del intercambio.
- ADORNO: Pero aún no está claro por qué el trabajo en sí es lo primero.
- HORKHEIMER: Y la mayor pena que puede caer sobre uno es no permitirle trabajar.
- ADORNO: Los campos de concentración son también una clave para estas cosas. En la sociedad en que vivimos, el trabajo es enteramente como en ellos.
- HORKHEIMER: Pero vaya con cuidado. Se está acercando a la alegría en el trabajo. La inutilidad y la burla le quitan a uno hasta el último resto de placer, pero no sé si esto es lo decisivo. En el campo de concentración deja de haber ideología. Mientras, nuestra sociedad insiste en que el trabajo es bueno.
- ADORNO: ¿Cómo ha llegado el trabajo a ser un fin en sí? Esto es muy anterior a la sociedad capitalista. Quizá porque, por un lado, la sociedad se reproduce a través de trabajo, mas, por otro, en cada caso particular la relación entre el trabajo concreto y la reproducción es opaca. En el trabajo social, los hombres deben olvidar para qué es bueno el trabajo. La necesidad abstracta del trabajo se expresa en que se da valor al trabajo en sí mismo.
- HORKHEIMER: No creo que a los seres humanos les guste trabajar por naturaleza, tenga o no su trabajo una finalidad. Originariamente la actitud del hombre es como la de un perro al que se intenta adiestrar en algo. Quiere volver a la situación anterior. Trabaja para no tener que trabajar. La reificación del trabajo es una etapa del proceso mediante el cual se retorna a la infancia en un plano superior.
- ADORNO: Esto tiene un elemento positivo y otro negativo. El positivo radica en la teleología, en que el trabajo hace potencialmente superfluo el trabajo, y el negativo en que se sucumbe al mecanismo de la reificación, que hace olvidar lo mejor. Esto significa la absolutización de una parte de este proceso. Pero esto no es un defecto, pues sin aquella nada funcionaría.
- HORKHEIMER: No es solo cuestión de ideología, también ocurre que un rayo del *telos* mismo cae sobre el trabajo. Los hombres son en el fondo demasiado miopes. No saben interpretar debidamente la luz que las metas últimas arrojan sobre el trabajo, y toman el trabajo *qua* trabajo, y con él el éxito personal, por el *telos*. Tal es el secreto. Si no hi-

- cieran esto, habría solidaridad. Un rayo de luz del *telos* cae sobre el medio. Es realmente como si se adorase la casa donde vive la amada en vez de a ella misma. De aquí nació, por lo demás, toda poesía.
- ADORNO: Todo el arte es siempre verdadero y no verdadero. No debemos caer en la ideología del trabajo, pero tampoco negar que toda felicidad está hermanada con el trabajo.
- HORKHEIMER: El rayo tiene que ser reflejado por un acto de resistencia.
- ADORNO: El estadio de animal, en el que no se hace nada, no puede restablecerse.
- HORKHEIMER: La felicidad sería un estado animal visto desde la perspectiva de quien ya no es animal.
- ADORNO: En el animal podría aprenderse lo que es la felicidad.
- HORKHEIMER: Alcanzar el estado del animal en el plano de la reflexión sería la libertad. La libertad significa no tener que trabajar.
- ADORNO: La filosofía siempre dice que la libertad se tiene cuando uno puede escoger su trabajo, cuando uno hace asunto suyo toda su miseria.
- HORKHEIMER: Esto es producto del miedo. Se ha observado que en Oriente no goza de preferencia esta clase de libertad, por eso se ha elegido la esclavitud. Allí, la característica principal es que la justicia es lo más importante, y no se da ningún valor a la libertad. La libertad sería volver a un estado difuso en un nivel superior. Por eso es tan mala la idolatría de la civilización, que es idéntica a la idolatría del trabajo. Lo caótico, lo difuso, sería la felicidad.

## 2. TRABAJO, TIEMPO LIBRE Y LIBERTAD (I)

### *12 de marzo, por la mañana*

- HORKHEIMER: Teddie quiere salvar un par de conceptos: teoría y praxis. Son dos conceptos obsoletos.
- ADORNO: Es la desproporción entre matar judíos enterrándolos vivos porque no merecen una segunda bala, y la teoría con la que uno espera cambiar el mundo.
- HORKHEIMER: Dos cosas están enfrentadas: la creencia en el progreso, incluida la del marxismo, y la opinión de que la historia no puede realizarse.
- ADORNO: Pero no es éste el meollo de la controversia entre nosotros.
- HORKHEIMER: Usted sostiene que hay que vivir de manera que dentro de cien años las cosas mejoren. Algo parecido dice también el señor párroco.
- ADORNO: La controversia es sobre si la historia puede algo o no puede. ¿Cómo interpretamos este «puede»? Por una parte existen en el mundo posibilidades para poder. Por otra parte, todo está hechizado, como bajo un conjuro. Si se pudiera romper ese hechizo sería posible conseguir la mejora. Cuando se nos quiere persuadir de que la vida condicionada del hombre pone un límite a la utopía, no se nos está dicien-

do una verdad. La posibilidad de la liberación permanece. En un mundo en el que dejara de existir el sufrimiento sin sentido, Schopenhauer no tendría razón.

HORKHEIMER: Esto no puede cambiar a largo plazo. Siempre existe la posibilidad de la regresión. Ni lo bueno ni lo malo permanecen, pero lo malo sobrevive más que lo bueno. Esto significa alejarse tanto del marxismo como de la ontología. La conciencia crítica debe liberarse de un marxismo que dice que si nos hacemos socialistas, todo irá bien. Ya no cabe esperar del ser humano más que un sistema estadounidense más o menos ajustado. La diferencia entre nosotros radica en que en T. habla un resto de teología; mi tendencia me lleva a decir: los buenos están muriendo. Lo mejor es ahora la planificación.

ADORNO: Si la planificación consiguiera que dejara de haber mendigos, la planificación perdería su rigidez cadavérica, y entonces sí cambiaría algo esencial.

HORKHEIMER: Es posible, pero también cabe pensar en una recaída en la barbarie.

ADORNO: La posibilidad de esa recaída siempre existe. En un mundo planificado de tal manera que todo lo que se hace sirviese al Todo de una forma transparente y ya no hubiese actividades sin sentido, con gusto atendería un ascensor dos horas al día.

HORKHEIMER: Esta tesis nos lleva directamente al reformismo.

ADORNO: La reforma de la administración no puede hacerse por medios pacíficos.

HORKHEIMER: Esto no es tan importante. Después de la revolución no se puede estar seguro de no volver atrás. *El concepto de trabajo*. Tanto en el marxismo como en el mundo burgués se evita cuidadosamente que la gente encuentre alguna vía de retorno a la fase precivilizada, una fase en la que el hombre, hasta cierto punto, huía del trabajo regresando a la infancia.

ADORNO: Las actividades del tiempo libre.

HORKHEIMER: El hombre vale algo en la medida en que trabaja. Aquí es donde tiene su asiento el concepto de libertad.

ADORNO: Libertad respecto al trabajo.

HORKHEIMER: La libertad no consiste en que yo pueda acumular, sino en que no necesite acumular.

ADORNO: Esto está ya en Marx. Por un lado, Marx pensaba en la liberación del trabajo. Por otro lado, el trabajo social resplandece en un grado inusitado. Ambos momentos no estaban bien articulados. Marx no criticó la ideología del trabajo porque había utilizado el concepto mismo de trabajo para poder ajustarle las cuentas a la clase burguesa.

HORKHEIMER: Aquí debemos desarrollar una dialéctica. Los hombres reprimen sus impulsos caóticos, que quieren apartarlos del trabajo, y así el trabajo se les convierte en algo sagrado.

ADORNO: A la idea de la libertad en relación con el trabajo le sustituye la de que hay que elegir un trabajo. La autodeterminación significa que, dentro de la división del trabajo que encuentro puedo deslizarme hacia el sector que más beneficios me promete.



- HORKHEIMER: Que la libertad consista en la autodeterminación, en que uno no pueda imaginar otra cosa que tener que elegir el trabajo que antes el amo le había ordenado, es una idea deplorable; pero el amo no se determinaba a sí mismo.
- ADORNO: El concepto de autodeterminación no tiene nada que ver con la libertad. Según Kant: la autonomía significa obedécete a ti mismo.
- HORKHEIMER: Un malentendido derivado del feudalismo.
- ADORNO: Una falsa conciencia necesaria, la ideología.
- HORKHEIMER: Idealismo alemán. Ideología burguesa: posición absoluta de la apariencia de autodeterminación propia del feudalismo desde el punto de vista de la burguesía.
- ADORNO: Apercepción trascendental<sup>2</sup>: trabajo absolutizado. El trabajo, que es una relación prescrita dentro de la sociedad, se reinterpreta como si fuese la libertad misma.
- HORKHEIMER: Castigos bárbaros en la zona soviética para quien no cumpla sus normas. Esto está directamente conectado con la ideología del consumo en ambas mitades del mundo. Lo opuesto al trabajo aún es visto como puro consumo.
- ADORNO: Karl Kraus: «el hombre no fue creado como consumidor ni como productor, sino como hombre»<sup>3</sup>.
- HORKHEIMER: Ahora se habla de interlocutores sociales.
- ADORNO: Todos los opuestos se colocan en el mismo cesto.
- HORKHEIMER: Estamos a favor de lo caótico, de lo que no está asumido.
- ADORNO: No se puede abogar por lo caótico. Ejemplo de Engels del ambiente viciado.
- HORKHEIMER: No hemos descubierto por qué es tan terrible que en la sociedad burguesa, ya en Roma, alguien tocase el cuerpo de una mujer. Ello conecta lo peor con lo mejor. El horror al mundo del intercambio se refugia aquí. Lo no burgués ha de conservarse en el amor.
- ADORNO: Es posible que los tabúes sexuales burgueses guarden relación con el *ius primae noctis*. Las mujeres han de tener el derecho a disponer de sí mismas. Los seres humanos han de ser propiedad de sí mismos. El sexo amenaza todo esto, y a ello se debe la perenne hostilidad al sexo.
- HORKHEIMER: La definición que Kant da del matrimonio<sup>4</sup>. En el amor probablemente se oculte la falsa negación de la sociedad burguesa.
- ADORNO: La niega de manera impotente, y mediante esa negación la perpetúa.
- HORKHEIMER: En el mundo suena dominante un único himno del trabajo, pero incluso él no es solo negativo. Maquiavelo.

<sup>2</sup> En Kant, la autoconciencia puramente formal, original y siempre idéntica, que viene presupuesta en todas las representaciones y conceptos; Véase *Crítica de la razón pura*, «Análisis trascendental», § 16, «De la unidad original sintética de la apercepción».

<sup>3</sup> Karl Kraus, *Die Fackel*, 406-412, 5 de octubre de 1915, p. 96.

<sup>4</sup> Según Kant, el matrimonio es «la unión de dos personas de distinto sexo que incluye la mutua propiedad de por vida de los atributos sexuales de cada una de ellas. (*Metaphysik der Sitten, Rechtslehre*, § 24).

ADORNO: La felicidad está conectada al trabajo.

HORKHEIMER: Lo peor es mezclar el trabajo con la felicidad.

ADORNO: El esfuerzo es parte integral del placer sexual. Es verdad que el trabajo es también felicidad, pero esto no se puede decir. ¿O sólo encontramos felicidad en el trabajo porque somos burgueses?

HORKHEIMER: Freud. Pulsión de muerte.

### 3. TRABAJO, TIEMPO LIBRE Y LIBERTAD (II)

*12 de marzo, por la tarde*

HORKHEIMER: Tesis: Hoy disponemos de suficientes fuerzas productivas; obviamente es posible proveer de bienes al mundo entero, y entonces habría que intentar eliminar el trabajo como forzosidad para el hombre. El sueño de la humanidad es que, a la vista de esta situación, tanto el trabajo como la guerra queden abolidos. La única objeción que puede hacerse aquí es la de los estadounidenses, que dicen que si se hace esto, armamos a nuestros enemigos. Y de hecho existe hoy en el Este una especie de capa dominante comparado con la cual Dulles<sup>5</sup> es un bendito.

ADORNO: Hay que hacer una apostilla a esta objeción: ¿qué hará la gente con tanto tiempo libre?

HORKHEIMER: De hecho nada hay dentro del tiempo libre, puesto que los hombres deben hacer su trabajo de una manera que no les permite comprometerse con las cosas. Así no pueden salir enriquecidos del trato con las cosas. Al no existir el trabajo verdadero, el sujeto se atrofia, se reduce a la nada, y en su tiempo libre no es nada.

ADORNO: Como los hombres deben trabajar tanto, en su tiempo libre tienen hasta cierto punto que repetir forzosamente los rituales del esfuerzo que de ellos se espera. No podemos oponernos radicalmente al trabajo.

HORKHEIMER: Tendríamos que diseñar una especie de programa para una nueva praxis. En el Este, los hombres son bestias de carga. Probablemente un culí debía trabajar 6/7 horas menos que un trabajador actual.

ADORNO: «Ningún pastor y un solo rebaño»<sup>6</sup>. Una suerte de falsa sociedad sin clases. La sociedad experimenta un movimiento con tendencia a hacer que el mundo se aproxime a la era de la perfecta sociedad sin clases, pero en realidad se trata de lo contrario a ella.

HORKHEIMER: Esto sería demasiado reaccionario. Hemos de explicar por qué los hombres tienen que pasar por este estadio atomístico-civilizador. Hoy todos dicen: tratadnos bien y la productividad aumentará. Ya es bueno que lo digan abiertamente.

<sup>5</sup> John Dulles (1888-1959), durante 1951-1959 ministro de Asuntos Exteriores. Dulles quiso hacer frente al comunismo de la URSS mediante una estrategia de *roll back* [contención] y una red global de tratados de seguridad.

<sup>6</sup> «¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos, marcha voluntariamente al manicomio», F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, trad. de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 39.

ADORNO: Todo este tiempo libre es tan malo porque los hombres imitan inconscientemente el trabajo, pero lo que verdaderamente desean es no trabajar. La felicidad presupone necesariamente el elemento del esfuerzo. En el fondo habría que hablar a la humanidad de nuevo como en el siglo XVIII: mantenéis un sistema que amenaza con aniquilaros. Ya no sirve la llamada a la clase, pues hoy todos sois realmente proletarios. Hay que pensar a quién se habla.

HORKHEIMER: Al mundo occidental.

ADORNO: De Asia nada sabemos.

HORKHEIMER: ¿Qué decirle al mundo occidental? ¿Debéis enviar alimentos al Este?

ADORNO: La introducción del socialismo pleno, 3.ª fase, en nuestros propios países; de ello depende todo lo demás. ¿Qué tal con el *Manifiesto del Partido Comunista* como tema para variaciones?

HORKHEIMER: El mundo se encuentra en un estadio en el que parece ir a algo mejor, pero todos los liberadores del mundo se parecen a César Borgia.

ADORNO: Tengo la sensación de que el mundo oriental bajo la bandera del marxismo tomará el relevo a la civilización occidental. Ello desplazaría toda la dinámica histórica. Asia adopta el marxismo como en su tiempo México adoptó el cristianismo. Probablemente Europa quede absorbida en el futuro.

HORKHEIMER: Creo que la civilización europeo-estadounidense es lo máximo que la historia hasta ahora ha producido en prosperidad y justicia. Lo importante es que esto se conserve en una situación superior. Pero esto solo es posible si somos severos con esta civilización.

ADORNO: No podemos llamar a la defensa del mundo occidental.

HORKHEIMER: No debemos porque eso lo destruiría. Defender a los rusos sería como considerar a las hordas germanas invasoras moralmente superiores a la economía esclavista romana. Con los funcionarios rusos no tenemos nada en común. Pero representan frente a la cultura occidental un derecho superior. Que la Revolución rusa haya tomado el camino que ha tomado es culpa de Occidente. Temo muchísimo que cuando hablamos de cosas políticas se genere un tipo de discusión como el que era habitual en los primeros tiempos del Instituto.

ADORNO: La discusión no debe tomar bajo ningún concepto el carácter de un marxismo depreciado. Esto tiene que ver con cierta tendencia al positivismo, a la escisión entre la idea y la cosa.

HORKHEIMER: Esto se manifiesta en buena parte en la persistencia de la terminología.

ADORNO: Pero esto hay que decirlo. Hablan todavía como si el grupo disidente de izquierda se hubiera de sentar mañana en el Politburó.

HORKHEIMER: ¿Cuáles son las implicaciones de todo esto para nuestra terminología? Si discutimos con los rusos sobre la interpretación de ciertas tesis marxistas, estamos perdidos.

ADORNO: Por otra parte no podemos abandonar la terminología marxista.

HORKHEIMER: No tenemos otra cosa. Pero no sé hasta qué punto debemos conservarla. ¿Es la cuestión política todavía relevante en una época en que no se puede actuar políticamente?

ADORNO: Por un lado es ideología, y por otro, todos los procesos que harían posible un cambio son procesos políticos. La política es a la vez ideología y realidad poderosa.

HORKHEIMER: Usted hablaba en subjuntivo; es evidente que usted no cree en tales procesos.

ADORNO: Mi sensación más íntima al respecto es que en este momento todo se ha acabado, pero que las cosas pueden cambiar a cada momento. Y me hago la siguiente reflexión: esta sociedad no camina hacia un Estado de bienestar. Esta sociedad, que tiene cada vez más control sobre los hombres, se desarrolla con el desarrollo de su irracionalidad, y lo hace de un modo constitutivo. Mientras exista esta tensión, no se alcanzará el equilibrio, por así decirlo, térmico necesario para que deje de haber espontaneidad alguna. No puedo imaginarme un mundo que caiga en la locura sin que se desaten fuerzas contrarias objetivas.

HORKHEIMER: Tampoco yo. Porque la humanidad perecería. El mundo está loco, y seguirá estándolo. En el fondo puedo imaginar que toda la historia universal no es sino una mosca que se quema.

ADORNO: El mundo no solo está loco. Está loco y es racional a la vez.

HORKHEIMER: Lo único que se opone a esto es que hoy todavía pensamos. En el pensamiento reside toda esperanza. Pero puedo muy bien imaginarme que también esto pase.

ADORNO: Y que ya nadie piense. Pero ya el señor Eisenhower será incapaz de elegir a Nixon como *running mate* [compañero de elección] por miedo a la guerra preventiva<sup>7</sup>.

HORKHEIMER: Es posible. ¿Pero qué es esto comparado con el asesinato de 20 millones de chinos?<sup>8</sup>

ADORNO: Que todavía haya una instancia que pueda potencialmente prevenir la catástrofe total. A esta instancia hay que apelar en el momento de las elecciones estadounidenses para que no se tolere a Nixon como vicepresidente.

HORKHEIMER: Esta es la posición del reformismo.

ADORNO: Tengo la sensación de que lo que estamos haciendo produce ya algún efecto.

HORKHEIMER: Un efecto mayor o menor según tengamos una idea clara de alguna praxis concreta. No debemos abandonarnos a la suposición de que en algún lugar se recuerde el socialismo. Ello lleva fácilmente a la crítica arrogante del tipo de la que practicaron Marx y Karl Kraus, ante la que se tiene la impresión de que se funda en una teoría errónea que hace ganar poder a lo malo. Lo peligroso de Kraus es una suerte de triunfalismo porque lo que él deja atrás no es algo a lo que podríamos decir sí. Debemos defender la idea de que Occidente debe producir lo suficiente para que nadie pase hambre.

ADORNO: Y esto hay que aplicarlo en primer lugar al propio Occidente.

<sup>7</sup> Posible referencia a la elección presidencial de 1956.

<sup>8</sup> Horkheimer probablemente se está refiriendo a la portada de la revista *Time*: «China: High Tide of Terror», 5 de marzo de 1956; se ha encontrado una copia de este número en su archivo.



## 4. LA IDEA DE LA HUMANIDAD

*13 de marzo, por la mañana*

HORKHEIMER: No creo que las cosas vayan bien, pero la idea de que puedan ir bien es decisiva.

ADORNO: Esto tiene que ver con la racionalidad. Los seres humanos hacen cosas más espantosas que los animales, pero la idea de que todo pudiera ser distinto solo a ellos se les ocurre.

HORKHEIMER: A seres humanos individuales, no a la humanidad.

ADORNO: ¿Y no es esto algo en verdad accidental? Lo esencial es que la especie esté organizada de tal manera que asuma la idea de permanecer, para que así se vea llevada a la idea de que la violencia no es necesaria. Cuando se reflexiona sobre el motivo de la autoconservación, necesariamente se va más allá, pues se encuentra que la autoconservación sin inhibiciones desemboca siempre en la destrucción.

HORKHEIMER: Encuentro chocante que se crea que si los hombres se entendieran se llegaría a algo esencial. Toda la naturaleza podría entonces echarse a temblar. La verdad es, por el contrario, que eso solo puede ser bueno mientras se tengan en jaque unos a otros.

ADORNO: Sería la fraternidad de los líderes, un monopolio mundial. Sería mejor que eso se produjera entre la gente.

HORKHEIMER: Sí, sería malo. Cada nueva generación ha de ser nuevamente civilizada.

ADORNO: No lo creo del todo. Ahora creo que existe una especie de proceso de diferenciación progresiva. Si así fuera, los hombres se volverían unos Kruschévs solo con recibir un golpe en la cabeza.

HORKHEIMER: Esto es justo lo que dice Herbert Marcuse.

ADORNO: No creo que los hombres vengan al mundo siendo ya malos.

HORKHEIMER: No son ni buenos ni malos, solo quieren sobrevivir.

ADORNO: No son innatamente tan malos.

HORKHEIMER: Lo que hasta ahora se ha dicho es una superstición. La creencia en el mal es siempre supersticiosa. No es que los hombres acaben entendiéndose y comience una vida idílica. Pero debemos salvar la idea que usted ha expuesto.

ADORNO: ¿No es lo que los hombres hacen a la naturaleza una proyección de lo que se hacen unos a otros? ¿Una reacción hacia fuera porque constantemente se humillan a sí mismos?

HORKHEIMER: Es posible. La impotencia de esta idea tiene que ver con el hecho de que hasta ahora se ha formulado mal. Quizá haya sido necesario formular conscientemente un error en el que se cree. Como decía Kant: es necesario creer contra el entendimiento<sup>9</sup>.

ADORNO: En él, los intentos de mediación son muy forzados.

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, el Prólogo de la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*, cit.: «Tuve, pues, que anular el *saber* para reservar un sitio a *fe*.»

HORKHEIMER: Nuestra cuestión es ésta: ¿qué intereses nos mueven a escribir cuando ya no hay partidos, cuando la revolución se ha vuelto improbable? A esto respondería que debemos medirlo todo para que pueda surgir algo bueno. Probablemente no podamos hacer otra cosa en absoluto. Esto está ligado al lenguaje. Todo lo intelectual está conectado con el lenguaje. En el lenguaje puede desarrollarse la idea de que todo ha de mejorar.

ADORNO: El lenguaje no desempeña ningún papel en Marx; es un positivista. Kant no es solo ideología. En algunos lugares de su obra late una llamada al género humano, a la humanidad frente a la limitación de lo particular. Está también latente en que la cuestión de si los hombres son seres meramente naturales, limitados esencialmente a la mera situación natural, se reduce al individuo aislado. Él ya vio que el concepto de libertad no reside en el sujeto particular, sino que sólo puede concebirse en la constitución general de la humanidad. La libertad consiste propiamente en la realización de la humanidad.

## 5. LA FALSA ABOLICIÓN DEL TRABAJO

### *15 de marzo, por la mañana*

HORKHEIMER: El burgués no consigue del todo ser feudal, se crea su propia nobleza por medio del trabajo. Creo que los hombres solo pueden ir hacia algo si son completamente captados ideológicamente por ese algo. De ahí el canto al trabajo, y de ahí que les guste viajar en moto. Los hombres no son más que trabajadores.

ADORNO: Sienten que su trabajo fijo está a su disposición. El placer de las motocicletas: la afición a la mecánica, el desplazarse rápidamente.

HORKHEIMER: La rapidez es un elemento del trabajo, que exige abreviación de los procesos.

ADORNO: El trabajo se disfruta si se realiza velozmente.

HORKHEIMER: Trabajo penitenciario. Cuando se utiliza el trabajo como pena, es muy difícil impedir que se convierta en un placer. Hay que hacerlo lo más desagradable posible.

ADORNO: Cuanto más superfluo resulta un trabajo, tanto peor es y tanto más deviene en ideología.

HORKHEIMER: Y cuanto más retorcidamente se concibe. El trabajo no es superfluo mientras haya hombres que pasen hambre. El trabajo está pervertido. La automatización. Hemos de preocuparnos de ayudar a los demás, exportar los bienes precisos a la gente que los necesita y curar las enfermedades. Hoy existe una falsa abolición del trabajo.

ADORNO: Es la producción por la producción.

HORKHEIMER: El envío de una nave a la Luna me deja indiferente.

ADORNO: La técnica no es sagrada.

HORKHEIMER: Marx ya pensó que en una sociedad falsa la técnica se aplica falsamente.

ADORNO: Hay innumerables sectores donde la técnica podría aplicarse adecuadamente. Los bienes que hoy la gente tiene a su disposición son una suerte de bienes de pseudoconsumo, el valor de cambio sustituye al valor de uso.

HORKHEIMER: La gente disfruta con los anuncios. Hace lo que los anuncios dicen, y además lo saben. Revistas y cómics estadounidenses.

ADORNO: Si dijera a mi padre que la cultura de masas es falsa, me respondería que, sin embargo, disfruto con ella. La renuncia a la utopía significa decidirse de algún modo por algo de lo que uno mismo sabe que es una mentira. Esta es la raíz del problema.

HORKHEIMER: Porque las fuerzas que se necesitarían para hacer debidamente las cosas se emplean para lo falso. Pero diciéndolo así, suena demasiado argumentativo. Se nos diría que solo son palabras, consideraciones. ¿A quién podemos decir tales cosas?

ADORNO: Pero no proponemos nada al respecto. A la gente que lea lo que escribimos debería caérsele la venda de los ojos.

HORKHEIMER: La gente dirá: estos no son más que filósofos. O adoptamos la actitud oracular de Heidegger. Hemos de intentar resolver el problema de la teoría y la praxis atendiendo al estilo. Hemos de evitar que se diga: las cosas que dicen suenan muy mal, seguramente no piensan lo que dicen ni cuando reniegan. Esto tiene relación con el hecho de que ya no hay ningún partido.

ADORNO: No veo otra salida que la de hacer públicas estas consideraciones. Hay una manera concreta de escribir capaz de atentar contra determinados tabúes. Hay que encontrar el punto que duele. Contra los tabúes sexuales.

HORKHEIMER: Cuidado, Marcuse.

ADORNO: El centrarse en la genitalidad encierra hostilidad al placer.

HORKHEIMER: Yo tengo la idea contraria. Cuanto más resuelto está uno a contrariar el tabú sexual, tanto más inofensivo es éste. Cuanto más específico se es, tanto más poderoso es el efecto: afiliaos a la CDU, pero permitídselo también a los desertores. Hay que estar muy *down to earth* [ser muy realista] y ser muy comedido y prudente para evitar la impresión de que algo no es posible. Hemos de actualizar la pérdida del Partido diciendo que seguimos siendo tan malos como antes, pero que estamos tocando el instrumento tal como ahora hay que tocarlo.

ADORNO: La idea es formalmente seductora, pero ¿cuál es el instrumento?

HORKHEIMER: Si pudiéramos decir que solo nos estamos batiendo en retirada... Podríamos entonces decir que los hombres no son claramente conscientes de la situación, que van derechos a una condición comparada con la cual el nazismo fue un modesto anticipo. Si hoy dijéramos a los socialdemócratas que deben hacerse comunistas, sería algo inocente, pero si les decimos que han traicionado los ideales burgueses, eso ya no sería tan inocente. Porque los socialdemócratas representan a la buena conciencia de nuestro mundo. No se puede decir de nosotros que en nuestros escritos somos tan radicales. Quien no trabaje, que no coma; éste el punto en el que hay que atacar a los socialdemócratas. No se les puede decir: no habéis querido la dictadura

del proletariado, sino: habéis traicionado a la humanidad. Ya el uso de las palabras dictadura del proletariado significaría aliarse con Carlo Schmid y Mao-Tse-Tung<sup>10</sup>.

ADORNO: *Nomina sunt odiosa*, los nombres hacen daño.

HORKHEIMER: La radicalidad de la formulación resta radicalidad a lo que se dice.

## 6. CONCRECIÓN POLÍTICA

*15 de marzo, por la tarde*

HORKHEIMER: De Rusia saldrá un Bonaparte que conquistará toda Europa, y en 500 años todo estará en orden; es lo que piensa Herbert Marcuse.

ADORNO: Quizá dentro de un tiempo vuelva a haber un partido en un país o en otro.

HORKHEIMER: No podemos dejar suspensa la cuestión acerca de aquello en lo que creemos. En el capítulo del trabajo tiene que haber un excursus sobre la utopía. Para Marx, la única medida era la limitación del tiempo de trabajo. Tenemos una visión bastante más paradójica de esta cuestión.

ADORNO: Los utopistas eran en realidad muy poco utópicos. Pero no debemos pintar ninguna utopía positiva.

HORKHEIMER: Sobre todo cuando la desesperación está tan cerca.

ADORNO: No diría eso. Yo creo que ahora que todo es tan manifiesto, podrá emerger una nueva instancia política.

HORKHEIMER: Pero hemos de asumir que no podemos hacer otra cosa que decirlo.

ADORNO: Decir que eso sucederá, es tal vez un poco demasiado mecanicista; decir que *puede* suceder, suceda realmente o se quede en agua de borrajas, es mucho más difícil.

HORKHEIMER: Todo lo que decimos me parece demasiado abstracto. ¿Qué se haría, por ejemplo, con Estados Unidos?

ADORNO: Hemos de añadir que creemos que las cosas pueden terminar bien.

HORKHEIMER: Se nos pide que seamos más *outspoken* [francos]. Pero en nuestra crítica ha de quedar bien claro que nada se conseguirá si nadie hace que suceda. Nuestro estilo deja entrever lo que pensamos que debe suceder. Debemos escribir en el estilo de una posible oposición en el seno de Partido Comunista. ¿Debemos estar a favor o en contra de Estados Unidos? ¿A favor o en contra de la unidad de Europa? Ridiculizar el consumismo estadounidense es vergonzoso si no se dice de algún modo qué habría que hacer al respecto. De otro modo no se haría más que insultar. Mi instinto me indica que si nada puedo hacer, nada debo decir. Para usted nuestra tarea consiste en al menos

<sup>10</sup> Carlo Schmid (1896-1979), miembro dirigente del Partido Socialdemócrata.



presentar la utopía en negativo. Me gustaría llevar las cosas a un punto que mostrara unas relaciones más claras entre utopía y realidad actual.

ADORNO: Si escribo tanto sobre música es porque tengo todas las categorías de la mediación. En filosofía también las tenemos. Pero sobre la evolución interna de los partidos en los distintos países no las tenemos. Es necesario aplicarlas allí donde, según la propia experiencia, son más pertinentes. ¿Qué pasaría hoy si formulásemos axiomas políticos?

HORKHEIMER: Si nos mostramos tan ambiciosos, tenemos que tener bien claras las medidas que empleamos, pues de lo contrario Marx vendría a aclarárnoslas. Queremos que lo que hoy se ha logrado en Estados Unidos se conserve en el futuro, por ejemplo la seguridad jurídica y los *drugstores*. Esto debe quedar bien claro cuando hablemos de estos temas.

ADORNO: Esto incluye también la supresión de los programas basura de la televisión.

HORKHEIMER: En primer lugar es difícilísimo decir lo que los programas televisivos significan hoy para los trabajadores. Es probable que en Alemania los trabajadores más progresistas se compren televisores. En segundo lugar, en Alemania está ya bastante claro que la relación con Estados Unidos es sospechosa, pero no así con Rusia. En nuestros trabajos debería figurar ya una frase que dijera que en las emisiones de televisión estadounidenses, aunque se asemejaran a las rusas, no se mostraría directamente un asesinato. Tiene que quedar bien clara nuestra actitud hacia los distintos países.

ADORNO: Tendríamos que insinuar estas cosas más que decirlas directamente.

HORKHEIMER: Los rusos son ya medio fascistas.

ADORNO: Que el corazón de los alemanes esté más cerca de los rusos, no es nada negativo. Ellos creen que los rusos representan el socialismo. La gente aún no tiene conciencia de que los rusos son fascistas, sobre todo la gente más sencilla. Los industriales y los banqueros lo saben. Y la gente cree que para los estadounidenses lo único importante es el dinero.

## 7. CRÍTICA DE LA ARGUMENTACIÓN

*24 de marzo*

HORKHEIMER: Hay un tema que quisiera tocar: la cuestión del argumentar. Siempre se podrá decir cualquier cosa de cualquier cosa, y esto tiene que ver también con la relación de teoría y praxis.

ADORNO: El pensamiento que renuncia al argumento –Heidegger– cae en el puro irracionalismo.

HORKHEIMER: Solo se puede argumentar si detrás hay una tendencia práctica.

ADORNO: Si detrás hay un impulso. Kant.

HORKHEIMER: Se puede discutir la *Crítica de la razón pura* hasta el final.

ADORNO: Tiene su sustancialidad en los argumentos. Los argumentos son lo pasajero, lo que luego queda atrás. Se puede así definir lo que es la inteligencia. En el concepto se mezclan dos cosas muy diversas: la capacidad de pensar separadamente de la cosa y la comprensión resultante de una relación con la cosa. Estos dos momentos están interrelacionados, pero el concepto corriente de inteligencia solo hace referencia al primero, y el segundo, el que más importa, queda relegado con el nombre de intuición u otro semejante. Hay que decir que la inteligencia formal es la determinación necesaria, pero no suficiente, y la intuición solo un tipo de experiencia que súbitamente se activa, pero que no es en modo alguno irracional. Habría que desarrollar una fenomenología de la inteligencia en la que figurase como tercer componente que aparece distorsionado en los otros dos.

HORKHEIMER: Quiere decir que cuando hablamos siempre hay detrás un objetivo, el *facit* de nuestras experiencias y padecimientos. Hay algo indescriptiblemente ingenuo en el intento de considerar aisladamente la inteligencia.

ADORNO: Pero existe realmente una cosa como la virtud dianoética, consistente en considerar la cosa puramente en sí misma y hacerle justicia.

HORKHEIMER: La praxis está implícita en la justicia.

ADORNO: Esto nos lleva al punto en el que se advierte que en la separación de teoría y praxis hay algo engañoso. La separación de ambos momentos es propiamente ideología.

HORKHEIMER: ¿Qué significa hacer justicia a algo? Habría que expresar en la formulación lo que ese algo verdaderamente quiere. Es el elemento mayéutico.

ADORNO: Esto se halla implícito en el automovimiento del concepto de que habla Hegel.

HORKHEIMER: Pero la cosa no quiere necesariamente el bien. Mientras intentamos ayudar a la cosa, tenemos en la mente algo bueno para ella y la vemos como si estuviese necesitada.

ADORNO: La cosa necesita del concepto. El concepto tendría que ser lo bueno de la cosa.

HORKHEIMER: Esto me parece demasiado abstracto. Es como si alguien caminase en la oscuridad sin saber que hay una luz.

ADORNO: La filosofía está para redimir lo que vemos con la mirada animal. Cuando se siente que una idea está al servicio directo de la praxis, entra en una dialéctica. Cuando, en cambio, la idea logra hacer justicia a la cosa, entonces ya no se puede decir lo contrario de ella. El sello de autenticidad de la idea es que niega la inmediatez de los propios intereses. La idea auténtica es la que no quiere tener razón.

HORKHEIMER: Cuando se habla, se habla siempre para uno mismo. Cuando se defiende una cosa, se defiende uno a sí mismo. Abogar por algo no es necesariamente malo. Se siente profundamente que la propia causa está en juego. Todo ser siente lo injusto que sería que él mismo quedase borrado. Cuando se aboga por otro, se aboga también por uno mismo.

ADORNO: La desconfianza hacia el argumento es en el fondo lo que ha inspirado a los Husserl y Heidegger. Lo satánico de esto es que con la eliminación del argumento se cae en la tautología y el sinsentido. Argumentar tiene la forma del sí, pero...

HORKHEIMER: Pero el «sí, pero...» sigue estando al servicio del hacer algo visible en el objeto mismo.

ADORNO: Hay algo malo en todo lo que sea abogar por algo. Argumentar supone aplicar determinaciones del pensamiento a cosas que se discuten. Usted intenta decirme que cuando uno está en la situación de tener que explicar por qué algo es malo, está perdido. Por otro lado se cae entonces en lo mefistofélico: desprecia la razón y la ciencia, y entonces llegarás a las fuerzas primordiales del ser.

HORKHEIMER: Estados Unidos es el país de la argumentación.

ADORNO: El argumentar es, consiguientemente, burgués.

HORKHEIMER: Es nuestro deber y nuestra responsabilidad, cohonestar las ideas con la praxis justa.

## 8. EL CONCEPTO DE PRAXIS

### *25 de marzo, por la mañana*

ADORNO: La cuestión central es cuál es la relación de la teoría con la praxis en general. Usted ha dicho que la teoría correcta requiere el método correcto. Pero hay más. En primer lugar hay que decir que el pensamiento mismo es también una forma de praxis; cuando pienso, hago algo. Hasta en la más pura actividad intelectual hay ya un elemento práctico.

HORKHEIMER: No estoy enteramente de acuerdo.

ADORNO: El pensamiento es una forma de comportamiento que curiosamente considera la apariencia de algo como si en ésta no estuviese contenida la actividad del hombre.

HORKHEIMER: Se me ocurre algo relacionado con esto: usted no puede decir que sumar es una actividad en el mismo sentido que lo es la experiencia de una pieza musical. Igual que existe diferencia entre correr una silla y sentarse en ella. El reposar y el contemplar están del lado de la teoría.

ADORNO: Por otra parte, en la pretensión de la teoría de ser este puro ser purificado de acción hay algo de ofuscación.

HORKHEIMER: La teoría solo es propiamente teoría cuando sirve a la praxis. La teoría que se basta a sí misma es mala teoría. Por otra parte es también mala teoría cuando solo existe para producir algo.

ADORNO: Siempre me encuentro con la pregunta de qué haría si fuese director de radio o ministro de Educación. Y siempre tengo que reconocer que ello me produce una gran perplejidad. La sensación de que sabemos muchísimo, pero que por razones categoriales no nos está dado traducir nuestro saber a una verdadera praxis tiene que estar presente en nuestras consideraciones.

HORKHEIMER: Esto no va muy lejos. Mientras usted trabaje en una sociedad, no puede remitirse al concepto de praxis que aún tenía Marx. Nuestra situación es tal, que debemos abordar la cuestión del reformismo. ¿Qué es la praxis cuando ya no hay un partido? ¿No significa entonces la praxis o reformismo o quietismo?

ADORNO: Tenemos otro concepto de praxis que el de Lazarsfeld<sup>11</sup>. Siempre nos ofrecen un concepto que solo sería adecuado a un estado de emergencia.

HORKHEIMER: Como también el Partido Comunista está ya inserto en la sociedad, esto significa la renuncia a lo que entendemos por praxis. Por praxis entendemos tomarse en serio la idea de que el mundo debe cambiar de arriba abajo. Y esto tiene que mostrarse tanto en el pensamiento como en la acción. Lo práctico reside en lo diferente: el mundo debe ser distinto. No se trata de hacer algo distinto de pensar, sino de un pensar diferente y un actuar diferente. Esta praxis no nos pide que nos suicidemos. Probablemente tengamos que empezar por decirnos que si no hay ya un partido, el hecho de que existamos nosotros tiene ya un valor.

ADORNO: Además no somos con esto tan esencialmente desventurados como otras personas.

HORKHEIMER: El quitarnos de en medio no está en nuestra naturaleza.

ADORNO: La teoría es, por su excepcionalidad, algo así como la representación de la felicidad. La felicidad que se obtendría con la praxis no tiene en el mundo hoy otro reflejo que la conducta del hombre que se sienta en la silla y piensa.

HORKHEIMER: Esto es aristotélico.

ADORNO: Esto no es cierto en la medida en que la felicidad solo es pensada y no real, pero sí lo es por cuanto que su excepcionalidad, que la saca de la rutina diaria, hace de ella una suerte de vicario de la felicidad. En este punto, la diferencia entre el pensamiento y el pollo asado no es tan grande. Una cosa puede estar por la otra.

HORKHEIMER: Pero comer pollo asado no es hacer teoría. La libertad es poder hacer lo que se desea. El hecho de que nos guste pensar no funda la primacía de la teoría sobre la praxis. El pensamiento que no tiene ningún vínculo con la praxis es como cualquier otra cosa que nos guste. La diferencia entre el pensamiento al que decimos sí y el pensamiento al que decimos no es que aquel al que decimos sí ha de tener alguna relación con el mundo justo y considerar el mundo bajo este aspecto; debe existir una relación con la manera en que el mundo podría ser distinto. Si queremos escribir sobre teoría y praxis, hemos de describir mejor este aspecto. Unas veces entendemos por praxis el hecho de que todo lo que pensamos y hacemos viene determinado por la idea de lo diferente. Otras veces entendemos por praxis lo que marca la diferencia entre el

<sup>11</sup> Paul Lazarsfeld (1901-1976): sociólogo austriaco emigrado a cuyas órdenes Adorno trabajó en el Princeton Radio Research Project; conocido por su planteamiento empírico y orientación empresarial; Adorno lo describió como un «técnico de la investigación» [NLR].



pensamiento y la acción. Tendríamos que pensarlo y hacerlo todo de forma que se ajuste al primer concepto de praxis. Usted se opone a que se resten posibilidades al pensamiento por preguntarse siempre qué hacer.

## 9. LA REFERENCIA A LO DIFERENTE NO ES UN UTOPISMO

*25 de marzo, por la tarde*

HORKHEIMER: No tiene que parecer que tenemos deseos burgueses metafísicamente embellecidos<sup>12</sup>. Se podría objetar que lo que llamamos lo diferente [*das Andere*] no es sino una proyección ideológica; lo que, sobre la base de cierto interés social, aparece como deseable sería, en cuanto diferente, lo opuesto a lo que ha sido la entera historia universal.

ADORNO: Se podría decir que Marx y Hegel enseñaron que no hay ideales abstractos, sino que el ideal se halla siempre en el paso siguiente, que el todo no se capta de forma inmediata, sino mediata a través del siguiente paso, que lo que hacemos es, en suma, predialéctico, un salirnos de la dialéctica. A esta objeción respondería que es abstracta. Sería válida para un mundo aún no cerrado en una totalidad. Pero hoy, cuando todo está englobado y cuando el mundo forma una unidad abarcable, ha llegado la hora de la idea de la «otredad». Casi podría decirse que la dialéctica, que siempre encierra un elemento de libertad, ha llegado hoy a su final porque nada le queda ya fuera. Lo que Hegel y Marx llamaban utopismo, la situación histórica actual lo ha hecho obsoleto. Porque el estado de las fuerzas productivas permite eliminar realmente la escasez y porque el mundo entero se halla recogido en un único estado de ofuscación y desventura, de modo que solo lo que salga del todo puede constituir la salvación.

HORKHEIMER: Esto significa recaer en el utopismo.

ADORNO: Pero la crítica del utopismo se basa en la idea de que la técnica aún no ha avanzado suficientemente. Esto nadie puede saberlo. Hoy existe realmente una contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

HORKHEIMER: Esto ya lo dijo Marx.

ADORNO: Pero probablemente esto aún no era el caso en su época.

HORKHEIMER: ¿Pero por qué debemos volver hoy al ideal burgués?

ADORNO: Podemos demostrar que las cosas que no nos gustan son por su parte formas reflejas de la forma de producción.

HORKHEIMER: Marx solo estaba en contra de lo que consideraba obsoleto; en cambio nosotros somos románticos.

ADORNO: Marx habría considerado la televisión y las motocicletas parte de la ideología.

<sup>12</sup> Reminiscencia de una metáfora usada por Werner Sombart que en una ocasión deploró Horkheimer. Véase «Die gegenwärtige Lage der Sozialphilosophie und die Aufgaben eines Instituts für Sozialforschung» [1931], en M. Horkheimer, *Gesammelte Schriften*, III, Fráncfort, 1988, p. 26.

HORKHEIMER: Mi objeción es que en todo lo que tenemos presente para definir lo diferente hay algo ideológico. No todo son cosas relativas a la parte animal, como tener alimento suficiente y no trabajar de sol a sol. Y como prevenir que se haga violencia a la naturaleza en el hombre. ¿Cómo ve Marx la relación entre teoría y praxis?

ADORNO: Lo que ha existido hasta ahora es la prehistoria. El concepto de prehistoria contiene también algo de utopía abstracta.

HORKHEIMER: Marx dice que es necesario abolir las clases sociales porque ha llegado la hora de hacerlo, porque las fuerzas productivas son ya suficientemente poderosas.

ADORNO: Si dejamos que la historia siga su propio camino y solo aceleramos un poco, el resultado final será el infortunio de la humanidad.

HORKHEIMER: Nada se puede hacer contra esto salvo introducir el socialismo.

ADORNO: Es lo que nosotros también decimos.

HORKHEIMER: Si nos remitimos a la idea de que todo debe medirse de acuerdo con la imagen de lo que se desea, nos encontramos con el concepto de utopismo, con una teoría que no reclama ninguna acción. ¿Qué sería una teoría que no nos dijera qué actitud debemos adoptar respecto a los rusos y a los Estados Unidos? Habría que medir la realidad según un aspecto cuya posibilidad de realización pueda demostrarse en ciertos desarrollos concretos de la realidad histórica.

ADORNO: Por un lado, la teoría está precisamente para decir lo que se puede hacer para la realización del comunismo dentro de una determinada constelación de fuerzas. Por otro lado es la necesidad de pensar precisamente en esa alternativa lo que reduce hoy el pensamiento a ese sinsentido. Se trata de una antinomia.

HORKHEIMER: No puede negar abstractamente esta antinomia. No puede decir que esa necesidad destruye el pensamiento y, por tanto, no me queda sino denostarlos a ambos. Usted tendría entonces que declarar: fuera las manos de la política y a ser profesor universitario. Seremos estoicos. El pensamiento es la única felicidad.

ADORNO: No debe recomendarse el placer del pensamiento.

HORKHEIMER: Quizá debiéramos decir sin compromiso alguno: escribir artículos como Marx no tiene hoy ningún sentido; ciertamente creemos que podría en la historia llegar un momento en que todo pueda cambiar de arriba abajo. Pero hoy debemos confesar nuestro derrotismo. No declararnos fatalistas, sino reconocer la situación en la que nos encontramos: nada podemos hacer. No debemos hacer con esto una teoría, sino decir que en el fondo nada se puede cambiar. No podemos hacer como si se pudiera.

ADORNO: Por un lado, usted ha dicho que creemos que puede llegar un momento en que el cambio sea posible. Por otro es casi una tontería decirlo. La idea de que todo irá como debe es incompatible con el marxismo.

HORKHEIMER: Decir que todo irá bien me tranquiliza muy poco. Los 20 millones de chinos asesinados están muertos, y en esto radica lo que nos separa del marxismo. Que alguna vez todo cambie para bien no puede reconciliarnos con lo malo que mientras tanto haya sucedido. En

consecuencia, el marxismo no es en el fondo posible si no se tiene en perspectiva una revolución inmediata. Si esto es cierto, la utopía deja de ser una utopía social, y nuestra oposición a Marx aumentará sin medida.

ADORNO: La utopía es entonces metafísica.

HORKHEIMER: No metafísica, sino algo mucho más inmediato. En todo lo que escribimos debe trasparecer la praxis, una curiosa espera, pero una espera que no supone que todo lo que fue esté justificado; debemos ver nuestra forma de existencia como medida de lo que pensamos.

ADORNO: ¿No habría que volver a pensar todo desde el principio y escribir un Manifiesto que haga justicia a lo que hoy existe? Aún no ha podido verse en Marx que la inmanencia de la sociedad haya llegado a ser total. Esto significa, por una parte, que casi no se necesita más que romper la cáscara, y por otra, que nadie desea ya que las cosas sean distintas.

HORKHEIMER: Estamos en un periodo en que todavía podemos respirar. Esto no debemos dejarlo fuera de la teoría. No se puede ser políticamente activo, y sin embargo, cada palabra nuestra es política. Debemos manifestar que el Partido Comunista no es ni un pelo mejor que los republicanos liberales. En la afirmación de que nuevas constelaciones son posibles, hay ecos de Trotski.

ADORNO: El hecho de que haya arte no es indiferente a la afirmación de que lo importante es la revolución.

HORKHEIMER: El arte no es distinto de lo que pensamos, pero lo que pensamos debemos manifestarlo.

ADORNO: No podemos vendarnos los ojos ante esto.

HORKHEIMER: Debemos dar una explicación de por qué Picasso calla. Ha de quedar claro por qué desde nuestra posición se puede ser comunista y despreciar a los rusos.

ADORNO: Debemos estar en contra de Adenauer.

HORKHEIMER: Pero esto solo es verdad si mencionamos también los elementos que nos hacen posible vivir en Occidente. Llamada a la recreación de un Partido Socialista.

ADORNO: Con un Manifiesto estrictamente leninista.

HORKHEIMER: A esto se dirá: en Rusia no se podrá publicar, y en los Estados Unidos y en Alemania no tendrá ningún valor; quizá lo tenga en Francia y en Italia. No estaríamos llamando a nada a nadie.

ADORNO: La praxis es acción racionalmente dirigida que últimamente conduce a la teoría. La praxis conduce por su propia ley a la teoría.

HORKHEIMER: La teoría es en cierto modo uno de los instrumentos del hombre.

ADORNO: Esto indica que no es posible separar teoría y praxis.

HORKHEIMER: Esto es conformismo.

ADORNO: Para que un comportamiento sea práctico, debo reflexionar sobre algo. Si tengo el concepto de la reflexión, en el concepto de la praxis está puesto el de la teoría. Los dos momentos están realmente a la vez separados y no separados.

HORKHEIMER: La teoría está para reflexionar, y tiene que saber para qué se reflexiona.

- ADORNO: La teoría es más que un mero instrumento de la praxis porque reflexiona sobre sí misma y así abandona la condición de mera teoría.
- HORKHEIMER: Y esto solo puede hacerlo aspirando a la praxis correcta.
- ADORNO: La contemplación tenía un sentido por ir dirigida a un objeto en el sentido teológico. Usted critica siempre a la teoría sobre la base de que una teoría comunista es un absurdo, una pura contemplación de algo que no existe. El concepto de teoría ha resultado minado en sí mismo por el concepto general de ilustración. El concepto de teoría tiene algo de arcaico.
- HORKHEIMER: Marx hubiera dicho que lo que percibimos no son ideas, sino productos de la praxis humana en un doble sentido: primero en el sentido de que nuestra observación está continuamente dominada por lo que necesitamos, y en segundo lugar en el sentido de que lo que consideramos de forma nominalista como insoluble es algo que aún no podemos producir con nuestros medios científicos.
- ADORNO: Que el hombre se haya apartado de la naturaleza es un hecho singular. Solo hoy, bajo unas condiciones monopolistas, se ha restablecido para beneficio del hombre el mundo animal; todo está consumado. El salto biológico que representa el hombre está siendo revocado.

## 10. LA ANTINOMIA DE LO POLÍTICO

*30 de marzo*

- HORKHEIMER: Hemos hablado de lo que tiene que ser la relación de teoría y praxis cuando ya no hay un partido político. Ahora no hay ningún partido, y por eso, cuando se hace teoría, se opera en la incertidumbre en un doble sentido. En primer lugar porque lo que la teoría produce nada tiene ya en común con Marx, con la conciencia de clase más avanzada; lo que pensamos no es en absoluto función del proletariado. En segundo lugar porque parece que hagamos teoría para tenerla, por así decirlo, «en reserva».
- ADORNO: En el mejor de los casos la teoría es como el mensaje en la botella.
- HORKHEIMER: En reserva: quizá llegue un tiempo en que se haga uso de la teoría. Una teoría que ya no tiene relación con la praxis no es más que arte. Tendríamos entonces que justificar que la teoría sea un puro constructo.
- ADORNO: Si tuviera que elegir entre la reserva y el constructo, seguiría prefiriendo el constructo; dedicarse a pensar porque a uno le guste me parece más digno.
- HORKHEIMER: Primera tesis: elegir entre reserva y constructo.
- ADORNO: Hay que intentar expresarlo tan abiertamente como se pueda, sin dejar nada en la oscuridad.
- HORKHEIMER: Si nuestra teoría ya no sirve directamente a la praxis, si el vínculo con la praxis es completamente opaco, solo se podrá decir



que la praxis beneficiará a unos o a otros. El pensamiento se ha quedado en lo fundamental sin dirección. Se ha quedado sin lo que distingue a la filosofía del arte. Si en un texto filosófico hablamos de la injusticia y la falsedad del mundo, y el mundo responde que no es ni injusto ni falso, pues no hay alternativa al presente y hace lo mejor que puede, entonces hay algo incorrecto en la teoría. A la teoría se le pide con razón que diga algo preciso. La música simplemente se escucha. La teoría no puede ensimismarse, la teoría es resistencia. El pensamiento tiene en usted en gran medida una orientación práctica.

ADORNO: Sé que todo será falso mientras el mundo sea como es.

HORKHEIMER: Usted dirá que solo con decir esto ya se hace mucho. Pero yo digo que se haría mucho más si se muestra la línea en la que el horror deja de ser necesario. Para usted, la teoría ya ha cumplido su misión diciendo esto. Creo que deberíamos retener del marxismo el principio de que no basta con decir que algo es malo. Todavía hoy representamos el parecer de la contrarrevolución francesa, que mantenía que el oficio que el verdugo ejerce es siempre bueno, pues sin él todo sería peor.

ADORNO: Lo que en el fondo más me irrita de la relación de teoría y praxis son cosas tan crudas como la experiencia de que todo lo que los rusos escriben termina en ideología, en burdas y estúpidas monsergas sobre que la cultura es escoria y que en algún pasaje de Marx y Engels hay ya un momento de rebarbarización. El pensamiento está en ellos más cosificado que en la conciencia burguesa más avanzada. Siempre he querido corregir esto y desarrollar una teoría que sea fiel a Marx, Engels y Lenin, pero que no se quede rezagada respecto de la cultura más avanzada.

HORKHEIMER: ¿Quién no suscribiría esto? Usted quiere conservar la cultura, pero la rudeza y la barbarie forman parte de esa cultura. Su actitud tiene algo de Don Quijote. Usted quisiera hacer desaparecer lo que no se amolda a su idea, como si esta cultura pudiera sobrevivir en las condiciones actuales sin la injusticia que aborrecemos.

ADORNO: La crítica implacable de esa cultura es un elemento de nuestra acción.

HORKHEIMER: La pura crítica de la cultura no es para mí tan importante. Un estadounidense podría preguntarnos qué es lo que verdaderamente queremos, que ellos son las mejores personas y que hacen todo lo que pueden para poner fin a la barbarie. De esto hemos de ocuparnos. ¿Sabe usted qué es lo que rechaza de la praxis? La receta de que la teoría no debe ser una receta, pero si la teoría no quiere ser nada parecido a esto...

ADORNO: ... se niega a sí misma. Si uno es demasiado concreto, protesto yo, y si es demasiado abstracto, protesta usted. Cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista* tampoco había un partido. No siempre hay que conectar con algo que ya existe.

HORKHEIMER: Cuando en una situación no revolucionaria se escriben textos revolucionarios y no se reconoce lo positivo de la cultura, todo parece desangelado.

ADORNO: Pero en Marx no había nada de desolado.

HORKHEIMER: No tenía nada de sectario. Nada puede negar que vivimos en esta sociedad y formamos parte de ella.

ADORNO: Se vive de la cultura que se critica.

HORKHEIMER: Yo hablo de la sociedad.

ADORNO: Usted ha dicho que solo se puede combatir la barbarie de esta cultura con medios bárbaros. ¿Son entonces los medios neutrales respecto a los fines? En otras palabras: ¿puedo estar verdaderamente contra la barbarie si yo mismo escribo como los escritores de la tradición marxista?

HORKHEIMER: Karl Kraus es también bárbaro.

ADORNO: Debemos expresarnos con tal transparencia que pueda reconocerse qué es lo que habría que cambiar. Las ideas no deben referir directamente el cambio, pero sí procurar que los lectores se hagan la idea de que el cambio es posible.

HORKHEIMER: Segunda tesis: Lo que hoy decimos es algo que ya está en la moral o en el cristianismo. Con tanta abundancia como hay en Occidente, hay que dar a los que nada tienen.

ADORNO: En realidad, esto radica en la ideología. En el fondo solo es necesario cambiar la conciencia, disolver el estado de ofuscación de la conciencia en los individuos, y entonces todo irá bien encaminado.

HORKHEIMER: No solo es el estado de la conciencia. Si los que viven en la abundancia dieran de lo que tienen a los que nada tienen, serían conquistados por éstos. Los hombres viven en el horror. Esto tiene que ver también con el comer carne. Vosotros, pordioseros, acudid a la puerta<sup>13</sup>, esta es la cultura en que vivimos.

ADORNO: La teoría es ya praxis, y la praxis presupone la teoría. Hoy todo debe ser praxis, y sin embargo no hay ningún concepto de la praxis. No vivimos en una situación revolucionaria, y sin embargo las cosas están peor que nunca. El horror es que hoy vivimos por vez primera en un mundo en el que ya no es posible imaginarse otro mejor.

HORKHEIMER: Ya no existe un partido.

ADORNO: Ni llamada alguna a constituir un partido socialista de izquierda. Hoy, tal partido, o iría a remolque de los comunistas, o sufriría el destino del SPD o del Partido Laborista. No es una cuestión política el que no exista un partido.

HORKHEIMER: El momento en que la política es menos capaz que nunca de hacer lo justo, es al mismo tiempo el momento en que la política ha dejado de ser relevante.

ADORNO: El problema de quien habla.

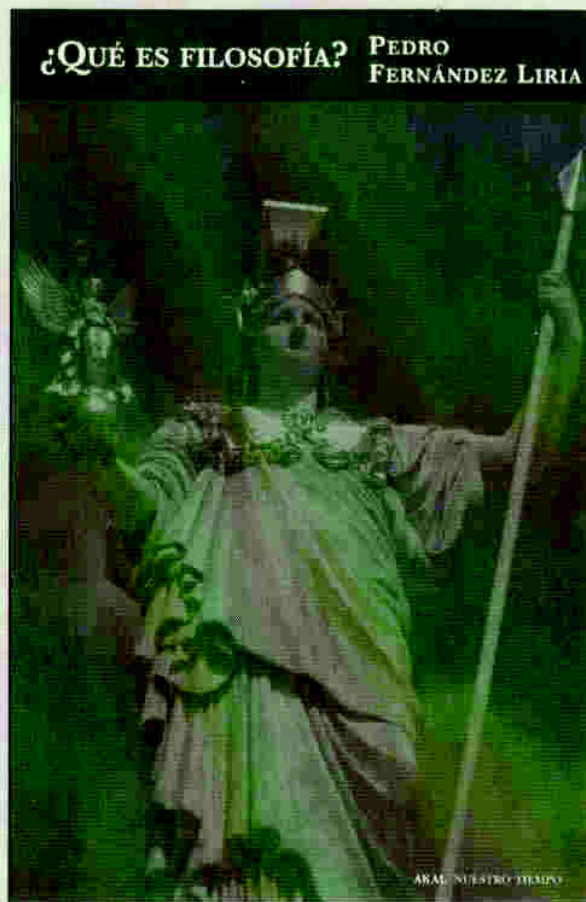
HORKHEIMER: ¿Puede decirse que la situación política actual es peor que en otro tiempo? No es simplemente peor. A nosotros nos une y nos diferencia de todos los demás una especie de reluctancia a decir que en

<sup>13</sup> «Ihr: Bettler eilt der Pforte zu». De una canción de *Der Schatz des Indianer-Joe*, de Adorno, Fráncfort, 1979, pp. 33-34.

China han asesinado a 20 millones, pero que pronto dejará de haber hambre allí. Nosotros no rechazamos la praxis, sino el decir a otros qué deben hacer. Como aún se nos permite vivir, estamos obligados a hacer algo.

## **Pedro Fernández Liria**

(Madrid, 1966) es doctor en Filosofía y Letras por la UAM y profesor de Filosofía de Enseñanza Secundaria en la Comunidad de Madrid. Entre sus escritos destacan *La «conciencia desdichada»*, *Aproximación a la fenomenología de la conciencia cristiana* (1996), *Hegel y el judaísmo* (2000), *Regreso al «campo de batalla»*, *En torno al pensamiento del último Althusser* (2002) y *Psicoanálisis y materialismo histórico en Louis Althusser* (2005). Ha publicado numerosos artículos en diversas revistas especializadas y es coautor del ensayo *Educación para la ciudadanía. Capitalismo, Democracia y Estado de Derecho* (Akal, 2010) y del libro de texto *Educación ético-cívica. 4º ESO* (Akal, 2008). Ha trabajado, además, como guionista en varios programas de televisión.



978-84-460-3095-9  
704 páginas



akal

[www.akal.com](http://www.akal.com)

El presente libro es una exposición sencilla, pero exhaustiva y rigurosa, del concepto de filosofía, así como una crítica de los principales equívocos y malentendidos que, durante siglos, han ido afectando a dicho concepto hasta hacer casi imposible su entendimiento.

Pero no es ésta su única intención. El otro gran objetivo de la obra es mostrar que la comprensión de esa actitud o disposición intelectual que desde el siglo v a.C. venimos llamando «filosofía» constituye el camino más directo para entender la forma esencial de nuestra cultura. Podría incluso decirse que es más bien la propia cultura occidental la que es producto o resultado de la *philosophía*. En todo caso, no parece que pueda alcanzarse un pleno entendimiento de lo que llamamos Occidente sin una comprensión previa de esa peculiar disposición espiritual adoptada por primera vez en Grecia, hace ya veintiséis siglos de historia.



## ¿UN MODELO SHANGHÁI?

Una crítica de *Capitalism with Chinese Characteristics*, de Yasheng Huang

Entre quienes muestran la más absoluta indignación contra los gobiernos que asfixian a la empresa privada se hallan los defensores del libre mercado que afirman hablar en nombre de los pobres. De acuerdo con sus palabras, la pobreza de los campesinos y de los migrantes rurales que luchan por sobrevivir en las hipertrofiadas ciudades del Sur global está provocada por los burócratas públicos que ofrecen privilegios a capitalistas amigos y a otras elites que reciben un trato de favor al tiempo que minan las energías empresariales de los menos afortunados. Concédase a los pobres derechos claramente definidos respecto a sus magras propiedades, proporcióneseles oportunidades de obtener crédito y déjese de someterlos a onerosos impuestos y pesadas regulaciones y ellos no solo encontrarán soluciones empresariales a su propia pobreza, sino que se convertirán en un poderoso motor de desarrollo económico.

Este es el mensaje de *Capitalism with Chinese Characteristics*, el muy aclamado libro de Yasheng Huang<sup>1</sup>. Al contrario de muchos economistas convencionales, que alaban a China por su constante avance durante las tres últimas décadas hacia las prácticas capitalistas occidentales, Huang sostiene que China comenzó a separarse de la verdadera liberalización económica en la década de 1990: mientras que en la de 1980 desarrolló un tipo de capitalismo empresarial en el que los pequeños empresarios rurales desempeñaron un papel preponderante, en la de 1990 se orientó, sin embargo, hacia un capitalismo dirigido por el Estado que favorece a las grandes empresas urbanas conectadas con el gobierno. El libro de Huang, que ha recibido una considerable atención en círculos académicos y políticos tanto dentro como fuera de China y que ha sido escogido por *The Economist* como libro del año, ha abierto un nuevo territorio al combinar las doctrinas de libre mercado con afirmaciones populistas.

---

<sup>1</sup> Yasheng Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics. Entrepreneurship and the State*, Cambridge, 2008.

La mayoría de los defensores de una mayor liberalización económica en China no se hallan especialmente preocupados por la creciente desigualdad de la renta o por el bienestar de quienes están situados en los escalones más bajos de la jerarquía económica, pero Huang pertenece a un subgrupo distinto de entusiastas del libre mercado que colocan la situación de los trabajadores y los campesinos en el centro de sus análisis<sup>2</sup>. Miembros de este subgrupo, que incluye a preeminentes estudiosos y periodistas como He Qinglian, Hu Shuli, Qin Hui y Kate Zhou, han argumentado copiosamente que la creciente desigualdad existente en China se debe a factores como la corrupción oficial, la persistencia de la propiedad del Estado, el excesivo control gubernamental, las constricciones que pesan sobre la empresa privada, el sesgo urbano de las elites estatales, la ausencia de transparencia y el capitalismo de camarillas.

El análisis de Huang ha recibido particular atención por varias razones. En primer lugar, nuestro autor se halla ubicado en la cúspide del *establishment* académico a ambos lados del Pacífico. De origen chino, Huang obtuvo un doctorado en Administración pública en Harvard y en la actualidad enseña en la Sloan School of Management del MIT y ocupa sendos puestos en el Centro de Investigación Económica China y en el Centro sobre China en la Economía Mundial de la Universidad de Tsinghua, que albergan a muchos de los más preeminentes e influyentes economistas de la República Popular China. En segundo lugar, Huang desafía los análisis convencionales que postulan el constante progreso de las reformas de mercado en China, afirmando que el conspicuo declive de la empresa rural se debe a las crecientes constricciones impuestas por el Estado sobre el sector privado empresarial, lo cual argumenta mediante una narrativa que es al mismo tiempo provocadora y supuestamente intuitiva. En tercer lugar, como acérrimo partidario de la empresa china autóctona critica las políticas que favorecen a las empresas extranjeras. En cuarto lugar, nuestro autor fortalece su narrativa con un impresionante cúmulo de investigación original, construida a partir del examen de miles de páginas de documentos primarios procedentes de bancos y cooperativas rurales chinos, así como de datos provenientes de informes oficiales sobre la empresa rural, que han sido poco utilizados por los estudiosos y que hace posible que Huang construya una amplia gama de estadísticas que analiza de un modo innovador. Por ello, los estudiosos futuros contraerán una gran deuda con él.

El libro se halla organizado en torno a la comparación de la década de 1980, que Huang caracteriza como una «década empresarial rural», y la de

---

<sup>2</sup> Resulta muy habitual, por supuesto, que académicos y periodistas sugieran de pasada que las dificultades a las que se enfrentan los trabajadores y campesinos chinos se deban al fracaso del gobierno a la hora de implementar cabalmente las reformas de mercado. Es menos común encontrar estudiosos como Huang que convierten este asunto en el centro de análisis académicos totalmente elaborados.

1990, que considera como una «década urbana dirigida por el Estado». En la de 1980, sostiene Huang, la política económica estuvo en gran medida en manos de Zhao Ziyang, Wan Li y otros responsables, que se mostraron dispuestos a realizar experimentos liberales y sentían simpatía por los empresarios rurales. Tras dismantelar las comunas rurales, permitieron que floreciera la empresa privada en las zonas no urbanas para lo cual eliminaron las restricciones públicas y aseguraron un fácil acceso al crédito. Aunque las ciudades se hallaban todavía dominadas por una indolente planificación estatal y por las empresas públicas, en las zonas rurales –donde el Estado siempre había sido más débil y el espíritu empresarial más fuerte– las pequeñas empresas intensivas en trabajo se convirtieron en el motor esencial de una economía que se expandía con gran rapidez.

Las tendencias liberalizadoras de la década de 1980 acabaron abruptamente, sin embargo, con la supresión de las protestas de Tiananmen y la caída de Zhao Ziyang en 1989. La elaboración de la política económica pasó a manos de nuevo equipo dirigido por Jing Zemin y Zhun Rongji, tecnócratas de orientación urbana procedentes de Shanghái, que preferían la planificación industrial guiada por el Estado. Desdeñaron a los empresarios rurales y favorecieron los grandes proyectos de alta tecnología intensivos en capital y energía, para lo cual canalizaron dinero a las empresas públicas y utilizaron las desgravaciones fiscales para estimular la inversión extranjera. El resultado fue un capitalismo cada vez más corrupto y amiguista así como un *boom* urbano en el que se construyeron resplandecientes rascacielos sobre campos de arroz confiscados. Privadas del flujo crediticio, las empresas rurales se estancaron y declinaron.

Huang dedica un capítulo a Shanghái, que presenta como el epítome de todo lo que ha sido erróneo en el modelo urbano dirigido por el Estado. Aunque el crecimiento del PIB ha sido rápido, escribe, el desarrollo económico de la ciudad ha estado dominado por empresas en las que las entidades públicas o las compañías extranjeras tienen las mayores cuotas de participación, en vez de por las empresas privadas autóctonas. Para asegurar la rentabilidad de las empresas conectadas al Estado, los despidos de los trabajadores del sector público fueron particularmente agresivos al tiempo que se suprimía el desarrollo de la competencia en el sector privado. Como resultado de ello Shanghái tiene relativamente pocos pequeños propietarios y escasas empresas privadas medianas y grandes. Este desarrollo sesgado ha polarizado, en opinión de Huang, la renta y ha hecho que los residentes más pobres de la ciudad experimenten una caída en sus ingresos reales.

Huang duda de la sostenibilidad del desarrollo dirigido por el Estado que ha protagonizado China, aduciendo la creciente corrupción, las recurrentes burbujas del precio de los activos y la ralentización del crecimiento de la productividad total de los factores. En el capítulo final compara desfa-



vorablemente el modelo chino con los seguidos por India y otros países de Asia oriental. India está recorriendo ahora una trayectoria de rápido desarrollo porque ha reemplazado la planificación económica por la creación de un entorno de políticas liberales, que alimenta el sector empresarial privado autóctono (como hizo China durante la década de 1980). Entre los vecinos asiático-orientales de China conviene no olvidar que, aunque Japón, Taiwán y Corea del Sur aplicaron políticas industriales en el pasado, la empresa privada fue siempre predominante aun en los momentos en los que el Estado estuvo más implicado en la orientación del desarrollo. Por otro lado, como India, estos países no dependían de la inversión extranjera. Todos ellos, concluye Huang, son historias de éxito del sector privado en las que los empresarios autóctonos desempeñaron el papel fundamental.

El argumento más contundente de Huang atañe no al desarrollo, sino a la desigualdad. Aunque la economía china creció rápidamente tanto durante la década de 1980 como durante la de 1990, la distribución, afirma, fue mucho más equitativa bajo el modelo empresarial rural que bajo el modelo urbano dirigido por el Estado. En la década de 1980, la renta personal creció más rápido que el PIB y las rentas rurales más rápido que las urbanas. Ambas tendencias no solo se revirtieron en la década de 1990, sino que la educación y la atención médica se hicieron cada vez más inasequibles a la población rural, provocando el declive en los índices de alfabetización y salud en las áreas no urbanas. El mensaje que quiere transmitir el libro es que cuando el gobierno chino fue lo suficientemente inteligente como para quitarse de en medio y permitir que floreciera la empresa privada; la economía no solo creció rápidamente, sino que los resultados fueron más equitativos. En este ensayo, abordaré las principales cuestiones empíricas que sostienen estas afirmaciones. En primer lugar, ¿por qué las empresas rurales florecieron en China durante la década de 1980 y después se tambalearon durante la de 1990? En segundo lugar, ¿qué hizo que se incrementara la desigualdad económica de un modo tan rápido durante esta última década?

### *Las empresas rurales*

Las causas reales del ascenso y caída de las empresas rurales son en cierto sentido precisamente las opuestas a las que propone Huang. Las pequeñas firmas rurales florecieron durante la década de 1980 no porque el Estado se hiciera a un lado, sino por el contrario porque intervino en la economía de modo contundente para impedir el desarrollo de empresas privadas de mayores dimensiones. Durante los primeros años tras la muerte de Mao, el Partido Comunista de China decidió impedir el desarrollo del sector capitalista, al que contemplaba como una potencial amenaza política. Permitió que los hogares rurales se implicasen en actividades empresariales a pequeña escala y continuó promoviendo el desarrollo de las empresas colectivas gestionadas por funcionarios de los núcleos de



población pequeños y medianos. Ambos sectores florecieron con la apertura de los mercados de mercancías, pero su éxito de debió en gran medida a la protección del gobierno. El Estado, en efecto, creó y mantuvo un entorno en el que estas empresas podían operar sin enfrentarse a la competencia de las grandes empresas capitalistas. Esta protección se concretó en seis formas fundamentales:

1. La reforma agraria y la colectivización rural implementadas a comienzos de la era comunista habían eliminado a las viejas clases terratenientes y empresariales; posteriormente la descolectivización dividió la tierra entre los hogares rurales de modo igualitario, lo cual despejó el terreno para que, cuando a principios de la década de 1980 se abrieron los mercados, existiera un considerable espacio para la entrada de los pequeños empresarios rurales.
2. El Partido Comunista de China impidió el desarrollo de nuevas empresas capitalistas. Se permitió que los hogares se involucraran en la actividad empresarial, pero no podían emplear legalmente más de siete personas (nominalmente miembros de la familia). Esta restricción se eliminó únicamente después de 1987.
3. Los estrictos límites impuestos a la venta y arrendamiento de tierra inhibieron el desarrollo de empresas privadas de mayores dimensiones.
4. Aunque se estimuló la contratación con empresas extranjeras, se restringió severamente la inversión directa por parte de éstas.
5. En general, el mercado nacional siguió estando protegido de los bienes importados.
6. Los hogares rurales y las empresas colectivas emplearon de modo monopolístico la barata mano de obra rural, que se hallaba subsidiada por una agricultura de subsistencia. Las empresas urbanas propiedad del Estado fueron obligadas a suministrar empleo permanente y generosos beneficios sociales a sus trabajadores, mientras se restringía el empleo de trabajadores temporales. Tales políticas concedieron a las empresas rurales una ventaja en los sectores intensivos en trabajo y muchas se beneficiaron de relaciones de subcontratación con las empresas estatales.

El *boom* económico rural de la década de 1980 fue impulsado en gran medida por las pequeñas fábricas propiedad de los gobiernos municipales de los núcleos de población pequeños y medianos (que eran conocidas como empresas colectivas, aunque en realidad no eran propiedad de sus empleados). Las pequeñas empresas familiares también florecieron y a finales de la década, cuando se suavizaron los límites de empleo y otras restricciones, los empresarios privados comenzaron a constituir empresas de mayores dimensiones. A fin de postular que el despegue rural de la década de 1980 fue ampliamente un asunto del sector privado, Huang infravalora el papel de las empresas poseídas por los gobiernos municipales y exagera el papel del sector privado. Para fortalecer su argumentación, Huang cita datos del Ministerio de Agricultura que indican que la gran mayoría de las empresas rurales eran privadas y no colectivas, lo cual es cierto si contamos a todos los individuos autoempleados como

«empresas», porque en ese caso la gran mayoría de las empresas eran simplemente artesanos individuales, vendedores ambulantes y pequeños comerciantes. El grueso del empleo, sin embargo, fue suministrado realmente por las empresas colectivas, que eran menores en número, pero significativamente mayores<sup>3</sup>.

Cuadro 1. *Empresas propiedad de núcleos municipales pequeños y medianos, 1985-2002*

Año	N.º de empresas en municipios de pequeño y mediano tamaño (en millones de unidades)				Empleo en empresas en municipios de pequeño y mediano tamaño (en millones de personas)			
	Total	Colectiva	Priv.gran.*	Familiares	Total	Colectiva	Priv.gran.*	Familiares
1985	12,2	1,57	0,53	10,1	69,8	41,5	4,75	23,5
1986	15,2	1,73	1,09	12,3	79,4	45,4	8,34	25,6
1987	17,5	1,58	1,19	14,7	88,1	47,2	9,23	31,6
1988	18,9	1,59	1,2	16,1	95,5	48,9	9,77	36,8
1989	18,7	1,53	1,07	16,1	93,7	47,2	8,84	37,6
1990	18,7	1,45	0,98	16,3	92,7	45,9	8,14	38,6
1991	19,1	1,44	0,85	16,8	96,1	47,7	7,27	41,2
1992	20,9	1,53	0,90	18,5	106,3	51,8	7,71	46,8
1993	24,5	1,69	1,04	21,8	123,5	57,7	9,14	56,6
1994	24,9	1,64	0,79	22,5	120,2	58,9	7,3	53,9
1995	22,0	1,62	0,96	19,4	128,6	60,6	8,74	59,3
1996	23,4	1,55	2,26	19,6	135,1	59,5	24,6	50,9
1997	20,1	1,29	2,33	16,5	130,5	53,2	26,3	51,0
1998	20,0	1,07	2,22	16,8	125,4	48,3	26,2	50,9
1999	20,7	0,94	2,08	17,7	127,1	43,7	28,5	54,8
2000	20,9	0,8	2,06	18,0	128,2	38,3	32,5	57,3
2001	21,2	0,67	2,01	18,5	130,9	33,7	36,9	60,2
2002	21,3	0,73	2,3	18,3	132,9	38,0	35,0	59,8

\* Más de siete empleados.

Fuente: Y. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, cit., p. 79.

De acuerdo con los datos del Ministerio de Agricultura recopilados por Huang, y que se recogen en el cuadro 1, a finales de la década de 1980 las «empresas familiares» (*getibu*) representaban el 80 por 100 de todas las empresas rurales, pero la media de personas activas en cada una de

<sup>3</sup> Algunas empresas que se registraron como colectivas estaban en realidad gestionadas privadamente, pero no existe prueba alguna de que éstas representaran más que una pequeña proporción del total, y Huang no sugiere que así fuera. Por otro lado, parece que ese falso registro fue un fenómeno fundamentalmente de finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, después de que el establecimiento de empresas privadas de mayores dimensiones se hubiera aceptado ideológicamente y ganado aprobación legal, lo cual no impidió que las empresas colectivas continuaran disfrutando de crédito y de otras ventajas.

ellas era tan solo de dos. El número de empresas privadas de mayores dimensiones (aquellas con más de siete empleados) creció, aunque eran también relativamente pequeñas, con una media de tan solo ocho empleados por empresa, y hasta mediados de la década de 1990 nunca proporcionaron más del 10 por 100 del empleo generado en el sector empresarial rural. Por otro lado, si bien el número de empresas colectivas era relativamente pequeño, no debemos olvidar que empleaban a mucha más gente (una media de aproximadamente treinta personas por empresa a finales de la década de 1980), que representaban más de la mitad del empleo en este sector. Si excluyésemos de este cálculo las empresas que eran simplemente individuos autoempleados, entonces el sector colectivo proporcionaría la aplastante mayoría de los empleos. Por otro lado, las empresas colectivas dominaban el sector manufacturero, que era el motor del despegue rural, mientras que las pequeñas empresas familiares se concentraban en el transporte, el comercio y los servicios, y muchas de ellas se beneficiaban de las oportunidades ofrecidas por el crecimiento de las fábricas colectivas. No obstante, Huang tiene razón cuando considera la China rural de la década de 1980 como altamente empresarial. Todas las empresas rurales, incluidas las fábricas gestionadas por los cuadros municipales, funcionaban al margen del plan estatal y tenían que ser emprendedoras. Y todos los tipos de empresa rural —familiares, colectivas y capitalistas de pequeñas dimensiones— florecieron en el entorno privilegiado creado por las políticas de reforma pro-mercado en la primera década. Así, pues, ¿qué cambió en la década de 1990?

La diferencia fundamental radicó en que el Partido Comunista de China comenzó a promover la empresa capitalista de grandes dimensiones. A fin de competir en los mercados globales, Deng Xiaoping decidió que China tenía que desarrollar grandes empresas que operaran de acuerdo con los principios capitalistas. Después del famoso viaje de Deng Xiaoping por el sur del país en 1992, en el que alabó la eficiencia de las empresas participadas por la inversión extranjera orientada hacia la exportación establecidas en las zonas económicas especiales chinas, el Estado dejó de bloquear el desarrollo de grandes empresas privadas, extranjeras y nacionales, y optó, al contrario, por estimularlo. La nueva Ley de la Empresa aprobada en 1994, junto con la serie de reformas relacionadas, supuso un cambio fundamental en pro de políticas económicas más liberales y abrió el camino hacia el desarrollo de un sector empresarial privado así como a la privatización de la gran mayoría de las empresas estatales y colectivas. Como consecuencia de todo ello, se desmanteló el entorno protector del que habían disfrutado las empresas rurales durante la década de 1980.

Huang tiene razón al sostener que el predominante sesgo urbano característico de la década de 1990 tuvo que ver con el declive de la economía rural de China registrado durante ese periodo, pero se equivoca cuando identifica el origen del mismo. El capitalismo tiene intrínseca-

mente un sesgo urbano. A medida que se desarrolla, los campesinos, los vendedores ambulantes y los artesanos son desplazados por las empresas capitalistas; el tamaño de las empresas crece; el centro de la actividad económica se desplaza de las zonas rurales a las ciudades; los campesinos se trasladan a las áreas urbanas y las ciudades se expanden a expensas del campo. Las grandes empresas capitalistas tienen sus sedes en las ciudades y las empresas rurales exitosas se trasladan a éstas cuando crecen. Jiang Zemin y Zhu Rongji hacían gala en realidad de un sesgo urbano, pero éste era inherente a su preferencia por el capitalismo. Se inspiraban en el capitalismo corporativo de Occidente y mostraban su preferencia por los supermercados frente a los mercados de los agricultores, los grandes almacenes frente a los vendedores ambulantes, las grandes fábricas frente a las pequeñas, y las grandes cadenas frente a las empresas familiares. No sabían qué hacer con las empresas de propiedad municipal o con las empresas familiares; querían ver grandes corporaciones bien capitalizadas y tecnológicamente avanzadas que estuvieran intensamente integradas en los mercados globales. En general, Zemin y Rongji preferían lo privado a lo público y ambos forzaron la privatización completa de la mayoría de las empresas estatales y colectivas y la privatización parcial de la mayor parte de las restantes. El Estado mantuvo el control de determinadas empresas en un reducido número de sectores «estratégicos», entre los que se hallaban el sector bancario, el petróleo y otros recursos esenciales como la electricidad, las telecomunicaciones y la industria armamentística; pero incluso en esos sectores las empresas fueron reestructuradas de modo que respondieran de sus beneficios y pérdidas, lo cual significaba que tenían que comportarse como corporaciones capitalistas.

El mercado de trabajo también se liberalizó. Las empresas públicas reestructuradas fueron exoneradas de las obligaciones que las ligaban a sus empleados: ya no tenían que suministrar asistencia sanitaria, pensiones, vivienda o servicios de cuidado infantil o de bienestar social; además, se les concedió total libertad para despedir y contratar trabajadores de acuerdo con las exigencias del mercado. A las empresas privadas se les permitió contratar a los empleados que precisasen, y todas ellas podían ahora contratar libremente a migrantes rurales. Al mismo tiempo, el establecimiento de grandes empresas privadas fue ahora permitido y los empresarios de éxito, urbanos y rurales, pudieron obtener préstamos bancarios para expandir sus operaciones. Las restricciones que pesaban sobre la inversión extranjera directa se suprimieron y el capital afluyó abundantemente de las corporaciones estadounidenses, japonesas, surcoreanas y europeas, así como de una multitud de capitalistas, grandes y pequeños, de origen étnico chino radicados en Hong Kong, Taiwán y el sudeste asiático. Zhu Rongji reorganizó la estructura reguladora de forma que se adecuara de modo más estrecho a las prácticas occidentales; su objetivo declarado era crear un «entorno de igualdad de oportunidades» vigente para todo tipo de empresas, públicas y privadas. Aunque algunas empresas estatales todavía disfrutaban de privilegios, el sector em-



presarial privado se está expandiendo a gran velocidad y las empresas privadas rentables no tienen dificultad alguna a la hora de obtener crédito o licencias.

### *La contracción crediticia*

Desde mediados de la década de 1990 la empresa rural sufrió tremendamente. Como documenta Huang, el número total de empresas rurales cayó de 24,9 millones en 1994 a 20 millones en 1998 (véase el cuadro 1). Muchos analistas han concluido que las pequeñas empresas rurales declinaron porque no podían competir con las empresas de mayores dimensiones, nacionales y extranjeras. Huang discrepa, sosteniendo por el contrario que los dirigentes pro urbanos que accedieron al poder en la década de 1990 crearon un entorno hostil para las empresas rurales, y se concentra en las políticas que dificultaron el acceso al crédito de los empresarios rurales.

Aunque es cierto que el crédito experimentó una restricción notabilísima bajo la férula de Zhu Rongji a mediados de la década de 1990, no debe olvidarse que apretó las tuercas a todo el mundo. Durante la mayor parte de la década de 1980 la política monetaria del gobierno fue laxa y el crédito fluyó con facilidad; tras un breve momento de rigor monetario inmediatamente después del levantamiento de 1989, se produjo un nuevo periodo de dinero abundante a principios de la década de 1990. La repentina imposición de políticas crediticias rigurosas produjo una crisis no únicamente para las empresas rurales, sino también para las empresas urbanas. En realidad, la contracción crediticia desempeñó un papel fundamental en la reestructuración y la privatización de las empresas estatales y colectivas. Miles de empresas, urbanas y rurales, cerraron sus puertas y otras despidieron a buena parte de su fuerza de trabajo. Los bancos estatales fueron reorganizados para que operaran de modo más similar a los bancos comerciales, prestando tan solo a los clientes que merecieran el crédito, ofrecieran garantías y demostraran su capacidad de reembolsar sus deudas. La contracción crediticia de mediados de la década de 1990 barrió a un gran número de empresas, tanto urbanas como rurales; tan solo sobrevivieron las de mayores dimensiones y mejor capitalizadas, privadas en su mayoría, que pudieron ajustarse al nuevo entorno capitalista altamente competitivo. A mediados de la década de 1990, la totalidad de los bancos chinos se hallaban lastrados con préstamos de dudoso cobro, pero el Banco Agrícola de China y las Cooperativas de Crédito Rural (CCR) se encontraban en la peor situación. Las CCR, instituciones creadas en la década de 1950 como parte de la infraestructura colectiva rural, desempeñaron un papel particularmente importante en la promoción de la empresa rural en la década de 1980, proporcionando generosamente crédito a las empresas municipales así como a las familias campesinas que presentaron planes empresariales prometedores. En el entorno altamente competitivo de la década de 1990, sin embargo, muchas de ellas no fueron capaces de reembolsar sus préstamos. A pesar de que los

criterios de concesión de crédito de las CCR se hicieron más exigentes, el conjunto del sistema virtualmente colapsó bajo el peso de las deudas incobrables. ¿Fue esto resultado del sesgo urbano de los responsables de las políticas aplicadas? En la mayoría de los países, los bancos comerciales no se muestran muy interesados (o proclives) a conceder crédito a los pequeños empresarios rurales y normalmente ello exige el apoyo público para mantener las instituciones que suministran crédito a los operadores menores y más débiles. Durante la década de 1990, cuando el gobierno chino redujo el apoyo que previamente había prestado a las CCR, la lógica de un Estado desarrollista fue desechada a favor de la de un banquero capitalista.

La tesis central de Huang es que las empresas rurales se tambalearon en la década de 1990 porque las políticas gubernamentales favorecieron a las empresas urbanas conectadas con el Estado. En la década de 1980, sin embargo, cuando las empresas estatales representaban una parte mucho mayor de la economía y se hallaban financiadas directamente por los presupuestos generales del Estado, las empresas rurales florecieron. En ese momento, las empresas estatales nunca supusieron una amenaza para las empresas rurales. De hecho, cuando en la década de 1970 se constituyeron muchas de las empresas municipales, éstas recibieron asistencia técnica gratuita de las empresas estatales urbanas. Ello era así, obviamente, antes de que obtener beneficios fuera una gran preocupación. Durante la década de 1980, cuando la obtención de beneficios comenzó a cobrar importancia, muchas empresas estatales se mostraron dispuestas a vender vieja maquinaria y equipo a las empresas rurales y a encargarles trabajo mediante el pertinente contrato. En aquel momento, esos contratos eran el único modo mediante el que las empresas estatales podían acceder al barato mercado de trabajo rural. Todo esto cambió a mediados de la década de 1990, cuando las reformas promercado que afectaron a las zonas urbanas provocaron la privatización de la mayoría de las empresas públicas y el rápido desarrollo de grandes empresas privadas. Una de las consecuencias de la opción por el capitalismo del Partido Comunista de China fue que las pequeñas empresas rurales –colectivas, familiares y propiedad de pequeños capitalistas– se enfrentaron a la competencia de empresas urbanas mucho más agresivas (públicas y privadas) que tenían un mejor acceso al capital, la tecnología y los mercados urbanos y exteriores. Las grandes empresas urbanas pudieron entonces contratar directamente trabajo rural barato, que hasta entonces había estado a disposición exclusivamente de las empresas rurales, y muchas optaron por sectores intensivos en mano de obra, desplazando así a los pequeños competidores rurales.

### *Privatización y declive*

La narrativa de Huang presenta un problema de periodización. Su «década de la empresa rural» concluye en 1989 con la represión política que siguió a las protestas de Tiananmen, que fue acompañada por una bre-

ve paralización de la liberalización económica. Entre 1989 y 1991 la aplicación de una política monetaria más estricta, impuesta para domeñar la inflación considerada como uno de los factores desencadenantes de Tiananmen, fue sentida por todo tipo de empresas; al mismo tiempo se realizaron nuevos esfuerzos para reducir el número de las empresas privadas de mayores dimensiones, que habían sido legalizadas recientemente. Sin embargo, aunque el número de grandes empresas privadas se contrajo durante este periodo, el de las pequeñas empresas familiares continuó creciendo de modo constante hasta mediados de la década de 1990.

Las cifras del cuadro 1 muestran que la suspensión inicial de la liberalización económica dañó a las grandes empresas privadas pero no a las familiares, mientras que con el relanzamiento de la privatización, tras el viaje por el sur del país de Deng y la entrada en vigor de la Ley de la Empresa, el número de éstas últimas comenzó a contraerse al tiempo que el número y el tamaño de las grandes empresas comenzó a crecer espectacularmente. A medida que disminuía el número de empresas rurales a finales de la década de 1990, el peso relativo de las grandes compañías privadas se incrementó de modo sustancial debido tanto a la privatización de las empresas colectivas como a la centralización del capital entre las empresas privadas. La centralización se produjo por igual entre las empresas familiares y las grandes empresas privadas, al hilo de la caída del número de empresas y el crecimiento del número de empleados por empresa. En la China urbana se verificaron procesos similares de privatización y centralización, con la implicación de empresas mucho mayores.

Huang podría argumentar con mucha más fuerza que el repentino declive de la economía rural en la segunda mitad de la década de 1990 fue precipitado por el sesgo urbano de las políticas económicas, pero deja sin analizar en su texto dos cambios cruciales acontecidos en éstas que favorecieron a las áreas urbanas. El primero fue la privatización integral de las fábricas municipales, que consecuentemente perdieron buena parte del apoyo que habían disfrutado de los gobiernos locales, incluido el libre uso de los terrenos municipales y la ayuda oficial para la obtención de mano de obra, el crédito, los contratos y los mercados. La privatización fue un factor esencial en el declive de la industria rural y fue considerado por muchos observadores como un abandono por parte del gobierno del sector industrial rural; de hecho, Zhu Rongji quería que el gobierno dejase de implicarse en la gestión de las pequeñas fábricas, que eran predominantemente rurales, para concentrarse en las grandes empresas «estratégicas», que eran exclusivamente urbanas. El segundo cambio fue una súbita y abrupta caída en los precios del grano en 1996, que dañó a la totalidad de la empresa rural. Podría sostenerse que el gobierno impulsó a la baja los precios intencionalmente, en parte inundando los mercados con grano importado a fin de suavizar las dificultades que los residentes urbanos estaban sufriendo como consecuencia de la reestructuración industrial. Estos dos cambios en las políticas económicas po-

drían situarse fácilmente en el centro de un razonamiento que postulase que el sesgo urbano provocó el declive rural, pero no forman parte de la argumentación de Huang, presumiblemente porque no cuadran cómodamente con sus tesis de libre mercado.

Su diagnóstico de los problemas que afectan a la China rural se halla evidentemente inspirado por uno de los mitos fundacionales de la economía neoclásica: el ideal del capitalismo competitivo. La libre competencia, se presume, crea un entorno de igualdad de oportunidades en el que florecen de modo natural los pequeños empresarios y si éstos son expulsados, ello debe ser culpa del Estado que desequilibra el campo de juego en beneficio de los jugadores a quienes desea favorecer. La realidad es muy diferente. La competencia mercantil centraliza de modo intrínseco la propiedad sin necesidad de que el Estado intervenga. Los ganadores expulsan a los perdedores, amasan capital, capturan cuota de mercado y bloquean las nuevas incorporaciones. El Estado facilita con frecuencia ese proceso favoreciendo a aquéllos, pero también puede inhibirlo protegiendo a los protagonistas más débiles. Durante los dos últimos siglos, los campesinos y los pequeños empresarios rurales han sido los principales perdedores de la difusión masiva del capitalismo en el planeta. Allí donde han sobrevivido y continúan desempeñando una función importante en las economías capitalistas avanzadas (como en determinados países europeos y asiático-orientales), es únicamente porque la intervención del Estado les ha protegido de la incursión del capital. En China, las pequeñas empresas rurales florecieron bajo la protección estatal durante la década de 1980 y sufrieron durante la siguiente una vez que la misma fue retirada. La premisa subyacente de Huang de que los mercados libres favorecen a las áreas rurales y la intervención estatal a la ciudad es simplemente falsa. Los mercados libres favorecen a la ciudad y sin la protección del Estado el sector familiar rural continuará declinando en China.

### *Desigualdad buena y mala*

En 1989 el sociólogo económico Victor Nee predijo que las reformas de mercado en los países socialistas reducirían la desigualdad desplazando la renta de los «redistribuidores» (Estado y funcionarios del partido) a los «productores directos». Ilustró esta idea discutiendo la descolectivización rural en China, que permitió que los campesinos recibieran las recompensas de su trabajo, para después continuar elaborando una teoría general de la «transición al mercado» aplicable al conjunto de la República Popular China, y de hecho a todos los países socialistas<sup>4</sup>. Publicado en el momento triunfante de la ideología del libre mercado, el artículo de Nee se convirtió en punto de referencia de la discusión académica. Durante la

<sup>4</sup> Victor Nee, «A Theory of Market Transition: From Redistribution to Markets in State Socialism», *American Sociological Review* LIV, 5, 1989.



década siguiente, cuando la vertiginosa polarización de clase registrada en China y en los ex países del bloque soviético desmintió las optimistas predicciones de Nee, los estudiosos optaron por otras teorías, ocupándose fundamentalmente del grado en que las reformas de mercado han incrementado el valor del (buen) capital humano y han reducido el valor del (mal) capital político. Sin embargo, la expectativa de que los mercados produjeran igualdad ha continuado inspirando nuevas interpretaciones, más elaboradas, de la historia postsocialista, siendo la de Huang una de las más creativas. Su tesis básica —que el incremento espectacular de la desigualdad de la renta en China durante la década de 1990 fue provocado por la supresión estatal de la empresa privada— es, no obstante, difícil de cuadrar con los hechos. Durante la década de 1980, la práctica totalidad de la población urbana trabajaba en los sectores público y colectivo y la mayoría del empleo rural no agrícola provenía de las empresas colectivas; a finales de la década siguiente, aunque seguía existiendo un importante sector público, el sector privado había llegado a dominar la China rural y la urbana. El crecimiento de la desigualdad de la renta en los años noventa fue de hecho acompañado por la rápida expansión del sector privado a expensas del público.

Hay, sin embargo, un núcleo de verdad en el razonamiento de Huang: la desigualdad social se limitó en la década de 1980 en parte porque las políticas públicas facilitaron el desarrollo de pequeñas empresas familiares en las áreas rurales y creció en la de 1990 porque las mencionadas políticas dejaron de favorecer a esas empresas. El problema que plantea el razonamiento general de Huang es que nuestro autor homogeniza dos tipos de empresas privadas: las familiares y las capitalistas<sup>5</sup>. Las empresas capitalistas, que estuvieron prohibidas hasta 1988, crecieron a gran velocidad durante la década de 1990. El análisis marxista convencional sugiere la siguiente explicación del aumento de la desigualdad en China. Durante la década de 1980, la economía china estaba conformada predominantemente por empresas estatales, colectivas y familiares, que sin excepción limitaban la desigualdad de la renta. En los sectores estatal y colectivo, las diferencias salariales estaban reguladas por el Estado y se hallaban relativamente contenidas, mientras que en el sector familiar la propiedad se distribuía de modo aproximadamente igualitario. Durante la década de 1990, a medida que se expandía el sector capitalista a expensas del público y del familiar, la propiedad se concentró en menos manos, las diferencias salariales se incrementaron agudamente y la desigualdad de la renta aumentó.

Huang, por supuesto, interpreta las cosas de modo diferente. Él parte de una simple premisa ideológica de libre mercado. Existen, escribe, buenos

---

<sup>5</sup> Las lógicas económicas de las empresas familiares y capitalistas son fundamentalmente diferentes. Las primeras dependen del trabajo familiar y, por consiguiente, deben considerar el consumo como su principal objetivo, mientras que las segundas dependen del trabajo asalariado y, por lo tanto, deben ser capaces de convertir la obtención de beneficios en su meta primordial.

y malos mecanismos para crear diferencias de renta: la desigualdad que surge de los incentivos de mercado es buena, mientras que la que proviene de los privilegios anticompetitivos es mala. Huang parte del caso estadounidense como modelo de referencia para ilustrar la desigualdad provocada en buena medida por mecanismos «buenos» y cita a estudiosos que estiman que el coeficiente de Gini en China (la medida ampliamente utilizada para medir la desigualdad) sobrepasó el de Estados Unidos a principios de la década de 1990. «Partiendo de estas cifras —escribepodemos sostener que durante la década de 1980, el incremento del coeficiente de Gini en China se debió al funcionamiento de los incentivos económicos, mientras que en la de 1990 obedeció al bloqueo de las oportunidades económicas»<sup>6</sup>.

Esta perspectiva empapa el análisis de Huang a lo largo de todo el libro; él está de acuerdo con la tesis de que la desigualdad provocada por el Estado es «mala» y se muestra ciego ante la desigualdad «buena» causada por los mecanismos de mercado. En uno de sus cuadros más interesantes, por ejemplo, Huang analiza con detalle datos relativos a la actividad económica de una muestra de 20.000 hogares rurales entre 1986 y 1999 (reproducida en el cuadro 2). Compara la cantidad de tiempo que los hogares rurales invirtieron en la realización de sus propias actividades empresariales con el invertido en el trabajo asalariado, y después calcula la renta que presentan para cada uno de ellos durante tres periodos, mostrando que en el último periodo (1992-1999) los miembros de los hogares rurales invirtieron relativamente menos tiempo de trabajo en sus propias empresas y más trabajando para otros, aunque diariamente ganaran mucho más de sus propias actividades empresariales que de los salarios percibidos. De hecho, a lo largo del tiempo, el rendimiento del trabajo invertido en las propias actividades empresariales de los hogares se incrementó un 36 por 100, mientras que los salarios locales decrecieron un 33 por 100, pero sin embargo los hogares optaron por invertir más tiempo trabajando para otros. De este hecho Huang concluye que debe haber sido más difícil para los hogares rurales involucrarse en sus propias empresas durante la década de 1990, lo cual forzó a sus miembros a trabajar para terceros. Esto, sugiere, debe haber sido provocado por las políticas del gobierno, deducción que utiliza para argumentar que éste se mostró más hostil con la empresa rural durante la mencionada década.

Lo que Huang no ve en el cuadro es más interesante que lo que ve, y sugiere conclusiones que contradicen su tesis general. Las cifras, de hecho, muestran la tremenda polarización de clase que estaba teniendo lugar *en el seno* de la China rural. Después de 1992, una pequeña proporción del creciente número de residentes rurales involucrados en actividades no agrícolas gestionaba sus propias empresas y ganaba mucho más dinero,

---

<sup>6</sup> Y. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, cit., p. 258.

Cuadro 2. *Ingresos diarios y días de trabajo por actividades de empleo*

A. Empresas de los hogares	1986-1988	1989-1991	1992-1999
<i>Empresas no agrícolas</i>			
Ingreso diario (¥)	9,4	9,6	12,0
Días de trabajo (como % del empleo empresarial y pagado)	82,6 (34,2)	83,9 (36,1)	97,3 (29,0)
<i>Industria</i>			
Ingreso diario (¥)	12,5	12,1	17,0
Días de trabajo (% de empresas no agrícolas)	22,8 (27,6)	22,5 (26,8)	19,6 (20,1)
B. Empleo pagado			
<i>Empleo local</i>			
Ingreso diario (¥)	9,0	10,3	6,0
Días de trabajo (como % del empleo empresarial y pagado)	86,9 (36,0)	71,0 (30,6)	143,4 (42,7)
<i>Empleo migrante</i>			
Ingreso diario (¥)	3,7	4,2	6,8
Días de trabajo (como % del empleo empresarial y pagado)	49,1 (20,4)	55,0 (23,7)	75,3 (22,4)

Fuente: Y. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, cit., p. 122.

mientras que una proporción mucho mayor trabajaba para otros y ganaba mucho menos. Presumiblemente, la renta media de los empresarios crecía porque algunos gestionaban empresas mayores y empleaban más trabajadores, como se desprende de los datos contenidos en el cuadro 1. Las políticas procapitalistas de la década de 1990 permitieron que los empresarios rurales más exitosos ampliaran sus empresas, expulsaran a los competidores más débiles y les obligaran a vender su fuerza de trabajo. Las cifras más interesantes de este cuadro se refieren a la caída de los salarios. Antes de 1992 los residentes rurales que trabajaban localmente ganaban una media salarial de nueve o diez yuanes diarios (en precios de 1978), mientras que después de 1992 ganaban tan solo seis yuanes al día. La gran mayoría de estos empleos asalariados se concentraba en empresas que originalmente pertenecían a núcleos de población medianos y pequeños y que en buena medida fueron privatizadas a partir de mediados de la década de 1990. Resulta incluso más interesante la comparación entre los salarios del empleo local y migrante (con frecuencia en las áreas urbanas). La mayoría de los estudiosos presumen que los residentes rurales se beneficiaron enormemente de la apertura de los empleos urbanos a los migrantes rurales que se produjo durante la década de 1990. Los datos de Huang sugieren, sin embargo, lo contrario, ya que para los resi-

dentos rurales los empleos locales en los pueblos durante la década de 1980 eran remunerados con salarios mucho mejores que los que podían obtener en distantes empleos urbanos durante la de 1990. En la primera de estas décadas, el mercado de trabajo se hallaba altamente regulado: la mayoría de las empresas de los núcleos de mediana y baja población contrataban población rural local, mientras que las empresas públicas urbanas proporcionaban empleos permanentes a los residentes en las ciudades. Los empleos urbanos estaban mejor pagados y ofrecían más y mejores beneficios sociales, de modo que la exclusión de los residentes rurales de estos empleos era ciertamente injusta. Las condiciones de trabajo privilegiadas existentes en las empresas urbanas permitían, sin embargo, que las empresas rurales con bajos salarios progresaran, al tiempo que establecían un techo relativamente elevado bajo el cual éstas últimas podían competir exitosamente y pagar todavía salarios decentes. En la década de 1990, se abrió el mercado de trabajo, lo cual hizo posible que los migrantes rurales compitieran por los empleos urbanos y que la transformación capitalista de la China urbana obligara a las empresas de esta última a competir por reducir los costes salariales. El resultado de todo ello fue un deterioro generalizado de los salarios y las condiciones de trabajo, que hizo que los trabajadores rurales representaran un porcentaje de los empleos urbanos inferior al que habían representado en las empresas colectivas de sus propios pueblos, muchas de las cuales estaban cerrando en esos momentos.

En 1978, antes de las reformas de mercado, la desigualdad de la renta en la República Popular China, medida de acuerdo con los coeficientes de Gini, se encontraba entre las más bajas del mundo. Tres décadas después se halla entre las más elevadas. El coeficiente de Gini actual puede atribuirse a tres factores principales: el diferencial de renta rural-urbana, la disparidad regional y las diferencias existentes en las propias localidades. Los tres han crecido de modo sustancial, especialmente desde el giro capitalista de China durante la década de 1990. La culpabilidad de las reformas procapitalistas de mercado es más evidente respecto a las diferencias de renta en las localidades, en las que la diferenciación de clase desempeña el papel primordial, pero la transformación capitalista ha exacerbado también las disparidades rural-urbanas y regionales. Durante la era de Mao, el Estado tomó medidas extraordinarias para desplazar la capacidad industrial de China desde la región costera hacia el interior, al tiempo que promovió la autosuficiencia local y regional. Estos objetivos políticos, que muchos economistas convencionales del desarrollo han ridiculizado como económicamente ineficientes, contribuyeron a la creación de muchas empresas de centros poblacionales medianos y pequeños durante la década de 1970, cuando se animó a las comunas rurales a que construyeran pequeñas fábricas. Como resultado de ello, las industrias rurales se distribuyeron de una forma mucho más igualitaria entre las distintas provincias chinas de lo que es hoy el caso, si bien todavía se inclinaban hacia las regiones más desarrolladas. Este legado aún era evidente en la década de 1980, cuando el comercio nacional e internacional era limitado y muchas



industrias rurales producían para los mercados locales y regionales. Sin embargo, cuando las reformas de mercado más exhaustivas eliminaron los impedimentos que obstaculizaban el comercio y la inversión nacional e internacional, el capital se dirigió hacia las ciudades más importantes y hacia la región costera, que se desarrollaron mucho más rápidamente. Las políticas estatales, incluidas las desgravaciones fiscales a la inversión extranjera y la promoción pública de las industrias orientadas hacia la exportación, exacerbaban este proceso, pero los factores desencadenantes fundamentales han sido las ventajas competitivas disfrutadas por las grandes empresas y las ventajas geográficas de las que gozan las principales ciudades y las áreas costeras.

### *El desmantelamiento de la provisión pública*

Para fortalecer su razonamiento sobre el daño hecho por el sesgo urbano durante la «década dirigida por el Estado» de 1990, Huang incluye una extensa sección sobre el declive de los índices de salud y educación en la China rural. Sus argumentos en este caso son, sin embargo, más problemáticos todavía. Hay que anotar en su haber que Huang reconoce que durante la era de Mao se realizaron enormes progresos, dado que en ese periodo la educación básica y la atención sanitaria se extendieron a la práctica totalidad de los pueblos con un coste mínimo<sup>7</sup>. Después pasa de puntillas sobre la década de 1980 con un puñado de frases cuidadosamente construidas para sostener que los índices de alfabetización y de salud en las zonas rurales han declinado por el sesgo urbano del régimen de Jiang Zemin y Zhu Rongji, que ha descuidado las necesidades del campo. En realidad, el daño real sufrido por los sistemas de educación y asistencia sanitaria rurales se produjo durante la década de 1980, ya que entre 1978 y 1983 los dirigentes que sucedieron a Mao, que pensaban que éste había insistido demasiado en la educación básica, cerraron decenas de miles de escuelas en pueblos y pequeñas ciudades y reorientaron los recursos hacia la educación de elite, lo cual produjo una severa caída en la matrícula de la escuela primaria y secundaria. Respecto a la sanidad, los héroes de Huang, Zhao Ziyang y Wan Li, son particularmente responsables del colapso del sistema rural de asistencia sanitaria, ya que fueron ellos quienes impulsaron el desmantelamiento del sistema colectivo rural del que había dependido aquel. Entre 1978 y 1984, a medida que los colectivos de los pueblos se desmoronaban, el sistema cooperativo de servicios de salud se desintegró y los «doctores descalzos» (que habían sido pagados por los colectivos) establecieron consultas privadas o se desplazaron a otros sectores laborales. Zhao y Wen fueron, en realidad, defen-

---

<sup>7</sup> La distribución de estos servicios durante la era de Mao fue fundamentalmente injusta: en las ciudades, la educación y la atención sanitaria eran proporcionadas por el Estado y la calidad era superior, mientras que en los pueblos las colectividades rurales soportaron buena parte del coste y la calidad fue inferior.

sores acérrimos de la empresa campesina, pero como ardientes defensores de la mercantilización prestaron poca atención de los bienes sociales proporcionados por las instituciones colectivas y estatales.

Cuando Jiang y Zhu llegaron al poder en la década de 1990, el daño al sistema de asistencia sanitaria rural ya había sido hecho. Lo que ellos hicieron fue extender las reformas de mercado a la ciudad, desmantelando el sistema de unidad de trabajo, que había proporcionado la asistencia sanitaria básica y la protección social a los empleados de las empresas estatales y colectivas. Debemos concluir que, en este aspecto concreto, Jiang y Zhu realmente redujeron la desigualdad rural-urbana al destruir el sistema de asistencia sanitaria del que dependían los residentes urbanos. Al mismo tiempo, la comercialización y la corrupción elevaron los honorarios de la asistencia sanitaria (así como la educación), algo que perjudicó por igual a los pobres rurales y urbanos.

Así, pues, al implementar las reformas de mercado durante las décadas de 1980 y 1990, los líderes chinos desmantelaron las instituciones colectivas y estatales sobre las que reposaba la prestación de servicios sanitarios; tan solo en los últimos años las autoridades han comenzado en serio a construir un nuevo sistema de salud y protección social. Hasta la fecha, tanto la cobertura como los beneficios son limitados, especialmente en las áreas rurales. Sumando su voz a la de quienes exigen una mayor prestación de asistencia sanitaria por parte del Estado, Huang adopta una posición que contradice las políticas severas de *laissez-faire*. En su análisis, sin embargo, se equivoca al señalar a los responsables, al tiempo que diagnostica de modo incorrecto la causa del problema: el sesgo urbano no fue el culpable del serio debilitamiento del sistema de asistencia sanitaria, sino las reformas de mercado.

Los errores del análisis de Huang se hallan claramente vinculados a su planteamiento ideológico general, de acuerdo con el cual los mercados resuelven los problemas creados por el Estado. Huang parte de la premisa de que los mercados crean la «buena» desigualdad y el Estado la «mala», lo cual le obliga a concentrarse en los privilegios y la corrupción de raíz política cuando analiza las causas de la creciente desigualdad registrada en la década de 1990. El problema fundamental, de acuerdo con su análisis, es que la orientación «dirigida por el Estado» de esta última década engendró un sistema de capitalismo de camarillas cuya solución radica en la privatización todavía más intensa de la economía. La corrupción se halla en realidad ampliamente extendida en China en la actualidad y el término «capitalismo de camarillas» no resulta inapropiado. Cuando se privatizaron las empresas públicas, la mayoría de ellas fueron vendidas a quienes disponían de información y conexiones privilegiadas. Antiguos funcionarios bien conectados han establecido muchas de las nuevas empresas privadas más exitosas; entretanto, las empresas tanto públicas como privadas se comportan habitualmente de modo reproducible para ganarse a los funcionarios. De ello no se desprende, sin embar-

go, que la implicación del Estado en la economía sea el problema y la privatización sea la solución.

Durante las tres últimas décadas, la corrupción y la privatización han crecido al alimón. Durante la era de Mao, cuando prevalecía la propiedad colectiva y estatal, la corrupción fue eficazmente controlada mediante métodos administrativos y políticos (y por el hecho de que no se permitió que nadie acumularse demasiada riqueza privada). En la década de 1980 la corrupción creció a la par que la privatización, pero ambas lo hicieron modestamente. En ese momento, el gobierno estaba todavía mucho más intensamente implicado en la economía de lo que lo está hoy. Ello era cierto en la China tanto rural como urbana, y el tipo de conexiones políticas que Huang lamenta en las ciudades de la República Popular China actual eran ubicuas en la economía rural de la década de 1980: los funcionarios rurales gestionaban las empresas de los núcleos de población pequeños y medianos, los cuadros del partido y sus familiares y amigos comenzaron a establecer operaciones privadas y los empresarios de éxito de los más humildes orígenes cultivaban sus relaciones con las autoridades. Los gestores de las empresas estatales y colectivas, sin embargo, todavía tenían obligaciones cívicas y ejercían sus funciones bajo el escrutinio administrativo y público, lo cual amortiguaba su venalidad. Fue tan solo en la década de 1990, con la privatización prácticamente total de la economía, cuando la corrupción alcanzó las proporciones que conocemos hoy. La privatización reemplazó las obligaciones cívicas por una orientación sin trabas en pos del beneficio, lo cual propició una corrupción a una escala mucho mayor.

### *Proteger al capital*

La China rural es el hogar de cientos de millones de personas y en ella siguen predominando la producción campesina de subsistencia y la pequeña empresa. El giro capitalista de la década de 1990 ejerció una tremenda presión sobre los hogares campesinos y las pequeñas empresas rurales, a medida que las grandes empresas capitalistas se apoderaban paulatinamente de las áreas de actividad empresarial de las que dependían los hogares rurales en la industria, el transporte, el comercio e incluso la agricultura. Un número cada vez mayor de familias rurales dependen ahora, al menos en parte, de los ingresos procedentes del trabajo asalariado y muchos residentes en esas áreas se desplazan largas distancias en búsqueda de trabajo. De acuerdo con las estimaciones oficiales, los migrantes rurales se hallan en la actualidad por encima de los 130 millones.

El gobierno de Hu Jintao y Wen Jiabao, que accedió al poder tras el XVI Congreso del Partido Comunista de China, está claramente preocupado por la disrupción social y las protestas populares provocadas por las reformas de mercado, y ha tomado medidas para mejorar las condiciones sociales en la China rural. En este sentido, y ello tiene una gran importancia,

los impuestos agrícolas han sido eliminados, los subsidios al precio del grano se han incrementado, la inversión estatal en la infraestructura rural ha crecido y el gasto en la educación y la salud rurales ha aumentado. Por otro lado, la nueva Ley de Contratación Laboral aprobada en 2008 exige mayores salarios y beneficios sociales para los trabajadores migrantes y estipula que las grandes empresas deben ofrecer empleo permanente a los trabajadores con más de diez años de antigüedad. Por otro lado, el gobierno ha relajado las restricciones que pesaban sobre el arrendamiento de la tierra con el propósito explícito de promover la agroempresa de gran tamaño. Todas estas políticas han sido controvertidas y su implementación es objeto de enconadas batallas. Los empleadores han hecho encallar la legislación laboral y los fabricantes orientados hacia la exportación han sido especialmente ruidosos quejándose de que su aplicación les hará menos competitivos en los mercados globales. Los defensores de los campesinos se han opuesto al arrendamiento a largo plazo de la tierra cultivable aduciendo que creará una enorme población sin tierra.

La cuestión que se halla en el centro de los problemas más espinosos es la siguiente: ¿debe proteger el Estado a los trabajadores y a los pequeños empresarios del capital? ¿O debe el Estado promover los intereses de las grandes empresas eliminando tales protecciones? ¿En qué punto, es instructivo preguntar, se sitúa Huang respecto a esta cuestión? Huang se presenta a sí mismo como el defensor de *todos* los empresarios autóctonos de China, grandes y pequeños. En realidad, como he observado, no distingue conceptualmente entre las pequeñas empresas familiares y las grandes empresas capitalistas. Por un lado, los pequeños empresarios rurales son los protagonistas del libro. Huang llama la atención sobre los más vulnerables y pobres de entre ellos, sosteniendo que la empresariedad ha progresado especialmente en las regiones más pobres de China y entre los sectores más paupérrimos de la población, los menos tenidos en cuenta y menos controlados por el Estado. Por otro lado, Huang también incluye entre sus héroes a los acaudalados empresarios privados que han erigido corporaciones cuyo valor asciende a miles de millones de yuanes. Si bien invierte buena parte de su libro en celebrar el espíritu emprendedor de los pequeños empresarios rurales y en lamentar su declive, también insiste en que China debe esforzarse en crear un sector capitalista más capaz, sofisticado, tecnológicamente avanzado y competitivo mediante la eliminación del «entorno empresarial adverso» que «obstaculiza la expansión y el desarrollo corporativo de las firmas privadas chinas»<sup>8</sup>. A la postre, sus prescripciones contribuyen a definir un programa coherente para promover el sector privado empresarial chino.

Huang aboga por un menor «intervencionismo del gobierno» y por una «mayor liberalización» de la política económica en general, y su principal preocupación práctica es reducir aún más el tamaño del sector estatal y

<sup>8</sup> Y. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, cit., p. 292.



eliminar los privilegios todavía existentes disfrutados por las empresas públicas. Aboga también por la eliminación de los obstáculos que aún impiden la existencia de un mercado nacional unificado para el comercio y la inversión, que permitiría que las empresas chinas se expandiera de modo tal que pudieran competir exitosamente con las empresas extranjeras. Huang, sin embargo, no es un fundamentalista de mercado. En realidad, se inclina por introducir algunas de las restricciones en el funcionamiento de los mercados que previamente habían protegido a los empresarios autóctonos del capital extranjero. No fue partidario de la entrada de China en la OMC y considera útil proteger el mercado chino, especialmente en lo que atañe a la inversión. Se muestra crítico con la decisión del Partido Comunista de China de promover la inversión extranjera directa y no encontramos en su libro las habituales exigencias occidentales de que la República Popular China abra más sus mercados de capitales o permita que el yuan flote libremente<sup>9</sup>. Algunas de las políticas para proteger el capital nacional que Huang favorece serían claramente ventajosas para una amplia gama de empresarios chinos, grandes y pequeños.

Aunque a Huang le gustaría proteger a la totalidad de los empresarios chinos del capital extranjero, no recurre en absoluto a las restricciones del mercado que protegen a los pequeños empresarios del capital nacional. No arroja lágrima alguna por la eliminación de la prohibición de contratar a más de siete empleados que pesaba sobre las empresas privadas, normativa que en la década de 1980 permitió que las pequeñas empresas familiares funcionaran en muchos sectores que de otra forma habrían estado dominados por las grandes compañías. Cree también que no es incumbencia del gobierno proteger los empleos de los trabajadores o interferir en las condiciones de empleo, y critica de modo especial la nueva Ley de Contratación Laboral aprobada en 2007. Si se aplicara (desafortunadamente en China la mayoría de las leyes laborales no lo son), esta norma mejoraría el poder negociador de los trabajadores asalariados, incluido el del creciente número de migrantes rurales, así como la posición competitiva de las pequeñas empresas (que se hallan exentas de las exigencias de la ley) en su lucha por mantenerse a flote frente a las grandes firmas. A Huang, sin embargo, le preocupa que la ley «sea muy perjudicial para la economía». Dotará de rigidez al mercado de trabajo, escribe, lo cual «reducirá los incentivos de los empresarios para crear empresas y expulsará a las empresas existentes a países como Vietnam e India<sup>10</sup>.

Hoy la mayor amenaza que se cierne sobre la viabilidad a largo plazo de la economía de los hogares rurales proviene de los esfuerzos realizados

<sup>9</sup> Huang también discute estos problemas en su anterior libro, *Selling China. Foreign Direct Investment during the Reform Era*, Cambridge, 2003.

<sup>10</sup> Y. Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, cit., p. 297.

por concentrar la tierra cultivable y estimular el desarrollo de las empresas agrícolas de grandes dimensiones. Tras el desmantelamiento de los colectivos rurales en 1978, la tierra se convirtió en propiedad municipal y se dividió de modo igualitario entre las familias del pueblo, al tiempo que se controlaba de modo estricto la venta y el arrendamiento de la misma para impedir su concentración y la aparición de una población sin tierra. Aunque estas restricciones se han suavizado con el paso de los años, continúan protegiendo el acceso a la tierra de los hogares rurales, lo cual constituye un zócalo esencial para la pequeña economía campesina. Durante algunos años, sin embargo, los partidarios del libre mercado han presionado para que se privatizase la tierra agrícola. Aun presentándose a sí mismos como campeones de los derechos de los campesinos —es decir, adalides de los derechos de propiedad individuales claramente delineados— y exteriorizando su preocupación por los ingresos de los campesinos, explícitamente sostienen que la privatización es necesaria para que se concentre la tierra cultivable y se posibilite el desarrollo de empresas agrícolas mayores y más eficientes.

Por su parte, el Estado ha permitido a modo de experimento que las agroempresas arrienden tierra cultivable y puede aprobar la venta individual de derechos de uso a largo plazo, que implicaría *de facto* la privatización. Los dirigentes del Partido Comunista de China se hallan claramente divididos sobre esta cuestión, habiendo quien favorece la concentración privada de la tierra cultivable y quien advierte que esto provocaría inestabilidad social, ya que las familias rurales perderían sus medios de subsistencia. ¿Cuál es la posición de Huang? Aunque denuncia a los funcionarios corruptos que se apoderan de la tierra de los campesinos para dedicarla a la promoción de proyectos de desarrollo urbano, en su libro elude el problema de la privatización y la concentración de la tierra cultivable. En otros trabajos, sin embargo, ha apostado por «otorgar derechos comerciales integrales sobre la tierra a los residentes rurales»; esta es la contraseña de quienes abogan por el desarrollo de la agricultura empresarial<sup>11</sup>.

El programa de Huang de crear condiciones favorables para la expansión del sector capitalista autóctono chino no traería aparejado alivio alguno para la gran mayoría de la población rural, que depende de una combinación de agricultura de subsistencia, pequeña empresa y trabajo asalariado. A fin de promover el desarrollo de las empresas capitalistas, Huang intenta mantener los salarios bajos y el empleo flexible, de modo que se siga exprimiendo a las familias rurales que se sustentan con los ingresos de los miembros que salen a trabajar fuera del núcleo familiar. Por otro

<sup>11</sup> Y. Huang, «China's rise relied on a rural miracle. So does its future», *The Guardian blog*, 17 de mayo de 2009. Véase también Y. Huang, «Nongcun gaige de weijing zhiye» [Tareas por hacer en la reforma de los pequeños núcleos de población rural], *FT Zhongwen wang* [página web china del *Financial Times*], 18 de agosto de 2009.

lado, dado que el sector capitalista se está expandiendo a expensas de la pequeña empresa, su programa acabaría expulsando a todavía más empresas familiares rurales de la actividad económica, lo cual no es una prescripción para proteger a la población pobre de la China rural.

El libro de Huang es popular porque parece confirmar, con elaborados análisis estadísticos, una concepción común de lo que está sucediendo en la sociedad china de hoy en día: funcionarios ricos y corruptos dominan sobre una población que trabaja sin cesar. Esta concepción no es totalmente errónea. La corrupción está generalizada y los funcionarios del partido y del Estado están llenándose los bolsillos, mientras la mayoría de la gente lucha por sobrevivir. El mayor problema, sin embargo, es que estos funcionarios están permitiendo que empresas capitalistas cada vez más poderosas pisoteen a sus empleados y a sus pequeños competidores. El consejo de Huang –relajar las riendas– solo contribuiría a empeorar las cosas.

Déjate seducir  
por el mejor  
repertorio del  
pensamiento



akal

www.akal.com



MI CUENTA

SERVICIOS A LIBRERÍAS



0 Libros 0,00

VER COMPRA

NOVEDADES

SUGERENCIAS

AUTORES

SELLOS EDITORIALES

COLECCIONES

EBOOKS

ESTADO MUNDO 2011

Título



BUSCAR

BÚSQUEDA AVANZADA



Catálogo y recursos

akal ebooks

¿Qué es un ebook  
y cómo funciona?

Noticias

TEMAS

- ACTUALIDAD
- CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
- CIENCIAS NATURALES Y TÉCNICAS
- OCIO
- SALUD
- TEXTO ESCOLAR

ULTIMAS NOTICIAS



24 / 11 / 2010

Presentación de Traficantes de información.

24 / 11 / 2010

Reseña de El orden de El Capital de Marx

23 / 11 / 2010



TILLY

"Democracia" identifica el proceso general que causa la democratización y la desdemocratización a nivel nacional a lo largo del mundo durante los últimos siglos. Escrito tan sólo un año antes de la muerte del autor, se trata de una de las últimas publicaciones del influyente Charles Tilly, quien llegó a ser considerado el fundador de la sociología del siglo XXI.



GRIFFIN

«Este libro es el resultado de un enorme ejercicio de erudición y de la reflexión más profunda. Estoy realmente encantado con él.» Zygmunt Bauman

«Una exposición atrevida y estimulante basada en una variedad absolutamente admirable de referencias actualizadas pertenecientes a todas las disciplinas. Un libro importantísimo.» Modris Eksteins



AKAL GRUPO EDITORIAL

LA EDITORIAL

LOCALIZACIÓN

SALA DE PRENSA

TRABAJA EN AKAL

FOREIGN RIGHTS

MANUSCRITOS



VER AKAL



VER FOCA

- En nuestra web puedes ojear muchos de nuestros títulos con Vista previa de Google
- Conoce a nuestros autores
- Visita nuestra tienda de ebooks en akal.com
- Hazte admirador de Ediciones Akal, S.A. en Facebook

www.akal.com



## LA POLÍTICA DE LA SENDA CHINA

### Réplica a Joel Andreas

De acuerdo con mi información, la recensión de Joel Andreas de mi libro *Capitalism with Chinese Characteristics* publicada en la *New Left Review* es la más detallada y exhaustiva aparecida hasta la fecha<sup>1</sup>. La mayoría de las restantes recensiones, especialmente las publicadas en la prensa financiera, han tendido a escoger uno o dos aspectos del libro y a poner de relieve las conexiones con la actual recesión, que es lo que realmente les interesa. Andreas se concentra con todo detenimiento en las diferencias existentes entre la política del gobierno chino durante las décadas de 1980 y 1990, lo cual constituye el núcleo de las razones que ante todo me impulsaron a escribir el libro. Por esta razón, aprecio su crítica en grado sumo.

Andreas se muestra principalmente en desacuerdo no tanto con la narración objetiva que ofrezco en el libro, sino con el modo en que encuadro el problema. Presento, argumenta él, una inclinación casi instintiva hacia una explicación basada en la teoría económica del libre mercado, mientras que su interpretación preferida deriva de una perspectiva marxista. En primer lugar, permítaseme señalar que Andreas parece tener una concepción *normativa* de las décadas de 1980 y 1990 similar a la mía: ambos contemplamos la primera de ellas más favorablemente que la segunda. Me atrevería a decir que tan solo este hecho nos separa de aproximadamente el 90 por 100 de los especialistas en China. Así, a pesar de la dura crítica que Andreas ha efectuado a mi libro, es importante señalar que tenemos algunas cosas en común.

En segundo lugar, aunque estamos de acuerdo sobre cuestiones objetivas de carácter más general, no lo estamos respecto a determinados hechos cruciales. No se trata de detalles menores, ya que son esenciales para decidir las dos perspectivas en conflicto que cada uno defendemos sobre las reformas acaecidas en China. Andreas afirma que el daño real experimentado por los sistemas sanitario y educativo de las áreas rurales se produjo durante la primera mitad de la década de 1980 y me critica por eludir

---

<sup>1</sup> Véase en este mismo número, Joel Andreas, «¿Un modelo Shanghai? Una crítica de *Capitalism with Chinese Characteristics*, de Yasheng Huang, *NLR* 65 (2010).

«diestramente» tal error cometido durante esa década, lo cual es injusto y falso. Ante todo, no «eludo» la cuestión; en realidad, presento los hechos que animan la crítica de Andreas. Por otro lado, cito tanto datos como investigaciones realizadas por otros estudiosos para mostrar que el abandono de la educación primaria rural a principios de la década de 1980 fue debido al incremento de los costes de *oportunidad* de la educación. Gracias a las reformas introducidas en las zonas rurales, el potencial de ingresos de los hogares residentes en las mismas se incrementó drásticamente; como respuesta a ello los padres comenzaron a retirar a sus hijos de las escuelas para incorporarlos a la fuerza de trabajo. Como señalé en mi libro, esto no duró mucho. A mediados de esa misma década, el ratio de matrícula se había recuperado en buena medida hasta alcanzar los niveles prevalecientes antes de las reformas.

Esto nos lleva a la diferencia fundamental existente entre las décadas de 1980 y 1990. Durante la primera de ellas, el abandono de la educación rural fue voluntario: respondían al aumento de las oportunidades económicas. Durante la década de 1990, como se desprende de los detallados datos que ofrezco en mi libro, el gobierno chino incrementó notablemente las matrículas escolares y las tasas sanitarias, lo cual hizo que las familias no enviaran a sus hijos a la escuela. Para establecer una analogía: pienso que existe una diferencia esencial, por ejemplo, entre estudiantes que abandonan sus estudios en Johns Hopkins porque encuentran oportunidades lucrativas de obtención de ingresos –piénsese en Bill Gates, un célebre caso de abandono de los estudios universitarios– y estudiantes que los abandonan porque no pueden permitirse pagar los gastos de matriculación. Un lector razonable se mostraría de acuerdo en que el segundo escenario es mucho menos deseable que el primero, como yo hice en mi libro, pero ésta no es la opinión de Andreas.

### *Cronologías*

Otro detalle objetivo, aparentemente menor, gira en torno a la periodización del declive de la economía rural china. Andreas cuestiona mi argumento de que el declive de ésta tuvo sus orígenes en el ascenso de un grupo de nuevos líderes urbanitas después de 1989 y señala que la economía rural comenzó a tambalearse no en 1989 sino a mediados de la década de 1990. Su teoría es que el declive de la misma –y el de las empresas de los municipios pequeños y medianos en particular– se halla relacionado con la caída del precio del grano registrada en 1996 y con la privatización a gran escala de las mencionadas empresas a finales de la década de 1990. Digo «aparentemente» porque la cuestión de la periodización no es baladí en absoluto. Esta versión de la cronología se adecuaría en realidad a la concepción de Andreas de que la crisis de la economía rural no se debió a las proclividades urbanas inherentes a las políticas del gobierno, sino a prácticas capitalistas tales como la privatización de las empresas municipales anteriormente mencionada.

El problema, de nuevo, es que desafortunadamente los hechos desmienten a Andreas. Aunque su explicación podría encajar con la opinión convencional de que las empresas municipales de los núcleos de población medianos y pequeños fueron gestionadas fundamentalmente por los gobiernos locales, esta descripción es objetivamente incorrecta. Resulta en particular incongruente utilizar un razonamiento en función de estas líneas para impugnar *Capitalism with Chinese Characteristics*: de acuerdo con mi información, el libro fue uno de los primeros en ofrecer una demostración fundada documentalmente que atestiguará los verdaderos orígenes de la propiedad de esas empresas y en presentar que eran ante todo un fenómeno en gran medida característico del sector privado. Es una cuestión de la que me siento de una u otra forma orgulloso. Como porcentaje del número total de las empresas municipales que nos ocupan, las gestionadas por el Estado representaban una proporción minúscula; desafía al sentido común atribuir el declive del conjunto de este sector a la privatización de un pequeño número de empresas gestionadas por aquel.

Andreas objeta que las empresas municipales propiedad del Estado representaban una cuota mayor del empleo, lo cual es cierto como media para el país globalmente considerado; pero la media nacional es menos importante que la situación de las provincias más pobres, ya que después de todo son éstas las que necesitan desarrollarse de modo más intenso. A este respecto, las empresas municipales privadas fueron mucho más importantes. Por otro lado, el declive de las empresas municipales fue generalizado y no se limitó al sector propiedad del Estado. Otro detalle objetivo es incluso más irrefutable: las empresas municipales gestionadas por el Estado que fueron privatizadas a finales de la década de 1990 sufrían pérdidas enormes en el momento de su venta; el gobierno las privatizó precisamente porque iban francamente mal y en consecuencia resulta muy extraño sostener que la privatización contribuyó a sus malos resultados. La privatización no puede explicar mejor el declive de las empresas municipales gestionadas por el Estado —por no hablar de aquellas que eran simplemente privadas— que la quimioterapia esclarecer el declive de un paciente con cáncer terminal.

Una cuestión más legítima es explicar el desajuste entre la transición política de 1989 y el declive de la economía rural a mediados de la década de 1990, pero a este respecto no hay nada que no pueda explicarse con el escrutinio de los datos y hechos que presento en mi libro. Admito que el problema es lo suficientemente especializado como para suscitar preguntas en la mente del lector no versado, pero resulta más sorprendente que Andreas, que ha prestado una atención mucho más minuciosa a esos detalles, no haya percibido mi explicación. He documentado dos líneas de evolución desde 1989. Una tiene que ver con los cambios inmediatos de las políticas acaecidos durante ese año, fundamentalmente de naturaleza macroeconómica, como por ejemplo la reducción del incremento de la concesión de préstamos. Por alguna razón, esas políticas tuvieron un enorme efecto instantáneo sobre las rentas rurales, sin duda mayor que



sobre las urbanas que no obstante también se vieron afectadas. La otra línea presenta un impacto a más largo plazo y tiene que ver con el cambio de la situación financiera registrado en la China rural. A partir de mi lectura de multitud de documentos bancarios, feché que la inversión de tendencia en la situación financiera se produjo en torno a 1993 y 1994. Una persona a la que pueden cargarse –si puedo utilizar ese término– las masivas campañas contra el préstamo rural informal a pequeña escala es Zhu Rongji, vicepresidente y presidente del gobierno entre 1998 y 2003. ¿Cuándo se convirtió en el funcionario encargado de las políticas financieras? En 1993, cuando fue nombrado gobernador del Banco Central de China. No hay, pues, desajuste alguno en la periodización de los acontecimientos.

### *Insistencia sobre el sesgo urbano*

Quiero detenerme ahora en la diferencia fundamental que existe entre mis concepciones y las de Andreas. Él contempla el sesgo urbano de la década de 1990 como el producto natural e inevitable del desarrollo capitalista, mientras que en mi opinión es el resultado de un cambio semioxígeno de orientación de las políticas públicas –y de la alta política– no relacionado con el desarrollo del capitalismo *per se*. Flota aquí un aroma de «yo blanco; tú negro». Yo presento una perspectiva y Andreas presenta una alternativa a la misma, lo cual es totalmente justo: buena parte del debate académico en el campo de la investigación de las ciencias sociales consiste en «carreras de caballos» entre diferentes ideas para ver cuál corre más. Mi propio libro es una carrera de caballos contra la opinión, prevaleciente entre los estudiosos chinos, de que las reformas acometidas en la República Popular China se caracterizan mejor si se las describe como un proceso gradual de permanente intensificación del desarrollo capitalista. Aunque desde un punto de vista normativo Andreas parece estar de acuerdo conmigo en que la década de 1990 supuso un deterioro de la situación económica de las áreas rurales, desde un punto de vista positivo se halla en el mismo campo que los gradualistas, es decir, las reformas continúan intensificando la vía al capitalismo. La diferencia es que mientras los gradualistas celebran este hecho, Andreas lo consideraba deplorable.

En una situación ideal, el modo de decidir entre estas dos perspectivas enfrentadas propuestas por Andreas y por mí mismo sería recopilar datos y conmensurarlos de algún modo con una medida del «desarrollo capitalista». Entonces la carrera de caballos podría consistir en correlacionar esa medida con los sesgos urbanos y rurales sobre los cuales nos concentramos ambos. Este planteamiento no es realista, sin embargo, y sospecho que los lectores de la *NLR* no se sentirían complacidos con el mismo. Propongo un método diferente: dar un paso atrás y reflexionar sobre la plausibilidad de la idea de Andreas de que un sesgo urbano es el producto natural del gran capitalismo. Permítaseme ofrecer algunos ejemplos concretos: Esta-

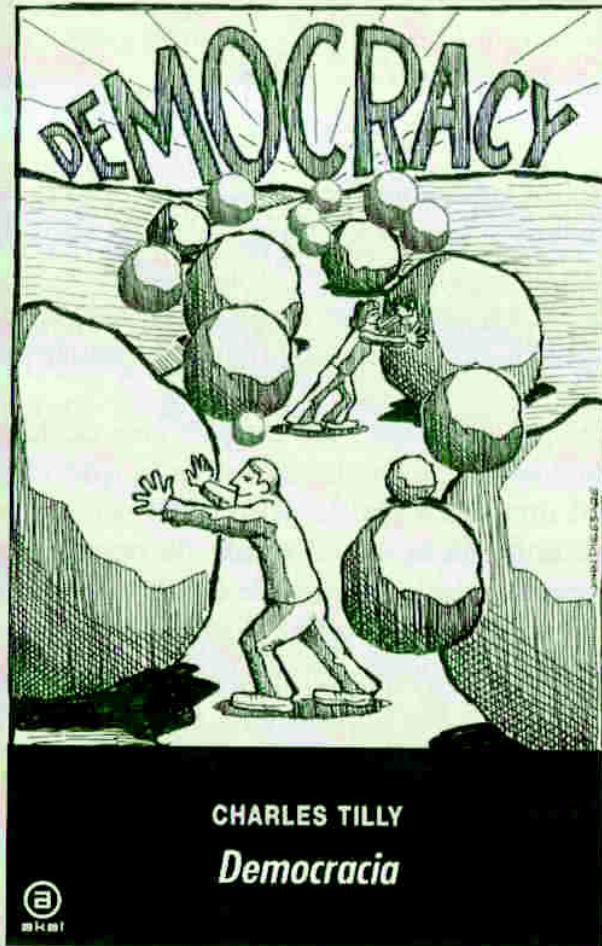


dos Unidos, la UE y Japón. ¿Se hallan estas economías afligidas por un sesgo urbano en el diseño e implementación de sus políticas? Imagino que los agricultores del medio oeste se sorprenderían al saber que son víctimas impotentes del sistema capitalista estadounidense. Es bien conocido –y ello no debería ser una novedad para Andreas– que el Congreso estadounidense concede miles de millones de dólares a los agricultores estadounidenses cada año. En realidad, el subsidio a los cultivadores de maíz es tan descarado que en la actualidad se le culpa de contribuir al incremento de los niveles de obesidad en Estados Unidos, ya que un maíz barato y subsidiado constituye la base de muchísima comida basura.

De modo similar, las poblaciones de los países en vías de desarrollo se quedarían pasmadas si supieran que los agricultores europeos se hallan en una situación de postración, ya que uno de los problemas a los que se enfrenta la actual ronda de negociaciones comerciales de Doha es la negativa de los países de la UE a dejar de subsidiar a sus ricos agricultores mediante la multimillonaria Política Agrícola Común, que hace que la agricultura de los países pobres no pueda competir en el mercado mundial. Y en Japón, el apoyo político de los agricultores –una reducidísima proporción del conjunto de la población japonesa, que disfruta no obstante de un absolutamente desproporcionado peso político– fue el que sostuvo al Partido Liberal Democrático en el poder durante varias décadas tras la Segunda Guerra Mundial. El mismo razonamiento puede formularse como postulado lógico afirmando que si el gran capitalismo encierra un sesgo urbano, entonces se esperaría que el «gran socialismo» fuera el aliado natural del sector rural. Aquí la historia es francamente desagradable: Iósif Stalin y las hambrunas de Ucrania o el Gran Salto Adelante de China, en el que se estima que perecieron 30 millones de habitantes en las áreas rurales chinas.

Andreas enuncia una idea que simplemente carece en absoluto de fundamento empírico; de hecho, toda la evidencia empírica disponible la contradice frontalmente. Por su supuesto, yo no he relacionado de modo explícito su idea con la China de las décadas de 1980 y 1990, pero cuando una idea se halla desprovista de una fidelidad básica a los hechos y de plausibilidad analítica en general, también es errónea cuando se aplica a situaciones específicas. Mi idea –que la alta política en China, tras los sucesos de Tiananmen, constituyó la razón subyacente del sesgo urbano del desarrollo económico posterior– todavía puede demostrarse que es errónea, pero la crítica de Andreas no logra de ningún modo demostrar que lo sea.

**Charles Tilly** (Chicago, 1929 - Nueva York, 2008) fue un importante sociólogo y doctor por Harvard, enseñó en las universidades de Delaware, Harvard, Toronto, Michigan y en la New School of Social Research antes de obtener la cátedra Joseph L. Bottenwieser de Ciencias Sociales en la Universidad de Columbia. Miembro de la National Academy of Sciences, la American Philosophical Society y la American Academy of Arts and Sciences, y ganador del premio Amalfi de Sociología y Ciencias Sociales, fue un prolífico escritor que llegó a publicar más de 50 libros y monografías.



978-84-460-2948-9  
288 páginas

*Democracia* identifica el proceso general que causa la democratización y la desdemocratización en todo el mundo a lo largo de los últimos siglos. Distingue como procesos cruciales la integración de las redes de confianza en la política pública, la separación de la política pública de la desigualdad categorial y la supresión de centros de poder autónomos coercitivos. Por medio de análisis y comparaciones de múltiples regímenes, en su mayoría desde la Segunda Guerra Mundial, este libro aporta la evidencia para la reorientación de las actuales teorías de la democracia, la democratización y la desdemocratización.



akali

[www.akali.com](http://www.akali.com)



## FOTOGRAFÍA DE MUSEO Y PROSA DE MUSEO

El estatus de la fotografía en el museo ha cambiado radicalmente en los pasados veinte años<sup>1</sup>. Lo que había sido un medio marginado, menor e irregularmente visto se ha convertido en uno de los elementos fundamentales de la actividad expositiva de los museos, y ha pasado a ocupar un lugar similar a la pintura en cuanto a escala, complejidad y gasto. La defensa de la obra fotográfica en la crítica y en la Historia del Arte ha adquirido buena parte de la grandiosidad y la elevada seriedad en otro tiempo reservadas a la pintura. Este extraordinario desarrollo suscita varias preguntas: ¿qué le ha hecho el museo a la fotografía en esta acomodación (y viceversa)?<sup>2</sup>, ¿Cómo se ha contextualizado, literal y conceptualmente? ¿Qué tipo de reflexión sobre la fotografía se fomenta en el público y cómo se anima a pensar en ella? ¿Ha emergido una forma de fotografía, distinta de la producción fotográfica masiva, que vale la pena denominar «fotografía de museo»? Una forma de responder a estas cuestiones es examinar la notable trayectoria profesional de Jeff Wall.

Wall, nacido en 1946, es uno de los artistas fotográficos más destacados de la escena artística contemporánea, y de hecho uno de los artistas con más éxito en cualquier medio. Su mayor retrospectiva hasta el momento fue organizada en 2005 en los amplios espacios del Schaularger, Basilea, y fue seguida por una sucesión de exposiciones en los principales espacios artísticos de todo el mundo (como el MoMA, la Tate Modern, el Art Institute de Chicago y el Guggenheim de Berlín), y la publicación de un *catalogue raisonné* de su obra fotográfica hasta la actualidad, junto con una recopilación de sus escritos<sup>3</sup>. Pero lo asombroso no es meramente la publicación de bi-

---

<sup>1</sup> Me gustaría dar las gracias a Malcolm Bull, Sara Knelman y William Wood, que me ofrecieron comentarios muy provechosos sobre un borrador de este artículo. También he ofrecido parte de este material en forma de conferencia y seminario en el Departamento de Arte e Historia del Arte, y en el Centro de Humanidades de la Universidad de Stanford, y he aprovechado las conversaciones establecidas en ambos lugares.

<sup>2</sup> Esta última cuestión fue el tema del conocido análisis efectuado por Douglas Crimp, *On the Museum's Ruins*, Cambridge, Massachusetts, 1993.

<sup>3</sup> Theodora Vischer y Heidi Naef (eds.), *Jeff Wall. Catalogue Raisonné 1978-2004*, Basilea y Gotinga, 2005; Jeff Wall, *Selected Essays and Interviews*, Nueva York, 2007.

bliografía estándar que rodearía la producción de cualquier artista de éxito sino la medida en la que su obra atrae la atención de los estudiosos. La *Oxford Art Journal* dedicó un número completo a estudiarlo. En un número especial de *Art History* titulado «Photography after Conceptual Art», al menos tres de los diez artículos presentaban estudios sustanciales sobre Wall. Ha recibido tratamiento atento de figuras como Hans Belting, Jean-François Chevrier y Michael Newman<sup>4</sup>. Más recientemente, ha sido tomado como la figura principal, y paradigmática, en el intento de Michael Fried de remodelar el análisis de la fotografía de museo a la luz de los temas que han sostenido sus escritos desde la década de 1960: la teatralidad y la absorción<sup>5</sup>. Wall es la figura ideal para examinar aquí, no solo porque fue uno de los primeros fotógrafos de museo destacados sino también porque su obra ha conseguido generar una prosa de museo sobre la fotografía.

Wall es inusual entre los grandes artistas, tanto por tener un doctorado en Historia del Arte como por no haber migrado a uno de los grandes centros artísticos internacionales y permanecer en su Vancouver natal, ciudad que tiene su propia escena artística singular y fértil (una escena que cuenta con Stan Douglas y Rodney Graham entre sus principales figuras). Mediante la enseñanza y el ejemplo, Wall ha tenido una gran influencia sobre las generaciones más jóvenes de artistas fotógrafos de la ciudad. Vancouver es el escenario de la mayoría de las fotos de Wall, aunque la atracción no radica tanto en su belleza y sus rasgos distintivos como en el modo en que es una de esas típicas ciudades postindustriales situadas fuera de los centros financieros y culturales que compiten entre sí mundialmente<sup>6</sup>. Wall representa Vancouver, carente de lugares carismáticos, como un espacio de vistas urbanas y suburbanas nada excepcionales en las que se disponen cuidadosamente las figuras humanas. Compone escenas que a menudo se consideran actualizaciones de la visión baudelairiana de un arte que captase la vida cotidiana, y si bien el concepto de «cotidiano» ciertamente ha cambiado en su obra a lo largo de las décadas, el fotógrafo sigue dedicado a producir reconstrucciones meticulosas y elaboradas de escenas e incidentes banales.

Wall es más conocido por sus grandes transparencias de caja luminosa, que son positivos fotográficos o diapositivas encajados en vitrinas de metal poco profundas, iluminadas desde atrás con tubos fluorescentes. La técnica de la iluminación posterior es común en la publicidad, en especial en las paradas de autobús, pero también es una magnificación de las

<sup>4</sup> Respectivamente: Steve Edwards (ed.), *Oxford Art Journal* XXX, 1, 2007 [en adelante *OAJ*]; Número especial sobre Jeff Wall; Diarmuid Costello y Margaret Iversen (eds.), «Photography after Conceptual Art», *Art History* XXXII, 5, diciembre de 2009; Hans Belting, *Looking Through Duchamp's Door: Art and Perspective in the Work of Duchamp*. Sugimoto. Jeff Wall, Colonia, 2009; Jean-François Chevrier, *Jeff Wall*, París, 2006; Michael Newman, *Jeff Wall. Works and Collected Writings*, Barcelona, 2007.

<sup>5</sup> Michael Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, New Haven, 2008.

<sup>6</sup> Dirk Snauwaert, «Written Interview with Jeff Wall», 1996, en J. Wall, *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 263.



mesas de luz que se encuentran en cualquier procesador fotográfico profesional o en cualquier departamento de Historia del Arte. El contraste y el vigor cromático de la diapositiva superan con creces el de cualquier material impreso, y las grandes imágenes de Wall se encuentran desde hace tiempo entre las armas más inmediatamente impresionantes del arsenal fotográfico museístico: estas enormes y figurativas fotografías de escenas contemporáneas en apariencia cotidianas son muy legibles, en el sentido de que cada elemento es claramente identificable, y su combinación sugiere una narrativa. Wall rechaza la idea de que las cajas de luz sean en sí y por sí mismas objetos críticos lanzados contra la publicidad. Por el contrario, dice, son «una forma suprema de hacer una imagen fotográfica espectacular»<sup>7</sup>. Fue uno de los primeros artistas en la nueva oleada de fotógrafos de museo en darse cuenta del espectacular potencial del agrandamiento masivo. Al contrario que los fotoperiodistas, en cuya obra se basa, Wall usa cámaras de gran formato para hacer grandes fotografías que soporten un examen de cerca. Como en el caso de la historia académica o de la pintura mitológica, los espectadores vacilan entre quedarse atrás para ver toda la escena y avanzar para inspeccionar el detalle. Incluso ahora, cuando la fotografía de gran tamaño se ha convertido en algo habitual en el museo, la obra de Wall ofrece una clara combinación de visión del mundo, estilo, proeza técnica y objeto manufacturado.

En las obras más ambiciosas y complejas de Wall, como *A Sudden Gust of Wind (after Hokusai)*, de 1993, la imagen se reúne a partir de numerosos elementos fotográficos, montados digitalmente, al igual que un cuadro histórico del siglo XIX habría estado compuesto a partir de muchos estudios de figuras individuales. (De hecho, la obra de Wall parece llevar consigo los vestigios de esa técnica, mostrando una interrelación ligeramente extraña de figuras que recuerdan trozos de figuras a gran escala de Ingres, por ejemplo.) Aunque en el título, la composición, el tamaño y la pose de las figuras se invoca la historia del arte, obras como *Sudden Gust* tienen también el aspecto de imágenes fijas de una película, o incluso de las fotos publicitarias tomadas en los platós de cine por fotógrafos profesionales. El área de Vancouver en la que Wall tiene su estudio se convirtió en una de las localizaciones principales de rodaje para cine y televisión a partir de la década de 1980, y él aprovechó los recursos locales disponibles para hacer estas «fotografías cinematográficas». Las cajas de luz iluminan sutilmente a los espectadores y esto, junto con su tamaño y el marco de metal, suscita comparaciones con el minimalismo, que también intentaba aportar al espectador una experiencia corporal de proximidad a unos objetos con una escala cuidadosamente escogida. (Ésta era la base de la famosa crítica planteada por Fried al movimiento, que en su opinión jugaba de manera demasiado directa y teatral con el espectador, haciéndole muecas a la cá-

---

<sup>7</sup> «Representations, Suspicions, and Critical Transparency. An Interview with Jeff Wall by T. J. Clark, Claude Gintz, Serge Guilbaut, and Anne Wagner» [1989], en J. Wall, *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 222.

mara, por así decirlo, y sin dejar espacio para la condición absorta e intemporal que se considera necesaria para la verdadera apreciación estética)<sup>8</sup>.

### *Escenas «cotidianas»*

La mayoría de los comentaristas dan por sentado que las descripciones que Wall hace de la vida cotidiana consiguen transmitir cierta trascendencia social. Pero el significado exacto de su combinación de elementos formales, técnicos e iconográficos es muy esquivo, y se podría decir que lo ha sido cada vez más, ya que Wall ha desarrollado la variedad de su obra a través de una serie de contrastes muy considerados. En un sentido, el tema de Wall es el mismo que el territorio habitual de la fotografía de museo: en reacción contra el poder sentimentaloides y sospechoso de la instantánea que capta un momento dramático (o peor aún, decisivo), las escenas cotidianas, en las que el incidente pierde importancia o no existe, se elevan mediante el agrandamiento a una importancia en apariencia épica. Las fotografías de Andreas Gursky o Thomas Struth, por tomar dos de los ejemplos más destacados, dramatizan visualmente lo cotidiano, encontrando (en una paradoja considerada y conservadora) una carismática expresión visual del desencanto weberiano. El tamaño y el gasto de estas obras distan mucho de ser secundarios a su uso social. Lo que el museo exigía de la fotografía ha sido comparable con lo que exigía del video: inflación de tamaño e inserción en la instalación, ambos enfrentados a la pantalla de televisión y la experiencia de los medios de comunicación de masas en general, intentando asegurar a los espectadores que lo que las obras de arte ofrecen es distinto de todo lo meramente reproducido. Esto va a menudo acompañado de una tendencia pomposa a insistir en su propia profundidad (un ejemplo clave a este respecto es la obra de Bill Viola y la bibliografía sobre él).

Para hacer estas fotografías monumentales sin que la imagen se vuelva perceptiblemente granulosa, los artistas usan cámaras de placas, grandes cajas que hay que sujetar con trípode. Los grandes negativos exigen lentes de distancia focal larga que a su vez exigen pequeñas aperturas para proporcionar mucha profundidad de campo. Solo raramente pueden usarse dichas cámaras para congelar el movimiento, y solo cuando el fotógrafo se aleja mucho de un tema es probable que quede enfocada toda la escena. Como Wall explicaba en uno de sus primeros textos, «por su pesadez y su fijeza, [estas cámaras] imponen condiciones rígidas sobre lo que puede presentarse bien delante de ellas<sup>9</sup>. Son adecuadas para dar una perspectiva atractiva y en apariencia completa de lo banal, tomado desde una distancia al mismo tiempo física y emocional. Sin embargo, el

<sup>8</sup> Michael Fried, «Art and Objecthood», *Artforum*, junio de 1967, pp. 12-23.

<sup>9</sup> Wall, «To the Spectator», 1979, reimpresso en T. Vischer y H. Naef (eds.), *Jeff Wall. Catalogue Raisonné 1978-2004*, cit., p. 438.

movimiento distintivo de Wall fue el de superar esas restricciones: su primera solución al problema fue la de hacer posar a las figuras delante de las cámaras de placas, como en un estudio de publicidad o de moda, simulando acción. La segunda, en fotos digitales más recientes, ha sido la de tomar diversas fotografías de la misma escena en diferentes puntos focales, y después combinarlas para producir (pongamos, en una escena boscosa técnicamente difícil) una profundidad de campo que sería imposible de conseguir con medios analógicos.

Estas técnicas han permitido a Wall centrarse en el incidente, si bien un incidente escenificado, y ese incidente fue admitido en el museo porque, al contrario que la incómoda interrelación entre la contingencia y la deliberación en el fotoperiodismo y en la fotografía de documentales, estaba por completo bajo el control del artista. En las obras realizadas por Wall en la década de 1980, las figuras dispuestas interactuaban entre sí de modos que sugerían tensión social, incluso conflicto, y preocupaciones de clase, raciales y de género: un capataz que grita a una confeccionadora de prendas mujer (*Outburst*, 1989); dos mujeres de aspecto empobrecido, una con un niño en brazos, caminan por una especie de terreno abandonado, una aparentemente quejándose o reprendiendo a la otra (*Diatrobe*, 1985); un hombre blanco levanta la ceja al adelantar a un asiático en una acera de Vancouver (*Mimic*, 1982); dos policías blancos sujetan y cachean a un joven latino que observa desde la fotografía con mirada melancólica (*The Arrest*, 1989). En su obra más reciente, del tipo que más le gusta a Fried, el incidente pierde importancia, las figuras están más a menudo solas, absortas en una tarea trivial, y aunque a veces se deja claro el lugar que ocupan en la jerarquía social (criado, limpiador, trabajador inmigrante, dibujante), las fotos tratan más sobre el carácter de su trabajo que sobre la tensión social.

Esta combinación de escala épica e incidente escenificado no es más que la más obvia de las características distintivas de la obra de Wall. Otra es la relación de dicha obra con la pintura en la exploración que el fotógrafo hace del género pictórico, del mismo modo que hace revisiones manifiestamente artificiales, a menudo afectadas, de imágenes tradicionales en la fotografía. Si bien las obras que dieron fama a Wall son en apariencia escenas triviales de la vida diaria, se presentan de tal modo que recuerdan a la pintura vanguardista inicial, siendo sus puntos de referencia usuales Courbet y Manet. Podría pensarse que la forzada pose de estas figuras y sus extraños gestos, junto con la rara articulación del espacio, hacen referencia a la crisis provocada en la representación pictórica por las vanguardias, y que es una recreación de ella para otro tiempo y en otro medio. Hubo un momento en el que Wall estaba dispuesto a decir que Baudelaire y Manet aún tenían resonancia para la sociedad contemporánea debido a la persistencia del capitalismo<sup>10</sup>. Como en Manet, se induce

<sup>10</sup> J. Wall, «Representations, Suspicions, and Critical Transparency. An Interview with Jeff Wall by T. J. Clark, Claude Gintz, Serge Guilbaut, and Anne Wagner», cit., p. 208.

al espectador a esperar que el cuadro ofrezca un significado narrativo, cuando en realidad es indescifrable, y los aspectos visibles de la alienación social se ofrecen mediante el modo en que las figuras ocupan un espacio relacionándose entre sí, y mediante su juego de miradas, expresiones y gestos, y los detalles de su vestimenta y postura.

Otra rareza es el carácter de las manipulaciones fotográficas de Wall. No es que otros fotógrafos de museo que han hecho obras gráficas de gran tamaño a partir de la década de 1980 no efectuasen una considerable alteración de sus imágenes; de hecho, ésta era la práctica usual. Richard Avedon, otro pionero del agrandamiento masivo, realizó variaciones tonales altamente elaboradas de sus obras gráficas para efectuar una versión elevada y teatral del estilo documental. Otros fotógrafos artísticos que experimentaron inicialmente con la tecnología digital lo hicieron para resaltar la conciencia del espectador ante lo extraño de estas técnicas, realizando combinaciones metamorfoseadas de imágenes (Nancy Burson), seres híbridos manifiestamente hechos con collage (Margi Geerlinks) y usando una pixelación exagerada (Michael Ensdorf). Wall, por el contrario, la usó para unir fotografías y producir escenas naturalistas y unificadas que negaban las tecnologías mediante las que las habían hecho. Si bien los fotógrafos habían realizado montajes ilusionísticos análogos desde los primeros días del medio (en la obra paisajística de Gustave Le Gray, por ejemplo, o las complejas escenas con figuras de Oscar Gustav Rejlander), era muy inusual que un artista utilizara técnicas digitales con ese fin en las décadas de 1980 y 1990. También era extraño visto el anterior interés de Wall por un arte que revelase sus propios medios. En 1984 había escrito sobre la amenaza que en otro tiempo la fotografía había supuesto para la pintura:

La fotografía revela su propia presencia técnica dentro del concepto de la imagen, y por consiguiente revela el significado históricamente nuevo del interior mecanizado del gran arte espiritual de la propia pintura<sup>11</sup>.

Esto se contempló como una saludable desmistificación, y por eso es más extraño que cuando Wall adoptó las nuevas técnicas, en 1991, las pusiera al servicio de una emulación más eficaz e invisible del arte «espiritual». Wall sostiene además una insistente guerra contra la reproducción mecánica de la fotografía, una técnica artística común, de hecho habitual, llevada aquí al extremo<sup>12</sup>. Muchas de las grandes obras para caja de luz están realizadas como piezas únicas, y las demás se hacen en ediciones muy pequeñas, raramente más de dos o tres. Si bien otros grandes fotógrafos de museo hacen ediciones limitadas de sus obras de mayor tamaño, las

<sup>11</sup> J. Wall, «Unity and Fragmentation in Manet» [1984], en *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 78.

<sup>12</sup> Un notable estudio sobre las consecuencias de esta restricción de la reproducción mecánica puede hallarse en Eric Hobsbawm, *Behind the Times. The Decline and Fall of the Twentieth Century Avant-Gardes*, Londres, 1998.



de Wall son más limitadas aún<sup>13</sup>. Esta restricción de la oferta puede ser para insistir en el carácter de objeto (frente al carácter de imagen) de las obras. Influye en el modo en el que se ve la obra, en especial para esos tipos de arte mundial que viajan profusamente, ya que su relación con la obra será similar a la que tienen con una pintura: solo puede verse en un lugar a la vez. Wall también ha producido una obra relativamente reducida (el *Catalogue Raisonné* incluye 120 obras en 26 años). Nuevamente, esto no es infrecuente en algunos fotógrafos de museo que producen un número pequeño de imágenes meticulosamente trabajadas, aunque de nuevo Wall destaca. Éste dista, sin embargo, de ser el único modelo comercialmente viable, como demuestran las proliferas trayectorias profesionales de figuras como Nobuyoshi Araki y Wolfgang Tillmans. Un resultado de la combinación de importancia, baja producción y bajo tamaño de las ediciones de Wall es que su obra se ha encarecido mucho: el precio de venta de una fotografía grande ronda el millón de dólares<sup>14</sup>.

En la década de 1970, Wall se identificaba con la izquierda, y siguió haciéndolo en las primeras décadas de su éxito comercial. Incluso en la década de 1980, en una época en la que el giro tácitamente macartista purgaba el arte «político» de museos y galerías, él siguió siendo comercial y en apariencia radical. De hecho, puede considerarse parte de una distinguida generación de fotógrafos teóricos de izquierdas, junto a Victor Burgin, Martha Rosler, Allan Sekula y Jo Spence, que también trabajaban como educadores, y cuyos escritos transformaron la teoría y la historia de la fotografía. Si bien sus escritos nunca tuvieron tanto impacto como los de esos compañeros de profesión, Wall enseñó durante muchos años en las universidades de Vancouver, y algunos de sus complejos artículos sobre fotografía circularon entre los expertos. Pero, mientras que el arte radical de Sekula y Rosler ha recuperado fuerzas en el circuito de las bienales, tras el ascenso de los movimientos anticapitalistas y la guerra contra el terrorismo, Wall ha adoptado una posición política más conservadora. Aunque en otro tiempo fuera posible interpretar su obra inicial, con la construcción fragmentaria de una escena naturalista, como modelo de estética lukácsiana, Wall y la mayor parte de sus intérpretes recientes parecen ahora distanciarse de las primeras asociaciones radicales. El artista explicaba en 2005 lo siguiente:

No me gusta la idea de tener un interés extraestético en mis temas, como si éstos me interesasen por su aspecto social. Al comienzo, me encontraba bajo la falsa ilusión de que tenía esos intereses. Crecí en la década de 1960 y 1970, entre la contracultura y la Nueva Izquierda, y sigo creyendo muchas de esas cosas, pero realmente no son aplicables a mi obra. Yo antes pensaba que eran aplicables a mi obra, pero he comprendido que no<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> Andreas Gursky, por ejemplo, hace entre cuatro y seis ediciones incluso de las versiones más grandes de sus obras; Thomas Struth, hace por lo general diez; Cindy Sherman, en su obra de gran escala más reciente, entre seis y diez.

<sup>14</sup> Véase Arthur Lubow, «The Luminist», *The New York Times Magazine*, 25 de febrero de 2007.

<sup>15</sup> Craig Burnett, *Jeff Wall*, Londres, 2005, p. 30.

William Wood, que ha publicado mucho trabajo analizando la escena artística de Vancouver, sostiene que incluso en la década de 1980, la relación de Wall y otros como él (incluidos Rodney Graham y Ken Lum) con la negatividad de la vanguardia era histórica y elegíaca, carecía de una perspectiva atacante o activista. En aquel momento había en Vancouver una variedad de alternativas radicales, entre las que se encontraban el establecimiento de espacios dirigidos por artistas, las prácticas feministas, los estudios sobre la historia de las Primeras Naciones, los vídeo-activistas y el cine experimental. Wall y sus colegas preferían un pesimismo mordaz y melancólico, derivado de la Teoría Crítica, que hacía hincapié en la derrota política<sup>16</sup>. El lúcido y penetrante análisis que Wall hizo del arte conceptual (escrito cuando la reacción neoliberal empezaba a afianzarse), en el que planteaba la necesaria imperfección de su crítica de las empresas y las instituciones del arte, y al que consideraba como un movimiento forjado por la derrota de la izquierda y los medios cada vez menores que le quedaban al radicalismo, también puede contemplarse como una descripción de su propia postura<sup>17</sup>.

### *Requisitos de entrada*

Por lo tanto, como primer esbozo de la interacción de estas particularidades, podría ser que el radicalismo de Wall se excusara por otros elementos conservadores y espectaculares de su práctica, y que su carácter elegíaco e histórico fuese en todo caso tranquilizador. Los museos que deseaban ampliar la composición social de su público se sentían atraídos por una fotografía de gran tamaño, fácilmente interpretable, que trataba sobre cuestiones sociales familiares contemporáneas. Mientras que muchos artistas fotógrafos de izquierda hacían una obra relativamente barata, fácil de reproducir y distribuir, y descuidaban las destrezas artísticas tradicionales para favorecer las virtudes educativas y de diálogo, la obra de Wall siempre aspiró al museo, no al aula. Si bien las cajas de luz se elaboraban usando tecnología avanzada, también eran cómodamente tradicionales en sus insistentes referencias a la historia del arte, captadas en la relación de las figuras, sus gestos, la iluminación, y muy a menudo la referencia específica a renombrados cuadros del pasado. He aquí lo que Wall escribió sobre la «pintura occidental» anterior a las vanguardias (de Rafael, Durero, Bellini y otros maestros):

Se conoce como producto de un don, de una elevada destreza, profunda emoción y hábil planeamiento. Juega con la noción de lo espontáneo, de lo inesperado. El creador de obras maestras de la pintura lo prepara todo por ade-

<sup>16</sup> William Wood. «The Insufficiency of the World», en Dieter Roelstraete y Scott Watson (eds.), *Intertidal: Vancouver Art and Artists*, Amberes, 2005, pp. 71, 64-65.

<sup>17</sup> J. Wall, «Dan Graham's Kammerspiel» [1982], en M. Newman, *Jeff Wall. Works and Collected Writings*, cit., pp. 265-298, en especial pp. 271-272.

lantado, sin embargo confía en que toda la planificación del mundo solo conduzca a algo fresco, móvil, ligero y fascinante<sup>18</sup>.

Dicho con la habitual elocuencia de Wall, esto claramente suena a que está describiendo su propia ambición, así como las virtudes de los viejos maestros demasiado apresuradamente descartadas por las vanguardias y el conceptualismo. Fueron estas condiciones de familiaridad, y sobre todo la evidente garantía de la enorme seriedad, de la intensidad y la dedicación al trabajo y la firme creencia en la calidad de Wall, lo que ayudó a situar al artista a la cabeza de la ola de fotografía de museo.

Era irónico, aunque no sorprendente, que el ataque para llevar la fotografía al museo (a través de la galería de arte contemporáneo y la Kunsthalle) se efectuase imitando a la pintura, táctica que resultó fallida para los pictorialistas a finales del siglo XIX. En palabras de Walter Benjamin, los teóricos de la fotografía «asumieron nada menos que la legitimación del fotógrafo ante el mismísimo tribunal que él estaba en proceso de derrocar»<sup>19</sup>. Los fotógrafos pictorialistas apelaron al tribunal mediante la imitación de las superficies de la pintura y los grabados, y mediante la meticulosa manipulación de cada foto para individualizarla y convertirla en un objeto único y en una emanación de la sensibilidad artística. Las superficies de la caja de luz de Wall no son excepcionales, excepto por la alta resolución que acabaría convirtiéndose en un estereotipo, un marcador de hecho, de la fotografía de museo, pero el tribunal quedó satisfecho con la denigración de la reproducibilidad a favor del objeto singular, y la presencia de tantos elementos manifiestamente tradicionales. Ahora la práctica habitual de los fotógrafos de museo es la de hacer referencia frecuente e insistente a la pintura y a la historia del arte, como forma de situar con firmeza sus productos mecánicos en el ámbito del gran arte.

Esta seguridad la amplió Wall mediante el uso del montaje digital. Éste le permitió un control detallado sobre cada elemento de la escena fotográfica, y rompió la férrea asociación de la fotografía con la reproducción de la contingencia. Como dijo Wall, escribiendo sobre su primera foto digital, *The Stumbling Block* (1991), la digitalización amplió una «poesía visual o poesía en prosa» que entra en conflicto con el aspecto deíctico de la fotografía<sup>20</sup>. Aunque carecería de sentido recurrir a una interpretación estricta de los cuadros en función de las intenciones del artista, y de la interacción del tema descrito y la forma de esa descripción —el inventario de bienes de la Historia del Arte, la bibliografía interna del museo— para analizar una instantánea, sí es posible aplicarla con cierta verosimilitud a una fotografía sobre la que el artista tiene tanto control. Desde el punto de

<sup>18</sup> Jeff Wall, «Marks of Indifference»: Aspects of Photography in, or as, Conceptual Art [1995], en *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 144.

<sup>19</sup> Walter Benjamin, «Small History of Photography» [1931], en *Selected Writings*, Vol. 2, 1927-1934, Cambridge, Massachusetts, 1999, p. 508.

<sup>20</sup> Texto sin título, 1992, reimpresso en *Jeff Wall. Catalogue Raisonné*, cit., p. 333.

vista del museo, este uso de la tecnología digital fue una evolución muy bien recibida. La suspicacia histórica del museo hacia la fotografía había descansado en su reproducibilidad y en su carácter mecánico: la reproducibilidad se había solucionado por el método tradicional de limitar la oferta; ahora el mecanismo se había desvanecido a favor de la imagen trabajada a mano (o al menos con el ratón o el lápiz digital), en la que el espectador nunca podía saber con seguridad qué fragmento estaba libre del ejercicio de la sensibilidad artística. Mejor aún, al contrario que los montajes *kitsch* de la época victoriana, que emulaban demasiado de cerca a la pintura, los resultados seguían pareciendo enteramente fotográficos: había nacido un nuevo medio híbrido.

### *El medio y la autonomía*

La cuestión del medio es sobre la que se han librado las controversias acerca de la reputación de Wall. La más destacada de sus críticos, Rosalind Krauss, sostiene por ejemplo que Wall, con su uso de la caja de luz, inventó un medio artístico pero nunca se lo tomó en serio, y que hacerlo habría sido difícil porque es muy singular y carece de historia estética. De hecho, es un medio tan distintivo que solo puede practicarlo un artista<sup>21</sup>. El no haberlo conseguido consigna la reelaboración de los viejos maestros realizada por Wall a la categoría de pastiche<sup>22</sup>. A este argumento subyacen dos suposiciones, y ambas pueden ser cuestionadas: la primera, que es necesario interrogar al medio para alcanzar la seriedad artística. Esta opinión ha llevado a Krauss y otros miembros del grupo *October* a adoptar una actitud hostil hacia grandes porciones del arte contemporáneo (por ejemplo, la instalación) porque el concepto de especificidad del medio, y una reflexión crítica sobre el mismo, no puede aplicarse con facilidad a dichas obras<sup>23</sup>. La segunda suposición es que la caja de luz cuenta como medio, en lugar de ser meramente una forma de exponer positivos fotográficos, los cuales sí tienen una historia que data de la invención del autocromo a comienzos del pasado siglo. En todo caso, la cuestión de las calidades específicas del medio de la fotografía es compleja: mientras que la pintura vanguardista autónoma tendía a la abstracción, los intentos de producir una fotografía vanguardista autónoma y centrada en el medio (mediante los esfuerzos del grupo f64, por ejemplo) los condujo, después de experimentar con el enfoque nítido, la gran profundidad de campo y la gama tonal plena, a una descripción más completa de los temas en el mundo y un debilitamiento de la autonomía. No está claro cuáles son sus cualidades fotográficas esenciales. El propio Wall

<sup>21</sup> Rosalind Krauss, «...And Then Turn Away? An Essay on James Coleman», *October* 81 (1997), p. 8. De hecho, la han usado otros artistas, aunque es cierto que ninguno está tan identificado con él como Wall.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>23</sup> Véase, por ejemplo, Rosalind Krauss, «A Voyage on the North Sea». *Art in the Age of the Post-Medium Condition*, Londres, 1999.



comenta que «las propiedades específicas de la fotografía son contradictorias»<sup>24</sup>, y ciertamente hay rasgos intrínsecos de la fotografía, como el enfoque selectivo, las verticales convergentes, la expansión gradual de la lente y el movimiento desdibujado, que en gran medida se desvanecen en la fotografía contemporánea convertida en arte culto, adherida a sus convenciones notablemente estrictas, aunque no escritas.

Pero la acusación de Krauss tiene cierta razón de ser porque durante buena parte de su trayectoria profesional Wall ha hecho fotografías que emulaban cuadros, y esta esclavización de un medio a otro puede obrar en detrimento de ambos. Por ejemplo, Wall afirma ser el heredero de la crisis de la escena pictórica, ejemplificada en la obra de Manet, en la que la unidad y la fragmentación se sostienen en tensión productiva, siendo la primera un ideal que zozobra ante la expresión de la alienación social en la segunda<sup>25</sup>. Sin embargo, como sostiene Stewart Martin, «la afirmación de que Manet pinta la vida moderna es precaria, incluso sofista», ya que la pincelada poco convencional, las composiciones desordenadas y las extrañas perspectivas de Manet no encuentran equivalentes fotográficos en Wall, cuyas obras semejan, por el contrario, las lisas superficies pictóricas del neoclasicismo<sup>26</sup>. En la transposición de un medio a otro, la carga crítica de la pintura vanguardista, inherente en las técnicas pictóricas, se pierde.

Para responder a esa acusación, desde aproximadamente 1990, Wall se ha ocupado en su obra de explorar la historia de la fotografía junto con la de la pintura (Michael Newman define éste como un cambio de Manet a Atget en el «genio rector» de Wall)<sup>27</sup>, haciendo obras con un carácter documental (o casi documental), junto con grandes grabados en blanco y negro, algunos de los cuales juegan con los límites de la perceptibilidad en tonos sepulcrales (de un modo programático, estos grabados oscuros sirven de contraste con las obras en caja de luz en las que todo está detalladamente iluminado). El uso del blanco y negro también ha permitido una reflexión sobre las convenciones de la tradición documental en la fotografía. No obstante, no deberían exagerarse los efectos, y las obras recientes de Wall, incluidas las fotografías monocromas, siguen siendo analizadas en gran medida en función de la pintura, como ocurre en general con la fotografía de museo, en la que habitualmente se resta importancia a la historia de la fotografía<sup>28</sup>.

<sup>24</sup> Interview. Arielle Pelenc in Correspondence with Jeff Wall», en Thierry de Duve, Arielle Pelenc y Boris Groys, *Jeff Wall*, Londres, 1996, p. 9. Ésta es una de las producciones ilustradas de Phaidon.

<sup>25</sup> J. Wall, «Unity and Fragmentation in Manet» [1984], en *Selected Essays and Writings*, cit., pp. 77-83.

<sup>26</sup> S. Martin, «All's Tableau Mort», *OAJ*, cit., pp. 126-127.

<sup>27</sup> M. Newman, *Jeff Wall. Works and Collected Writings*, cit., p. 224.

<sup>28</sup> Véase, por ejemplo, Craig Burnett, «Jeff Wall. Black and White Photographs 1996-2007», en White Cube, *Jeff Wall. Black and White Photographs 1996-2007*, Londres, 2007, sin página, donde las obras se relacionan con Poussin y Cézanne.

Pero es notable que en las largas disquisiciones acerca del medio presentes en la bibliografía sobre Wall, se analicen muy poco los efectos de la digitalización. El estudio extenso, detallado y complejo de Newman sobre el medio en Wall apenas los menciona<sup>29</sup>. Hans Belting también despacha el tema afirmando que Wall

no emplea una nueva técnica fotográfica, sino que por el contrario «edita» el motivo que parece describir nuestro mundo diario delante de la cámara, al igual que nosotros editaríamos imágenes con el Photoshop. Por eso su principio no cambió cuando empezó a usar la tecnología digital<sup>30</sup>.

El «parece» podría llevar aquí más peso del que se le otorga. Ambos escritores siguen el ejemplo de Wall al restar importancia a la digitalización:

Pienso que el procedimiento de deconstruir la fotografía como retórica ha alcanzado el límite del agotamiento. Esta línea de investigación no ha conseguido proporcionar una alternativa a nuestra aceptación de una base física para la imagen fotográfica. No hemos progresado más allá de donde estábamos cuando el medio era nuevo, y no lo haremos<sup>31</sup>.

Desde este punto de vista, las fotografías se hacen grabando la luz que refleja de las imágenes, y eso es todo. Pero el trabajo que supone la construcción de las principales obras de Wall debería hacernos meditar. Fried ofrece una crónica detallada de los dos años que le llevó hacer *A View from an Apartment* (2004-2005), una escena visualmente exuberante pero en apariencia trivial de dos mujeres en un piso, una leyendo una revista y otra caminando junto a una tabla de planchar<sup>32</sup>. Para hacerla tuvo que alquilar un piso, contratar una modelo que viviera allí y lo amueblase, largas sesiones de fotos y la combinación digital de varios elementos, en especial las vistas desde las ventanas a la ciudad de Vancouver en el crepúsculo. Con *The Flooded Grave* (1998-2000, las fechas son en sí reveladoras), un procedimiento muy complejo y largo produjo una imagen al tiempo naturalista y alucinatoria, en la que se ve el fondo de una sepultura como un entorno submarino. Wall combinó primero el fondo y el primer plano de la imagen de dos cementerios, después construyó un tanque hecho con dos moldes de la sepultura excavada para llenarlo de criaturas marinas, y después efectuó la difícilísima tarea de combinar digitalmente los diversos elementos de modo tal que no se notasen las uniones<sup>33</sup>. Wall sugiere que incluso una imagen tan compleja si-

<sup>29</sup> M. Newman, *Jeff Wall. Works and Collected Writings*, cit., pp. 161-224.

<sup>30</sup> H. Belting, *Looking Through Duchamp's Door. Art and Perspective in the Work of Duchamp*. Sugimoto, *Jeff Wall*, cit., p. 176.

<sup>31</sup> «The Hole Truth. Jan Tumlir talks with Jeff Wall about *The Flooded Grave*», en Rolf Lauter (ed.), *Jeff Wall. Figures and Places. Selected Works from 1978-2000*, Múnich, 2001, p. 154.

<sup>32</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., pp. 56-57.

<sup>33</sup> Se puede seguir la crónica completa de este procedimiento en «The Hole Truth. Jan Tumlir talks with Jeff Wall about *The Flooded Grave*», cit., pp. 150-157.

que siendo deíctica, porque cada elemento es un acto de fotografía, de luz reflejada en una película<sup>34</sup>.

Ciertamente, en este aspecto subestima su propia inventiva y en qué medida ha cambiado el carácter ontológico del medio. En el fotoperiodismo, al que a menudo Wall ha emulado, hay una gran parte de casualidad, y los fotógrafos tienen poco control sobre la imagen; pueden tomar decisiones sobre dónde situar la cámara, cuándo apretar el disparador, cómo usar el enfoque selectivo y la longitud focal de la lente, pero los otros factores permanecen en su mayoría fuera de su capacidad de manipulación. Ésta ha sido la base para que algunos críticos nieguen a la fotografía la categoría plena de medio estético, porque al espectador le resulta muy difícil distinguir qué fue lo intencionado y qué lo accidental<sup>35</sup>. Las manipulaciones de Wall son de tal alcance que sitúa al espectador en la posición de asumir que todos los elementos de la escena han sido elaborados por el artista, bien sea mediante selección o manipulación del objeto fotografiado, o por medios digitales. La contingencia no se elimina por completo, pero la intención satura cada punto de la imagen, al igual que en la fotografía del sector publicitario, el comercial o el de las relaciones públicas. Si bien algunas herramientas de Photoshop meramente simulan las técnicas del cuarto oscuro tradicional, otras hacen una amplia variedad de alteraciones muy configurables y de buena calidad en las imágenes, que incluyen prestaciones tales como agudizar y precisar el control del color que eran desconocidas en la tecnología analógica.

La fotografía digital debe contar, desde luego, como un nuevo medio, y si las manipulaciones se realizan abiertamente, puede usarse para reflexionar sobre la relación entre la fotografía directa y la contingencia. A este respecto, sin embargo, mediante su ocultación, nos enfrentamos a un estado de fotografía a medias, en que cada superficie se ha limpiado e inclinado digitalmente a voluntad del artista. Y a este respecto, la acusación de Krauss tiene verdadera fuerza, no solo para la práctica de Wall sino también para los escritos de quienes lo defienden, porque en ambos se niega y oculta el nuevo medio<sup>36</sup>.

### *La prosa del museo*

En la nueva oleada de bibliografía sobre Wall, y en especial en la grandiosidad y el porte del *Catalogue Raisonné*, un volumen enorme que do-

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>35</sup> Una declaración notable de esta posición se encuentra en el artículo de Roger Scruton titulado «Photography and Representation», en *The Aesthetic Understanding*, Londres, 1983.

<sup>36</sup> En una conferencia reciente, Wall dio el lógico paso siguiente de negar la importancia del medio fotográfico, considerándolo meramente uno más en la gama de las técnicas descriptivas, junto con la escultura, la pintura y el grabado, que se oponen al arte conceptual y su progenie. Jeff Wall, *Depiction, Object, Event. Hermes Lecture 2006*, 's-Hertogenbosch, 2006.

cumenta con meticulosidad cada fotografía admitida en la obra completa, se plantean varias suspicacias: está implícito en la monumental longitud y en la prosa fuertemente adornada de las publicaciones que Wall es un gran artista, e incluso desde algunos puntos de vista, el salvador de la tradición pictórica occidental. Los autores se esfuerzan por entregar un análogo en prosa a la experiencia estética proporcionada por las fotografías, con resultados a un tiempo vagos y empalagosos: las obras se califican de «misteriosas y líricas», o se dice de ellas que ofrecen «una especie de amplitud pictórica» y producen «una especie de cautivadora luminosidad»; o que manifiestan una duración bergsoniana en la que «las nociones cíclicas, lineales, polares o abstractas del tiempo convergen en sincronía»<sup>37</sup>. En el libro de Fried titulado *Why Photography Matters as Art as Never Before*, el análisis cede regularmente ante el misticismo de un compromiso intemporal con la fotografía autónoma. Acerca de la fotografía en la que Wall muestra un limpiacristales limpiando las ventanas en la reconstrucción del famoso Pabellón Barcelona de Mies van der Rohe (*Morning Cleaning, Mies van der Rohe Foundation, Barcelona, 1999*), y la forma en la que Wall ha escenificado y reconstruido la escena, Fried escribe que es

una composición de gran complejidad pictórica e intelectual, que aprovecha la «magia» de la absorción para inducir al espectador o espectadora a aceptar como verosímil algo que «saben» que, en el mejor de los casos, es improbable<sup>38</sup>.

En una edición anterior de este artículo, Fried omitía las comillas en la palabra «magia» pero no está claro qué se gana con la adición de éstas<sup>39</sup>. El libro concluye con un largo análisis sobre la reconstrucción por parte de Wall de una escena de la tetralogía de Mishima, *El mar de la fertilidad*, y con una conspicua obra de plegaria a Dios inspirada en Mishima, nuevamente centrada en la intemporalidad<sup>40</sup>.

Un rasgo sorprendente de esta bibliografía es el extraordinario dominio ejercido por los propios escritos y entrevistas del autor. Ciertamente Wall es un comentarista inteligente de su propia obra y de la de otros, pero la posición de los escritos, entre la declaración del artista y el análisis académico, y las oscilaciones entre ambos, puede ser difícil de cuadrar. Algunos análisis muy agudos acerca de la evolución histórica del arte se unen a pasajes de carácter poético e incluso místico.

También me gustan los fregaderos sucios, las empapadas ropas abandonadas que continuamente veo en el callejón que hay detrás de mi estudio, depósi-

<sup>37</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., p. 62; Briony Fer, «Night», en *OAI*, pp. 80, 77; R. Lauter (ed.), *Jeff Wall. Figures and Places. Selected Works from 1978-2000*, cit., pp. 23-24.

<sup>38</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., p. 75.

<sup>39</sup> Michael Fried, «Jeff Wall, Wittgenstein and the Everyday», *Critical Inquiry* 33 (2007), p. 517.

<sup>40</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., p. 352.



tos encostrados de líquido seco y todas las demás cosas pintorescas tan afines al espíritu de la fotografía<sup>41</sup>.

En sus primeros escritos, Wall cultiva una ingeniosa y lúdica reunión de opuestos, en una conjunción dialéctica o paradójica que aporta frases hermosas expresadas con agudeza, en parte análisis y en parte representación artística. Por ejemplo, las torres de oficinas de cristal de Mies van der Rohe y Philip Johnson expresan «con fría ironía y desapego aquello en lo que de hecho se ha convertido la ciudad: una mala vista». O «el proyecto arquitectónico de la casa de cristal revela en puridad su destino histórico: vivir en virtud de su propia muerte»<sup>42</sup>.

Los escritos de Wall también están acosados por diversos fantasmas, antaño espectros de la Teoría Crítica que convocaban y lamentaban los ideales políticos perdidos, ahora sombras de la historia del arte que revolotean dentro y fuera de la conciencia en busca de belleza:

Siempre hay algo espectral –fantasmal– en lo genérico, ya que cualquier nueva versión o variante lleva de algún modo en sí todas las variantes pasadas. Esta cualidad es una especie de resonancia, de sentimiento tenue, que para mí es un aspecto esencial de la belleza y del placer estético<sup>43</sup>.

El *Catalogue Raisonné* reedita muchos de los textos de Wall, tanto artículos largos como muchos textos más breves sobre obras individuales que complementan las entradas del catálogo. En diversos marcos elaborados sobre la historia del vanguardismo, el movimiento moderno, el conceptualismo y la historia de la fotografía, Wall proporciona una extensa contextualización de su obra a las que de manera natural se refieren los críticos y los historiadores, y de las que raramente escapan<sup>44</sup>. También ha concedido muchas entrevistas sobre sus propias obras. El predominio de esa bibliografía se percibe por la medida en que se reedita en monografías, y la regularidad con la que otros lo citan. El modo en que se efectúan esas citas también es notable porque, a pesar de las marcadas oscilaciones de las posturas de Wall a lo largo de los años, sus declaraciones rara vez son sometidas a examen crítico, sino que por el contrario se asumen como prueba incontrovertible para la interpretación de sus imágenes. Fried, por ejemplo, cita a Wall con frecuencia y de manera reverente, y dado que a Wall le interesan desde hace tiempo los escritos de Fried, incluso consigue citar a Wall citando a Fried<sup>45</sup>.

<sup>41</sup> Jeff Wall, «A Note about Clearing» [2000], en *Jeff Wall: Catalogue Raisonné*, cit., p. 393.

<sup>42</sup> J. Wall, «Dan Graham's Kammerspiel», cit., pp. 55, 65.

<sup>43</sup> «Interview. Arielle Pelené in Correspondence with Jeff Wall», cit., p. 14.

<sup>44</sup> Entre estos artículos se incluyen «Dan Graham's Kammerspiel», «Unity and Fragmentation in Manet», «Roy Arden. An Artist and His Models» y «Marks of Indifference: Aspects of Photography in, or as, Conceptual Art», todos los cuales pueden encontrarse en *Selected Essays and Interviews*, cit.

<sup>45</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., p. 38.

Adrian Rifkin, en un artículo crítico sobre Wall, escribe acerca del efecto, en referencia a la monografía de Phaidon sobre el artista, editada por Thierry de Duve y otros, que también reproduce mucho de lo escrito por Wall:

Las propias palabras de Wall se apropian y procesan plenamente todo lo que las toca, con el efecto de que la relación entre las prácticas de hacer y teorizar, en la obra y lo que la rodea, forman un cierre monumental del que la apertura, la cuestión o las lecturas descontroladas no son nada más que una de las características de su monumentalidad. En un giro no demasiado sutil, lo crítico emerge en sí como la forma de valor más elevada y compartida, la mercancía que nos es ofrecida por el libro y figurada en un vaciamiento mutuo de arte y discurso crítico<sup>46</sup>.

En el *Catalogue Raisonné*, los textos de Wall se denominan «primarios», mientras que los de otros autores son secundarios. Si bien la cuestión de qué se considera texto primario en el estudio del arte contemporáneo es delicada, la designación aquí tiene un sentido: nos permite ver claramente la obra de Wall como una unidad de texto e imagen, cada uno dependiente del otro.

### *El artista escribe*

Podemos proyectar brevemente la interrelación de la obra y la prosa a través de varios momentos en la trayectoria profesional de Wall para así señalar los cambios. Los primeros escritos, dos artículos largos sobre la obra de Dan Graham redactados en 1981 y 1982, estaban muy influenciados por Adorno, especialmente en tanto que aplicado a las artes visuales a través de los escritos de Benjamin Buchloh<sup>47</sup>. En ellos, el profundo sentimiento de pesimismo cultural, derrotismo, ironía y desapego se alivia un poco al plantear la posibilidad de que los modelos artísticos que yuxtaponen elementos normalmente prohibidos pueden seguir conteniendo una carga crítica. De igual modo, en el artículo sobre Manet escrito por Wall en 1984, la idea de que la fragmentación absoluta se había convertido en la estética predominante en la fotografía contemporánea ofrecía la posibilidad de poner una contención antiortodoxa a la fragmentación y a la unidad<sup>48</sup>. Estos escritos se corresponden con la evolución del estilo y el tema distintivos de Wall en las obras realizadas entre 1982 y 1985, la mayoría escenas de calle como *No* (1983), en la que un hombre de aspecto adinerado pasa ante una prostituta por la noche, o *Milk* (1984), en la que un joven –posiblemente indigente– está sentado en la acera delante de un nuevo edificio de ladrillo mientras la leche de un cartón que sostiene en la mano salta por el aire.

<sup>46</sup> Adrian Rifkin, «What is a Minor Artist? A First and Last Note on Jeff Wall at Tate Modern», disponible en [www.gai-savoir.net].

<sup>47</sup> J. Wall, «A Draft for Dan Graham's Kammerspiel» (1981); «Dan Graham's Kammerspiel», ambos en *Selected Essays and Interviews*, cit., pp. 11-75.

<sup>48</sup> J. Wall, «Unity and Fragmentation in Manet».

Mientras que el himno de Baudelaire para elogiar a Constantin Guys por sus meticulosas, inmersivas, desinteresadas e inocentes ilustraciones de la vida moderna resaltaban el «esplendor y la majestuosidad» del «río de la vida», la versión de Wall es mucho más lóbrega<sup>49</sup>. La decadencia y la derrota de la clase obrera pueden leerse en estas imágenes, construidas cuando la economía neoliberal comenzaba su terrible despliegue. *Mimic*, por ejemplo, como señala Walter Benn Michaels, no es una mera reconstrucción de un gesto racista casual, sino que debería situarse en el contexto de una oleada de inmigración a Canadá a partir de la década de 1960 de asiáticos académicamente preparados, que provocó todavía más desventaja económica en la clase trabajadora existente<sup>50</sup>. *Abundance* (1985) muestra dos ancianas recogiendo ropa usada de una caja con el cartel de «Gratis», una de ellas mirando a la cámara de manera consciente, mostrando las muchas capas de ropa que lleva encima como una absurda señal de su necesidad. Mostrar dichos temas de esta manera fría y épica habla de un distanciamiento irónico. *The Thinker* (1986), primera obra de Wall que contiene elementos de fantasía, es una revisión explícita del monumento propuesto por Durero a la derrota de la Revuelta campesina<sup>51</sup>. La figura, un hombre con botas de trabajo y traje, se sienta sobre un tronco y trozos de cemento, mirando una estación de tren, el silo de trigo de una cooperativa establecida hace mucho tiempo y, en la distancia, las torres de Vancouver. El hombre es de una edad en la que, si perdiera el trabajo, no es probable que encontrase otro salvo de esos no cualificados, temporales y mal pagados. Como en el grabado de Durero, de su espalda sobresale una espada. Por encima de su cabeza la foto está dividida por el pesado negro de los cables de teléfonos, los portadores de datos que transmitieron el fin del poder nacional efectivo de la clase obrera. Ciertamente a Wall le preocupaba transmitir esta situación, pero nada en estas imágenes apunta a una resistencia. El vertido de la leche puede indicar el derramamiento inútil de lágrimas.

En dos artículos publicados en 1988 sobre Rodney Graham y Stephan Balkenhol, Wall se aparta del pesimismo adorniano, diciendo primero que algunos aspectos de la fragmentación de posguerra en el arte, como el Arte Povera, ofrecían «vistas de posibilidad y esperanza», y asimismo que había oportunidades en la renuncia a una forma experimental que se había «congelado en la ortodoxia», y el abrazo utópico de lo figurativo, en especial de la figura humana<sup>52</sup>. En ellos el modelo es Ernst Bloch, y si bien Wall sigue escribiendo sobre el capitalismo, ya no se centra tanto en la

<sup>49</sup> Charles Baudelaire, *The Painter of Modern Life*, Londres, 1984, p. 11.

<sup>50</sup> Walter Benn Michaels, «The Politics of a Good Picture: Race, Class, and Form in Jeff Wall's *Mimic*», *PMLA*, 125, 1, 2010, pp. 178-179.

<sup>51</sup> *Jeff Wall. Catalogue Raisonné*, cit., p. 302.

<sup>52</sup> «Into the Forest: Two Sketches for Studies of Rodney Graham's Work» [1988]; «An Outline of a Context for Stephan Balkenhol's Work» [1988], en J. Wall, *Selected Essays and Interviews*, cit., pp. 87-101, 103-107. Las citas corresponden a las pp. 103 y 105.





© 2010 Jeff Wall

*Milk*, 1984. Transparencia en caja de luz, 187-229 cm.

clase; de hecho, con relación a la depredación ecológica, usa los términos «nos» y «nosotros». Este cambio va acompañado en 1988-1989 de obras en las que hay descripciones más abiertas de la opresión y el conflicto: sexual, racial y de clase. Hay imágenes de desahucio, el distanciamiento de una pareja, los reproches de un capataz a una trabajadora en una fábrica de ropa, burlas y quizá acoso a niños, y detenciones. Sin embargo, aunque este periodo marca el punto culminante de descripción del conflicto social en Wall, los oprimidos (cuando pueden identificarse) permanecen pasivos e impotentes, y lo utópico se mantiene como una posibilidad meramente formal.

En un ensayo breve de 1989, «Photography and Liquid Intelligence», publicado en una gran exposición en grupo en la que la obra de Wall se mostraba junto con la de Robert Adams, Bernd y Hilla Becher, Thomas Struth y otros, el artista establecía un contraste entre el aspecto húmedo y el aspecto seco de la fotografía. Lo seco estaba asociado con la óptica, la geometría, la balística, la certeza y la precisión; lo húmedo con el trabajo arcaico preindustrial, lo caótico y lo impredecible; la combinación de ambos en la fotografía alcanza «una autorreflexión histórica, una memoria de la senda que ha recorrido hasta el presente»<sup>53</sup>. Invoca asimismo *Solaris*, la película de Tarkovsky, para sugerir que el caos líquido (o la in-

<sup>53</sup> J. Wall, «Photography and Liquid Intelligence», *Selected Essays and Interviews*, cit., pp. 109-110.



teligencia líquida) tiene sus propios fines y agentes, que pueden estar alejados de los nuestros. El entusiasmo por la teoría del caos y la ciencia ficción encaja, quizá, en la tendencia experimentada en aquel momento por parte de la izquierda a consolarse con remotas posibilidades utópicas y en la creencia de que los que ocupaban el poder no podían predecir ni controlar las consecuencias de sus acciones. De nuevo, sugiere un punto de vista distante, muy olímpico.

En 1992 y 1993, Wall realizó obras enormes y muy manipuladas. Algunas eran abiertamente fantásticas, como *Dead Troops Talk (A Vision After an Ambush of a Red Army Patrol near Moqor, Afghanistan, Winter 1986)*, una elaborada escena de una «conversación» entre soldados soviéticos recientemente asesinados. Otras eran verosímiles, aunque claramente solo realizables con montaje, como *A Sudden Gust of Wind*; y otras usan una extensa manipulación para presentar escenas tranquilas y naturalistas, como en *Restoration* (1993). En 1993, Wall escribió también un artículo sobre la obra del fotógrafo artista de Vancouver Roy Arden. En él, el principal argumento es que el fotoperiodismo contiene una estructura dialéctica que comprende lo prosaico y lo poético, que es también una tensión entre el instante y la narrativa implícita del evento descrito<sup>54</sup>. Los fotógrafos artísticos, sin embargo, no practican meramente el fotoperiodismo o cualquier otro género fotográfico convencional, sino que por el contrario lo emulan y reflexionan sobre él<sup>55</sup>. Las obras estrictamente compuestas por Arden en la década de 1980

se elevan en el punto exacto en el que parecen obras autónomas del arte pictórico. Reflejan el momento en el que el fotoperiodismo se convierte en arte, y el último en el que sigue siendo lírico, miniatura y utilitario; es decir, en el que sigue siendo reportaje<sup>56</sup>.

Nuevamente, esto refleja de manera nítida los propios objetivos de Wall: *Dead Troops Talk* es una instilación muy consciente de fantasía y, por supuesto, composición académica de las figuras en el fotoperiodismo. En *A Sudden Gust of Wind*, un tema banal aunque fotoperiodístico –una reunión de empresarios y trabajadores en una granja– se transforma al parecer momentáneamente en una escena que evoca el pasado y la historia del arte por el tiempo atmosférico (un sistema caótico), que dispersa el instrumental –documentos de trabajo– por los aires.

<sup>54</sup> J. Wall, «Roy Arden. An Artist and His Models» (1993), en *Selected Essays and Interviews*, cit., pp. 115-117.

<sup>55</sup> Esta afirmación la hará también en un ensayo posterior, en el que sostiene que Henri Cartier-Bresson, Walker Evans y Brassai hacían arte imitando el fotoperiodismo; éste es un argumento clave para Wall, incapaz de aceptar que el reportaje puede ser arte, sino que les habría llegado a todos en forma de noticia. Véase «Marks of Indifference», *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 145.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 120.

En *Restoration*, las mujeres asumen el lento y concienzudo trabajo de restaurar *Bourbaki Panorama*, la tela de Edouard Castres, en Lucerna, que muestra el paso a Suiza en 1871 de una porción del ejército francés en desbandada. La enorme fotografía panorámica de Wall es una celebración de su trabajo, y es la primera de muchas obras elaboradas en las que el artista toma como tema esas tareas a menudo pasadas por alto. De hecho, Wall considera que las mujeres sirven de modelo conceptual de cómo debería ser la sociedad:

Pienso que una de las funciones históricas del arte pictórico es hacer imágenes que de alguna manera sean también modelos de comportamiento. En primer lugar, son modelos conceptuales de lo que debería ser una imagen, porque puede pensarse que cada imagen es una propuesta de un modelo de lo que es una imagen válida. Pero también los comportamientos de las figuras en la imagen pueden ser modelos, o al menos propuestas de modelos, de comportamiento social, o de cualquier tipo<sup>57</sup>.

Hay claramente un paralelo entre el propio trabajo meticuloso de Wall en la escenificación, la fotografía y el montaje digital, y el de las restauradoras. Además, a Wall le satisface decir a este respecto que *Restoration* tiene una connotación posrevolucionaria, incluso contrarrevolucionaria, en la que el antiguo régimen se conserva e incluso recobra vida. Éste es ciertamente el resurgimiento de una vieja tradición pictórica, pero, como veremos más adelante, va cada vez más acompañado por otros elementos conservadores adjuntos.

La sostenida producción escrita de Wall, tanto sobre su arte como sobre el de otros, ha descendido, y la velocidad a la que produce las fotografías ha ido aumentando, a medida que se ha introducido en los grabados en blanco y negro y en cajas de luz más pequeñas. Aunque sigue concediendo muchas entrevistas, hay muchos temas sobre los que prefiere guardar silencio. Es revelador que en la última entrevista incluida en la selección de artículos y entrevistas acabe diciendo: «Hoy en día ya no me interesa tanto comentar las interpretaciones de mi obra, ni la de otros»<sup>58</sup>. Apenas lo necesita, porque ha encontrado unos representantes muy efectivos en aquellos historiadores del arte que han escrito en abundancia sobre su obra, y cuyos escritos siguen dominados por las propias opiniones de Wall.

### *A la caza de fuentes*

Para quienes se ponen de su lado, Wall es uno de los artistas más importantes de su generación, o incluso de su época. Michael Newman, entre los defensores más efusivos del fotógrafo, escribe:

<sup>57</sup> «Jeff Wall in Conversation with Martin Schwander» [1993], en *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 234.

<sup>58</sup> «Post-60s' Photography and its Modernist Context: A Conversation between Jeff Wall and John Roberts» [2006], en J. Wall, *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 345.

Podemos pensar que el Duchamp de *Le grand verre* y *Etant donnés* no estaba rompiendo con la tradición pictórica sino que, de un modo muy perverso y fetichista, la estaba conservando para que la escena pictórica occidental pudiera ser reanimada para su misteriosa vida sobrenatural en las transparencias Cibachrome iluminadas por detrás de Wall y transportada a las fotografías directivas de gran tamaño realizadas por una generación de artistas inspirados por el ejemplo de este artista<sup>59</sup>.

Esta opinión sobre Duchamp, que refleja la de Wall, es muy excéntrica, porque lo considera un salvador y no un destructor de la tradición artística<sup>60</sup>. Aunque dicha opinión habría parecido increíble en la época en la que Duchamp adquirió renovada importancia para el mundo del arte contemporáneo, a finales de la década de 1950, cuando las formas de arte tradicionales fueron sometidas a un ataque sostenido, sí adquiere una verosimilitud «perversa» cuando el conceptualismo y el espectáculo se han fundido en la gran conversación que ahora se considera arte; después de todo, algunos de sus elementos sí pueden ser pictóricos o tradicionales. Aunque no hay unanimidad entre los admiradores de Wall acerca del legado de Duchamp (y de hecho para Fried ésta es la figura que llevó al arte a morar entre los medios, no dentro de ellos, y en consecuencia, abolió la calidad y el valor), sí la hay acerca de la valía de Wall<sup>61</sup>. Fried sostiene explícitamente que es la fotografía de museo la que ha renovado la tradición pictórica occidental que en otro tiempo se basaba en la pintura, y que Wall se encuentra entre las figuras más importantes que han captado que ésta es la tarea correcta de la fotografía<sup>62</sup>. Situar a Wall en esa posición es más que dar a entender que, al igual que Duchamp, no es meramente un gran artista, sino un artista que ha provocado un duradero y gran cambio artístico.

Un marcado rasgo de esta bibliografía es el esfuerzo que hace por determinar las fuentes y las influencias que hay tras las fotos de Wall (en un intento, quizá, de determinar los componentes de ese «sentimiento tenue»). Ciertamente Wall ha hecho referencia a cuadros en sus obras, con reelaboraciones explícitas de Delacroix, Hokusai y Manet. En algunos escritos sobre Historia del Arte, se concede al análisis de las fuentes y a la interpretación visual estricta una relevancia particular por su influencia en cuestiones ideológicas, políticas o de otro tipo. Steve Edwards, por ejemplo, en su reseña de *A Donkey in Blackpool* (1999), que Wall realizó para emparejar con una de las pinturas de caballos más celebradas de Stubbs, *Whistlejacket*, deja claro el tipo de vinculaciones de clase de ambos, su situa-

<sup>59</sup> Michael Newman, «Towards the Reinvigoration of the "Western Tableau": Some Notes on Jeff Wall and Duchamp», *OAJ*, p. 100.

<sup>60</sup> Respecto a esta última opinión de Wall de que Duchamp forma parte de «una gran cultura pictórica», véase «Interview between Jeff Wall and Jean-François Chevrier», en Jeff Wall, *Selected Essays and Interviews*, cit., p. 320.

<sup>61</sup> Michael Fried, *Art and Objecthood*, Chicago, 1998, pp. 44-45.

<sup>62</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., p. 37.



ción en mundos de ocio muy distintos, las alusiones cristianas en el tema del asno, y usa este análisis para sugerir que la imagen puede interpretarse (de nuevo) como monumento a la derrotada clase obrera<sup>63</sup>.

Más a menudo, sin embargo, la identificación de las fuentes parece un ejercicio para asegurar que las obras reciben la atención que les corresponde por ser arte, imbuyéndoles profundidad histórica, y al tiempo demostrando la perspicacia, el conocimiento y la sensibilidad del autor. Y así Newman, al analizar *The Destroyed Room*, que es (como nos dice Wall) una reflexión sobre *La muerte de Sardanápalo* de Delacroix, también encuentra referencias a Duchamp (en la iluminación y la puesta en escena), a las villas pompeyanas (en el color de la pared), a Matisse, Courbet y Barnett Newman<sup>64</sup>. Thierry de Duve, entre otros, escoge una figura de *The Storyteller* (1986) que parece recordar otra de *Déjeuner sur l'herbe* de Manet, y hace un gran juego, aunque vago, con su significado<sup>65</sup>. Puede señalarse que el propio Wall ha hecho algunas declaraciones expresando escepticismo ante esa caza de fuentes. Escribe que el modelo de *The Storyteller* que parecía recordar las figuras de la obra de Manet, lo hace por accidente, aunque «todo el mundo se fijó en ello»<sup>66</sup>. Además, en su obra *Odradek* (1994), basada en un relato de Kafka, cuando se le pregunta si la chica que baja las escaleras alude a Duchamp o a Richter, Wall afirma que él no hace «ese tipo de chistes» y que no es más que una chica bajando unas escaleras: «El que quiera pensarlo que lo piense. La ilustración hace que unas cosas se parezcan a otras»<sup>67</sup>.

Esto no quiere decir que debamos enfrentar las declaraciones de un artista con las de un crítico o historiador, y que se considere que éstas son las que presentan deficiencias. Ocurre por el contrario que el juego de encontrar imágenes que se parecen a otras es probablemente interminable e inútil (excepto como validación artística), sin la disciplina de un punto situado fuera de una historia del arte que, en el peor de los casos, emula la supuesta autonomía de las fotografías. Los artistas, y Wall el que menos, difícilmente son inocentes a este respecto ya que, como hemos visto, hacer referencias a la historia del arte es una de las tácticas más fiables para conseguir que se hable de una obra como si fuera arte. Dentro del contexto del mundo artístico y las posiciones competitivas adoptadas por artistas, críticos e historiadores, es difícil no ver dichas referencias a las fuentes como una forma de exhibición social, que están indeleblemente marcadas por las desigualdades de clase, educación y la oportunidad para el ocio culto.

<sup>63</sup> S. Edwards, «Poor Ass!», *OAJ*, cit., pp. 39-54.

<sup>64</sup> Michael Newman, *Jeff Wall: Works and Collected Writings*, cit., pp. 17, 21.

<sup>65</sup> Thierry de Duve, «The Mainstream and the Crooked Path», en Th. de Duve et al., *Jeff Wall*, cit., pp. 46-47.

<sup>66</sup> C. Burnett, *Jeff Wall*, cit., p. 39.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 77.



## La contaminación de la cultura de masas

El interés por la comparación en la historia del arte ha llegado a ser igualado por un abandono e incluso una denigración de la cultura de masas, que resta importancia a lo que los espectadores no especializados pueden experimentar al mirar las obras de Wall, que tratan, después de todo, sobre la «vida cotidiana». En parte, esta hostilidad está relacionada con la idea generalizada de que el arte puede ofrecer un antídoto a la cultura de masas tecnológica que proporciona soluciones rápidas y desechables de relatos estereotipados, emociones ya confeccionadas y formas estándar. Por eso se supone que el arte del vídeo, en su huida del corte rápido y la obra cinematográfica y televisiva de cámara móvil, fomenta un modo más lento, considerado y crítico de contemplar las imágenes en movimiento. Similares afirmaciones se hacen acerca de la fotografía de gran formato del museo frente a la fotografía que se consume con rapidez en periódicos, revistas y anuncios publicitarios. Para algunos críticos, uno de los logros de Wall es el de mantener al espectador ante un medio que normalmente se contempla con tanta rapidez y se destripa en busca de una narración reconocible o una carga emotiva<sup>68</sup>. Otros preconizan una completa separación entre la cultura de masas y la obra de arte, y sitúan por completo a Wall en el lado de la segunda<sup>69</sup>.

La pizca de verdad que contienen estas opiniones radica en la necesidad estructural que la fotografía artística tiene de oponerse a la masiva industria de producción de imágenes, al igual que el arte culto en general debe distinguirse de la cultura de masas. No obstante, las opiniones personales de Wall sobre este tema han cambiado drásticamente y antes no le importaba tanto situar las fuentes de su propia obra en el cine, la televisión e incluso la publicidad y la presentación comercial<sup>70</sup>. La primera caja de luz, *The Destroyed Room*, tomaba a Delacroix como inspiración, como hemos visto, pero también indicaba sus raíces en lo comercial al reflejar la artificialidad de los ensambles de la habitación hechos para escaparates. Este «desorden construido» se exponía en un escaparate de la galería, mirando a la calle, como en una tienda<sup>71</sup>. Hoy en día, sin embargo, el artista no quiere que los espectadores piensen en nada distinto al arte culto. En respuesta a una pregunta sobre si *Dead Troops Talk* pudiera estar relacionada con el imaginario televisivo o periodístico, Wall contestaba:

El simple hecho de que yo hiciera una fotografía de guerra no significa que de manera automática o necesaria deba asociarse con el imaginario de los me-

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>69</sup> Véase Hans Dickel, «Image Technology and the Pictorial Image. Media Images versus Art Images», en R. Lauter (ed.), *Jeff Wall: Figures and Places: Selected Works from 1978-2000*, cit.

<sup>70</sup> Véase Jeff Wall, «To the Spectator», en *Jeff Wall. Catalogue Raisonné*, cit., p. 438.

<sup>71</sup> La expresión es de H. Belting, *Looking Through Duchamp's Door. Art and Perspective in the Work of Duchamp*. Sugimoto. *Jeff Wall*, cit., p. 150.

dios de comunicación. Eso supone que el imaginario de los medios es un horizonte total para la experiencia de todos. Esas suposiciones han alcanzado ahora la fase de la ortodoxia. Es una forma nada libre de concebir la experiencia que los espectadores tienen de las obras de arte, nada libre e irrealista. Conformista, institucionalizada, académica, de manual y asfixiante.

Wall afirma a continuación que el arte es una experiencia independiente del mundo, y que los estudios culturales y la inmersión en los medios de comunicación de masas amenazan al canon occidental<sup>2</sup>. Quizá las fuentes y las referencias útiles para un artista joven y desconocido sean muy distintas de las de quienes se sitúan en la cima del mundo museístico, pero también puede ser que, al centrarse exclusivamente en el arte culto, parte de las asociaciones y afiliaciones más interesantes de la fotografía —en especial con el fotoperiodismo, el comercio y el cine que el propio Wall exploró con agudeza en sus primeros escritos— se pierdan.

La prosa escrita por los defensores de Wall va destinada al museo, al igual que las fotografías. Aparece directamente en los catálogos o en libros publicados por las editoriales de los museos, mientras que el resto de la bibliografía apunta a diversos textos de los comisarios con opiniones autorizadas e ideas, e influye en el modo en que se cuelgan y yuxtaponen las obras. De este modo, tema, objeto, disposición e interpretación en los carteles y folletos de exposiciones, catálogos y textos monográficos, y el incentivo de las reacciones adecuadas en el público forman parte integrante de la «obra», que no es una mera colección de objetos, sino por el contrario la construcción de una red social que incluye coleccionistas, conservadores, críticos, historiadores del arte y (por último) espectadores.

El paradigma de estos escritos es el libro de Fried titulado *Why Photography Matters as Art as Never Before*, que al centrarse de manera resuelta en la tradición pictórica y en lo que el autor considera características fundamentales de ésta, su grandiosa importancia e incluso su diseño, se dirige hacia una validación estética del tema. Aunque hay una cierta meditación ontológica sobre la fotografía, e incluso se afirma que la fotografía está «destinada» a hacer un trabajo ontológico, el carácter y la extensión de su contribución permanecen sin especificar<sup>3</sup>. El propósito fundamental de esta prosa es asegurar el estatus de su objeto de estudio para el museo y el canon. Si bien las opiniones de Fried no se mantienen completamente intactas desde la juventud y se ve obligado a reconocer los aspectos «teatrales» de la obra de Wall, éstas solo se inclinan hacia una mayor altura de absorción, de un paralelo entre el tema y el espectador, ambos sumergidos en la forma intemporal de la atención cercana, apartados del clamor del mundo, y participando en un compromiso con la apreciación del tra-

<sup>2</sup> Gordon McDonald, «Interview: Jeff Wall», *Photoworks* (2005-2006), pp. 20-23.

<sup>3</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., p. 3.

bajo y la estética que permanece cómodamente sin cambios a lo largo de los siglos.

El lector de esta bibliografía, ahora complicada y muy extensa, se encontrará con un burbujeante estofado de referencias teóricas, políticas, de Historia del Arte y culturales en las que Wall es el maestro. Tal vez aprendiera de su estudio universitario sobre Duchamp el valor de crear unas obras de arte y un discurso que juntos funcionan como trampas interpretativas; que, mediante la elaboración de contrastes razonables –monocromo frente a color, luz frente a oscuridad, la fantasía frente a lo cotidiano, el paisaje frente a la naturaleza muerta, las composiciones de figuras aisladas frente a las de múltiples figuras, lo grande frente a lo pequeño, la pose frente al documental, por tomar solo algunos– son capaces de generar interminables círculos de referencia y autorreferencia<sup>74</sup>. Los propios escritos de Wall, en ocasiones un modelo de lectura atenta, dan una clave sobre los resultados. Al explorar los elementos que componen una obra de Dan Graham, el proyecto *Alteration*, Wall efectúa un largo y brillante análisis sobre el uso del vidrio en la arquitectura, la casa de cristal vanguardista, el bloque de oficinas, las urbanizaciones de casas prácticamente iguales, las áreas residenciales suburbanas y el urbanismo en general; poco menos de treinta páginas dedicadas a un escrupuloso desempaque del significado cultural<sup>75</sup>. Esto, por incluir solo tres elementos introducidos en novedosa yuxtaposición en el proyecto de Graham: cristal, espejo y casas iguales. Dado que lo que se examina aquí no es meramente cada elemento tomado por sí solo sino las relaciones entre ellos, la complejidad de dicho análisis debe aumentar exponencialmente a medida que se añaden nuevos elementos. Es fácil entender que la obra de Wall no admite un análisis acabado de este tipo.

La Historia del Arte y la crítica del arte son víctimas voluntarias de la trampa interpretativa, en buena medida por la necesidad institucional de generar continuamente textos que sirvan de refuerzo a la obra en el sector del arte contemporáneo y para las evaluaciones contables estatales de las «producciones» de investigación. Las múltiples interpretaciones, la indeterminación y una repulsión hacia el «esencialismo» son las piedras de toque de este discurso, que exuda el embriagador perfume del misticismo posmoderno. También se supone que tienen una estrecha afinidad con lo que el arte ofrece como suplemento consolador a la cultura de masas y la vida laboral. La obra de Wall habita ahora cómodamente en el centro de esta ortodoxia. No sorprende leer en la introducción del *Catalogue Raisonné*, en un texto seguramente avalado por el artista, que sus fotografías «no tienen pretensiones morales y no comunican un significado fijo, sino que resaltan la inestabilidad y la contingencia de su contenido»<sup>76</sup>.

<sup>74</sup> Theodora Visher, «Introduction», en *Jeff Wall. Catalogue Raisonné*, cit., p. 10.

<sup>75</sup> J. Wall, «Dan Graham's Kammerspiel», cit., pp. 31-75.

<sup>76</sup> Theodora Visher, «Introduction», en *Jeff Wall. Catalogue Raisonné*, cit., p. 10.

¿Es posible, entonces, cortar este nudo gordiano de fuentes, teorías y referencias? En la mayoría de la bibliografía reciente sobre Wall, tomada en conjunto, pueden encontrarse las características de buena parte de los escritos contemporáneos sobre arte: «poesía», publicidad e indeterminación: los antidotos pueden ser el materialismo, la neutralidad y la política.

### «Objetualidad»

Para empezar con lo material, entre los comentarios más obvios que se pueden hacer sobre las cajas de luz es que son objetos grandes y de fabricación cara, necesarios para que Wall desarrolle la evolución de un estilo característico como artista excepcional e individualista, y que se usan para controlar y restringir la exposición de las imágenes de Wall. En los primeros años, Wall dejó claro que el gasto en sí de hacer estas transparencias (junto con el de la propia foto escenificada cinematográficamente) era una ventaja: representaban su compromiso con el arte, atraían una atención seria, y el dinero para garantizar su futura trayectoria artística profesional<sup>77</sup>. La rareza de tales objetos aumenta las distancias y la frecuencia con la que necesitan ser transportados. El mundo del arte apenas ha empezado a afrontar su extraordinario despilfarro medioambiental, exacerbado a medida que se ha ido globalizando y basando en eventos, y a medida que las bandadas de aviones privados siguen la gira mundial de bienales y ferias de arte, mientras que raros y pesados objetos artísticos son transportados por avión, acompañados de mensajeros. Es una situación especialmente perversa en la que hay buenos argumentos para decir que la «obra» no es una caja de luz determinada (que podría ser reemplazada si se dañase o destruyese; de hecho algunas han sido reemplazadas tras sufrir una degradación irreparable debido a los materiales usados en su construcción), sino por el contrario el archivo digital a partir del cual está hecha la foto; y éste podría ser enviado a cualquier parte del mundo que disponga de conexión a Internet, con muy poco gasto o impacto medioambiental. Por el contrario, el control de la imagen, conservar su valor de mercado y mantener su exposición en manos de los expertos, triunfa sobre las demás consideraciones.

En cuanto a la neutralidad, lo importante no es necesariamente estar a favor o en contra de dichas fotografías, ciertamente no en lo referente al lugar que ocupan en un canon estético. Por el contrario, podemos examinar neutralmente sus efectos. Las obras de caja de luz de Wall son cosas grandes, detalladas y de colores vivos, entretenidas de mirar, un simulacro tan convincente como cualquier foto publicitaria o de moda; pueden conseguir que pensemos en otro arte; pueden conseguir que pensemos sobre la política o la sociedad. Su utilidad para el museo —al proporcionar una forma de espectáculo que tiene que verse como objeto físico en

<sup>77</sup> J. Wall, «To the Spectator», en *Jeff Wall. Catalogue Raisonné*, cit., pp. 437-438.



un espacio físico para conseguir todo su efecto, y como generador de discurso sobre historia del arte— es obvia. El legado de Wall está claro en la proliferación de grandes y complejas piezas de figuras escenificadas para las paredes del museo, *tableaux vivants* de la edad contemporánea. Algunos de sus seguidores con más éxito apuntan a los elementos más dudosos de la obra de Wall, ocultos por el relativo tacto de éste. Las escenas muy caramente escenificadas, manipuladas y amaneradas de Gregory Crewdson insinúan oscuros sucesos en las zonas residenciales. Su aire barato e inferior recuerda a David Lynch pero también desarrolla el contraste entre lo trivial y lo fantástico hallado en Wall. David LaChapelle, un retratista de revistas muy conocido que se ha pasado a la fotografía artística, usa procedimientos digitales para recrear escenas de figuras alegóricas complejas y muy pulidas en las que las referencias reconocibles a la historia del arte se mezclan con imágenes de famosos y una cultura pop en ostentoso abandono. Las advertencias de Wall acerca de la contaminación de la tradición pictórica con la cultura de masas tienen aquí su peor encarnación, mientras que el brillo inhumano de la carne de LaChapelle y la limpieza demasiado perfecta de sus objetos ponen a la vista lo oculto en Wall: el medio híbrido que es la fotografía pintada digitalmente.

En cuanto a la política: hace poco más de diez años, a John Roberts le parecía verosímil sostener que el realismo de Wall no era tanto cuestión de estética estricta como reconocimiento de una conexión histórica entre la representación y la posibilidad de establecer una cultura ciudadana para el arte, de modo que defender una pintura de la vida moderna era aferrarse al ideal de un público no burgués para el arte<sup>78</sup>. Más recientemente, Michael Newman sostenía que se ha experimentado en Wall un cambio de la obra en la que la belleza se veía como una promesa y la base para una crítica del presente, incluidas las relaciones sociales injustas, al actual rechazo de lo utópico. A continuación cita a Wall:

La agresión utópica contra lo actual, contra lo lento y lo imperfecto, la veo como una retórica, como una de las últimas formaciones de la vanguardia. La democracia comporta imperfección. El rasgo estético fundamental de la cultura democrática es el gusto por la imperfección. Está relacionado con aceptar su presencia y saber que todo lo que haces se realizará exactamente como tú quieres, y que otros también tendrán algo que decir al respecto<sup>79</sup>.

Ésta es solo una de las declaraciones recientes de Wall sobre la función que el arte puede desempeñar en una «democracia imperfecta»:

<sup>78</sup> John Roberts, *The Art of Interruption. Realism, Photography and the Everyday*, Manchester, 1998, p. 187.

<sup>79</sup> Philip Ursprung, Jacques Herzog, Jeff Wall y Cristina Bechtler, *Pictures of Architecture/Architecture of Pictures. A Conversation Between Jacques Herzog and Jeff Wall*, Nueva York, 2004, p. 67; citado en M. Newman, *Jeff Wall. Works and Collected Writings*, Barcelona, 2007.

Uno de los grandes procesos que se mantienen en la sociedad democrática moderna es aquel en el que las personas aprenden a aceptar la imperfección en ellas mismas y en otros. Por eso pienso que lo ordinario tiene una enorme carga en el plano artístico porque arruina las viejas jerarquías del arte y permite que emerjan nuevos sentimientos. Pienso que trabajando con eso es posible crear un nuevo sentimiento de lo bello; un sentimiento renovado<sup>80</sup>.

En la tradición occidental, la fealdad se asocia con el mal, como señala el propio Wall, y en consecuencia, por deducción, la belleza con la virtud; aquí con las actividades banales cotidianas, a menudo con las que implican el cuidado de una persona o un objeto, en particular la limpieza. Es una concentración de las tareas de mejora y mantenimiento, pasadas por alto en un arte conservador, lo que intenta dar expresión a la lucha por una modesta mejora, y darle forma hermosa y coherencia. Esto puede verse con más claridad en el ambicioso y complejo montaje titulado *Morning Clearing*. Fried y otros han sometido esta foto a interpretaciones muy abstrusas<sup>81</sup>, pero puede verse como una descripción a una escala grandiosa y extraordinariamente trabajosa de un acto pasado por alto que, no obstante, es fundamental para el efecto ideal del lujoso vanguardismo de Mies, que ciertamente quedaría arruinado por un poco de suciedad. El limpiador, como Wall lo muestra en la foto, está absorbido en su tarea como nosotros los espectadores lo deberíamos estar en la espectacular imagen de Wall. Él está por completo, aunque no felizmente, perdido en la eliminación del agua jabonosa del cristal, y puede compararse con las representaciones de trabajadores agrícolas en la Inglaterra del siglo XVIII, definidos por su lugar fijo en el orden jerárquico natural<sup>82</sup>. El marco de un monumento moderno asume aquí el lugar del paisaje, pero el mensaje es similar: el del trabajo virtuoso, ordinario pero necesario, que ocupa su lugar en el mantenimiento del «orden imperfecto de la democracia». En su apreciación compleja y elitista de las virtudes sencillas, los amantes del arte, a quienes les gusta considerarse criaturas complejas, pueden considerarla una escena pastoral.

El punto de referencia para Wall en estos comentarios sobre la democracia ya no es la Teoría Crítica sino Walt Whitman en el ensayo titulado «Vistas democráticas», y los comentarios de Diderot sobre la naturaleza imperfectible de la humanidad. Las poses y las relaciones extrañas y forzadas de las figuras que siguen caracterizando la obra de Wall, y que antes estaban relacionadas con el vanguardismo crítico, la alienación y las forzadas relaciones sociales, tienden ahora a registrar la imperfección democrática.

<sup>80</sup> Wall citado en C. Burnett, *Jeff Wall*, cit., p. 89.

<sup>81</sup> M. Fried, *Why Photography Matters as Art as Never Before*, cit., pp. 66-82. Se puede hallar una contrainterpretación igualmente compleja en Christine Conley, «Morning Cleaning: Jeff Wall and *The Large Glass*», *Art History* XXXII, 5 (2009), pp. 996-1015.

<sup>82</sup> En David Solkin, *Richard Wilson, The Landscape of Reaction*, Londres, 1982, se puede encontrar una opinión sobre la obra paisajística de Richard Wilson que siguió a estas líneas de argumentación y en su momento produjo una furiosa controversia.

Wall comenta que «esta imperfección supone delicadeza y perdón, y el reto artístico es expresar eso sin sentimentalismos»<sup>83</sup>.

El cambio puede registrarse mediante el extraordinario impulso de Wall de rehacer algunas de sus primeras obras, en especial *Eviction Struggle* [Pelea de desahucio] (1988), que ha sido digitalmente remodelada usando las fotos de trabajo originales bajo el nuevo título de *An Eviction* (2004). Las cajas de luz ya estaban en manos de coleccionistas, de modo que los propietarios tuvieron que aceptar la sustitución de sus obras viejas por las nuevas. En la versión posterior, Wall hizo extensos cambios en la posición de las figuras y los coches, y disminuyó el contraste tonal de la fotografía. Más significativo es que, en línea con el cambio de título, Wall elimina dos figuras que no solamente observan la escena sino que miran fijamente desde la distancia, y que pueden interpretarse como funcionarios o caseros que supervisan el desahucio<sup>84</sup>. De este modo pasamos de una pieza que durante mucho tiempo fue una visión paisajística del conflicto de clases, a una que puede interpretarse más fácilmente como meditación sobre la imperfección humana, en la que se rebaja el tono de las relaciones de poder y se pierde la «lucha».

La tensión entre una descripción en apariencia radical de las consecuencias sociales del neoliberalismo y el carácter espectacularmente mercantilizado de la obra de Wall se ha evaporado. En su lugar, vemos una celebración de lo que el artista considera la vida democrática tal y como se vive. Un ejemplo claro es *Dressed Poultry* (2007), que muestra trabajadoras preparando pollos sacrificados para comer. Una mira a la cámara, riendo como si estuviese disfrutando un chiste, y a pesar del banal desorden del cobertizo y del sangriento trabajo, la escena es casi alegre. Whitman recomienda la variedad y la libertad como los principios básicos de su visión de la democracia, y «que el pleno juego de la naturaleza humana se expanda en direcciones innumerables e incluso opuestas»<sup>85</sup>. Es una buena descripción, también, del viejo ideal del artista, el héroe burgués sin fundamento, libre de restricciones materiales y culturales, y de la obra que resulta. Cuando la vida de esta democracia aparece en las cajas de luz, no es difícil interpretar dichas fotos como un anuncio publicitario de lo que existe.

Los pensamientos de Wall sobre la democracia, sin embargo, suscitan dudas acerca de las posibilidades de una cultura democrática. ¿Deben buscarse en la cultura exclusiva y especializada de los pocos, enfrentada a la cultura de masas y de los medios de comunicación de masas, que Wall recomienda, una cultura hecha por unos cuantos grandes artistas que sostienen la gran tradición?<sup>86</sup> ¿Deben alcanzarse mediante objetos raros y

<sup>83</sup> Arielle Pelenc in *Correspondence with Jeff Wall*, cit., p. 21.

<sup>84</sup> Estoy en deuda con William Wood por este argumento.

<sup>85</sup> Walt Whitman, *Leaves of Grass and Democratic Vistas*, Londres, 1912, p. 301.

<sup>86</sup> Véase G. McDonald, «Interview: Jeff Wall», cit., pp. 20, 23.



enormemente caros hechos por artistas individualistas en estilos propios? ¿Necesitamos esos genios que interpretan el mundo visualmente, los comisarios que controlan la forma en que se ven sus productos, y el peso de esos volúmenes de Historia del Arte que nos dicen cómo ver? ¿O por el contrario una cultura democrática sería colectiva, participativa, dialogante y menos centrada en el objeto singular y en las instituciones regidas por los ricos? ¿Sería más rápida de mover, libremente copiable y alterable, y también quizá efímera?

En 1989, en unos comentarios muy interesantes sobre la reducción simplista de toda representación a la complicidad con el capitalismo, Wall sostenía que muy probablemente dichas opiniones se mantengan en las capitales, cuyos habitantes no son solo consumidores de imágenes sino que también tienden a trabajar en enormes sectores productores de imágenes, o cerca de dichos sectores. En ese ámbito, las imágenes parecen flotar libres de contexto, referente y naturaleza, para convertirse en «propiedades completamente móviles» y regidas por el ciclo empresarial<sup>87</sup>. En los años transcurridos desde entonces, la distinción entre los productores y los consumidores de imágenes se ha erosionado, sobre todo en el caso de la fotografía y el vídeo, porque casi todos los teléfonos móviles tienen cámara incorporada, y la tecnología digital ha proporcionado un medio no solo para tomar imágenes, sino también para publicarlas. Muchas más personas no solo toman fotos sino que las manipulan y las cargan en espacios públicos (éste es el «nosotros» al que se hizo referencia arriba, un amplio grupo que traspasa las divisorias sociales, aun siendo todavía una minoría de la población mundial).

La realidad de una cultura democrática de la imagen difícilmente se puede encontrar en el modelo difundido del museo, con su discurso controlado y experto, donde está estrictamente protegida por los derechos de autor, sino con todas sus imperfecciones en los envíos de imágenes y en el diálogo que suscitan en YouTube y Flickr. Aunque se piense que es poco profundo o incluso vacío, convencional, comercial, epigramático hasta el extremo, incluso quizá idiota, ese discurso ofrece una visión más clara de nuestra «democracia actualmente existente» que las fotos pintura de Wall y aquellos que han seguido su ejemplo. En ambos ámbitos, la palabra y la confección de imágenes está restringida –en el museo por el control directo, en Internet por el marco y la estructura de la interfaz– y en ambos, el ideal de libertad democrática parece distante, porque eso requeriría la unión de complejidad y accesibilidad, expresión cultural y cooperación, y poder y participación de las masas. Quizá, después de todo, ambos ámbitos deberían verse mejor, en términos tomados de Adorno, como «mitades rotas de una libertad integral, a la que, sin embargo, no equivale la suma de ambas»<sup>88</sup>.

<sup>87</sup> «Representations, Suspicions, and Critical Transparency. An Interview with Jeff Wall by T. J. Clark, Claude Gintz, Serge Guilbaut, and Anne Wagner», cit., p. 209.

<sup>88</sup> Carta escrita a Walter Benjamin el 18 de marzo de 1936, en Theodor Adorno, Walter Benjamin *et al.*, *Aesthetics and Politics*, Londres y Nueva York, 1977, p. 123.



**María Ángeles Cea**

**D'Ancona** es profesora titular de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y codirectora del Grupo de Estudios sobre Migraciones Internacionales de la UCM.

**Miguel S. Valles Martínez**

es profesor titular de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.



978-84-323-1450-6

640 páginas

Este libro supone un avance en la comprensión de una realidad en la que todos somos protagonistas: la convivencia entre autóctonos y foráneos. Destinado tanto al gran público como a expertos y agentes sociales diversos, trata de encontrar un equilibrio entre la monografía académica y la alta divulgación, y pretende ser de utilidad para la reflexión y la acción, contribuyendo al mismo tiempo al archivo y memoria de la experiencia vivida. A tal fin, aporta materiales complementarios a los datos de encuestas, estadísticas, noticias e imágenes sobre la inmigración en la España de comienzos del siglo XXI; son los llamados materiales cualitativos. Se ha optado, asimismo, por las entrevistas individuales de corte biográfico y las reuniones de grupo, entre otros recursos, para acceder a las «hablas» acerca de la emigración española de ayer y las formas de ser extranjero e inmigrante en la España actual. La amplia gama de testimonios reunidos, de diferentes generaciones de españoles y de inmigrantes, ofrece un panorama insólito en los estudios sociales. Otra singularidad está en el doble interés investigador que ha orientado el trabajo de campo: la atención a las formas de xenofobia y de xenofilia que destilan los discursos y relatos entrelazados de autóctonos y foráneos.

SIGLO  
XXI

[www.sigloxxieditores.com](http://www.sigloxxieditores.com)

# SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO

Nº 70

NUEVA ÉPOCA

Otoño de 2010

**Sociología del trabajo** es una revista académica independiente y plural que se propone difundir investigaciones sobre la realidad del trabajo, junto al análisis crítico de la investigación sobre el mismo.



www.sigloxxieditores.com

0210-8364-70



*Precio de la suscripción (sin IVA):*

- 38,94 €
- 34,62 € (Estudiantes acreditados)
- 155,76 € (Instituciones y bibliotecas)

La suscripción incluye:

- Envío por correo ordinario o vía superficie de **un número de la revista** a su publicación y **acceso al ejemplar electrónico** en formato pdf.
- Acceso a **ejemplares electrónicos** de números atrasados en formato pdf (desde el número **69** en adelante).

Si deseo suscribirme a *Sociología del Trabajo* por un periodo de un año: 3 números (en los meses de febrero, mayo y septiembre)

a partir del n.º .....

Apellidos..... Nombre.....  
Calle..... N.º..... Escalera..... Piso..... Puerta.....  
Localidad..... Provincia..... C.P..... País.....  
NIF..... Profesión..... Teléfono.....

## FORMA DE PAGO

Tarjeta Visa..... Caducidad...../...../.....

Domiciliación bancaria

ENTIDAD..... OFICINA..... CONTROL..... NÚM. CUENTA.....

## NÚMEROS ATRASADOS

Indique los números que desea recibir: .....

*Precio unitario:*

- 4,81 € - Ejemplar electrónico (en formato pdf desde el número **69** en adelante)
- 14,42 € - Ejemplar electrónico y libro (envío por correo ordinario o vía superficie)
- 41,42 € - Ejemplar electrónico y libro (envío por *courier*)

El acceso a la *web* para la descarga de los ejemplares electrónicos se realizará mediante una clave que será enviada por *e-mail* (por tanto, es imprescindible poner una dirección en el formulario).

Firmado:

Remitir a:  
Ediciones Akal, S. A.  
Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos - Madrid  
Teléfono: 918 061 873  
Fax: 918 044 028  
e-mail: pedidos@akal.com



## GUERRA, CRISIS, DEPRESIÓN\*

Mientras las políticas de austeridad se extienden por todo el mundo occidental, los mercados esperan el próximo *shock* y los movimientos de los banqueros centrales dictan los titulares, los pensamientos se dirigen de manera natural hacia comparaciones con el último gran cataclismo global. El éxito de ventas de Liaquat Ahamed, *Lords of Finance*, es sin duda la más interesante de las narrativas del periodo previo al *Crack* de 1929 que ha aparecido en los últimos años. Los elementos que Ahamed sintetiza en su libro no son especialmente novedosos. Como Peter Temin, en *Lessons from the Great Depression* (1989), y Barry Eichengreen, en *Golden Fetters* (1992), Ahamed atribuye a la Primera Guerra Mundial los desequilibrios de las décadas de 1920 y 1930. Conforme al relato del periodo que hacen Milton Friedman y Anna Schwartz en su *Monetary History of the United States* (1963), el determinante decisivo se encuentra en la política monetaria: los problemas de la producción capitalista internacional permanecen alejados de la acción. Y como para Eichengreen, de nuevo, el papel central lo desempeña el disfuncional patrón oro del periodo de entreguerras.

Pero *Lords of Finance* es diferente en dos aspectos. Primero, porque éste no es un trabajo de erudición económica, sino una narrativa histórica al estilo de Barbara Tuchman. Como narrador, Ahamed reúne una certera comprensión del ritmo y de la estructura con un ojo cinematográfico para vestuarios y escenarios. Su objeto de atención son los puestos de mando del sistema financiero internacional y sus principales *dramatis personae* son los presidentes de los bancos centrales de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Capítulo tras capítulo, la acción vuela entre las grandes capitales financieras —Londres, París, Berlín, Manhattan, con ocasionales viajes a Washington— mientras que los personajes, los contextos y las relaciones personales están hábilmente entretreídos. No sorprende que *Lords of Finance* haya encabezado las lecturas de vacaciones de los banqueros, ganando el premio de «libro del año» que conceden Goldman Sachs y el *Financial Times*, así como un premio Pulitzer. Ben Bernanke se lo re-

---

\* Liaquat Ahamed, *Lords of Finance. The Bankers Who Broke the World*. Nueva York, Penguin Books, 2009, 576 pp.

comendó al comité de investigación del Congreso sobre la crisis financiera, y Lawrence Summers al Consejo de Asesores Económicos de Obama.

La segunda diferencia es que, al contrario de las historias económicas estándar, el trabajo de Ahamed lleva un inequívoco mensaje de consuelo y apoyo para los actuales señores de las finanzas. De hecho, los círculos en los que se mueve el autor no están muy distantes de los círculos en que ellos se mueven. Nacido en Kenya en 1953, Ahamed se trasladó a Inglaterra para estudiar economía en el Trinity College de Cambridge, después cruzó a Estados Unidos para realizar un máster en Harvard y pasar una temporada en el Banco Mundial. Desde mediados de la década de 1980 ha sido un gestor de inversiones profesional con estrechos lazos personales con funcionarios de la Administración de Clinton; muestra su gratitud hacia Strobe Talbott y su mujer como «mentores, promotores, consejeros y editores» del libro. Como Ahamed explica, la inspiración de *Lords of Finance* vino de una portada de la revista *Time*, en las postrimerías de la crisis asiática de 1997, mostrando a Alan Greenspan, Robert Rubin y Lawrence Summers bajo el titular: «El comité para salvar al mundo». La función del libro es la de apología: condenar al cuarteto de banqueros centrales de la década de 1920 para así realzar mejor la sabiduría del trío de la de 1990, y la de sus sucesores desde 2008: Bernanke, Mervyn King y demás salvadores.

Dicho esto, la narración puede contener otros paralelismos, y Ahamed la desarrolla con brío. Su musa de principio a fin es John Maynard Keynes, que aparece en casi todos los capítulos para proporcionar un análisis o allanar el sendero narrativo. Sobre los dos problemas principales a los que se enfrentaban los banqueros centrales y los políticos del momento —la aplastante carga de la deuda y de las reparaciones de la guerra, y el restablecimiento de esa «bárbara reliquia», el patrón oro— las posiciones de Keynes no pueden parecer a los actuales señores de las finanzas sino inteligentes y con visión de futuro. El núcleo del libro investiga las relaciones entre los jefes de los bancos centrales —según la prensa de la década de 1920, los miembros del «club más exclusivo del mundo»— y Ahamed proporciona un vívida descripción de cada uno de ellos. Montagu Norman, nacido en 1871, se unió al Banco de Inglaterra en 1915 y cinco años después fue nombrado gobernador. Sus antepasados habían sido durante generaciones banqueros de la City, aunque Norman, algo inadaptado, había tenido escauceos con la filosofía especulativa y buscado la ayuda psicoanalítica de Jung. El anglófilo Ahamed se queda claramente encantado por la vida y personalidad de Norman: con su amplio sombrero y su barba en punta, «ni parecía ni vestía como un banquero», sino «más bien como un noble sacado de un velázquez o un cortesano de la época de Carlos II».

A finales de la década de 1920, el homólogo de Norman en el Banco de Francia era Émile Moreau. Nacido en 1868 en Poitiers, en el seno de una familia de terratenientes de segundo orden, fue una persona ajena a la aristocracia financiera; un sobresaliente graduado del Institut d'Études Politiques de París, rápidamente impulsado a través del Ministerio de Economía,



su carrera estuvo sometida a los vaivenes de los ministros de la Tercera República. Orgullosamente provinciano, Moreau era un hombre de pocas palabras, «franco y casi rudo», que no hizo ningún intento por entrar en los salones de la sociedad parisina, prefiriendo emplear el tiempo en cazar con distinguidos compañeros en Poitou. En el Reichsbank, Hjalmar Schacht también era un intruso social. Nacido en Schleswig del Norte en 1877, hijo de un médico rural, combinaba «una fuerte ética del trabajo con una ambición descarada». El único de los principales banqueros centrales que se doctoró en Economía Política para luego entrar a trabajar en la sede del Dresdner Bank en Berlín. Para Ahamed, Schacht era «un típico producto del Kaiserreich: conformista, incuestionablemente nacionalista y fieramente orgulloso de su país y de sus logros materiales e intelectuales».

En contraposición a ellos, Benjamin Strong, el primer presidente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, aunque no era personalmente superrico, era un hombre del sistema. Nacido en Hudson Valley en 1872, procedía de una familia de puritanos que habían desembarcado en Massachusetts en 1630 y «rezumaba la seguridad de una atlética estrella de la Ivy League», aunque de hecho fuera un tísico que tuviera que retirarse largas temporadas a un sanatorio en Colorado. Strong se dedicó a la especulación en Wall Street después de que un revés en la fortuna familiar le negara su plaza en Princeton. Henry Davison, una figura clave en J. P. Morgan, le tomó bajo su protección y la pareja tuvo un papel fundamental en el rescate del sistema bancario estadounidense que realizó Pierpont Morgan después del pánico de 1907. Cuando en 1913 se crearon los bancos de la Reserva Federal, la elite financiera de Nueva York consideró a Strong como la persona en la que evidentemente «se puede confiar».

Ahamed también proporciona perfiles de cada uno de los bancos centrales, que a su vez eran completamente diferentes como instituciones nacionales. El Banco de Inglaterra era el más antiguo y, como sus homólogos europeos, un producto de la guerra. Se fundó en 1694 durante la Guerra de la Liga de Augsburgo contra Francia, cuando un grupo de banqueros de la City ofrecieron al Tesoro público financiación para el esfuerzo militar a cambio de autoridad para emitir papel moneda –y, por lo tanto, para regular el precio del crédito mediante sus tipos de interés– y de un monopolio sobre los negocios del gobierno. Pronto se convirtió en un banco de banqueros que controlaba los depósitos de otros bancos; responsable ante sus directores, pagando dividendos a sus accionistas, pero, sin embargo, con un gran ascendencia sobre la economía británica y mundial. En 1914 dos tercios del crédito comercial global y más de la mitad de las inversiones mundiales a largo plazo fluían a través de la City de Londres. Sus poderes eran enormes, aunque nunca fueron formalizados; en el punto álgido del Imperio, el Banco de Inglaterra se dirigía como un club de caballeros.

El Banco de Francia fue fundado en 1800 por banqueros suizos y de Rouen que, a cambio de financiar las guerras del Directorio, arrancaron ese mismo estatus de manos de Napoleón: un monopolio sobre la emi-

sión de pagarés en París. Pero cuando, después del desastre de Trafalgar, el banco estuvo a punto de fracasar en financiar la campaña de Austerlitz, Napoleón abrió fuego contra sus directores. A partir de entonces, el gobernador y sus dos vicegobernadores serían nombrados por el gobierno: «El banco no pertenece solamente a sus accionistas, sino también al Estado». Por último, el Reichsbank fue, célebremente, la creación de Bismarck y de su banquero, Bleichröder, en 1871. Legalmente era propiedad de sus accionistas privados, pero por consejo de Bleichröder, el gobernador y los altos directivos tenían que responder ante el Canciller y los representantes de los principales estados alemanes.

Ahamed se deleita contando la reunión celebrada en Jekyll Island en 1910 que diseñó el sistema de la Reserva Federal de Estados Unidos: Strong, Davison, Paul Warburg y otros viajando de incógnito a una supuesta cacería de patos con el senador Nelson Aldrich en una retirada isla privada de la costa de Georgia para no despertar sospechas de que un conciliábulo de altos banqueros se estaba reuniendo para rehacer el sistema monetario estadounidense. Ahamed muestra con claridad cómo la Fed de Nueva York —con diferencia el mayor de los doce bancos regionales reunidos por el Consejo Federal— dominó el sistema de la Reserva desde su mismo comienzo. Aunque Washington luchó por nombrar su consejo, Nueva York se convirtió en su pilar y Strong en la fuerza dominante para la formulación de la política monetaria.

Sin embargo, a pesar de sus diferentes orígenes y culturas, los bancos centrales de los países sujetos al patrón oro compartían las mismas responsabilidades: intervenir para calmar pánicos financieros y mantener suficientes reservas de lingotes para garantizar sus monedas, convertibles en oro según la demanda. Como explicó Ahamed, las regulaciones nacionales variaban en la exacta relación del oro con el papel: en el Banco de Inglaterra, los primeros 75 millones de dólares de pagarés en libras que emitió estaban exentos, pero cualquier moneda por encima de esa cantidad tenía que ser completamente igualada con lingotes, mientras que a la Reserva Federal se le exigía tener en oro el 40 por 100 de todos los billetes de dólar que emitía. Todas las monedas vinculadas al oro fueron, como corolario, vinculadas las unas a las otras: la libra esterlina a 113 granos de oro y el dólar estadounidense a 23,22 granos, se establecieron en 1 libra por 4,86 dólares. La disponibilidad de crédito mundial quedó así ligada a la oferta mundial de lingotes, que crecía por los nuevos hallazgos —las fiebres del oro de las décadas de 1850 y 1890— y se retrayó entre medias, ejerciendo una atracción gravitacional sobre los precios. Dentro de estas restricciones, los bancos centrales de las principales potencias cooperaban para elevar o bajar los tipos de interés buscando mantener el equilibrio, con el Banco de Inglaterra actuando normalmente, según una imagen de Keynes, como el «director de la orquesta internacional».

*Lords of Finance* comienza con el advenimiento de la Gran Guerra que determinaría el legado de cada uno de los bancos centrales. Los cuatro

compartían la expectativa generalizada de que, si realmente llegaba a producirse, el conflicto sería de corta duración. (Ahamed cita el emotivo ruego de Walter Cunliffe, el predecesor de Norman como gobernador del Banco de Inglaterra y más conocido por sus feroces exigencias de reparación en las conversaciones de paz de París: «¡Evitemos la guerra! ¡Iremos a la ruina si nos vemos arrastrados!».) 11 millones de combatientes murieron y 21 millones más fueron heridos en los cuatro años siguientes; 9 millones de civiles perecieron a causa de epidemias, hambre o frío. Las arcas públicas europeas quedaron vacías, sus ahorros e inversiones exhaustos y sus poblaciones desesperadas. Para pagar la guerra las naciones pidieron prestado e imprimieron dinero; la convertibilidad con el oro quedó suspendida desde agosto de 1914. Todos esperaban pasar la factura a los vencidos en forma de reparaciones de guerra. Aquí, como en todas partes, Ahamed sigue *The Economic Consequences of the Peace* de Keynes para la conversión de todas las monedas en su equivalente en dólares: práctico para las comparaciones. Calcula que Gran Bretaña (financieramente «la más responsable» de los beligerantes) se gastó 43 millardos de dólares en la guerra: de ellos aproximadamente 9 millardos recaudados mediante impuestos, 27 en préstamos de Estados Unidos y del propio país, y el resto imprimiéndolo; la oferta monetaria se multiplicó por dos. Francia (la «más irresponsable») se gastó 30 millardos: 1,5 procedentes de impuestos, 10 en préstamos de Estados Unidos o Gran Bretaña, y 15 millardos recaudados en bonos gubernamentales comprados por los «frugales ahorradores» del país, mientras que la impresión triplicó la oferta monetaria del país. Alemania, que no poseía «ni aliados ricos ni un mercado financiero sofisticado», estaba en la peor posición: se gastó 47 millardos de dólares en la guerra, de los cuales menos de 5 se recaudaron mediante impuestos y gran parte del resto por medio de la impresión; cuando llegó el armisticio, la oferta monetaria alemana se había multiplicado por cuatro.

De todos es conocido que, como financiero y suministrador de armas para los combatientes, Estados Unidos fue el gran beneficiado de la guerra. Los 20 millardos de dólares que Washington (con una economía tres veces más grande que la de Gran Bretaña) se gastó en la guerra en 1917-1918, se recaudaron mayoritariamente mediante los Bonos de la Libertad, mientras que Wall Street prestaba unos 12 millardos a los aliados. La guerra produjo un «cambio radical» en los flujos mundiales de capital. En vísperas de la Gran Guerra, el Banco de Inglaterra tenía 200 millones de dólares en lingotes de oro en sus sótanos, el Reichsbank 500, el Banco de Francia 800, y Estados Unidos, con su economía mucho mayor, alrededor de 2.000, o aproximadamente el 40 por 100 de la oferta mundial. En 1923 Estados Unidos tenía cerca del 70 por 100 del oro mundial en lingotes, mientras que las arcas alemanas estaban casi vacías. La concentración de Ahamed en el cuarteto de banqueros centrales ofrece algunas perspectivas interesantes sobre la historia que vino a continuación: la Conferencia de Paz de París, la hiperinflación alemana, el crédito de Dawes en 1924, el regreso de la libra esterlina al patrón oro en 1925, el galopante mercado de valores estadounidense, la contracción de los tipos de interés por parte de



la Fed en 1928, la recesión alemana, los impagos de América Latina, el *Crack* de 1929 y finalmente la crisis bancaria, que explotó como una cadena de fuegos artificiales desde Austria a Alemania y Gran Bretaña y de allí a Estados Unidos, y que ayudó a transformar un deterioro económico en la Gran Depresión.

Siguiendo a Keynes, Ahamed no tiene nada que ver con el mito de un magnánimo Tío Sam cuyo consejo previsor y desinteresado, en la Conferencia de Paz de París y después, se ve rechazado por las riñas y estrechez de miras de los europeos. En un capítulo titulado «El tío Shylock» describe cómo la delegación de Estados Unidos en París «reaccionó con energía» contra las sugerencias francesas y británicas de que, si Estados Unidos accediera a perdonar parte de los 12 millardos de dólares que le debían los aliados, ellos a su vez moderarían sus exigencias de reparaciones de Alemania. El secretario de Estado de Wilson, Robert Lansing, fue categórico en que no podía producirse esa vinculación: los préstamos estadounidenses tenían que ser completamente devueltos. Francia y Gran Bretaña dependían, pues, de la extracción de grandes sumas de Alemania para reembolsar los préstamos de Estados Unidos. En la Conferencia de Reparaciones que siguió al Tratado de Versalles, Inglaterra, no Francia, pidió las mayores sumas, reclamando inicialmente 100 millardos de dólares; en 1921 la cifra final se estableció en 12,5 millardos de dólares; Ahamed calcula que en la actualidad una deuda equivalente alcanzaría los 2,4 billones de dólares. Como señalaba Keynes en *The Economic Consequences of the Peace*, mientras las firmas todavía estaban secándose sobre el Tratado, Alemania tendría que obtener un superávit comercial para pagar las multas punitivas mediante la consecución de parte de la cuota del mercado mundial de sus principales rivales.

Alemania había perdido 700.000 kilómetros cuadrados de territorio, quizá seis millones de habitantes y por lo menos una octava parte de su potencial económico. En 1914 el marco se había mantenido a 4,2 por dólar; en 1920 se había debilitado hasta los 65. Con un Partido Socialdemócrata de masas y un joven y militante Partido Comunista respaldado por la Rusia bolchevique a los que hacer frente, la nueva República alemana se vio obligada a mantener niveles relativamente altos de provisión social: pensiones de guerra para viudas y veteranos, seguro de desempleo, jornada laboral de ocho horas. Ahamed cita la observación del banquero de Hamburgo Max Warburg para explicar la hiperinflación: el dilema del Reichsbank era o «detener la inflación y desencadenar la revolución», o continuar imprimiendo dinero. Como es conocido, el presidente del Reichsbank, von Havenstein, continuó con la impresión, realizando la «mayor destrucción de valor monetario de la historia de la humanidad». En agosto de 1923, el marco estaba a 620.000 por dólar; en noviembre de 1923, a 630 millardos. Fue en este momento cuando Hjalmar Schacht fue nombrado por Stresemann como nuevo comisario de Divisas. Introdujo el Rentenmark respaldado por un impuesto sobre la tierra y fijado en uno a 1 billón de marcos, poniendo en circulación una oferta rigurosamente limita-



da: un «puente entre el caos y la esperanza», como señaló. Respaldo por las despiadadas medidas de política fiscal de Stresemann, incluyendo el despido del 25 por 100 de los empleados gubernamentales, para elaborar un presupuesto equilibrado, Schacht buscó atraer de nuevo el oro a Alemania en suficientes cantidades como para regresar al nivel anterior a la guerra. Aclamado por la prensa como «El Mago», Schacht fue nombrado, como era de esperar, presidente del Reichsbank en diciembre de 1923. Al mes siguiente estaba en Londres, donde Norman le presentó a las fuerzas clave de la City, al mismo tiempo que informaba a Strong de que Schacht «parece conocer la situación [de Alemania] de la A a la Z, y tener, temporalmente, más control sobre ella de lo que yo me hubiera imaginado posible».

La solución estadounidense para el problema alemán se plasmó en el Plan Dawes: un préstamo de 200 millones de dólares para estabilizar el Rentenmark, condicionado a la aceptación de Berlín de un agente-general nombrado por Estados Unidos que se encargaría de gestionar el fondo de reparaciones: los pagos se reducirían durante cinco años para subir en 1929. Ahamed describe la escena en la *belle époque* del Hotel Astoria, próximo al Arco del Triunfo: Charles Dawes era un banquero de Chicago que había servido como general de brigada en la Fuerza Expedicionaria estadounidense en Francia, «un personaje del Medio Oeste de lenguaje directo, facciones alargadas, que fumaba una pipa al estilo de Sherlock Holmes y salpicaba su conversación con expresivas palabrotas». Un frente de banqueros de Estados Unidos y Gran Bretaña encabezado por Norman y el representante de la Casa Morgan, Thomas Lamont, insistió en la retirada francesa del Rhur como condición previa para lanzar los 200 millones de dólares del crédito de Dawes. *The New York Times* informó que muchos franceses estaban convencidos de que «el único propósito de Estados Unidos es sacar más dinero a costa de los infortunios de Europa», mientras que el periódico de Springfield, *The Republican*, comentaba, «en los años de escasez que siguen a una guerra agotadora, los financieros están por encima de los generales». En agosto de 1924 la Conferencia de Dawes presentó a la delegación alemana un acuerdo de todo o nada, y le dio una noche de plazo para decidirse. Solo Schacht habló en contra con su «duro acento frisón»: «No podemos aceptar estos términos; nunca podremos cumplirlos». Stresemann insistía en lo contrario: «Tenemos que liberar Renania. Tenemos que aceptar». El crédito Dawes puso en marcha un acelerado flujo de capital caliente hacia Alemania, y por fin pareció que se producían las primeras señales de una recuperación europea. Keynes resumió el Plan: «Estados Unidos presta dinero a Alemania, Alemania transfiere su equivalente a los aliados, los aliados se lo devuelven al gobierno de Estados Unidos». El malhablado Dawes pronto se convirtió en el compañero de candidatura de Silent Cal [Calvin Coolidge] y en el ganador de un Premio Nobel.

La receta de los banqueros centrales para la «normalidad» y la estabilización fue el regreso a la disciplina del oro, idealmente a las paridades anteriores a la guerra. Para lograrlo, las debilitadas monedas europeas te-

nían dos vías: la deflación –elevar los tipos de interés para fortalecer la moneda a expensas de las exportaciones y de las empresas– o la devaluación –aceptar una valoración más baja de la moneda y así castigar a los ahorradores e inversores–. Strong y Norman estaban a favor de la primera vía, Moreau y Schacht de la segunda. En Estados Unidos, la deflación no era especialmente dificultosa, ya que la economía estaba en un equilibrio mucho más sólido; se había convertido en el mayor acreedor del mundo y guardaba unas enormes reservas de oro. Sin embargo, Strong intervino para evitar el funcionamiento «normal» del patrón oro: la expansión del crédito conjuntamente con las entradas de oro, que finalmente alentarían al capital a buscar otras monedas con mayores tipos de interés. En vez de ello, se aseguró de que la Reserva Federal mantuviera los tipos de interés relativamente elevados, «esterilizando» así la creciente reserva de oro. Si hubiera permitido que el dólar se devaluase o bajara, hubiera sido más probable que el oro circulase de vuelta a Europa.

El Banco de Inglaterra estaba en una posición mucho menos ventajosa, pero Norman era categórico en cuanto a regresar a la paridad con el oro anterior a la guerra como una cuestión de «civilización», vital para el prestigio de la libra esterlina y para la posición de Londres como el centro financiero del mundo. En 1920 la Fed y el Banco de Inglaterra habían elevado los tipos de interés hasta el 7 por 100 para enfriar la oleada de consumo inflacionario de la posguerra; la economía estadounidense se había recuperado en un año, mientras que Gran Bretaña permaneció atada a la recesión durante toda la década de 1920, con dos millones de trabajadores despedidos. Sin embargo, Norman continuó llevando a la libra hacia su valor anterior a la guerra de 4,86 dólares. Ahamed señala con indulgencia que los problemas económicos británicos no eran «el resultado de la ineptitud o el precio del pecado financiero», como era el caso de Francia o Alemania, sino simplemente «el desafortunado efecto colateral de un elevado grado de piedad y rectitud financiera». Al mismo tiempo, su relato ilumina el papel de la Fed de Nueva York y de la Casa Morgan para sostener la política del fetiche-oro. Strong sostenía que si la libra esterlina fracasaba en regresar al patrón oro, eso solo podía llevar a un «largo periodo de inestabilidad demasiado grave como para considerarlo»:

Ello significaría violentas fluctuaciones de los tipos de cambio, con un probable deterioro progresivo del valor de las monedas extranjeras frente al dólar; sería un incentivo para todos aquellos que están aventurando nuevas ideas sobre panaceas y recursos distintos al patrón oro para vender sus mercaderías; e incentivaría a que los gobiernos se muestren en ocasiones inclinados a recurrir a la emisión de papel moneda y a la inflación; podría incluso hacer que Estados Unidos vaciara el mundo de oro [...] un terrible periodo de privaciones, sufrimiento y desorden social y político [...] [que culminaría] en una crisis monetaria.

En enero de 1925 Norman se pasó dos semanas como invitado en el apartamento de Strong en Park Avenue, donde –a pesar de la línea oficial es-

tadounidense sobre Europa de «manos fuera»— fue sometido a una «intensa campaña» por su anfitrión y por los banqueros de Morgan para hacer regresar a la libra esterlina al patrón oro tan pronto como fuera posible. Strong dispuso un préstamo de la Fed por valor de 200 millones de dólares y otro de Morgan de 300 millones para el Banco de Inglaterra, con la condición de que Norman permaneciera al mando y se aprobara «por *force majeure*» una política de *shock* sobre reducción de salarios y beneficios. Churchill, entonces ministro de Hacienda, titubeó, pero finalmente en abril de 1925 hizo regresar a la libra al patrón oro con una paridad de 4,86 dólares, declarando grandilocuamente que si «la libra inglesa no va a ser el patrón que todo el mundo conoce y en el que todo el mundo confía, los negocios, no solo del Imperio británico sino de toda Europa, quizá deban ser negociados en dólares». Como señaló Keynes en «The Economic Consequences of Mr. Churchill», la libra quedó revaluada en más del 10 por 100. Los obreros de las industrias exportadoras sufrieron un duro golpe, especialmente los trabajadores de los puertos, los mineros y los del sector textil. El año siguiente, las exigencias de los propietarios de minas de recortar los salarios y aumentar la jornada provocaron los diez días de huelga general.

Entre tanto, en Francia, Moreau y el Banco de Francia apuntaban con gran éxito hacia la política opuesta: mantener bajo el franco y estimular las exportaciones, creando con ello incluso mayores problemas de competitividad para la industria británica, mientras que pronto atraía entradas de oro. Las relaciones entre los dos banqueros centrales eran tensas. Ahamed describe el contraste que se produjo en su primer encuentro en 1926: «Norman, alto, distinguido y cosmopolita, con su cuidada barba y sus elegantes trajes; Moreau, bajo, rechoncho y calvo, con aspecto de notario de provincias sacado de una novela de Flaubert». Frente a su homólogo galo, «el famoso encanto de Norman pareció abandonarle. Se mostró gratuitamente paternalista y a pesar de hablar francés con fluidez, insistió en hablarle a Moreau, que no hablaba idiomas, todo el rato en inglés». Moreau anotó en su diario: «Norman no ahorra esfuerzos para halagar a Strong o para ganar influencia sobre él. Se marchó a pasar varios días en Antibes solamente porque Strong estaba allí».

En el verano de 1927, por consiguiente, ya estaban actuando muchos de los desequilibrios que se encontrarían detrás del *Crack* y de la Gran Depresión; el recién reconstituido patrón oro internacional no se autocorregía, como lo había hecho el sistema anterior a 1914; el dinero caliente estaba provocando un *boom* de la construcción en Alemania; la libra esterlina estaba congelada a un tipo de cambio demasiado elevado y el franco a uno demasiado bajo. En julio de 1927 los principales banqueros centrales se reunieron en cónclave en una mansión privada digna del «mundo del Gran Gatsby» de la «Costa de Oro» de Long Island, para debatir los problemas a los que se enfrentaban: por encima de todo, la necesidad de fortalecer las reservas de oro europeas y de alentar los flujos procedentes de Estados Unidos. Strong solo veía una opción: un recorte de

los tipos de interés estadounidenses, aunque reconocía que esto daría a las bolsas «*un petit coup de whisky*», como dijo a los franceses. Cuando el Dow rompió la barrera de los 200 y las transacciones basadas en el endeudamiento empezaron a dispararse, con los préstamos de los corredores de bolsa pasando de 3,3 millardos de dólares en 1927 hasta 4,4 en 1928, Strong, al timón de la Reserva Federal de Manhattan, fue acusado –por el propio Herbert Hoover– de alentar así la especulación en la burbuja.

En esta situación, las consecuencias de la decisión de la Fed de elevar los tipos de interés para controlar la burbuja desde finales de 1928 se amplificaron enormemente. La reversión de los flujos de capital, a medida que el dinero caliente era aspirado desde Alemania y América Latina de vuelta a Estados Unidos, dejó expuesta la debilidad de los países endeudados y dañó las inversiones británicas en esos países. La competencia económica y la desconfianza nacionalista continuaron combinándose para erosionar las «reglas» de cooperación que se suponía que aseguraban la función equilibradora del patrón oro. Ahamed sostiene que, en esta etapa, el mercado de valores alcista era «lo suficientemente violento e intenso como para matar». Es más, Strong, que falleció en octubre de 1928, con su salud minada por la tuberculosis y la neumonía, no había considerado el papel de las economías no financieras a la hora de socavar un sistema monetario internacional profundamente defectuoso, en el que Gran Bretaña era uno de sus eslabones más débiles. Las relaciones personales reflejaron la fractura de los lazos internacionales. En su último encuentro con Norman, cuatro meses antes de su muerte, Strong rugió contra el gobernador del Banco de Inglaterra «con el lenguaje más vehemente», declarando una «estupidez más allá de toda comprensión» el que Norman buscara pleitos con Moreau sobre quién debería proporcionar un préstamo a Rumanía, cuando la acumulación de libras esterlinas de Moreau dejaban a los ingleses «completamente dependientes del Banco de Francia».

En febrero de 1929, según lo acordado, los estadounidenses incrementaron sus exigencias de pago en concepto de reparaciones que debía hacer Alemania. (Ahamed proporciona el menú del banquete de inauguración de la conferencia de París que estableció el tristemente célebre Plan Young: ostras con un Chablis de 1921, langosta *à l'américain* con un Pouilly de 1919, venado con un Château Rothschild de 1881 y tres platos más por el estilo para acabar con un coñac Napoleón de 1820 después del café.) Schacht presentó su dimisión del Reichsbank en protesta contra las abusivas multas y empezó a moverse hacia la extrema derecha (regresaría unos años después, con Hitler, como presidente del Reichsbank y ministro de Economía). En el verano de 1929, con «Alemania tambaleándose al borde del impago, la escasez de oro, la caída de los precios de las materias primas, la locura del mercado de valores de Estados Unidos y una libra esterlina crónicamente débil cautiva del Banco de Francia», resultaba difícil decir cuál era el factor más explosivo. Los inversores afluyeron a los refugios de los mercados estadounidenses y franceses, mientras la caída de los precios aplastaba las esperanzas del sector exportador.



Cuando los gobiernos recortaron las provisiones sociales y elevaron las barreras arancelarias y los tipos de interés, se desencadenó un ciclo de retroalimentación negativa: la demanda se ahogó aunque los precios caían. La recesión bullía ya en muchas áreas de la economía mundial, antes de que el mercado de valores de Nueva York se derrumbase.

A partir del Martes Negro, los banqueros centrales fueron zarandeados de un lado a otro por sus economías nacionales. En 1930 la producción industrial había descendido un 20 por 100 en Gran Bretaña, el 25 por 100 en Alemania y el 30 por 100 en Estados Unidos. Muchos millones más se habían quedado sin trabajo y los precios internacionales de las materias primas –algodón, café, caucho, trigo– habían caído un 50 por 100. En mayo de 1931 el colapso de Credit Anstalt, el banco más grande y acreditado de Viena, fue la perdición final del comercio de entreguerras y de los sistemas de endeudamiento y monetario. La confianza de los inversores en el Reichsbank se resquebrajó. Una oferta estadounidense efectuada en el último minuto para suspender los pagos en concepto de reparaciones de Berlín fue echada por tierra por las reclamaciones políticas de los franceses. La subsiguiente crisis bancaria alemana desató oleadas de pánico por todo el globo. Chile se unió a Bolivia y Perú en el impago de la deuda. El capital abandonó Londres, gravemente implicado tanto en Alemania como en América Latina. A finales de julio, Norman se marchó pronto del Banco, anotando en su diario «me encuentro indispuerto». Sus médicos diagnosticaron un colapso nervioso producto de la excesiva tensión y le prescribieron reposo absoluto. El gobierno laborista se dividió en torno a las condiciones del préstamo de la Casa Morgan, que incluían recortes salvajes de las prestaciones de desempleo. En septiembre de 1931, Ramsay MacDonald suspendió la convertibilidad con el oro; en los tres meses siguientes la libra esterlina cayó un 30 por 100 en relación al dólar.

Con las puertas británicas con el cerrojo echado, los temores se centraron en una devaluación del dólar. El contagio se extendió por todo Estados Unidos, produciendo una retirada de depósitos de los bancos que diezmó al sistema bancario. La situación se vio agravada por regulaciones mal formuladas de la Reserva Federal, que la obligaron a elevar los tipos de interés, al compás del descenso de las reservas de oro, justo cuando la economía se sumergía en una espiral deflacionista. Solamente con la decisión de Roosevelt de salirse del patrón oro y devaluar el dólar, la economía de Estados Unidos tocó fondo y empezó a estabilizarse. En el frente internacional, un dólar en descenso rompió finalmente el compromiso francés con el patrón oro, cuando sus exportaciones ya no podían competir. Cuando en 1933 se reunió en Londres la Conferencia Económica Mundial, de nuevo las preocupaciones nacionales echaron por tierra cualquier acuerdo para estabilizar las monedas. Los banqueros centrales habían estado cerca de alcanzar un acuerdo entre bastidores cuando Roosevelt envió una repentina misiva frustrando el trato. Durante el resto de la década se produciría un imparable proceso de competitivas devaluaciones destinadas a empobrecer al vecino. Haría falta esperar a los acuerdos

de Bretton Woods de 1944 para que se estableciera –temporalmente por lo menos– un sistema monetario internacional estable.

El juicio final de Ahamed es un sucinto ejemplo de la teoría de la historia del «gran hombre»: la Gran Depresión fue «el resultado directo de una serie de juicios erróneos de los que toman las decisiones sobre política económica», empezando por las decisiones sobre endeudamiento y reparaciones de guerra tomadas en la Conferencia de París, seguidas por la determinación de los banqueros centrales por regresar al patrón oro y por su fracaso en responder de manera adecuada y coordinada a la crisis bancaria de 1931. Después de la muerte de Strong, el liderazgo de la Fed quedó en manos de «oportunistas sin experiencia y mal informados», mientras que Moreau en el Banco de Francia estaba «más decidido a utilizar la recién encontrada fortaleza francesa para fines más políticos que económicos». Como resultado, «lo que empezó como modestas y correctivas recesiones en Estados Unidos y Alemania se transformó, por auténtica locura y falta de visión, en una catástrofe mundial». Ahamed sostiene que, aunque Strong fue responsable de la desastrosa política del patrón oro, si hubiera estado al timón en 1931 habría actuado «con mayor vigor y mayores resultados» que su sucesor. Y, desde luego, si Keynes hubiera estado al mando desde 1918 en adelante, la economía mundial habría tomado un rumbo completamente diferente. El final feliz de *Lords of Finance* describe a Keynes y a Harry Dexter White estableciendo la arquitectura del FMI-Banco Mundial del orden de la posguerra, en medio del bucólico lujo de Bretton Woods, «componiendo el escenario para uno de los periodos más largos de crecimiento económico sostenido que el mundo ha visto nunca». (Aunque Ahamed no lo dice, también sería una época donde los banqueros centrales desempeñarían un papel mucho más reducido; el nombramiento de Paul Volcker como presidente de la Reserva Federal en 1979 señalaría la recuperación de su estatus en el mundo.)

Como era de esperar, la visión de *Lords of Finance* sobre las causas de la Gran Depresión es la de una vigorizante polémica más que una adjudicación equilibrada de un abanico de factores complejos, menos aún una tentativa de un modelo de su intercalación. Durante el propio periodo, muchos economistas pensaron que las raíces del problema estaban en la sobreinversión de las décadas previas, que tuvo por resultado el descenso de la demanda agregada cuando se presentaron menos oportunidades para realizar nuevas inversiones. Rexford Tugwell, uno de los consejeros más influyentes de Roosevelt, sostenía en 1933 en su «Diseño de gobierno» que el problema subyacente era «una capacidad actual para una producción mayor de la que se puede consumir, por lo menos bajo un sistema que reduce la capacidad adquisitiva mientras aumenta la capacidad de producir». El economista laborista Charles Persons sugirió en 1930 que «la depresión actual se debía esencialmente a la gran oleada de expansión del crédito de la década pasada»; la juerga de consumo había concluido en «un gran exceso de capacidad competitiva», con grandes cantidades de inversiones «colocadas sin esperanza en fábricas ociosas». Hoover recalca-

ba el problema de superproducción en Europa, y de los endeudamientos y déficits que se producían allí, pero también se quejaba de que el fracaso del sistema financiero «había sido la causa principal de la mayor parte de la desmoralización de nuestros sistemas de producción y distribución». Investigadores posteriores también han señalado los papeles desempeñados por la desigualdad de ingresos y el infraconsumo (Paul Sweezy), el desequilibrio comercial entre el productor de materias primas y las naciones industrializadas (Charles Kindleberger), los ciclos económicos y el estancamiento (Simon Kuznets y Moses Abramovitz), inversiones desacertadas, junto al cambio desde los bienes de capital a la producción para el consumo (Josef Steindl y Michael Bernstein), o las espirales deflacionistas y la pobre intermediación del crédito (Ben Bernanke).

La economía real se encuentra casi por completo ausente en *Lords of Finance*, como también lo está el amplio mundo más allá de las cuatro grandes potencias: apenas se menciona a la Unión Soviética, América Latina o a los imperios coloniales sobre los que se apoyaban la libra esterlina y el franco. Keynes está presente, pero el dramatismo de su visión del mundo de alguna manera queda neutralizado. «El último de los grandes liberales ingleses», en palabras de su biógrafo Robert Skidelsky, introdujo el Estado solamente porque lo vio como «el último recurso» para corregir los defectos de la sociedad. *The Economic Consequences of the Peace* es en última instancia un apasionado llamamiento a las armas para salvar el orden capitalista liberal de «esa guerra civil final entre las fuerzas de la reacción y las desesperadas convulsiones de la revolución, frente a las que los horrores de la última guerra alemana se desvanecen en la nada». Asimismo, la mayor profundidad política del planteamiento de Keynes a la cuestión de las reparaciones de guerra —el endeudamiento como motor del préstamo estadounidense, que carga sobre Europa el yugo de los banqueros de Nueva York— no es captada por Ahamed. Todo lo que se encuentra es la sugerencia de Skidelsky de que Keynes, inquieto por el traslado del poder financiero desde Londres a Nueva York, pretendió hacer de Alemania un socio para resistir la «americanización del mundo».

¿Qué comparaciones se pueden hacer entre la concatenación de crisis que inaugurara la Gran Depresión y los problemas económicos el mundo en la actualidad? En un llamativo epílogo, Ahamed esboza tres distinciones. La primera, la escala del cataclismo de la década de 1930: durante un periodo de tres años, el PIB real de las principales economías cayó más del 25 por 100, el precio de las materias primas lo hizo a la mitad, los salarios un tercio y la cuarta parte de la mano de obra masculina estaba desempleada; prácticamente todos los deudores soberanos cayeron en el impago, incluyendo a Alemania, la tercera economía más grande del mundo. En segundo lugar, las crisis de 1929-1931 llegaron «en cascada una tras otra en un mismo periodo concentrado en dos años»; por el contrario, aquellas que han sacudido la economía mundial desde finales de la Guerra Fría «han golpeado, convenientemente, de una en una con intervalos decentes entre ellas». Aquí, Ahamed propone un interesante conjunto de paralelis-

mos entre los componentes de las crisis de 1929-1933 y los de nuestra propia era. Sostiene que la interrupción en 1928 del flujo de capital estadounidense hacia Europa, que arrojó a Alemania a la recesión, tiene su contrapartida en la crisis del peso mexicano de 1994. El *Crack* se empareja con el estallido de las empresas puntocom en 2000, «ambas seguidas por una desenfrenada burbuja en la que las acciones perdieron por completo el contacto con la realidad económica», quedando sobrevaloradas entre un 30 y un 40 por 100. La evaporación de la confianza en los bancos alemanes y centroeuropeos en 1931 tiene su analogía con las crisis de los «mercados emergentes» de 1997-1999, que afectaron no solamente a Tailandia, Indonesia, Corea del Sur y Rusia, sino también a Argentina y Brasil. Finalmente, la secuencia de pánicos bancarios de 1931-1933 está hermanada con la contracción del crédito y la crisis global de 2007-2010:

La turbulencia actual también ha conducido a un pánico generalizado en el sistema financiero; esta vez no de individuos presos del miedo, sino de banqueros e inversores aterrorizados retirando su dinero no solo de los bancos comerciales, sino también de los bancos de inversión, de los fondos del mercado monetario, de los *hedge funds* y de todos esos misteriosos «vehículos para propósitos especiales fuera del balance» que han surgido en la década pasada. Todas las instituciones financieras que dependen de una financiación a gran escala de sus iguales se han visto amenazadas en mayor o menor grado.

Ahamed sostiene que, en algunos aspectos, la actual crisis es «incluso más virulenta» que los pánicos bancarios de principios de la década de 1930. En aquellos días, los ahorradores tenían que ponerse físicamente en fila a la puerta de su banco para obtener su dinero, mientras que ahora «se trasvasan ingentes cantidades de dinero con el clic de un ratón». Además, el sistema financiero mundial es ahora mucho mayor, en relación al PIB, y mucho más complejo e interconectado, con un apalancamiento y un apoyo sobre fuentes de financiamiento a corto plazo que operan a gran escala, las cuales pueden «evaporarse en una noche». Ahamed concluye que el sistema bancario internacional es por ello mucho más vulnerable en la actualidad.

Sin embargo, en compensación –y esta es la tercera gran diferencia que se puede señalar con las décadas de 1920 y 1930– tenemos la admirable respuesta de los banqueros centrales y las autoridades del Tesoro a la crisis de 2008. Sin sus medidas carentes de precedentes para «inyectar gigantescas sumas de liquidez en el mercado del crédito y para proporcionar capital a los bancos», no hay duda de que el sistema financiero mundial «habría colapsado tan espectacularmente como lo hizo en la década de 1930». Esta vez, los señores de las finanzas han «evitado una catástrofe»; en palabras de la revista *Time*, han salvado al mundo. Sin embargo, una lectura menos complaciente sugiere que, lejos de ser felizmente diferente, la estrategia de los actuales banqueros centrales ha sido en general demasiado equiparable a la de Norman, Strong y colegas: apuntalar un sistema financiero roto, en sí mismo producto de profundos problemas



subyacentes de la economía real. Alan Greenspan y Ben Bernanke en la Reserva Federal, Mervyn King en el Banco de Inglaterra y Jean-Claude Trichet en el BCE, todos comparten una inclinación por la regulación «ligera» del hipertrofiado sector financiero. Greenspan alentó deliberadamente la inflación de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos y su extensión al territorio *subprime*, después de la quiebra de las puntocom. Bernanke y King se aseguraron de que Wall Street y la City de Londres dictasen las «soluciones» para la crisis. Todos apoyan ahora medidas procíclicas de austeridad; ninguno ha cuestionado el diseño fundamental del sistema bancario. Como Norman, King se propuso mantener una libra esterlina fuerte, potenciando el papel de Londres en las finanzas internacionales pero destruyendo la producción nacional.

El propio Greenspan ha sostenido recientemente que la actual crisis tiene sus raíces en la enormemente dilatada fuerza de trabajo que produce para la exportación, haciendo subir el PIB en el mundo «en desarrollo» y creando así un ahorro superior a «las intenciones globales para invertir»; por ello, un tipo de interés en Estados Unidos históricamente bajo es el resultado de una falta de otras oportunidades de inversión. De hecho, Greenspan y Bernanke, como Strong, aún siendo conscientes de la importancia de las decisiones de la Fed en el sistema monetario internacional, en última instancia basaron sus acciones en las necesidades de la economía doméstica. De ahí el regreso del juego nacional de echar la culpa a otros, tan evidente en las décadas de 1920 y principios de la siguiente. La prensa financiera anglófona no ahorra sus críticas sobre el excesivo ahorro de las naciones asiáticas, especialmente de China, y de Alemania. Los políticos británicos se han visto atacados por abstenerse de la promesa realizada por la UE-FMI de mantener unido el agrietado euro. El Congreso de Estados Unidos ha encabezado la campaña para presionar a la RPCh para que permita el fortalecimiento de su moneda frente al dólar; el mayor consumo chino que supuestamente vendría a continuación es propuesto como el tónico perdido para la desfalleciente economía estadounidense.

Los problemas sistémicos causados por el descenso de la rentabilidad del núcleo capitalista avanzado, la hiperexpansión de su sector financiero y la desestabilizadora aparición de un nuevo «taller del mundo» en el Lejano Oriente son de una escala diferente, tanto moral como económica y políticamente, a la devastación ocasionada por la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, muchos de los actuales síntomas de disfuncionalidad tienen un asombroso parecido con los de finales de la década de 1920: excesiva capacidad de sobreinversión en las mismas líneas de producción; niveles insostenibles de endeudamiento personal, empresarial y soberano; altos niveles de desigualdad; intensificación en la repetición de los fracasos del mercado financiero; y, quizá por encima de todo, una ausencia de liderazgo intelectual y político en las naciones más ricas que propiciara los enormes cambios estructurales necesarios para «salvar al mundo».

# Traficantes de informa ción

FOCA

# La his toria oculta de los grupos de comunica ción españo les

Pascual Serrano

## Pascual Serrano

(Valencia, 1964) es periodista. Tras trabajar y colaborar en prensa tradicional, comenzó a desarrollar un periodismo crítico con los grandes medios y participar en proyectos alternativos. En 1996 fundó, junto con un grupo de periodistas, la publicación electrónica *Rebelión* ([www.rebellion.org](http://www.rebellion.org)), que hoy funciona como diario alternativo en internet.



[www.foca.es](http://www.foca.es)

978-84-96797-50-5

258 páginas

Si hay algo de lo que los medios de comunicación informan poco es precisamente de ellos: de quiénes son sus dueños, en qué otras industrias participan, qué bancos les prestan el dinero, cuánto cobran sus directivos, cómo explotan a sus trabajadores, a qué se dedicaron hace años... Traficantes de información es una historia de finanzas, manejos de Bolsa, fraudes fiscales, especulaciones urbanísticas, violaciones de las medidas contra la concentración, atropellos laborales mientras altos directivos disfrutaban de sueldos millonarios y contratos blindados, ejecutivos con sentencias judiciales que les implican con la mafia, fortunas nacidas a la sombra del nazismo, empresas que comercializan armas para dictaduras... No cabe duda de que, tras este repaso a los grupos de comunicación, el término «traficantes» es el que mejor los identifica.



## ¿LLAMAR A LA RAZÓN AL PODER?\*

Antaño los juristas eran venerados como sacerdotes, guardianes supremos de la ley, dotados, según el adagio romano, con el «conocimiento de lo que es equitativo y justo». Aunque tales sentencias continúan adornando muchos frisos de tribunales y facultades de Derecho, un número creciente de juristas adora una nueva omnipotencia: no la equidad y la justicia, sino la eficiencia económica. La hegemonía del movimiento «Derecho y economía» [*Law and Economics*] se extiende ahora mucho más allá de su tierra natal norteamericana. Sus apóstoles adoptan como punto de partida metodológico el marco de la elección racional de la economía neoclásica: todo comportamiento humano puede ser explicado como el producto de agentes individuales que toman decisiones racionales buscando la utilidad máxima a partir de un conjunto estable de preferencias. Las normas legales son evaluadas –e idealmente diseñadas– en virtud de un cálculo de resultados que presentan una alternativa de eficiencia; la sociedad comprende la suma de utilidades individuales. Hoy, en los campus de las facultades de Derecho la justicia se ha vuelto prácticamente sinónimo de la asignación óptima de recursos por el mercado.

*Homo Juridicus* de Alain Supiot es, en cierto modo, una polémica extendida y mordaz contra este enfoque dominante; al mismo tiempo, su crítica del discurso de los juristas economistas sobre incentivos, actores racionales e incumplimiento eficiente de los contratos está incrustado en una visión del derecho –historizada y antropologizada– en tanto que fuerza socialmente constitutiva. Supiot, profesor de derecho en Nantes, es más conocido por su trabajo acerca del derecho del trabajo. Su *Critique du droit du travail*, de 1994, que trata de la transformación y la regulación del trabajo en una sociedad postindustrial, se convirtió en una obra de referencia en la materia. Posteriormente dirigió una investigación de la Comisión Europea acerca de las condiciones y las perspectivas del trabajo en Europa. Sus conclusiones, publicadas en 1999 con el título de *Au delà*

---

\* Alain Supiot, *Homo Juridicus. On The Anthropological Function of the Law*, Londres y Nueva York, Verso, 2007, 274 pp. [ed. francesa: *Homo juridicus. Essai sur la fonction anthropologique du droit*, París, Seuil, 2005, 334 pp.; ed. cast.: *Homo juridicus. Ensayo sobre la función antropológica del derecho*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007].

*de l'emploi*, y dos años más tarde en inglés como *Beyond Employment*, pasaron a ser conocidas sin más como el «Informe Supiot». Su punto de partida fue el postulado, sencillo y radical, de que la economía debe adaptarse para satisfacer las necesidades humanas, en lugar de que los seres humanos se adapten a las necesidades de los mercados. La crisis del modelo industrial fordista debe utilizarse como una oportunidad de mejorar la suerte de la mayoría, no para intensificar una carrera hacia el abismo en el deterioro de las condiciones económicas y laborales y de los derechos sociales. Supiot, que escribía en el apogeo de la ofensiva capitalista de desregulación laboral y de eliminación de la tutela jurídica de los trabajadores en el lugar de trabajo —rigideces institucionales—, presentó una crítica mordaz del derecho del trabajo europeo en el contexto de la naturaleza cambiante del empleo mismo.

*Homo Juridicus* extiende el ámbito del pensamiento de Supiot hasta el fenómeno del derecho en cuanto tal. Se trata de una obra sumamente ambiciosa: una guía de acceso a los orígenes del derecho occidental y una indagación de su función antropológica, rica en erudición histórica y etimológica, así como una crítica inflexible de los desarrollos de la jurisprudencia contemporánea. No estamos ante las preocupaciones parroquiales de los expertos jurídicos. El punto de partida de Supiot es la constitución del lazo social a través del lenguaje: «todo ser humano nace en un mundo de sentido» que da significado a su existencia; para acceder al mismo, todo niño debe aprender a hablar y por ende a reconocer las leyes del lenguaje. «Para expresarnos libremente en un lenguaje, en primer lugar tenemos que aceptar los límites que dan significado a las palabras; sin esta radical heteronomía, no tendríamos autonomía». Los seres humanos no nacen ya dotados de razón: se tornan racionales accediendo al significado compartido con los demás; a su manera, toda sociedad humana «asume la institución de la razón», lo cual exige a su vez un sistema de creencias ampliamente compartido: la aceptación de algunos axiomas básicos —dogmas, en el sentido original de la palabra— que a los ojos de sus adeptos se presentan como «verdades evidentes». Supiot cita a Tocqueville —«las creencias dogmáticas cambian de forma y objeto, pero siempre habrá opiniones que los hombres aceptarán bajo palabra»— y a Comte:

El dogmatismo es el estado normal de la mente humana, el estado al que tiende naturalmente. El escepticismo es un estado de crisis, el resultado inevitable del interregno intelectual que no puede dejar de producirse cuando la mente humana se ve llamada a cambiar de doctrinas —un medio esencial que permite la transición de un dogmatismo a otros— [...] Los modernos han obedecido esta ley imperiosa de su naturaleza incluso en los periodos revolucionarios, puesto que cuando era necesario actuar, aunque sólo fuera para destruir, se veían llevados inevitablemente a dar una forma dogmática a ideas que eran en su esencia puramente críticas.

Supiot compara los diferentes enfoques de la «institución [social] de la razón» adoptados en el mundo confucionista y en los países de los Pueblos



del Libro. En China y Japón, los lazos sociales no dependen de «promesas verbales», sino del «mantenimiento de la armonía que predominaba cuando los lazos se crearon», en el contexto de la naturaleza cambiante de las personas y las circunstancias. En las sociedades tradicionales que adoptaron el cristianismo, el judaísmo o el islam como fundamentos, «el poder legislativo de la Palabra de Dios» proporcionó un modelo que los seres humanos fueron capaces de apropiarse para sus propios fines. En la Europa medieval, la religión «no era una cuestión privada», sino un asunto puramente público: tanto el poder del príncipe como el mundo natural estaban ordenados por las leyes inmutables de Dios. Supiot sitúa la diferenciación entre las leyes religiosas, naturales y humanas a partir de esa unidad original en los albores de la primera era moderna: los eruditos dejaron de verse como guardianes de la ley divina y en su lugar se dedicaron a descifrar lo que Descartes llamaba «las leyes que Dios ha establecido en la naturaleza». No mucho más tarde, se establecieron nuevos conceptos de ley civil y política a partir del dogma —la verdad «evidente»— según el cual «todos los seres humanos han sido dotados por su Creador de derechos inalienables». Siguiendo a Panofsky, *Homo Juridicus* compara el resultado ontológico de la sistematización de las leyes humanas y científicas con el «descubrimiento» de las leyes de la perspectiva en el arte, que establecieron el punto de vista individual del artista como principio organizador de la imagen: ambos sucesos fueron «un triunfo del sentido distanciador y objetivador de lo real» y «una extensión del dominio del sí mismo».

Con la secularización de la sociedad occidental, el Estado llegó a reemplazar los «dos cuerpos» del Rey: los ministros cambian, el defensor central-nacional y administrador continúa. Lo que ahora instituye a los seres humanos en cuanto tales era el derecho, no la religión. La gran conquista antropológica del derecho, subraya Supiot, consiste en vincular nuestras dimensiones biológicas y simbólicas —en «conectar nuestro universo mental infinito con nuestra existencia física finita»— mediante un proceso social adaptable que nos permite convertirnos en *homo juridicus*: «ni bestias ni ángeles», en palabras de Pascal, sino sujetos sociales racionales; gentes de derecho. Del mismo modo que nos vemos emancipados para comunicar gracias a la heteronomía del lenguaje, también somos capaces de luchar por una existencia social más rica gracias a la heteronomía de la ley como campo de normas que existen independientemente de nosotros en tanto que individuos. El dogma de la ley proporciona —e, idealmente, el sistema jurídico articula— una visión de la justicia sistematizada, que ofrece una brújula común para todos los miembros de la sociedad. Las personas «no pueden vivir libre y pacíficamente sin la naturaleza dogmática de la ley». Este poder humanizador y prohibitivo de la ley no se desprende tanto de su contenido positivo, de «la letra del texto», como de los recursos que ofrece a la interpretación. En teoría, la ley es tanto un dispositivo hermenéutico como un sistema de normas. Crea un espacio discursivo en el que puede forjarse una visión compartida de la justicia mediante el diálogo; en el que pueden plantearse cuestiones acerca del valor; en el que el ejerci-

cio del poder puede ser puesto en tela de juicio y la fría lógica del mercado puede verse subordinada a necesidades humanas más amplias. La promesa hecha –pero nunca realmente cumplida– por la socialdemocracia europea de la posguerra representa, tal vez, el ápice de su avance hasta la fecha: tal parece ser la conclusión implícita de Supiot.

Hoy esta función humanizadora y antropológica corre el riesgo de verse enterrada por los enfoques «científicos» que ignoran al ser humano como sujeto –un individuo racional bajo la ley– y le tratan como un mero objeto: una «unidad de cuenta, como el ganado». Este reduccionismo se pone ostensivamente de manifiesto, sostiene Supiot, en la subordinación del dogma de ley a la ley del mercado. El autor remonta los orígenes del paradigma de «Derecho y Economía» a la obra de Gary Becker, aunque se suele identificar como padre fundador del mismo a otro economista de Chicago merecedor del premio Nobel, Ronald Coase: su artículo de 1960, «El problema del coste social», ejerció una influencia particularmente reseñable en la entronización de la eficiencia como piedra de toque del análisis de la norma jurídica. Otra figura importante fue Guido Calabresi, nacido en Italia y antiguo decano de la Yale Law School (entre cuyos estudiantes se contaban los miembros del Tribunal Supremo Samuel Alito, Clarence Thomas y Sonia Sotomayor) y candidato de Clinton para el Segundo circuito de la Corte de apelación estadounidense, que incluye los estados de Nueva York, Connecticut y Vermont. Otros profesionales prominentes son Richard Posner y Frank Easterbrook, vinculados también a Chicago y ambos candidatos de Reagan para el Séptimo circuito, que corresponde a Illinois, Indiana y Wisconsin; ambos suelen emplear el análisis económico en sus opiniones judiciales.

Si Chicago fue una cuna natural, los teóricos del movimiento se han distribuido hoy en todas las direcciones. Robert Cooter y Thomas Ulen, autores del influyente manual *Law and Economics*, que ya ha alcanzado la quinta edición y que es citado prolijamente por Supiot, ocupan cátedras en Berkeley e Illinois respectivamente. Existen centros de «Derecho y Economía» en todo Estados Unidos, muchos creados con subvenciones de la John M. Olin Foundation, vinculada a la industria química y de armamentos, antiguo proveedor favorito de fondos de los *think tanks* conservadores, como atestigua el hecho de que los programas de Chicago, Harvard, Stanford, Virginia y Yale lleven todos el nombre de Olin. La influencia del movimiento en los tribunales no se limita a la costa occidental del Atlántico: como señala Supiot, la más alta autoridad judicial de Francia, el primer presidente de la Cour de Cassation, ha declarado que sus colegas «deberían ser capaces de integrar un análisis económico en sus argumentos jurídicos».

El alcance intelectual del enfoque de la corriente «Derecho y Economía» se pone de manifiesto en los cambios de la teoría del contrato. Hay una vasta literatura acerca de la relación entre la «ley», que nos viene impuesta por nuestro estatuto civil, con independencia de nuestra voluntad, y el

«contrato», un vínculo legal voluntariamente acordado entre partes individuales. Supiot va al grano directamente evitando el ahistoricismo de los economistas jurídicos –el contrato como forma universal y transhistórica– para trazar el arco del desarrollo del contrato desde sus orígenes en el deber moral de cumplir una promesa hecha ante Dios del primer cristianismo: *pacta sunt servanda*, es decir, los acuerdos se hacen para ser respetados. En su forma canónica, el contrato representaba un compromiso ético, basado en la confianza: la palabra prometida, que vincula a personas iguales que asumen libremente obligaciones recíprocas. El cometido del derecho contractual era evaluar un acuerdo o conducta –un incumplimiento, por ejemplo, o una práctica abusiva– en referencia a valores: relación, reciprocidad, buena fe. Hoy, la fuerza vinculante del contrato se basa únicamente en consideraciones económicas, de tal suerte que las cuestiones de valor se ven reemplazadas por un cálculo de eficiencia holmesiano, que se muestra ciego ante las relaciones de poder asimétricas o el contexto social. La doctrina del «incumplimiento eficiente del contrato», que ejerce una creciente fascinación sobre los tribunales, proclama que la obligación de respetar un contrato no significa otra cosa que la obligación de pagar daños y perjuicios si un incumplimiento resulta ser más ventajoso. El horizonte ya visible de esta tendencia, advierte Supiot, es un mundo en el que «la conveniencia triunfa sobre la obligación, y la confianza se ve extirpada por la exigencia de que los recursos sean asignados eficientemente».

¿Cuáles son las consecuencias para la realidad vivida del derecho? Supiot describe una extensión espectacular del contrato como principio organizador de la vida social contemporánea, que conduce a una «procedimentalización» del derecho, en la que el contenido sustantivo se ve sustituido por reglas de negociación. «El consentimiento de la persona obligada tiende a convertirse en justificación suficiente para la obligación», de tal suerte que somos libres para negociar la venta de nuestros derechos «inalienables». En ausencia de un límite legal predomina la lógica de la tasa de beneficio: surgen nuevos tipos de contrato que pretenden legitimar el ejercicio del poder permitiendo que las personas se coloquen «dentro de la esfera de poder de otra persona». Este «nuevo feudalismo» empaña todas las relaciones sociales pero penetra con particular profundidad en los lugares de trabajo, con el desequilibrio cada vez más desfavorable entre empleados y propietarios de empresa, que constituye el eje de la narración de Supiot, al que regresa constantemente. La individualización del estatus profesional –asalariado, trabajador por cuenta propia, a tiempo parcial, autónomo– ha contribuido a socavar un régimen del derecho laboral que estaba basado en un modelo de trabajo fordista tradicional. Al mismo tiempo, gracias a los avances tecnológicos, las líneas divisorias entre la vida privada y la vida profesional –fábrica, calle, oficina, casa– se han vuelto borrosas. Los trabajadores son cada vez más vulnerables a la «fantasía de la disponibilidad ubicua». Como en *Au delà de l'emploi*, Supiot apela a una interpretación católica de «trabajo» en todas sus formas. Una vez más, el derecho es necesario para reconstituir una comunidad de



trabajo que sea tanto «físicamente saludable como socialmente tolerable» y para proteger al individuo contra la omnipotencia de las corporaciones o de la tecnología.

En el plano global, el Estado como legislador tiene que enfrentarse cada vez más a las instituciones financieras internacionales diseñadas por Estados Unidos, que dictan las normas que rigen los sistemas económicos y monetarios. La legislación nacional se ve reemplazada por normas «técnicas» —«indicadores de gestión próspera tal como ésta es definida por expertos en instituciones económicas y financieras internacionales»— y el gobierno a cargo de representantes electos y responsables locales cede el paso a la «gobernanza» a cargo de expertos designados que responden ante amos ocultos. También aquí el contrato vence al derecho: una de las tareas jurídicas centrales del FMI, el Banco Mundial y la OMC consiste en «asegurar que la libertad de contratación más allá de las fronteras haga caso omiso del respeto de la legislación nacional». Pero la globalización ha avanzado durante mucho tiempo «de la mano de la dominación de los países occidentales sobre todos los demás», escribe Supiot. La cuestión que ahora plantea para la función antropológica del derecho es vieja: ¿hay creencias compartidas por toda la humanidad —valores universalmente reconocidos, aunque no universalmente observados— que podrían proporcionar principios comunes sobre los cuales refundar el mundo globalizado? Cada uno de los sistemas de creencias civilizacionales presenta su propia concepción del mundo; sin embargo, como las treinta y seis vistas del Monte Fuji de Hokusai, «cada una sirve para transmitir diferentes aspectos del mismo objeto». Como las lenguas, ninguna es más verdadera que las demás; pero, extendiendo la analogía, «debe ser posible la traducción de unas a otras». Ello exige que reconozcamos una pluralidad de constelaciones normativas a cuyo través todas las culturas puedan participar de un esfuerzo hermenéutico global para alcanzar una visión compartida de la justicia. Una prioridad, sugiere Supiot, consistiría en producir una definición jurídica internacional de terrorismo que pueda comprender el exterminio deliberado de poblaciones civiles por motivos políticos (Guernica, Dresde, Hiroshima) y protegernos de los efectos perturbadores de una interminable «guerra contra el terrorismo».

*Homo Juridicus* propone que esa definición se base en una forma de derechos humanos, aunque «reinterpretada y transformada», y que no consista en «un credo impuesto a la humanidad» como sucede en el «imperio del bien» occidental, enviado con fervor misionero de Bagdad a Puerto Príncipe, sino en «un recurso dogmático común abierto a la interpretación de todos los pueblos». Supiot escribe con entusiasmo acerca de las culturas jurídicas no occidentales: la institución japonesa autóctona del *giri*, con su imperativo de armonía comunitaria, por ejemplo. Insiste particularmente en los derechos colectivos que aparecen en la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos de 1981, que incluye «el derecho del pueblo a luchar contra la dominación extranjera, ya sea política, económica o cultural» y «la obligación de conservar y reforzar la solidaridad so-

cial y natural». Aquí ve una correspondencia con la «obligación» de asegurar el bienestar social mediante contribuciones obligatorias de tipo presu-puestario o a la seguridad social, algo que constituyó el pilar del modelo social de la «vieja» Europa y que en la actualidad atraviesa una crisis fis-cal e ideológica.

¿Cabría dar a tales obligaciones de solidaridad una dimensión internacio-nal al objeto de contrarrestar los efectos perniciosos de la globalización y poner límites a la mercantilización de las personas y las cosas? Supiot pre-vé el desarrollo de derechos laborales internacionales que permitirían que los débiles utilicen las armas del derecho: los afectados por la liberaliza-ción del comercio deben tener el derecho a formar sindicatos para nego-ciar en el ámbito internacional; los que se benefician de una transacción económica deben ser considerados responsables de cualquier perjuicio que la misma pueda causar a las personas o al medioambiente. Los agri-cultores del Sur deben ser capaces de protestar contra el *dumping* de las agroempresas del Norte. De modo tal vez poco convincente, sostiene que «la solución más sencilla» consistiría en permitir que las partes litigantes en la OMC presentaran un alegato por falta de jurisdicción. Entonces el caso sería remitido a un organismo *ad hoc* para la resolución de los con-flictos, bajo los auspicios de la organización internacional relevante –la OIT para el trabajo y la protección social; la UNESCO para la cultura– per-mitiendo de tal suerte el desarrollo de una hermenéutica del derecho transnacional.

Como quiera que sea, *Homo Juridicus* es una obra radical, exigente e im-portante. Informado por una mentalidad internacional y un manejo eru-dito de materiales que comprenden un intervalo geográfico y una gama de disciplinas imponente –tradiciones jurídicas chinas y japonesas; direc-tivas de la Unión Europea y legislación laboral francesa; antropología, fi-losofía y teoría social– el libro es un grato alivio de la pedantería mono-lingüe típica de la academia anglófona del Derecho en la actualidad. La amplitud intelectual se corresponde con la intensidad del estilo: Supiot es-cribe con brío, sin temor a expresar desprecio hacia aquellos con los que disiente. Parte de este territorio había sido atravesado con anterioridad. Engels describió hace más de un siglo la concepción jurídica del mundo como una «secularización de lo teológico», en la que la justicia ocupa el lugar del derecho divino y el Estado el de la Iglesia. En los últimos tiem-pos se ha escrito mucho acerca de los cambios de la organización del tra-bajo y de las formas de empleo en el capitalismo posfordista, así como de los peligros que alberga el fervor religioso con el cual los derechos hu-manos son endilgados por los «desarrollados» a los «en vías de desarrollo». También hay ocasiones en las que al lector le gustaría que el jurista echa-ra más carne en el asador de sus elegantes comentarios a grandes líneas: por regla general, la teoría eclipsa el análisis jurídico concreto y los ejem-plos empíricos son escasos y eclécticos, sacados en su mayoría del dere-cho francés o estadounidense. El verdadero valor de la empresa de Su-piot es la facilidad con la que se mueve por una topografía complicada y

diversa, abarcando lo global y lo local, lo histórico y lo contemporáneo, pasando de los derechos humanos internacionales al derecho familiar francés para llegar a los orígenes clásicos del contrato, y englobándolo todo en una teoría del derecho en la sociedad humana, capaz de generar un programa utópico para las generaciones venideras. ¿Qué preguntas cabría plantear respecto al contenido de este último?

En primer lugar, está la cuestión de la tendencia humanizadora del derecho. En la presentación de Supiot, el derecho asume una agencia particular —el derecho intervino [...] para reconstituir un espacio-tiempo humanamente viable»; «el derecho reemplazó “lo que no es posible” con “lo que no está permitido”»; «el derecho se opone a lo inhumano. Pero a su vez el derecho es producido socialmente; sus logros a la hora de mitigar las condiciones inhumanas de trabajo que surgieron con la época de las máquinas solo se consiguieron después —y fueron producto— de largas batallas entre trabajo y capital, fuera de los procesos jurídicos y legislativos tanto como dentro de los mismos. Si los derechos conseguidos por los trabajadores representan un equilibrio de intereses históricamente contingente, ¿no ofrecería el derecho, aunque en una coyuntura diferente o dentro de una constelación de fuerzas diferente, un equilibrio alternativo, en el que el derecho sirviese para reforzar tendencias inhumanas o para proteger y reforzar la injusticia y la iniquidad, por más que superficialmente trate de mitigar tales resultados?

El hecho mismo de plantear la cuestión, sugiere Supiot, significa abrir la puerta a la locura y al totalitarismo. El derecho como producto de fuerzas políticas y económicas fue el territorio de la crítica marxista, «brillantemente formulada», como reconoce Supiot, por el jurista bolchevique Pashukanis en su *Teoría general del derecho y del marxismo*, y desarrollada más recientemente por teóricos críticos franceses, como Maurice Bourjot, y por el Movimiento de los Estudios Críticos del Derecho estadounidense [*American Critical Legal Studies*], entre cuyos principales representantes se encuentran Duncan Kennedy, Roberto Unger y Karl Klare. Supiot insiste (aunque injustamente) en que los enfoques marxista y el del Movimiento de Estudios Críticos del Derecho ignoran el papel dogmático del derecho en la constitución de los seres humanos como sujetos y reducen el derecho a «un mero instrumento de fuerza» y a una «técnica de poder». De esta suerte, las críticas de izquierda del derecho se ven despachadas, prácticamente con una nota a pie de página, como peligrosas pendientes hacia el gulag.

Sin embargo, dando ese paso Supiot echa a perder discusiones potencialmente importantes. El Movimiento de los Estudios Críticos del Derecho ha producido obras rigurosas acerca de la separación doctrinaria entre derecho y política por parte del legalismo liberal y de la idea de que la práctica jurídica dará con la «mejor decisión» mediante la aplicación neutral a un caso particular o un conjunto de hechos. Antes bien, las decisiones judiciales reflejan las mismas consideraciones que informan toda disputa



partidaria. De acuerdo con este punto de vista, las decisiones judiciales hacen las veces de discurso legitimador, presentando las elecciones políticas como decisiones inevitables y desinteresadas. Aunque identificable como un movimiento de izquierda, los «Crits» fueron siempre un grupo ecléctico de teóricos que se apoyaban en Marx pero no estaban menos prendados del postestructuralismo de Foucault y de la deconstrucción de Derrida. De resultas de su apresurado giro hacia el posmodernismo, la política de la identidad y la teoría literaria –sin olvidar la cuota que se cobraron las batallas internas por los puestos de profesor titular en la década de 1980–, los Estudios críticos del derecho tuvieron una vida breve como movimiento organizado. Pero muchas de sus críticas, en particular el trabajo *Legal Education and the Reproduction of Hierarchy*, de Kennedy –las facultades de Derecho como «formación ideológica para el servicio voluntario en las jerarquías del Estado del bienestar corporativo»– conservan aún su interés.

El movimiento de «Derecho y Economía» no ha dejado de incrementar su influencia y, por más que el neoliberalismo se haya visto puesto en tela de juicio en todas partes, sus acólitos en el mundo académico del Derecho muestran escasa inquietud, extendiendo ahora su aplicación a nuevas áreas, tales como el Derecho Público Internacional. Es bastante probable que el control que este enfoque ejerce sobre la magistratura no haga sino aumentar a medida que una nueva generación de jueces formados en el cálculo de la eficiencia y en la superioridad de la asignación de recursos por el mercado va accediendo a puestos en la judicatura. Y sin embargo, los campus de Derecho de las facultades norteamericanas siguen teniendo un ambiente mucho más diverso intelectualmente que cualquier departamento universitario de Economía convencional. La Teoría feminista del derecho, la Teoría crítica de la raza, las empresas interdisciplinarias como las ciencias del derecho y de la mente, o «Derecho y Humanidades» –algunas explícitamente críticas con el movimiento de «Derecho y Economía»– ofrecen todas enfoques rivales, por más que idiosincrásicos, del Derecho. Los abogados de Derechos Humanos, por su parte, permanecen distantes, confiados en la rectitud de su causa; pero aquí también se alzan voces heterodoxas, aunque ejercen escasa influencia sobre las certezas morales. Parece improbable que algunas de estas empresas intelectuales pueda desafiar el dominio de los teóricos económicos del Derecho en un futuro inmediato, pero Supiot podría haber encontrado entre ellos nuevos interlocutores.

Un segundo grupo de cuestiones atañe a las relaciones contemporáneas entre el derecho y el poder. «El derecho ha servido para muchos propósitos», escribe Supiot, «pero los ha servido subordinando el poder y la tecnología a la razón humana». Sin embargo, en su argumentación en favor del poder del razonamiento jurídico –el derecho como un espacio discursivo en el que el jurista clásico desempeña el papel de dragomán normativo de las visiones rivales de la justicia– Supiot parece no tener en cuenta la crítica según la cual no todas las voces en el esfuerzo hermenéutico

son iguales: algunas serán silenciadas, otras privilegiadas. ¿Por qué, en el mundo sombríamente desigual de las relaciones sociales contemporáneas, tendríamos que esperar el surgimiento de un verdadero consenso imbricado. Para Supiot, el Estado del bienestar socialdemócrata sigue marcando la cota más alta de los efectos humanizadores del derecho. El derecho del trabajo estableció restricciones a la jornada de trabajo, la responsabilidad por daños y perjuicios y las libertades colectivas en el lugar de trabajo. Pero estas garantías legales de los convenios laborales fordistas eran, en el mejor de los casos, paliativas, un compromiso entre la dependencia económica y la protección social que dejó intacta la radical asimetría subyacente de la relación. El trabajo asalariado era una relación de explotación antes de que Supiot identificara nuevas formas de subyugación en las modalidades contemporáneas de organización del trabajo, del mismo modo que el señor Jourdain hablaba prosa mucho antes de que descubriera el nombre de su forma de hablar.

Cabría plantear cuestiones similares sobre las imaginativas prescripciones de Supiot para una hermenéutica social global. De entrada, ¿quién lleva un litigio a la OMC? En cuanto a su discusión de la empresa interpretativa en el ámbito del Estado-nación, hay algo de petición de principio en el supuesto de que este encuentro discursivo será necesariamente productivo o igualitario. Habida cuenta de las concentraciones sin precedentes de riqueza y poder que defiende y promueve el actual orden mundial, ¿cómo podemos llegar hasta allí desde la situación presente? Plantear la problemática como la de la desaparición del derecho –y la receta como más derecho– recuerda los lamentos por el Derecho Internacional en la era de Bush y Guantánamo. Pero, como ha señalado China Miéville, tales epítafios sirven a menudo para oscurecer las continuidades del poder imperial.

¿Deberíamos compartir el optimismo de Supiot? Su correctivo se coloca en clara contraposición a las tendencias contemporáneas que describe. El crecimiento de los proyectos de reforma del sector judicial para equiparar a los «estándares internacionales» las leyes e instituciones judiciales de los países en vías de desarrollo ha dado lugar a una verdadera industria en la última década. Los bancos de desarrollo multilateral, las agencias de desarrollo gubernamentales y las ONG están interviniendo directamente en la reforma jurídica de los países menos poderosos. La International Bar Association's International Rule of Law Directory [Guía internacional de entidades que suscriben la concepción del «imperio de la ley» de la Asociación Internacional de la Abogacía] incluye 1.317 organizaciones que ofrecen asistencia en los procesos de reforma conformes al «imperio de la ley». El Banco Mundial participa en casi 2.500 proyectos de reforma del sector judicial en todo el planeta. La mayoría de estos tienen que ver con la protección de la propiedad privada y con el afianzamiento de las relaciones mercantiles contractuales; solo unos pocos contienen componentes de «acceso a la justicia». Los esfuerzos del Banco para producir indicadores cuantitativos que midan la calidad de la legislación nacional y de las instituciones jurídicas –los Indicadores de gobernanza mundial y los

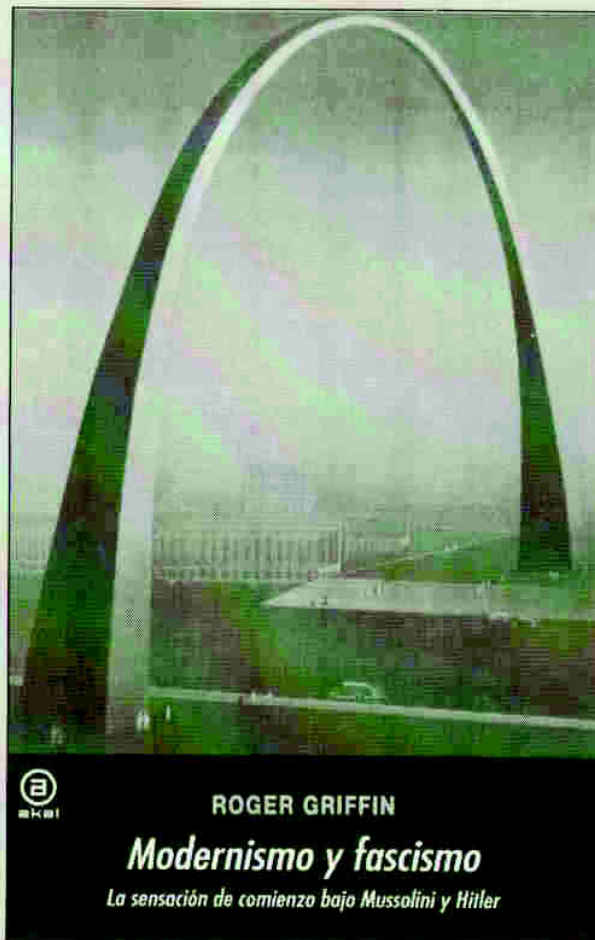
informes *Doing Business*, por ejemplo— ofrecen una penetrante observación sobre los objetivos de la reforma: puntuaciones altas para la seguridad de la propiedad privada y la facilitación de la actividad empresarial; puntuaciones bajas para la protección de los trabajadores y otras «ineficiencias».

Tales proyectos de reforma jurídica son fundamentalmente uña y carne con el neoliberalismo: la reformulación del derecho como normas técnicas excluye al primero como sede de contestación política, a la par que continúa un proyecto de incrustación de las relaciones sociales en el mercado en una coyuntura en la que los programas tradicionales de ajuste estructural ya no están de moda. El derecho de la competencia internacional se ha visto elevado al estatuto de constitución global, un orden trascendente para cuyo servicio existe la legislación nacional. Si el correctivo de Supiot es una pizca utópico, su diagnóstico de que algo va mal en las tendencias contemporáneas en el derecho y en la jurisprudencia es una contribución pertinente y bienvenida a una tradición de disenso. Por momentos airado, *Homo Juridicus* es antes una llamada a las armas jurídicas que una jeremiada. Supiot exhorta a volver a las barricadas y a reivindicar el derecho como correctivo humanizador de la omnipotencia del mercado o de la ciencia reduccionista: la justicia no tiene por qué ser una fantasmagoría, ni el jurista un mero factótum del mercado.



**Roger Griffin** es profesor de Historia Contemporánea en la Brookes University de Oxford, en Reino Unido. En su libro *The Nature of Fascism* (1991) se ofrecía, por primera vez después de más de una década, una teoría general del fascismo. Además, Griffin ha publicado numerosas obras influyentes, entre las cuales cabe destacar *Fascism* (1995) y los cinco volúmenes de fuentes secundarias relacionadas con el fascismo que se publicaron en la colección «Routledge Critical Concepts in Political Science» en 2003.

978-84-460-2972-4  
576 páginas



Se suele afirmar que el fascismo es un fenómeno antimoderno, enemigo declarado de la auténtica cultura. De acuerdo con esta premisa, el Tercer Reich, en su barbarie, habría acabado con el modernismo, y el fascismo italiano habría utilizado cínicamente a la vanguardia artística y a la elite tecnócrata para lograr sus propósitos reaccionarios.

Sin embargo, en este libro Roger Griffin ofrece un retrato convincente del fascismo en cuanto expresión «total» de la modernidad por derecho propio.

Como si de un cuadro modernista se tratara, este ambicioso libro transforma nuestra comprensión del arte, de la tecnología, del espíritu social y de la política de la primera mitad del siglo xx. Además, la edición española cuenta con un prólogo de Stanley G. Payne, uno de los historiadores hispanistas de mayor relevancia a nivel mundial.



akal

[www.akal.com](http://www.akal.com)

## LA TIERRA DE LAS IDEAS DEL ISLAM\*

Si en las pasadas décadas la hostilidad o la indiferencia hacia la cultura intelectual de altura ha sido una tendencia al alza dentro del mundo atlántico, en Irán, donde hace cuarenta años Jalal Al-e Ahmad escribió *On the Service and Treason of Intellectuals*, se podría decir que sucede lo contrario. Cuando Jürgen Habermas visitó Teherán en 2002, y dos años después lo hizo Richard Rorty, acudieron miles de personas para asistir a sus conferencias, desbordando las salas. El suplemento diario de *Etemaad*, cerrado el pasado febrero y hasta entonces disponible en prácticamente todos los kioscos, podía contener una entrevista sobre austromarxismo, una exégesis de Kant, o quince páginas dedicadas a novelistas y poetas iraníes contemporáneos. No en vano el teórico de la cultura Dariush Shayegan describe el país como la Alemania del mundo islámico; la tierra de la filosofía. Se podría decir que el malicioso retrato que hace Dariush Mehrjui del panorama intelectual iraní posrevolucionario en su película de 1990, *Hamoun*, conserva esa mordacidad: un filósofo fracasado torturándose en una confusión existencial, soltando sin convicción ocasionales eslóganes izquierdistas de sus tiempos de juventud, mientras su jefe ensalza el milagro capitalista en el este de Asia. Pero, no obstante, este es un campo en fluctuación: Irán es una sociedad que cambia con rapidez y en la que las ideologías recibidas –ya sea el nacionalismo teocrático de la república Islámica, o las variedades del liberalismo y de la «teoría de la modernización» occidentales– chocan inevitablemente con realidades sociales, políticas y económicas desiguales. El trabajo de Mehran Kamrava, *Iran's Intellectual Revolution*, escrito antes de las elecciones presidenciales de 2009 y del ascenso y caída del Movimiento Verde, pero sin que apenas quede desfasado por esos acontecimientos, intenta presentar una actualizado panorama del resultado de ese choque.

Kamrava se une a un campo ya abarrotado. *Theology of Discontent* (1993), de Hamid Dabashi, sometía los escritos de los intelectuales religiosos iraníes anteriores a 1979, tanto laicos como clericales, a un examen

---

\* Mehran Kamrava, *Iran's Intellectual Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, 280 pp.



microscópico, reconstruyendo sus posiciones ideológicas a la luz de la crisis de legitimidad de la modernización, de la era Pahlavi, y dando un totalizador matiz furetiano al papel del pensamiento político islámico chií en los preludios de la Revolución. *Iranian Intellectuals and the West* (1996), de Mehrzad Boroujerdi, abarcaba un territorio más amplio. Inspirándose en Edward Said, ofrecía una sociología de los clérigos como los intelectuales orgánicos de las clases populares, radicalizados por su oposición a las reformas educativas y agrarias del Sah de la década de 1960 que erosionaron el estatus de los ulemas y las donaciones religiosas de tierras. Boroujerdi sostenía que el clero, provisto de oradores capaces, redes locales sólidas, una «contracultura» robusta, liderazgo centralizado y un proyecto de acción, era la única fuerza en 1979 en disposición de competir por el poder político. De manera más general, su libro trazaba el desarrollo de un discurso «nativista» dentro del pensamiento iraní, que dicotomizaba todas las cuestiones sociales en su relación con un Occidente esencializado. Una década más tarde, *Sociology of the Religious Intellectual Movement in Iran* (2004), de Abbas Kazemi, era uno de los muchos trabajos que presentaban a los «nuevos intelectuales religiosos» de la década de 1990 –el más conocido Abdolkarim Soroush– como agentes epistemológicos de la tardía aceptación iraní de la modernidad, capaces de adaptar a una perspectiva autóctona los «grandes conceptos» y de habilitar un sendero hacia la democracia religiosa personificada en la retórica inicial de la presidencia de Mohamed Jatamí. En la colección de ensayos de Behrooz Ghamari-Tabrizi, *Islam and Dissent in Post-Revolutionary Iran* (2008), Soroush aparece como un teólogo democrático que muestra cómo la politización del Islam de hecho ha secularizado lo sagrado en Irán, siendo el resultado no deliberado de una religión hecha pública en todos los sentidos de la palabra.

Kamrava, residente en la sede de la Georgetown University en Qatar, puede ser asimilado de manera general a este planteamiento. El título de su libro resulta algo inadecuado: más que una «revolución intelectual», la obra traza el esquema de una contienda intelectual triangular entre tres discursos «distintos aunque solapados» que expresan diferentes «identidades ideológicas»: el religioso-conservador, el religioso-reformista y el modernizador-laico. El primero es el discurso oficialmente sancionado del clero tradicionalista, gran parte del cual participó en la Revolución y cuyo mandato fue consolidado en la Constitución de 1979, que consagraba la posición del «Guía religioso supremo» –el *velayat-e faqih*, o Jurista Absoluto– en la cima del Estado. La segunda tendencia, que surge de la primera y en reacción contra ella, está «primordialmente articulada por intelectuales que una vez fueron figuras clave dentro del *establishment* posrevolucionario». Desde finales de la década de 1990, se encontró a sí mismo «inesperada pero felizmente», en opinión de Kamrava, «en un tándem político con el “movimiento de reforma”», y a partir de entonces ha compartido el mismo «camino a menudo accidentado». La tercera es un renovado discurso modernizador-laico, todavía «algo embrionario». Los sucesivos capítulos de *Iran's Intellectual Revolution* hablan de los pensa-

dores clave de cada tendencia. A diferencia de Boroujerdi, por ejemplo, Kamrava no ofrece ninguna contextualización sociológica de sus retratos intelectuales, ni alguna evaluación empíricamente basada del peso relativo de los tres discursos dentro de la sociedad iraní. Pero sus resúmenes de las diversas obras son sucintamente eficientes.

Un capítulo introductorio sitúa a los intelectuales actuales como la cuarta generación de los intelectuales iraníes modernos, siguiendo la influyente caracterización de Ramin Jahanbegloo de una «cuarta ola». La primera generación surgió alrededor del periodo de la Revolución constitucional de 1906; la segunda estaba asociada de manera general con el proyecto desarrollista de la dinastía Pahlavi; la tercera era la «generación revolucionaria» de las décadas de 1960 y 1970, contra la cual la cuarta ola ha intentado definirse a sí misma a partir de la década de 1990. Se puede pensar que los religiosos conservadores, por definición, permanecerían fuera de esta clasificación. Pero al examinarla, la «tradicición» de los tradicionalistas resulta ser de una fecha más reciente. Kamrava distingue cuatro tendencias dentro del «discurso religioso conservador»: los radicales de Hezbo-llah, incluyendo a la mayoría de los miembros la milicia *basij*, pasados y presentes; los consejos islámicos, activos en los campus universitarios y en las asociaciones profesionales; el clero tradicionalista, incluyendo a la mayoría de los imanes que dirigen los rezos del viernes y a los representantes del líder en los órganos del Estado; y los neoconservadores (un grupo más adaptable). Lamentablemente, Kamrava se centra solamente en los dos últimos como responsables de la «producción de ideología más seria», omitiendo cualquier discusión sobre los medios por los que las instituciones revolucionarias iraníes, tales como los apenas estudiados *basij*, se reproducen y se renuevan a sí mismas.

Existen diferencias clave entre el clero tradicionalista y el «neoconservador» que se centran alrededor del papel de la *tjtihad*, o la interpretación de las sagradas escrituras: quién puede practicarla y cómo debe hacerse. Lógicamente esta cuestión se reveló como algo fundamental para el gobierno posrevolucionario a medida que los clérigos chiíes luchaban por dirigir un Estado productor de petróleo y una sociedad de consumo de masas, sobre la base de una jurisprudencia esencialmente premoderna. Los tradicionalistas hacen hincapié en el valor de la experiencia y de la visión del mundo obtenidos por años de estudio religioso; solo aquellos con la formación adecuada –los ulemas, o los sabios– poseen el conocimiento necesario para producir nuevas interpretaciones. Para Kamrava, el representante por excelencia de esta tendencia es el ayatolá residente en Qom, Mohamed-Taqi Mesbah-Yazdi, que explica:

El islam en el que creemos es lo que ha sido interpretado por los Doce Imanes y, junto a ellos, por cuatrocientos años de trabajo jurídico de los ulemas. Esa es la interpretación que da forma a nuestro entendimiento del islam. Si hay nuevas interpretaciones que piden alteraciones en la enseñanza del islam y la creación de un nuevo islam, no tenemos nada que ver con ellas. Y no



creo que el musulmán medio quiera saber nada de este nuevo islam, de «babs» musulmanes [puertas a nuevas exégesis] o de «martín luteros».

Esta burkeana disquisición añade a continuación que las responsabilidades de un gobierno islámico incluyen «el desarrollo social y económico», idealmente conducido por un *velayat-e faqih*. Los conservadores sostienen que la transferencia de la jurisprudencia religiosa a la jurisprudencia política no es algo nuevo, sino que ha sido necesaria desde los días del Profeta por la concepción del islam como una religión «total». De hecho, la islamidad siempre ha mantenido una prudente indulgencia para amplias variaciones de costumbres y convenciones locales dondequiera que estuviera envuelto el gobierno político. En la formulación de Mesbah-Yazdi, sin embargo, la legitimidad no viene de un contrato social, de normas culturales o de instituciones políticas como constituciones y elecciones, sino de lo alto: «Nadie tiene derecho a mandar sobre otros a no ser que reciba de Dios la legitimidad para hacerlo». De acuerdo con ello, el *velayat-e faqih* es el líder del Estado porque los ulemas lo consideran así en consonancia con su *ijtihad*. Esta justificación del mandato –casi declaradamente circular– apuntala las más infames citas de Mesbah-Yazdi, a menudo utilizadas políticamente por los reformistas, sobre la falta de importancia de las elecciones o de la participación de las masas iraníes en la vida política. Otra cuestión es si la Asamblea de Expertos, el órgano de 86 clérigos que nombra y puede cesar al Guía Supremo, y cuyo miembro típico es un septuagenario, constituye la mejor representación de los ulemas.

En la misma manzana de la ciudad que alberga la oficina de Mesbah-Yazdi en Qom, se encuentra el despacho del fallecido Hossein-Ali Montazeri, el «padrino» espiritual del opositor Movimiento Verde y al que Kamrava califica de neoconservador. Uno de los Grandes ayatolás, Montazeri, había sido elegido sucesor de Jomeini hasta que cayó en desgracia cuando a finales de la década de 1980 protestó por la ejecución de miles de prisioneros políticos. De hecho, en un folleto de 2003, Montazeri recuerda a los lectores que él fue uno de los pocos clérigos que presionó activamente en los primeros momentos de la Revolución por el establecimiento del *velayat-e faqih*. La postura de ninguna manera estaba determinada de antemano. Aunque Jomeini utilizó el término en la década de 1960, no lo mencionó durante el debate inicial sobre la Constitución en 1979. El proyecto constitucional original estaba basado en la Constitución de la Quinta República Francesa –después de todo Jomeini estuvo exiliado en París– y posteriormente fue enmendado en una dirección más socialdemócrata por la presión del clero revolucionario y de la izquierda. En la Asamblea de Expertos que ratificó el proyecto final de la Constitución, incluyendo ahora el artículo sobre el *velayat-e faqih*, Montazeri y sus aliados argumentaron a favor de la guía ideológica de una «fuente de emulación» –*marj'a-e taqlid*– no con referencias a los Imanes chiitas, sino a fuentes más profanas: Rousseau y Mao.

De hecho, la vaga jerarquía clerical del chiismo de los doce imanes, con la *marj'a-e taqlid* en su cima, no fue institucionalizada en su forma actual hasta el siglo XIX bajo la dinastía Qajar. Sin embargo, solamente en su primera década la República islámica tuvo realmente por líder político a uno de sus más altos dirigentes religiosos: Jomeini. Como se sabe, el actual Guía Supremo, Alí Jamenei solamente fue nombrado ayatolá en la vísperas de su ascensión a la posición de *velayat-e faqih*. Durante la década de 1980 no ocupaba una posición muy relevante dentro del clero y nunca se convirtió en *marj'a-e taqlid* dentro de la jerarquía chiita. Las revisiones de 1989 de la Constitución eliminaron el requisito de la *marj'a* para acceder a la posición de líder; la conveniencia política de la decisión apenas se mantuvo en secreto. El arte de gobernar de Teherán, donde el oportunismo de la supervivencia del régimen estaba consagrado por una *fatwa* de Jomeini, siempre ha generado discordias en los múltiples seminarios de Qom. Para Montazeri, la legitimidad reside en la soberanía popular no en el decreto del clero, ni, para el caso, en el poder capitalista. Montazeri había criticado a las democracias occidentales en las que, en ausencia de un líder espiritual, «el sistema político se convierte en una herramienta para la dominación de clase» y «los medios de comunicación de propiedad empresarial y los inversores acaudalados controlan a menudo las elecciones y sus resultados». La posición de Montazeri podría describirse como un paternalismo religioso con inclinaciones de izquierda. Defendió la elección de un *marj'a* para el cargo de *velayat-e faqih* que sería un líder espiritual más que un autócrata, con sus poderes restringidos por la Constitución y su permanencia en el cargo limitada. Sin embargo, la adhesión de Montazeri a la necesidad de un *marj'a-e taqlid*, incluso con esas limitaciones, define su *ijtihad* como esencialmente conservadora.

La aparición del segundo discurso «religioso-reformista» de Kamrava estuvo estrechamente unida a los acontecimientos políticos. Su condición previa fue la notable transformación de los radicales jomeinistas, que empezó a finales de la década de 1980. La historia definitiva de cómo un grupo de clérigos revolucionarios, muchos de los cuales tenían posiciones dirigentes en los primeros años de la República islámica, se convirtieron en la recatada vanguardia del reformismo liberal a mediados de la década de 1990, está todavía por escribir. Sin embargo, en líneas generales, incluiría la profesionalización entre 1981-1988 de los cuadros revolucionarios en las esferas del poder con Mir Housain Mousavi como primer ministro; la brutal eliminación de los rivales de la izquierda en la coalición gobernante durante el mismo periodo; la derrota política de la facción jomeinista de izquierda a principios de la década de 1990, con Hashemi Rafsanjani como primer ministro; y con el debate, después de la guerra Irán-Iraq, sobre la adecuada dirección y estructura de la sociedad iraní. Como Kamrava detalla, una consecuencia fue la aparición de un estrato de autoproclamados «nuevos intelectuales religiosos» que pretendieron reformar el Estado clerical rompiendo su monopolio sobre la práctica del *ijtihad*. Podría decirse que la elección de Jatamí como presidente de la República islámica en 1997 representó la reunión de los linajes de Montazeri y de

Mehdi Bazargan, el liberal religioso laico que encabezó el primer gobierno provisional de Irán después de 1979. Su radicalismo se había templado, conocidos intelectuales como Soroush, Said Hajjarian, Abdulá Nouri, Hasan Yusufi Eshkevari y el propio Jatamí recalcaron la necesidad de aumentar el progreso mediante la reforma, la identidad islámica y la democracia parlamentaria.

Kamrava afirma que si Jatamí simboliza la política del discurso reformista-religioso, «no hay ningún otro intelectual más fácilmente identificable con ese discurso que Abdolkarim Soroush». Nacido en Teherán en 1945, Soroush recibió primero una educación teológica en Qom, pero después se doctoró en Farmacia en la Universidad de Teherán y en la década de 1970 prosiguió sus estudios de posgrado en Londres. Regresó a Irán durante la Revolución y fue miembro del Consejo de la Revolución Cultural; sobre su paso por el Consejo ha dicho que sus esfuerzos fueron fundamentales para «rescatar las ciencias sociales y las humanidades de manos de los extremistas». Soroush es un escritor prolífico, ha realizado innumerables trabajos sobre temas que van desde la naturaleza de la profecía, de la ética y de la oración a las ciencias naturales, la ley, la Administración del Estado y la poesía de Rumi. Una declaración central sobre reformismo religioso está resumida en su trabajo de 1995, *The Expansion and Contraction of the Theory of Shari'a*:

El conocimiento religioso —entendido por tal nuestro conocimiento del Corán y de la *sunna*— es conocimiento humano y, de la misma manera que otras ciencias, está en constante flujo, evolución, contracción y expansión. Por ello, igual que la filosofía y las ciencias naturales son imperfectas y continúan evolucionando, las ciencias de la jurisprudencia, la interpretación, la ética y el debate también son imperfectas y también continúan evolucionando.

Soroush ha distinguido entre un «gobierno jurisprudencial», que pretende imponer normas religiosas sobre su población, y un «gobierno religioso», que surge de las creencias voluntarias y de las elecciones democráticas de sus ciudadanos. Este último es posible porque la *ijtihad* descansa en las facultades de la razón humana que poseen todos los individuos. Para los clérigos conservadores, incluyendo a Montazeri, la razón debe ser complementada por la confianza y la emulación de los ulemas. A la inversa, el punto final del argumento de los intelectuales religiosos-reformistas, un punto que golpea en el centro de la República islámica en su forma actual, es el siguiente: si la razón es el fundamento de la guía religiosa, y todas las personas poseen la capacidad de razonar, entonces ¿son necesarios los ulemas?

Más recientemente, Soroush ha escrito sobre la necesidad de «una *ijtihad de ijtihad*», una crítica reflexiva que pudiera servir como fundamento de una sociedad religiosa abierta. Mohamed Mojtahed Shabestari —nacido en 1936 y educado en Qom y Hamburgo; una figura central del departamento de Teología de la Universidad de Teherán desde mediados de la década-



da de 1980– la hace explícita: «Entender el Corán y la tradición islámica no es exclusivo de ningún grupo o clase», añadiendo que «cualquiera que posea las herramientas científicas y metodológicas necesarias para interpretarlos lo puede hacer, y no debe ser criticado por otros». Esto, desde luego, es una herejía a los ojos del *establishment*. De una generación posterior es Mohsen Kadivar, quien nació en 1959 en la ciudad sureña de Safa y se educó en Qom, donde se graduó en *ijtihad*; desde entonces ha enseñado Filosofía y Ciencias Políticas islámicas en la Universidad Tarbiat Modarres de Teherán y pasado esporádicamente estancias en prisión sobre todo por su crítica sociológica de la institución del Guía Supremo. Kadivar afirma que el *velayat-e faqih* es «un reflejo y un producto de la tradición dinástica de Irán y el legado de la autocracia religiosa que ha caracterizado el pensamiento de los juristas chiitas del país».

Kamrava se centra en los esfuerzos de los intelectuales religiosos-reformistas para utilizar los conceptos de pluralismo, sociedad civil y modernidad, a través de una «nueva hermenéutica de la jurisprudencia» que, realmente, se convirtieron en las palabras de moda del movimiento de reforma bajo el primer gobierno de Jatami a finales de la década de 1990. Una alianza social estratégica entre la facción política liberal y la creciente y educada fuerza de trabajo de los trabajadores de cuello blanco, ella misma producto de la Revolución, parecía ser el resultado natural: «presión desde abajo, negociación por arriba», era el eslogan de Said Hajjarian, un antiguo funcionario del Ministerio del Interior que se convirtió en un miembro destacado del movimiento de reforma. Sin embargo, en una anotación al margen extrañamente gramsciana, Kamrava menciona brevemente que estos intelectuales fracasaron porque «la negociación política» sustituyó al «establecimiento de lazos orgánicos sólidos con la clase media». Si se le pregunta a cualquier estudiante de la Universidad de Teherán cómo definen ellos la democracia religiosa, la respuesta probablemente sea: «Un oxímoron». Esperando lograr una versión refinadamente piadosa de la democracia liberal capitalista como la nueva etapa de la evolución de la República islámica, los reformistas religiosos fracasaron en crear un proyecto hegemónico dotado de la fuerza organizativa y los cuadros necesarios para sacar adelante su visión. El resultado fue una apatía casi brezneviana entre las clases medias y el auge de la camarilla de Ahmadineyad entre el anquilosamiento de las facciones de la primera generación.

La tendencia a dar prioridad a las cuestiones filosóficas sobre las empíricas está aún más acusada en el tercer grupo definido por Kamrava, los modernistas-laicos, que incluyen al filósofo habermasiano Ramin Jahanbegloo (nacido en 1956), al sociólogo Majid Mohamedi (nacido en 1960), al politólogo Sadeq Zibakalam (nacido en 1948), al economista Musa Ghaninezhad (nacido en 1951) y al escritor, activista y periodista de investigación Akbar Ganji (nacido en 1959), autor del «Manifiesto Republicano» de 2002, escrito en prisión, que apela a la separación del Estado y la religión. Procedentes de una variedad de orígenes y de disciplinas,

Kamrava encuentra que todos ellos están de acuerdo sobre la problemática central de la «modernidad». En este discurso, como en la formulación de Marshall Berman en *All That Is Solid Melts Into Air* –uno de los miles de textos filosóficos traducidos al persa en los últimos quince años– en la era moderna el cambio social se convierte en permanente, barriendo los modos de existencia y de pensamiento tradicionales; aunque el capitalismo como concepto tiende a desaparecer. Las diferencias se centran alrededor de la posibilidad de una específica «modernidad iraní», opuesta a la importación del modelo occidental, y en los «obstáculos» para la implantación exitosa de la modernidad en Irán. Escritores como Ganji, Zibakalam, y el residente en Stanford, Abbas Milani, cuyos libros son muy populares en el interior del país, recurren a semejantes tropos para afirmar que Irán sufre la «atrofiada introducción a la modernidad», o está esquizofrénicamente dividido «entre abandonar la tradición y abrazar la modernidad». El lector se ve en apuros para distinguir entre esta clase de introspección y una teoría de la modernización pasada de moda, especialmente cuando Kamrava presenta al politólogo Mahmud Sariolghalam (nacido en 1959), sosteniendo que las «plagas culturales» del Tercer Mundo, superstición, irracionalismo y falta de orientación hacia un objetivo, son los obstáculos para el progreso de Irán.

El propio Jahanbegloo describe esta cuarta ola de «intelectuales del discurso», como «rigurosamente no ideológica», «pluralista» y «que considera los temas a un nivel mucho más profundo» que sus predecesores; «literalmente, todos los miembros de la cuarta generación están comprometidos con alguna forma de diálogo con Occidente». Esta admirable posición se contrasta con el punto de vista de Shariati y Al-e Ahmad, que a menudo están retratados como atrapados por su sobrepolitización de la ideología a la vez que contribuyen a los excesos y distorsiones de la Revolución. Como Soroush, Jahanbegloo insiste en que la «desideologización de la sociedad» es el camino correcto y natural para Irán, abrumado durante mucho tiempo por el yugo ideológico. Mejor reemplazarlo por el juego de herramientas habermasiano que el propio Kamrava aplica fielmente al reproducir los «discursos» de sus tres grupos. En ninguna parte de la discusión se hace sugerencia alguna sobre el hecho de que las aspiraciones «no-ideológicas» de la cuarta ola constituyen en sí mismas una posición ideológica, acorde con el «fin de la historia» posterior a la Guerra Fría. Kamrava identifica cinco «pilares de la modernidad» en el consenso modernista-laico, o más acertadamente cinco lugares comunes: «Laicismo, racionalidad, sociedad civil, desarrollo y globalización». De hecho, leyendo la prensa reformista de Irán, uno pensaría que Occidente está dirigido por las ONG y por el principio de la diferencia. Ghaninezhad, el economista, es contundentemente más directo: el «ingrediente primario de una sociedad civil es una economía de mercado competitiva». En este punto, el lector puede empezar a sentir que el propio enfoque de Kamrava sobre el sujeto de su estudio pide un poco de *ijtihad*, a pesar de que desde el principio el autor afirma que su misión es simplemente la fiel reproducción de las perspectivas de los autores. Bastante sorprendentemente, un artículo

suyo de 2001 publicado en el *British Journal of Middle East Studies*, adopta un tono más escéptico: «Leyendo sus escritos a veces es difícil no tener la sensación de que muchos intelectuales iraníes consideran la sociedad civil como la panacea universal, una cura para todo lo que ha estado mal en la historia política, en la cultura y en la sociedad de su país hasta la fecha [...] En esencia, el islam político que “lo cura todo” de la década de 1970 parece haber sido sustituido por la sociedad civil en la de 1990».

Llamativamente ausente de la tricótoma perspectiva general de Kamrava, está el arco del pensamiento iraní de izquierda; lo que Afshin Matin-Asgari llamó la odisea desde la democracia social a la socialdemocracia, con tránsitos por el marxismo y el islam político. Sin embargo, ya que los intelectuales de la cuarta ola «se definen a sí mismos como polos opuestos a sus padres intelectuales», la izquierda retiene una presencia fantasmal como la tradición contra la que los escritores estudiados en la obra se han empleado con denuedo: algunos mediante la reformulación, pero la mayoría con el repudio. Además, resulta curioso que una discusión sobre una «revolución de las ideas» pase por alto el trabajo intelectual contemporáneo sobre temas como el feminismo, el trabajo, la cultura y la sociedad, o sobre la urbanización y los problemas sociales. Este retrato de la intelectualidad no tiene nada que decir sobre la literatura contemporánea iraní, con su considerable cohorte de autoras, o sobre discusiones acerca del cine y las artes visuales dentro de la República islámica. En vez de ello, Kamrava se centra en una corriente muy estrecha del pensamiento religioso-político y sobre su sucesor laico, al que los entendidos occidentales, siempre a la busca de un islam «reformado», son proclives a abrazar.

El estudio de Kamrava carece de un mapa al estilo de Bourdieu del campo intelectual iraní, que proporcione un sentido de las reglas *a priori* del juego. El sacrificio de la sociología en el altar de la metafísica hace más fácil tragarse los arabescos de los intelectuales iraníes, una posición habitual en los periodistas occidentales. Sin embargo, si el conjuro de la «modernidad» es una historia que diversas facciones políticas han utilizado para situarse a sí mismas como las auténticas herederas de un nacionalismo iraní cada vez más robusto, entonces la revolución de Kamrava necesita ser repensada. El autor concluye prediciendo que todavía es probable que los intelectuales religiosos-reformistas surjan como la tendencia predominante, dada la necesaria reconciliación de la «religión y la modernidad»; pero el único público cuyas opiniones piensa que merecen consideración es el de los «iraníes educados de clase media»: la frase se repite cuatro veces en los párrafos finales. Como el protagonista de *Hamun* en la película de Mehrjui, a menudo los intelectuales asumen que el objetivo de la burguesía es la plena realización y la autenticidad, no la autoprotección económica y la distinción de estatus. Poco se dice sobre las opiniones y necesidades de otros sectores de la población iraní, ni por parte de los intelectuales de Kamrava ni, más recientemente, por parte de los semilíderes del Movimiento Verde. Las protestas fervientemente nacionalistas en Irán tras los acontecimientos de junio de 2009 fueron reduci-



das de sus considerables cifras iniciales no solo por la severa represión del Estado, sino también por una extendida convicción de que el suyo era un movimiento sin ideología, cuadros o jerarquías. Mientras el malestar laboral, debido al cierre de fábricas y a meses de atrasos salariales, ha estado en las páginas de los periódicos, incluso estatales, durante el pasado año, pasaron meses antes de que Musavi pronunciara un comentario importante sobre las condiciones económicas de los trabajadores, bastante después de que los conservadores pidieran desde los vestíbulos de las *majles* la cabeza de Ahmadineyad por los problemas de la economía. Después de todo, con una razón comunicativa, ¿quién necesita la organización?

Fundamentalmente, las ideas profundamente sostenidas por gran parte de la elite intelectual y profesional iraní de que un impedimento interno, social o cultural, está «bloqueando» la consecución de la democracia y la riqueza, y que por ello Irán está «atrapado» entre la tradición y la modernidad, suenan evidentemente iguales que las quejas indias, mexicanas, nigerianas o chinas sobre cómo su especial «atraso» está bloqueando el ascenso al que están destinados. En otras palabras, Irán no es para nada excepcional dentro de su excepcionalidad intelectual y popular. En vez de un análisis, tenemos ideología nacionalista semiperiférica. Aunque el nacionalismo funciona muy bien en la política, no promete mucho para la crítica de esa política. Sin embargo, si damos al tema un marco histórico-mundial, las «revoluciones intelectuales» de Irán son muy similares a otras «revoluciones» que se han producido en el Tercer Mundo. El pensamiento iraní de finales del siglo XIX, que culminó en la Revolución Constitucional, tenía paralelismos con corrientes intelectuales en México, Turquía, Rusia y China; todos ellos grandes imperios agrarios formalmente independientes del mandato colonial, que experimentaron sus propias revoluciones nacionalistas. Las justificaciones intelectuales de Irán para sus impulsos modernizadores con el sah Reza en la década de 1930 se corresponden con la retórica homogeneizadora nacionalista de los fundadores de los Estados poscoloniales de Turquía, India, Brasil y Egipto. Como demostró Boroujerdi en su trabajo, la obra de Shariati y Al-Ahmad durante la década de 1960 era explícitamente parte de la ideología tercermundista que tenía formas análogas en América Latina (la Teología de la Liberación y el guevarismo), en el África negra y en el Caribe (negritud y panafricanismo), por no mencionar al nacionalismo árabe y sus competidores islámicos.

La reforma liberal en Irán de la década de 1990 coincidió en el tiempo con el giro de las elites intelectuales del Segundo y Tercer Mundo, ya fuera en Rusia, México, Sudáfrica o China, hacia la aceptación del capitalismo y de la democracia liberal como las dos caras de la misma moneda, al tiempo que los modelos estatistas anteriores fueron culpados de crear los grandes problemas económicos y sociales afrontados por el Sur a finales del siglo XX. Todos los países comenzaron a ser analizados, y a analizarse a sí mismos, en términos de una «transicionalidad» sumamente ideológica, ayudados e instigados por escalas de uno a diez de los *think-tanks*

sobre «libertad», «transparencia», etcétera. Sin embargo, el resultado de la «tercera ola» de democratización en las décadas de 1980 y 1990, en vez de institucionalizar la participación popular en el Sur, acabó o bien en un mandato débil y hueco de nuevos conjuntos de elites cambiantes (Ucrania) o en el autoritarismo nacionalista revigorizado (Rusia). De nuevo, Irán no ha sido la excepción: sus semidemocráticas instituciones, que alcanzaron su apogeo a finales de la década de 1990, lo sitúan directamente en el centro de una gran «área gris» de Estados ni completamente responsables ni completamente autoritarios: una de esas «democracias gestionadas» u «oligarquías elegidas» que gobiernan a la mayoría de la humanidad. Una vez más, el país estaba a la vanguardia de la historia, no atrapado en la tradición oriental. La senda propia de Irán tiene muchos contornos interesantes, pero la trayectoria es la habitual. Tomando prestada la descripción de Perry Anderson sobre los intelectuales de la escuela de la *posthistoire* en *Zone of Engagement*<sup>1</sup>, el *pathos* de los intelectuales liberales en Irán es «el inteligible producto de una coyuntura política, interpretada en las categorías de una tradición filosófica».

---

<sup>1</sup> Perry Anderson, *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama, 1998.

**Introducción a cargo  
de Slavoj Žižek**

Profesor de Sociología en  
el Instituto de Sociología  
de la Universidad de  
Ljubjana (Eslovenia).

Entre sus obras cabe  
destacar *El acoso de las  
fantasías* (Siglo XXI), *El  
sublime objeto de la  
ideología* (Siglo XXI),  
*Bienvenidos al desierto  
de lo Real* (Akal) y  
*Repetir Lenin* (Akal).



978-84-460-2833-8

256 páginas

«Si el resorte del gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, el resorte del gobierno durante la revolución son, al mismo tiempo, la virtud y el terror; la virtud sin la cual el terror es mortal; el terror sin el cual la virtud es impotente».  
Robespierre

La defensa de Robespierre de la Revolución francesa sostiene una de las más poderosas y desconcertantes justificaciones de la violencia política jamás escritas. A través de un ingenioso comentario, Slavoj Žižek subraya la extraordinaria resonancia de las palabras de Robespierre en un mundo obsesionado con el terrorismo.



akal

[www.akal.com](http://www.akal.com)







15,00 €



[www.akal.com](http://www.akal.com)

*Esta revista ha sido impresa en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.*